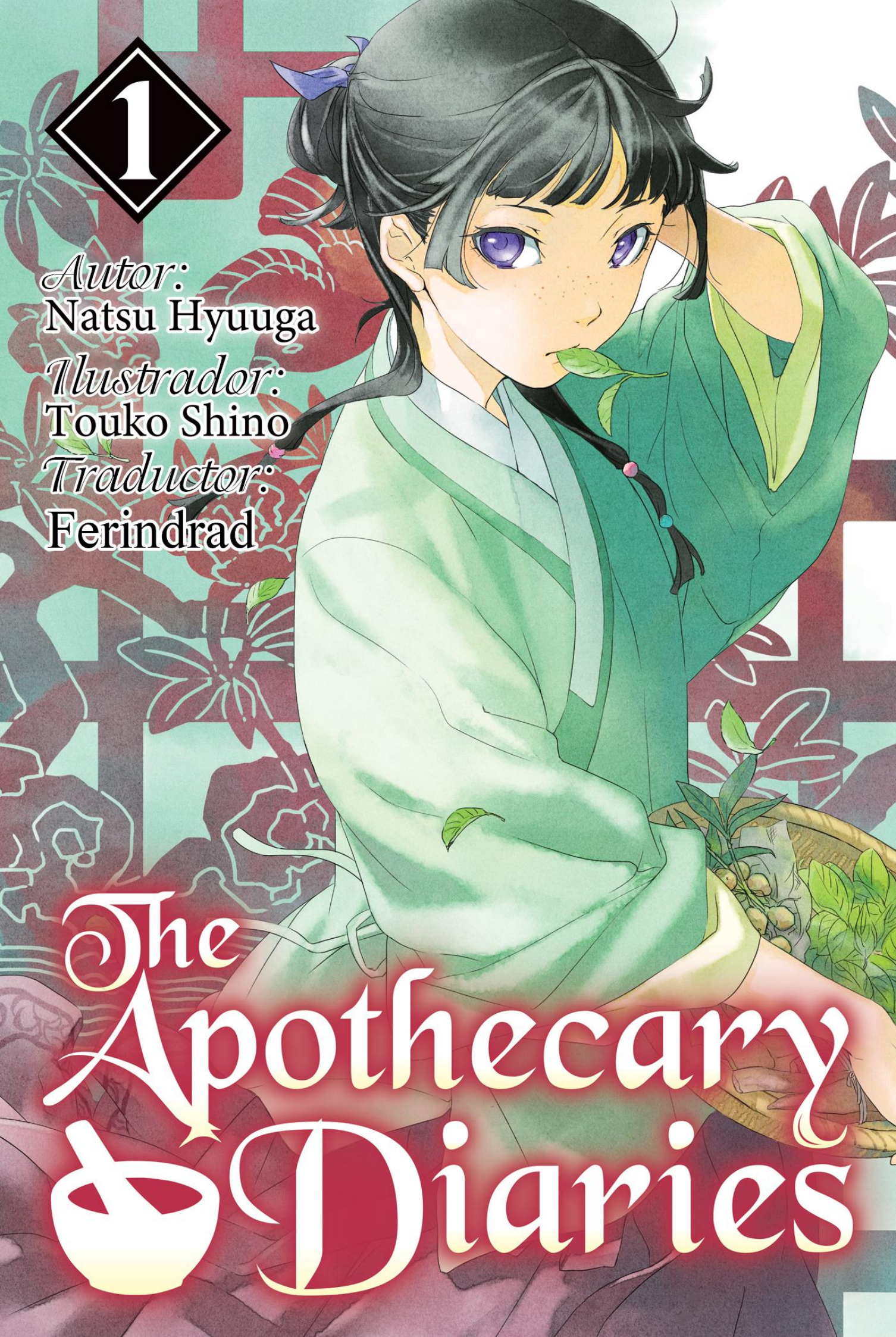




1

Autor:
Natsu Hyuuga

Illustrador:
Touko Shino

Traductor:
Ferindrad

The Apothecary Diaries

El Diario de la Apotecaria

Introducción

¡Ella Está en el Caso!

Era la sencilla historia de una joven, catadora de alimentos en un palacio medieval, capaz de resolver los misterios más desconcertantes. Con este telón de fondo, mi heroína —una mujer que podía ser tan irritable por fuera como dulce por dentro— tuvo una buena acogida. Han pasado dos años desde que salieron a la venta los volúmenes comerciales y, por petición popular, la historia se reedita ahora en formato de bolsillo para el mercado de masas.

Estas nuevas versiones se han revisado en gran medida con respecto a las ediciones comerciales, con la esperanza de que sean aún más emocionantes y llenas de suspense. De hecho, me atrevo a decir que creo que un nuevo nombre está a punto de añadirse a los anales de los grandes detectives de novela ligera. Espero que las deducciones y descubrimientos de nuestra heroína Maomao les resulten emocionantes y sorprendentes.

A detailed illustration of a young woman with short, dark hair and bangs, looking directly at the viewer with a calm expression. She has brown eyes and a few freckles on her nose. She is wearing a traditional green and yellow robe with a wide collar and long sleeves. Her hands are clasped in front of her. The background shows a traditional Chinese interior with a wooden lattice window and a hanging lantern with a red tassel.

*“Quizá
podrías
hacer una
poción de
amor.”*

Por un
instante, los
ojos de
Maomao
se iluminaron
con una mezcla
de sorpresa y
curiosidad.



*“¿Puedo susurrar
al oído de milady?”*

Y entonces, en voz baja para que nadie más la oyera, le dio un consejo a la **Consorte Lihua**. La cara de Lihua se puso roja como una manzana al escucharla. Lo que Maomao pudo haberle dicho fue tema de animado debate entre las damas de compañía de Lihua durante algún tiempo después.



*“Consorte
Gyokuyou,
si encontrara
a la autora
de este
mensaje, ¿qué
haría con ella?”*

Gyokuyou

Cuando vio la rama con la nota
en el Pabellón de Jade, el eunuco
Jinshi se acordó de algo—de
alguien.

“No, señor.”

Esta vez fue el turno de Maomao de parecer molesta. Jinshi volvió a extender la mano.

“No habrá menos de ti después.”

“Me quita energía.”

“Sólo una mano.

Sólo un dedo.

Seguro que está bien.”

Maomao no respondió.

“Seguramente un toque esta bien.”

Capítulo 1:

Maomao

Lo que daría por unas buenas brochetas de carne de puesto callejero. Maomao miró al cielo encapotado y suspiró. Vivía en un mundo que era a la vez un lugar de belleza incomparable y resplandeciente y una jaula nociva, asquerosa y sofocante. Tres meses ya. Espero que mi viejo esté comiendo bien.

Parecía que justo el otro día había ido al bosque a recoger hierbas, y allí se había encontrado con tres secuestradores; llamémosles Aldeanos Uno, Dos y Tres. Buscaban mujeres para el palacio real y, en una palabra, le ofrecieron la proposición de matrimonio más enérgica y desagradable del mundo.

Ahora bien, no es que no le pagaran, y con un par de años de trabajo, había un atisbo de esperanza de que incluso pudiera volver a su ciudad natal. Había formas peores de ganarse la vida—si uno se iba a la ciudad real por voluntad propia. Pero Maomao, que se las había arreglado muy bien como apotecaria, muchas gracias, lo veía sólo como un problema.

¿Qué hacían los secuestradores con las jóvenes núbiles que capturaban? A veces las vendían a los eunucos y con lo recaudado se permitían una noche de copas. A veces las ofrecían en lugar de la hija de alguien. Para Maomao, era una cuestión discutible, ya que ahora se encontraba atrapada en sus planes, independientemente del motivo. De

lo contrario, nunca en su vida habría deseado tener nada que ver con el *hougong*, el “palacio posterior”—la residencia de las mujeres imperiales.

El lugar estaba tan lleno de olores a maquillaje y perfume que revolvió el estómago, y aún más lleno de las delgadas y forzadas sonrisas de las damas de la corte con sus hermosos vestidos. En su época de apotecaria, Maomao había llegado a la conclusión de que no había toxina más aterradora que la sonrisa de una mujer. Esa regla era válida tanto en los salones del palacio más ornamentado como en las miserables habitaciones de la casa de recreo más barata.

Maomao levantó el cesto de la colada y se dirigió a un edificio cercano. A diferencia de la deslumbrante fachada, el lúgubre patio central albergaba lavaderos pavimentados con losas, donde los sirvientes de la corte —personas que no eran ni hombres ni mujeres— lavaban la ropa a montones.

A los hombres, en principio, no se les permitía entrar en el palacio posterior. Los únicos hombres que podían entrar eran o bien miembros y parientes consanguíneos de la familia más noble del país, o bien antiguos hombres que habían perdido una parte muy importante de sí mismos. Naturalmente, todos los hombres a los que Maomao estaba mirando ahora mismo eran estos últimos. Era retorcido, pensó, pero había que reconocer que era algo lógico.

Dejó el cesto y vio otro en el edificio de al lado. No era ropa sucia, sino ropa limpia que se había secado al sol. Miró la etiqueta de madera que colgaba del asa, con la ilustración de una hoja y un número.

No todas las mujeres de palacio sabían leer y escribir. No era de extrañar—a fin de cuentas, algunas de ellas habían sido traídas aquí a la fuerza. Y aunque los rudimentos de la etiqueta les habían sido inculcados antes de llegar, no las letras. Probablemente sería una suerte, reflexionó Maomao, que la mitad de las chicas secuestradas en el campo supieran leer. Se podría decir que era un riesgo que el palacio posterior estuviera demasiado poblado. Se sacrificaba la calidad por la cantidad. Aunque en modo alguno igualaba al “jardín de flores” del anterior emperador, las consortes y damas de compañía sumaban dos mil personas, mientras que con los eunucos ese número ascendía a tres mil. Sin duda, un lugar inmenso.

Maomao era una sirvienta, un puesto tan bajo que ni siquiera tenía rango oficial. ¿Qué más podía esperar, siendo una muchacha que no tenía a nadie que la respaldara en la corte, que había llegado a través de secuestradores para completar el personal de palacio? Si tal vez hubiera poseído un cuerpo tan torneado como una peonía, o una piel tan pálida como la luna llena, al menos podría haber aspirado al estatus de una de las concubinas inferiores, pero Maomao sólo poseía una piel rubicunda y pecosa y unos miembros con toda la elegancia de las ramas marchitas.

Necesito terminar este trabajo.

Maomao recogió la cesta con la etiqueta de una flor de ciruelo y el número 17, y se marchó tan rápido como pudo. Quería volver a su habitación antes de que el cielo se pusiera a llorar.

La propietaria de la ropa en el cesto era una de las consortes de bajo rango. Su habitación era bastante más lujosa que las concedidas a las demás consortes de bajo rango; de hecho, era francamente ostentosa. Maomao supuso que debía de ser hija de alguna familia noble acomodada.

Cuando a una mujer se le asignaba un rango en palacio, también se le permitían sus propias damas de compañía. Una consorte menor, sin embargo, podía tener dos damas como máximo, razón por la cual Maomao, una sirvienta sin señora propia a la que atender, llevaba así la colada de la mujer.

A una consorte de bajo rango se le permitían habitaciones personales en los recintos del palacio posterior, pero inevitablemente se encontraban en los márgenes del recinto, donde era poco probable que la mirada imperial se posara sobre ella. Si, a pesar de todo, era agraciada con una noche con Su Majestad, se le concedían nuevas habitaciones, y una segunda noche significaba que realmente había encontrado un lugar en el mundo.

En cuanto a las que finalmente nunca despertaron el interés del Emperador, a partir de cierta edad una consorte (suponiendo que su familia no ejerciera especial influencia) podía esperar verse degradada, o incluso concedida como esposa a algún miembro de la burocracia.

Que eso fuera una bendición o una maldición dependía de a quién se le concediera, pero el destino que más temían las mujeres era ser otorgadas a uno de los eunucos.

Maomao llamó discretamente a la puerta. Una dama de compañía la abrió y espetó: “Déjalo ahí.” Dentro, una consorte que desprendía el perfume más dulce bebía alcohol de una copa. Debió de ser muy admirada por su belleza en aquellos días de gloria anteriores a su llegada a palacio, pero al llegar aquí descubrió que sabía tanto del mundo exterior como una rana que hubiera pasado su vida en un pozo. Apiñada por el despliegue de flores deslumbrantes de este jardín, había perdido las ganas de seguir luchando por un lugar aquí, y últimamente había dejado de salir de su habitación.

Sabes que nadie va a venir a visitarte a tu habitación, ¿verdad?

Maomao cambió la cesta que llevaba en los brazos por la que estaba en la puerta y volvió a la zona de lavandería. Aún quedaba mucho trabajo por hacer. Puede que no hubiera venido a palacio por voluntad propia, pero al menos le pagaban, y ella pretendía ganarse el sustento. Maomao, la apotecaria, era muy diligente. Si mantenía la cabeza gacha y hacía su trabajo, podría esperar salir de este lugar algún día, aunque nunca, supuso, por llamar la atención de la realeza.

Lamentablemente, Maomao pensaba de forma ingenua. No sabía lo que iba a pasar. Nadie lo sabe; así es la vida. Maomao era una pensadora relativamente objetiva para una chica de diecisiete años, pero tenía algunas cualidades que la perseguían continuamente. Por un

lado, la curiosidad; por otro, el ansia de saber. Y luego estaba su incipiente sentido de la justicia.

Pocos días después, Maomao descubriría una misteriosa y terrible verdad sobre la muerte de varios infantes en el palacio posterior. Algunos decían que era una maldición que recaía sobre cualquier concubina que se atreviera a engendrar un heredero, pero Maomao se negó a considerar el asunto como algo sobrenatural.

Capítulo 2:

Las dos consortes

“¡Huh! ¿Así que es verdad?”

“¡Así es! ¡Dijo que vio al doctor entrar en sus habitaciones con sus propios ojos!”

Maomao sorbió su sopa y escuchó. Cientos de sirvientas desayunaban en el amplio comedor. La comida consistía en sopa y gachas de cereales. Estaba escuchando a dos mujeres situadas en diagonal frente a ella mientras intercambiaban chismes. Las mujeres se esforzaban por parecer disgustadas por la historia, pero era una curiosidad indecorosa la que iluminaba sus ojos.

“Visitó *tanto* a Lady Gyokuyou como a Lady Lihua.”

“Santo cielo, ¿las dos? Pero sólo tienen seis y tres meses, ¿no?”

“¡Así es! Tal vez realmente sea una maldición.”



Los nombres eran los de las dos consortes favoritas del Emperador. Seis meses y tres meses eran las edades de los hijos de las damas.

En palacio corrían rumores. Algunos de ellos surgían del desprecio hacia las compañeras de Su Majestad y los herederos que le daban, pero otros tenían más el sabor de simples historias de fantasmas, el tipo de historias que se cuentan durante el estío para combatir el calor helando la sangre.

“Tiene que ser. Si no, ¿por qué habrían muerto tres niños distintos?”

Todos los vástagos en cuestión habían nacido de consortes; es decir, en principio podrían haber sido herederos al trono. Una de las pobres víctimas había nacido de Su Majestad antes de su ascensión, cuando aún vivía en el Palacio Oriental, y dos más desde que había asumido el trono, pero los tres habían fallecido en la infancia. La mortalidad era común entre los infantes, por supuesto, pero que tres de la propia prole del Emperador murieran tan jóvenes era extraño. Sólo sobrevivían dos hijos, los de las consortes Gyokuyou y Lihua.

¿Quizás envenenamientos? Maomao reflexionó mientras sorbía sus gachas, pero llegó a la conclusión de que no podía ser. Después de todo, dos de los tres niños muertos habían sido niñas. Y en una tierra donde sólo los hombres podían heredar el trono, ¿qué razón había para asesinar princesas?

Las mujeres frente a Maomao estaban tan ocupadas hablando de maldiciones y maleficios que habían dejado de comer por completo. *¡Pero las maldiciones no existen!* Pensó Maomao. Era estúpido, esa

era la única palabra para describirlo. ¿Cómo se podía destruir a todo un clan con una maldición? Tales preguntas rozaban lo herético, pero la pericia de Maomao, en su opinión, constituía una prueba de este pronunciamiento.

¿Podría haber sido algún tipo de enfermedad? ¿Quizás algo transmitido por la sangre? ¿Exactamente cómo murieron?

Y fue entonces cuando la desprendida y callada criada empezó a hablar con sus parlanchinas compañeras de cena. Maomao no tardaría en arrepentirse de haber sucumbido a su curiosidad.

“¡No conozco toda la historia, pero he oído que todos se han consumido!” Aparentemente inspirada por la muestra de interés de Maomao, Xiaolan, la criada parlanchina, le trajo a partir de entonces regularmente los últimos rumores. “El doctor ha ido a ver a Lady Lihua más a menudo que a Lady Gyokuyou, así que supongo que Lady Lihua debe estar peor.” Mientras hablaba, limpiaba el marco de una ventana con un trapo.

“¿A Lady Lihua en persona?”

“Sí, para ver tanto a la madre como a su hijo.”

Maomao supuso que el médico prestó más atención a Lady Lihua no necesariamente porque estuviera más enferma, sino porque su hijo era un principito. La Consorte Gyokuyou había dado a luz a una princesa. El afecto imperial recaía más en Gyokuyou, pero cuando un

hijo era varón y el otro una niña, estaba claro cuál debía recibir un trato preferente.

“Como he dicho, no lo sé todo, pero he oído que tiene dolores de cabeza y de estómago, e incluso algunas náuseas.” Satisfecha de haber divulgado todas sus nuevas averiguaciones, Xiaolan se ocupó de otra tarea. A modo de agradecimiento, Maomao le dio un té aromatizado con regaliz. Lo había preparado con unas hierbas que crecían en un rincón del jardín central. Olía fuertemente medicinal, pero en realidad era bastante dulce. Xiaolan estaba encantada—las chicas de servicio tenían muy pocas oportunidades de disfrutar de cosas dulces.

Dolor de cabeza, dolor de estómago y náuseas. Maomao tenía algunas ideas sobre qué enfermedades podían presagiar, pero no estaba segura. Y su padre nunca se había cansado de advertirle que no pensara basándose en suposiciones.

Tal vez le haga una pequeña visita.

Maomao estaba decidida a terminar su trabajo lo antes posible. De hecho, el palacio posterior era un lugar inmenso que albergaba a más de dos mil mujeres y quinientos eunucos. Los trabajadores humildes, como Maomao, dormían de diez en diez, pero las consortes de rango inferior tenían sus propios aposentos, las de rango medio disponían de edificios enteros para ellas solas, y las de rango superior tenían prácticamente sus propios palacios, extensos complejos que incluían comedores y jardines, lo bastante grandes como para empequeñecer una pequeña ciudad. Por ello, Maomao apenas salía del barrio oriental

donde vivía; no había necesidad. No tenía tiempo ni medios para salir, a menos que la enviaran a hacer algún recado.

Bueno, si no tengo un recado, tendré que conseguir uno.

Maomao habla con una mujer que sostiene una cesta. La cesta contenía seda fina que debía lavarse en la lavandería del barrio occidental. Nadie parecía saber si había algo diferente en el agua de allí, o tal vez en las personas que lavaban, pero al parecer la seda se estropearía pronto si se manipulaba aquí, en el barrio oriental. Maomao entendía que la seda se degradaba más o menos dependiendo de si se secaba al sol o se mantenía a la sombra, pero no sentía especial necesidad de decírselo a nadie.

“Me muero por echar un vistazo a ese eunuco tan guapo que dicen que vive en la zona central.” Dijo Maomao, invocando otro de los rumores que Xiaolan había mencionado de pasada, y la mujer le entregó la cesta con mucho gusto. En este lugar, las oportunidades de tener algo parecido a un romance eran escasas, por lo que incluso los eunucos, hombres que no eran realmente hombres, pronto se convertían en algo por lo que desfallecer. De vez en cuando se contaban historias de mujeres que se convertían en esposas de eunucos cuando estos dejaban el servicio de palacio. Es de suponer que todo esto era más sano que el deseo de las mujeres entre sí, pero aun así desconcertaba a Maomao.

Me pregunto si algún día acabaré como los demás, pensó. Se cruzó de brazos y gruñó. Los asuntos románticos apenas le interesaban.

Entregó el cesto de la colada tan rápido como pudo, y entonces apareció a la vista un edificio lacado en rojo de la zona central. Había tallas por todas partes, cada pilar era una obra de arte en sí misma. Se había cuidado hasta el más mínimo detalle, de modo que el conjunto era mucho más refinado que todo lo que había en la periferia del barrio oriental. En la actualidad, los aposentos más grandes del palacio posterior estaban ocupados por la Consorte Lihua, madre del príncipe. El Emperador carecía de Emperatriz propiamente dicha, lo que convertía a Lihua, la única de sus mujeres con un hijo, en la persona más poderosa del lugar.

La escena que descubrió Maomao parecía casi sacada de la propia ciudad. Una mujer fulminaba, otra agachaba la cabeza con aire sombrío, mientras otras alborotaban y se inquietaban, y un hombre intentaba poner paz entre todas.

Apenas se diferencia de un burdel, pensó Maomao, una observación fría que le permitió su condición de tercera, si no de mirona.

La mujer disgustada era la persona más poderosa del palacio posterior, la que tenía la cabeza colgado era la siguiente más poderosa, y las mujeres quisquillosas eran asistentes. El hombre (sin duda ya no era un hombre) que intercedía era el médico. Hasta ahí, dedujo Maomao de los cuchicheos que oía y del estado general de las cosas a su alrededor. La primera mujer debía ser la Consorte Lihua, madre del príncipe imperial, y la segunda, la Consorte Gyokuyou, bendecida —

aunque no tanto como Lihua— con una hija. En cuanto al médico eunuco, Maomao no sabía nada de él, pero había oído que en todo este gran palacio sólo había una persona a la que realmente se podía llamar practicante de la medicina.

“Esto es obra tuya. ¡Sólo porque tuviste una niña, se te metió en la cabeza maldecir a mi príncipe hasta la muerte!” Un bello rostro distorsionado por la ira es algo espantoso. Unos ojos furiosos como los de un demonio, en un rostro pálido como el de un fantasma, se volvieron hacia la bella Gyokuyou, que se llevó una mano a la mejilla. Había una marca roja bajo sus dedos; Maomao supuso que la habían abofeteado con la mano abierta.

“Eso no es cierto, y lo sabes. Mi Xiaoling está sufriendo tanto como tu hijo.” La segunda mujer era pelirroja y tenía los ojos del color de las esmeraldas, y respondió a los cargos con calma, refiriéndose a la joven princesa Lingli con un apodo cariñoso. El aspecto de la Consorte Gyokuyou sugería no poca sangre occidental en sus venas. Ahora levantó la cabeza y miró fijamente al doctor. “Y por eso le ruego que no descuide atender también a mi hija.”

Parecía que el propio doctor era la razón por la que se había necesitado la intercesión entre las dos mujeres. Se había pasado todo el tiempo mirando al joven príncipe, y Gyokuyou estaba apelando en favor de su hija. Uno simpatizaba con ella, pero esto era el palacio posterior, y los hijos varones eran más apreciados que las hijas. El

médico, por su parte, parecía atrapado entre el intento de inventar una excusa y no pronunciar una palabra.

Qué bribón, ese mata sanos, pensó Maomao. No darse cuenta con las dos consortes delante de él. ¿Cómo no se había dado cuenta ya? Los niños muertos, los dolores de cabeza, los dolores de estómago, las náuseas. Por no hablar de la palidez fantasmal y el aspecto frágil de la Consorte Lihua.

Murmurando para sí misma, Maomao dejó atrás la estridente escena. *Necesito algo para escribir*, pensó. De hecho, estaba tan ocupada pensándolo que ni siquiera se dio cuenta de la persona que pasaba.

Capítulo 3:

Jinshi

“Ya están otra vez.” Murmuró Jinshi para sus adentros. Era indecoroso el modo en que las flores del palacio actuaban a veces. Correspondía a Jinshi —una de sus muchas responsabilidades— calmar los ánimos.

Mientras se adentraba en la multitud, Jinshi vio a una persona que caminaba como si el alboroto no le preocupara. Era una chica menuda con pecas salpicándole la nariz y las mejillas. No había nada más distintivo en ella, excepto que no prestaba atención a Jinshi mientras caminaba murmurando para sí misma.

Y eso bien podría haber sido el final.

No había transcurrido un mes cuando se corrió la voz de que el joven príncipe había muerto. La Consorte Lihua estaba consumida por el llanto, y ahora estaba más delgada que nunca; ya no se parecía en nada a la mujer que antaño había sido considerada la rosa floreciente de la corte. Quizá padecía la misma enfermedad que su hijo, o quizá era una aflicción del espíritu lo que la asolaba. En cualquier caso, no podía esperar otro hijo en esas condiciones.

La Princesa Lingli, hermanastra del príncipe fallecido, se recuperó pronto de su indisposición, y ella y su madre se convirtieron en un gran

consuelo para el afligido emperador. De hecho, parecía probable que la Consorte Gyokuyou pronto tuviera otro hijo, dada la frecuencia con la que Su Majestad la visitaba.

El príncipe y la princesa habían padecido la misma misteriosa enfermedad, pero uno se había recuperado mientras que el otro había sucumbido. ¿Podría ser la diferencia de edad entre ellos? Sólo habían pasado tres meses, pero un lapso así podía suponer una diferencia significativa en la capacidad de recuperación de un bebé. ¿Y Lihua? Si la princesa se había recuperado, la consorte también debería poder hacerlo. A menos que estuviera sufriendo principalmente el shock psicológico de perder a su hijo.

Jinshi dio vueltas a estos pensamientos en su cabeza mientras revisaba unos papeles y presionaba sus notas contra ellos. Si había alguna diferencia entre los dos niños, tal vez residiera en la Consorte Gyokuyou.

“Voy a salir un rato.” Dijo Jinshi mientras sellaba la última página con su chuleta, y enseguida salió de la habitación.

La princesa, con las mejillas sonrosadas como bollos al vapor, le sonrió con toda la inocencia de una niña. Su pequeña mano se cerró en un puño alrededor del dedo de Jinshi.

“No, niña, suéltalo.” La regañó su madre, una belleza pelirroja. Envolvió a la niña en pañales y la puso a dormir en su cuna. La

princesa, al parecer demasiado abrigada, quitó de un puntapié las mantas y se quedó mirando al visitante, gorjeando alegremente.

“Supongo que desea preguntarme algo.” Dijo la consorte, siempre perspicaz.

Jinshi fue directo al grano. “¿Por qué la princesa recuperó la salud?”

La Consorte Gyokuyou se permitió la más pequeña de las sonrisas antes de sacar un trozo de tela de una bolsa. La tela había sido arrancada de algo y estaba adornada con caracteres desgarrados. No sólo la letra era desigual, sino que el mensaje parecía haber sido escrito con manchas de hierba, por lo que en algunos lugares estaba descolorido y era difícil de leer.

Tu polvo facial es veneno. No dejes que toque al bebé.

Tal vez la calidad vacilante de la escritura era deliberada. Jinshiladeó la cabeza. “¿Tu polvo facial?”

“Sí.” Dijo Gyokuyou, confiando a la niña en la cuna a una nodriza y abriendo un cajón. Sacó algo envuelto en tela: un recipiente de cerámica. Abrió la tapa y vio una nube de polvo blanco.

“¿Esto?”

“Exactamente.”

Tal vez, conjeturó Jinshi, había algo en los polvos. Recordó que Gyokuyou, que ya poseía la piel pálida tan apreciada en la corte, no

necesitaba usar los polvos para intentar embellecerse. La Consorte Lihua, en cambio, tenía un aspecto tan cetrino que cada día utilizaba más polvos para disimularlo.

“Mi princesita es una niña muy hambrienta.” Dijo Gyokuyou. “No produzco suficiente leche para ella, así que contraté a una nodriza para que me ayudara.” A veces, las madres cuyos hijos habían muerto poco después de nacer encontraban trabajo como nodrizas. “Este polvo facial pertenecía a esa mujer. Le gustaba porque le parecía más blanco que otros polvos.”

“¿Y dónde está esa nodriza ahora?”

“Se puso enferma, así que la despedí. Con amplios fondos para su sustento, por supuesto.” Habló como una mujer intelectual y quizás demasiado amable para su propio bien.

Supongamos que el polvo facial contiene algún tipo de veneno. Si la madre lo usara, afectaría al niño; si lo que hubiera en el polvo pasara a la leche materna, podría incluso acabar en el cuerpo del niño. Ni Jinshi ni Gyokuyou sabían qué podía ser ese veneno. Pero si había que creer el misterioso mensaje, así fue como el joven príncipe había encontrado su fin. Por unos simples polvos faciales, maquillaje utilizado por un sinnúmero de personas en el palacio posterior.

“La ignorancia es un pecado.” Dijo Gyokuyou. “Debería haber tenido más cuidado con lo que entraba en la boca de mi hijo.”

“Soy culpable del mismo crimen.” Dijo Jinshi. En última instancia, había sido él quien había permitido que se perdiera el hijo del Emperador. Y podía haber habido otros que habían muerto en el vientre materno.

“Le hablé a la Consorte Lihua de los polvos faciales, pero todo lo que digo sólo hace que se escore más.” Dijo Gyokuyou. Ahora Lihua tenía bolsas oscuras bajo los ojos incluso, y utilizaba grandes cantidades del maquillaje blanco para ocultar el mal color de su cara, sin creer nunca que fuera venenoso.

Jinshi contempló la simple tela de algodón. Le pareció extrañamente familiar. El carácter vacilante de los caracteres parecía una treta, pero la mano tenía una inconfundible cualidad femenina. “¿Quién y cuándo te lo dio?”

“Llegó el día que exigí al médico que examinara a mi hija. Me temo que sólo conseguí causarle problemas, pero después esto estaba junto a la ventana. Estaba atado a una rama de rododendro.”

Jinshi recordó la conmoción de aquel día. ¿Alguien entre la multitud había notado algo, percibido una anomalía, y había dejado una palabra de advertencia? ¿Pero quién? “Ningún médico de palacio recurriría a métodos tan tortuosos.” Se dijo.

“Estoy de acuerdo. Y los nuestros nunca parecieron saber cómo tratar al príncipe.”

Todo aquel alboroto. Pensándolo bien, Jinshi recordó a una sirvienta que parecía distanciada de los demás. Había estado hablando sola. ¿Qué era lo que había estado diciendo?

“Necesito algo para escribir.”

Jinshi sintió que las piezas encajaban. Empezó a reírse entre dientes. “Consorte Gyokuyou, si encontrara a la autora de este mensaje, ¿qué haría con ella?”

“Se lo agradecería profusamente. Le debo la vida de mi hija.” Dijo la consorte, con los ojos brillantes. Ah, así que estaba deseando descubrir a su benefactora.

“Muy bien. Tal vez me permita quedarme con esto por un tiempo.”

“Espero con impaciencia lo que puedas descubrir.” Gyokuyou miró feliz a Jinshi. Él le devolvió la sonrisa y recogió el frasco de polvos faciales y el paño con el mensaje. Buscó en su memoria algún paño que se pareciera a este.

“Está lejos de mí decepcionar a la dama favorita de Su Majestad.” La sonrisa de Jinshi tenía toda la inocencia de un niño en busca de un tesoro.

Capítulo 4:

La sonrisa de la ninfa

Maomao se enteró del fallecimiento del príncipe cuando se distribuyeron fajas negras de luto en la cena. Las mujeres las llevarían durante siete días para demostrar su dolor. Pero lo que más le hizo fruncir el ceño fue el anuncio de que su ración de carne, ya de por sí escasa, se suprimiría por completo mientras durase el luto. Las sirvientas comían dos veces al día, principalmente mijo y sopa, con alguna verdura ocasional. Era suficiente para la menuda Maomao, pero a muchas de ellas no les llenaba.

Había muchos tipos de mujeres entre esta clase inferior de sirvientas. Algunas procedían de familias campesinas, otras eran chicas de ciudad y, aunque poco frecuentes, unas pocas eran hijas de funcionarios. Las hijas de la burocracia podían esperar un poco más de respeto, pero aun así, el trabajo que se asignaba a una mujer dependía de sus propios logros. Una muchacha que no supiera leer ni escribir no podía, desde luego, esperar convertirse en consorte con cámara propia. Ser consorte era un *trabajo*. Incluso recibías un salario.

Supongo que al final no importaba.

Maomao era consciente de lo que había matado al joven príncipe. Fue el uso liberal de polvos blancos por parte de la Consorte Lihua y sus sirvientas para cubrirse la cara. Ese polvo era tan caro que la

ciudadana media no podía esperar usarlo ni un solo día de su vida. Sin embargo, algunas de las damas más establecidas en el burdel lo habían tenido. Algunas de ellas ganaban más dinero en una sola noche que un granjero en toda su vida, y podían permitirse su propio maquillaje. Otras lo recibían como un regalo caro.

Las mujeres se cubrían con él desde la cara hasta el cuello y les corroía el cuerpo. Algunas morían. El padre de Maomao les había advertido que dejaran de usarlo, pero no le hicieron caso. Maomao, que asistía al lado de su padre, había presenciado con sus propios ojos cómo varias cortesanas se consumían y morían. Habían sopesado sus vidas con su belleza, y al final habían perdido ambas.

Por eso Maomao había roto un par de ramas, garabateado un breve mensaje para cada una de las consortes y se los había dejado. No es que esperara que hicieran caso a la advertencia de una sirvienta que no tenía ni papel ni pincel en sus manos.

Cuando terminó el periodo de luto y desaparecieron los fajines negros, empezó a oír rumores sobre la Consorte Gyokuyou. La gente decía que, tras la pérdida del príncipe, el Emperador, enfermo del corazón, había empezado a consolarse con Gyokuyou y su hija superviviente. Pero a la Consorte Lihua, que había perdido a su hijo igual que él, ni se molestó a voltear a verla.

Qué conveniente para él. Maomao terminó su cuenco de sopa — hoy provisto del más pequeño trozo de pescado—, limpió sus utensilios y se dirigió al trabajo.

“¿Una citación, señor?” Maomao llevaba un cesto de ropa sucia cuando la detuvo un eunuco, que le dijo que se presentara en el despacho de la matrona de las sirvientas.

La Oficina de Mujeres al Servicio era una de las tres grandes divisiones de servicio en el palacio posterior, y englobaba la responsabilidad de las sirvientas de menor rango. Las otras dos divisiones eran la Oficina del Interior, que se ocupaba de las consortes, y el Departamento de Servicio Doméstico, al que estaban adscritos los eunucos.

¿Qué querrá de mí? Se preguntó Maomao. El eunuco también hablaba con otras sirvientas cercanas. Fuera lo que fuese, no se trataba sólo de Maomao. Debían de necesitar más manos para alguna tarea, razonó. Dejó la cesta fuera de su habitación y siguió al eunuco.

El edificio de la matrona de las sirvientas estaba situado justo a un lado de la puerta principal, una de las cuatro puertas que separaban el palacio posterior del mundo exterior. Cuando el Emperador visitaba a sus damas, esta era la entrada por la que pasaba.

A pesar de estar allí por una citación oficial, Maomao no se sentía a gusto en el lugar. Aunque era algo deslucida en comparación con la sede de la Oficina del Interior, situada al lado, seguía siendo notablemente más ornamentada que las residencias de las consortes de

nivel medio. La barandilla estaba trabajada con tallas elaboradas, y dragones de colores brillantes trepaban por los pilares bermellón.

Al entrar, Maomao quedó menos impresionada de lo que esperaba: el único mobiliario de la sala era un gran escritorio. Además de ella, había unas diez sirvientas que parecían animadas por la ansiedad, la expectación y una extraña especie de excitación.

“Muy bien, gracias. Las demás pueden irse a casa.” Dijo el eunuco.

¿Eh? Maomao no se sintió nada bien al ser señalada de esa manera. Entró sola en la habitación contigua mientras las demás mujeres se marchaban con miradas suspicaces en su dirección.

Incluso para la cámara de un funcionario designado, era un espacio grande. Maomao miró a su alrededor, intrigada, y se dio cuenta de que todas las sirvientas de la sala miraban en una dirección concreta. Sentada discretamente en un rincón había una mujer, atendida por un eunuco, y no muy lejos otra mujer algo mayor. Maomao recordaba que la mujer de mediana edad era la matrona de las sirvientas, pero a la dama de aspecto altivo no la reconoció.

¿Eh? Ahora se dio cuenta de que los hombros de aquella persona eran bastante anchos para ser una mujer, y su vestido era muy sencillo. Llevaba el cabello recogido con una especie de pañuelo y el resto le caía en cascada por detrás. ¿Es un hombre?

Estaba observando a las sirvientas con una sonrisa tan suave y gentil como la de una ninfa celestial. Incluso la matrona se ruborizaba

como una niña. De repente, Maomao comprendió el rubor en las mejillas de todas. Este tenía que ser el inmensamente bello eunuco del que tanto había oído hablar. Tenía el cabello fino como la seda, una presencia casi líquida, ojos almendrados y cejas que evocaban ramas de sauce. Ni una ninfa celestial en un pergamino hubiera podido competir con él en belleza.

Qué desperdicio, pensó Maomao, sin ruborizarse lo más mínimo. Los hombres del palacio posterior eran todos eunucos, privados de su capacidad reproductiva. Ahora carecían del equipo necesario para tener hijos. Precisamente, lo hermosa que habría sido la descendencia de este hombre quedaría para la imaginación.

Justo cuando Maomao pensaba (con no poca impertinencia) que aquella belleza casi inhumana podría atrapar incluso las atenciones de Su Majestad, el eunuco se levantó con un movimiento fluido. Se acercó a un escritorio, tomó un pincel y empezó a escribir con elegantes movimientos de la mano y el brazo. Luego, con una sonrisa tan dulce como la ambrosía, mostró su obra a las mujeres.

Maomao se quedó helada.

Tú, la de las pecas, decía. *Quédate aquí.*

Eso, al menos, era lo esencial. El bello hombre debió de percatarse de la reacción de Maomao, porque le dirigió su más completa sonrisa. Volvió a enrollar el papel y dio dos palmadas. “Hemos terminado aquí por hoy. Todas pueden volver a sus habitaciones.”

Las mujeres, con abundantes miradas de decepción por encima del hombro, salieron de la habitación. Nunca sabrían lo que había escrito la ninfa en su papel.

Maomao las observó marcharse y, al cabo de un momento, se le ocurrió que todas eran mujeres menudas con pecas prominentes. Pero no habían hecho caso del pergamino, lo que debía significar que no sabían leer.

El mensaje no era sólo para Maomao. Se dispuso a salir de la habitación con las demás, pero sintió que le ponían una mano en el hombro. Con mucho miedo y temblor, se dio la vuelta para encontrarse con la sonrisa casi cegadora del hombre ninfa.

“Vamos, vamos, no debes hacer eso.” Dijo. “Quiero que te quedes aquí.”

Esa sonrisa —tan audaz, tan brillante—, no aceptaba un no por respuesta.

Capítulo 5:

Asistente

“Muy interesante. Me dieron a entender que no sabías leer.” Dijo el bello eunuco lenta y deliberadamente. Maomao lo siguió con incomodidad mientras caminaba.

“No, señor. Soy de baja cuna. Debe haber algún error.”

¿Quién demonios me enseñaría a mí? Pensó, pero difícilmente habría pronunciado esas palabras si hubiera estado bajo tortura. Maomao estaba decidida a actuar con la mayor ignorancia posible. Tal vez su lenguaje fuera un poco raro, pero ¿qué podía hacer ella al respecto? De alguien de origen tan mezquino no podía esperarse nada mejor.

A las sirvientas de menor rango se las trataba de forma diferente dependiendo de si sabían leer o no. Tanto las que sabían leer como las que no, cada una tenía su utilidad, pero si una sabía leer pero fingía ignorancia, esa era la manera de caminar por la delgada línea del medio.

El hermoso eunuco se presentó como Jinshi. Su hermosa sonrisa sugería que no haría daño ni a una pulga, pero Maomao sintió algo sospechoso tras ella. ¿Cómo si no podía pincharla tan despiadadamente? Jinshi le había dicho a Maomao que guardara

silencio y lo siguiera. Y así llegaron a este momento. Maomao era consciente de que, como sirvienta sin importancia, contrariar a Jinshi podría ser lo último que hiciera en su vida, así que había hecho obedientemente lo que él le había dicho. Estaba ocupada calculando lo que podría ocurrir a continuación, y cómo lo afrontaría.

No es que no pudiera adivinar lo que podría haber inspirado a Jinshi a convocarla; lo que seguía siendo un misterio era cómo lo había averiguado. El mensaje que había entregado a la consorte.

En la mano de Jinshi colgaba un trozo de tela con afectada despreocupación. Estaba adornado con caracteres desordenados. Maomao no había dicho a nadie que supiera escribir, y tampoco había dicho nada sobre su formación como apotecaria y sus conocimientos sobre venenos. Nunca podría haberla rastreado por su letra. Pensó que se había asegurado de que no hubiera nadie cerca cuando entregó el mensaje, pero quizá se le había escapado algo, alguien la había visto. El testigo debe haber informado de una sirvienta menuda con pecas.

Sin duda, Jinshi había empezado por sondear a todas las chicas que sabían escribir, recogiendo muestras de su caligrafía. Uno podía intentar parecer menos competente con el pincel de lo que era, pero los signos reveladores y las características identificativas permanecerían. Cuando esa búsqueda hubiera sido en vano, se habría dirigido a las chicas que no sabían escribir.

Viejo intrigante. Tienes demasiado tiempo en sus manos...

Mientras Maomao tenía estos pensamientos poco caritativos, llegaron a su destino. Era, como ella podría haber esperado, el pabellón de la Consorte Gyokuyou. Jinshi llamó a la puerta y una plácida voz respondió: “Pasen.”

Así lo hicieron. Dentro descubrieron a una hermosa mujer pelirroja que acunaba amorosamente a un bebé de rizos. La niña tenía las mejillas sonrosadas y la piel del mismo tono pálido que la de su madre. Era la viva imagen de la salud mientras dormitaba dulcemente en los brazos de la consorte.

“He traído al que deseabais ver, milady.” Jinshi ya no hablaba de la manera jocosa de antes, sino que se comportaba con perfecta gravedad.

“Gracias por las molestias.” Gyokuyou sonrió, una sonrisa más cálida que la de Jinshi, e inclinó la cabeza hacia Maomao.

Maomao la miró con sorpresa. “No poseo ninguna posición que justifique tal reconocimiento, milady.” Eligió sus palabras con cuidado, tratando de no ofender. Aunque, al no haber nacido en una vida en la que tales cuidados fueran necesarios, no estaba segura de estar haciéndolo bien.

“Oh, pero la estas. Y haré mucho más que esto para mostrar mi gratitud hacia ti, la salvadora de mi hija.”

“Estoy segura de que ha habido algún malentendido. Quizá te has equivocado de persona.” Dijo Maomao. Sintió que le entraba un sudor frío: estaba siendo educada, pero aun así estaba contradiciendo a una

consorte imperial. Deseaba que su cabeza siguiera pegada a sus hombros, pero no deseaba formar parte de nada que implicara a gente como esta, ser obligada a prestar cualquier tipo de servicio a cualquier noble o miembro de la realeza.

Jinshi, atento a la preocupación en el rostro de Gyokuyou, mostró la tela a Maomao con una floritura. “¿Eres consciente de que este es el material utilizado en la ropa de trabajo de las criadas?”

“Ahora que lo menciona, señor, veo el parecido.” Se haría la estúpida hasta el amargo final. Aunque sabía que era inútil.

“Es más que un parecido. Esto viene del uniforme de una chica relacionada con el *shang* de los asuntos de sastrería.”

El personal de servicio de palacio se agrupaba en seis *shang*, u oficinas principales de empleo. El *shang fu*, o Servicio de Vestuario, se ocupaba de la dispensación de ropa, y era a este grupo al que pertenecía Maomao, encargada en gran parte de lavar la ropa. La falda sin blanquear que llevaba coincidía con el color de la tela que tenía en las manos Jinshi. Si alguien inspeccionara su falda, encontraría una costura inusual, escondida cuidadosamente en el interior.

En otras palabras, la prueba estaba ante ellos. Maomao dudaba que Jinshi hiciera algo tan descortés como comprobarlo por sí mismo delante de la Consorte Gyokuyou, pero no podía estar segura. Decidió que era mejor confesar antes de que la humillaran públicamente.

“¿Qué es exactamente lo que ambos quieren de mí?” Preguntó.

Los dos se miraron, aparentemente tomándolo como una confirmación. Ambos tenían la más dulce de las sonrisas en sus rostros. El único sonido en la habitación era la respiración susurrante de la niña dormida y, casi con la misma suavidad, los suspiros de Maomao.

Al día siguiente, Maomao se vio obligada a recoger sus escasas pertenencias. Xiaolan y todas las demás mujeres que compartían habitación con ella estaban celosas y no paraban de preguntarle cómo había sucedido todo aquello. Maomao sólo podía esbozar su sonrisa más tensa y fingir que no era para tanto.

Maomao iba a ser dama de compañía de la consorte favorita del Emperador.

En una palabra, había triunfado.

Capítulo 6:

Catadora de venenos

A Jinshi le pareció un giro de lo más agradable. La inusual chica que había descubierto por pura casualidad le ayudaría ahora a resolver uno de sus muchos problemas.

Gyokuyou, la consorte favorita del Emperador, estaba atendida por cuatro damas de compañía. Eso podría ser suficiente para una concubina de poca monta, pero para una consorte de alto rango como Gyokuyou, parecía demasiado poco. Las damas de compañía, sin embargo, insistían en que ellas cuatro eran perfectamente suficientes para ocuparse de todo lo que había que hacer, y la propia Gyokuyou no parecía inclinada a presionar para que hubiera más sirvientas.

Jinshi comprendía bien por qué era así. La Consorte Gyokuyou era una persona alegre y, en general, tranquila, pero también inteligente y precavida. En el jardín de mujeres que era el palacio posterior, una mujer que recibía el favor imperial y no sospechaba de los demás corría un peligro mortal. De hecho, Gyokuyou ya había sufrido varios atentados contra su vida. Sobre todo, cuando se quedó embarazada de la niña que se convertiría en la princesa Lingli.

Y así, aunque al principio había tenido diez damas de compañía, ahora contaba con menos de la mitad. Normalmente, una dama sólo traía consigo a sus propias sirvientas cuando recién llegaba por al

palacio posterior, pero Gyokuyou había recurrido a un privilegio especial para traer a aquella niñera. Nunca aceptaría como dama de compañía a una sirvienta anónima de algún rincón remoto del palacio posterior. Pero tenía que pensar en su posición como alta consorte. Seguramente podría aceptar al menos a una mujer más.

Y aquí era donde entraba en juego la chica pecosa. Había salvado a la hija de Gyokuyou; seguramente la consorte no le tendría aversión. Además, la chica sabía algo sobre venenos. Eso mismo ya podía ser útil. Siempre cabía la posibilidad de que aquella pecosa pusiera sus conocimientos al servicio del mal, pero si intentaba algo, simplemente tendrían que arrinconarla en algún lugar donde no pudiera hacer nada dañino. Todo era tan sencillo.

Si todo lo demás fallaba, pensó Jinshi con una sonrisa, siempre podía usar sus encantos. Sí, le parecía tan repugnante como a los demás que estuviera tan dispuesto a aprovecharse de su belleza etérea. Pero no tenía intención de cambiar de aires. De hecho, su aspecto era lo que daba a Jinshi su valor en la vida.



Cuando una se convertía en sirvienta asignada a una señora concreta, y en dama de compañía de la consorte favorita del Emperador, descubría que su trato mejoraba. Maomao, que hasta entonces había estado en el escalafón más bajo de la jerarquía palaciega, se encontró de repente en un escalafón intermedio. Le dijeron que su salario aumentaría considerablemente, aunque el veinte por ciento de lo que

ganaba iba a su “familia”, es decir, a los mercaderes que la habían vendido a esta vida. Un acuerdo desagradable, en su opinión. Un sistema creado para que funcionarios codiciosos pudieran llenarse los bolsillos.

También le dieron su propia habitación, estrecha, pero muy distinta de los hacinados alojamientos que había compartido en el pasado. De una mísera estera de juncos y una sola sábana, ahora tenía una cama de verdad. Es cierto que ocupaba la mitad de la habitación, pero Maomao estaba francamente contenta de poder levantarse por la mañana sin pisar a sus compañeras.

También tenía un motivo más de celebración, aunque no lo sabría hasta más tarde.

En el Pabellón de Jade, donde vivía Gyokuyou, había otras cuatro damas de compañía además de Maomao. Hace no mucho habían despedido a una niñera, supuestamente porque la princesa empezaba a ser destetada, pero Maomao creía intuir la verdadera razón. Era un número terriblemente reducido de mujeres, teniendo en cuenta que la Consorte Lihua contaba con más de diez damas de compañía. Las damas de Gyokuyou se sintieron más que sorprendidas al descubrir que una de las personas menos importantes del palacio había sido ascendida de repente a su colega, pero nunca acosaron a Maomao de la forma que ella medio había esperado. En todo caso, parecían simpatizar con ella.

¿Pero por qué? Pensó.

Pronto lo averiguaría.

Ante ella se colocó una comida de palacio, repleta de ingredientes a los que tradicionalmente se atribuyen beneficios medicinales. Una a una, Hongniang, la jefa de las damas de compañía de Gyokuyou, tomaba muestras y las ponía en platitos, colocándolos delante de Maomao. Gyokuyou observó la escena con aire de disculpa, pero no dio ninguna señal de que fuera a detener lo que estaba ocurriendo. Las otras tres damas de compañía también observaron con ojos compasivos.

El lugar era la habitación de Gyokuyou. Estaba decorada al más alto estilo, y era donde la consorte comía todas sus comidas. Antes de que la comida llegara a ella, pasaría por las manos de muchos otros, y siendo la favorita del Emperador, le correspondía considerar la posibilidad de que una o más de esas manos intentaran envenenar el producto.

Por eso era necesario un catador de alimentos. Todos estaban nerviosos por lo que le había ocurrido al joven príncipe. Corrían rumores de que la princesa podría haber enfermado por el mismo veneno por el que murió el infante. Las damas de honor no habían sido informadas de qué sustancia tóxica se había descubierto finalmente, por lo que, comprensiblemente, estaban paranoicas ante la posibilidad de que estuviera en cualquier cosa.

No habría sido extraño que consideraran a la humilde sirvienta enviada en ese momento, específicamente para ser catadora de alimentos, como nada más que un peón desechable. Maomao estaba encargada no sólo de probar las comidas de la Consorte Gyokuyou, sino también las que se le servían a la princesa. En las ocasiones en que Su Majestad estaba presente, también era responsable de probar los lujosos manjares que se le ofrecían.

Después de que se descubriera que Gyokuyou estaba embarazada, Maomao tuvo entendido que se habían producido dos intentos de envenenamiento. En uno de ellos, el degustador había salido ileso, pero otro había sido víctima de una toxina nerviosa que le había dejado los brazos y las piernas paralizados. Las demás damas de compañía habían tenido que comprobar ellas mismas la comida, con mucho miedo y temblores, por lo que francamente debían estar agradecidas por la llegada de Maomao.

Maomao frunció el ceño mientras miraba el plato que tenía delante. Era de cerámica.

Si tanto miedo les da el veneno, deberían usar plata. Tomó el trocito de verdura en escabeche con los palillos y lo miró críticamente. Lo olió. Luego se lo puso en la lengua, comprobando si le producía una sensación de hormigueo antes de tragarlo.

No creo que esté realmente cualificada para catar venenos, reflexionó. Los agentes de acción rápida eran una cosa, pero con respecto a las toxinas más lentas esperaba ser algo inútil. En nombre

de la ciencia, Maomao había acostumbrado su cuerpo a una variedad de venenos mediante una exposición gradual, y sospechaba que quedaban pocos que pudieran tener un efecto grave sobre ella. Esto no formaba parte de su trabajo como apotecaria, sino que era una forma de satisfacer su curiosidad intelectual. En Occidente, según había oído, tenían un nombre para los investigadores que hacían cosas que no tenían sentido para la gente: científicos locos. Incluso su padre, que le había enseñado el oficio de apotecario, se exasperaba con sus pequeños experimentos.

Cuando comprobó que no había efectos físicos adversos y que no había detectado ningún veneno conocido, la comida pudo llegar finalmente a la Consorte Gyokuyou.

Después vendrían las comidas para bebé sin sabor.

“Creo que lo mejor sería cambiar los platos por unos de plata.” Le dijo a Hongniang con la mayor rotundidad posible. La habían llamado a la habitación de Hongniang para que presentara un informe sobre su primer día de trabajo. Los aposentos de la jefa eran generosos en tamaño, pero no estaban adornados con objetos frívolos, lo que denotaba la tendencia práctica de Hongniang.

Hongniang, una atractiva mujer de cabello negro que no llegaba a los treinta años, dejó escapar un suspiro. “Jinshi realmente lo tenía todo pensado.” Confesó con cierto disgusto que habían prescindido deliberadamente de la vajilla de plata por indicación del eunuco.

Maomao tenía la clara sospecha de que también había sido Jinshi quien había ordenado que la nombraran catadora de comida. Se esforzó por no dejar que su expresión, ya de por sí fría, se convirtiera en una de franca repugnancia mientras escuchaba hablar a Hongniang. “No sé por qué decidiste ocultar tus conocimientos, pero es sorprendente que sepas tanto sobre venenos y medicinas. Si les hubieras dicho desde el principio que sabías escribir, habrías conseguido mucho más dinero.”

“Mis conocimientos provienen de mi vocación: era apotecaria. Hasta que fui secuestrada y vendida a este lugar. Mis secuestradores reciben una parte de mi salario incluso ahora. Pensarlo me revuelve el estómago.” A Maomao se le pusieron los pelos de punta y se precipitó en sus palabras, pero la jefa de las damas de compañía no la reprendió.

“Quieres decir que estabas dispuesta a aguantar recibir menos de lo que valías para asegurarte de que ellos tuvieran una copa menos de vino cuando estuviesen de juerga.” Al parecer, Hongniang era más que perspicaz para comprender los motivos de Maomao. Maomao se sintió simplemente aliviada de que Hongniang no la hubiera regañado por lo que había dicho. “Por no hablar de que las mujeres sin distinción especial sirven un par de años y luego siguen su camino. Hay muchas sustitutas por ahí.”

No tenía por qué entenderlo tan bien.

Hongniang tomó una jarra de la mesa y se la dio a Maomao. “¿Qué es esto?” Preguntó Maomao, pero casi tan pronto como las palabras salían de su boca, un dolor le atravesó la muñeca. Dejó caer la jarra al

suelo, conmocionada. Una gran grieta atravesó el recipiente de cerámica.

“Oh, santo cielo, es una pieza de cerámica bastante cara. Desde luego, no es algo que pueda permitirse una simple dama de compañía. Ya no podrás enviar remesas a tu familia con eso colgando sobre tu cabeza; de hecho, probablemente deberíamos *pasarles* la factura.”

Maomao comprendió de inmediato lo que Hongniang decía y una leve sonrisa irónica se dibujó en su rostro inexpresivo. “Mis más sinceras disculpas.” Dijo. “Por favor, dedúzcalo de la cantidad de mi salario que se envía a casa cada mes. Y si no es suficiente, por todos los medios, tómelo también de mi parte.”

“Gracias, me aseguraré de que la matrona de las sirvientas lo sepa. Y una cosa más.” Hongniang volvió a dejar la jarra rota sobre la mesa antes de sacar un rollo de listones de madera de un cajón y escribir en él con trazos rápidos y cortos. “Esto detalla tu salario adicional como catadora de comida. Paga de riesgo, podría llamarse.”

La cantidad era casi igual a la que Maomao recibía en ese momento. Y en la medida en que no se tomaría nada de ella para pagar a sus captores, Maomao salía ganando.

Esta mujer sí que sabe usar la zanahoria, pensó mientras hacía una profunda reverencia y abandonaba la sala.

Capítulo 7:

Sucursal

Las cuatro damas de compañía que siempre habían atendido a la Consorte Gyokuyou eran excepcionalmente trabajadoras. Es cierto que el Pabellón de Jade no era el lugar más grande, pero ellas cuatro solas lo mantenían limpio y ordenado. Las sirvientas del *shangqin* —el Servicio de Limpieza, las encargadas de mantener limpias las habitaciones— venían a veces, pero en general las cuatro damas de compañía se encargaban ellas mismas de la limpieza y el orden. Eso no era, que conste, algo que hicieran normalmente las damas de compañía.

Todo esto significaba que la nueva chica, Maomao, tenía poco que hacer aparte de probar la comida. Además de Hongniang, ninguna de las otras damas de compañía le pidió a Maomao que hiciera nada. Puede que se sintieran mal por haberle tocado el trabajo más desagradable, o puede que simplemente no quisieran que se entrometiera en su territorio. Fuera cual fuera la razón, incluso cuando Maomao se ofrecía a ayudar, la rechazaban amablemente con un “Oh, no te preocupes” y la instaban a volver a su habitación.

¿Cómo se supone que voy a instalarme aquí?

Encerrada en su habitación, era convocada dos veces al día a las comidas, una vez al té de la tarde, y cada pocos días a probar uno de

los suntuosos banquetes que se ofrecían cuando el Emperador venía de visita. Eso era todo. Hongniang tenía la amabilidad de intentar encontrar pequeñas tareas para Maomao, pero nunca eran difíciles y no la ocupaban mucho tiempo.

Además de sus tareas de degustación, sus comidas eran cada vez más elaboradas. Se ofrecían dulces durante el té y, cuando sobraban, se enviaban a Maomao. Y como ya no trabajaba como una hormiga como antes, todos esos nutrientes extra iban a parar a la carne.

Me siento como una especie de ganado.

Su nuevo nombramiento como catadora de alimentos había traído consigo otra cosa que no le gustaba a Maomao. Siempre había sido bastante delgada, pero eso significaba que si un veneno la hacía consumirse, sería difícil de detectar. Además, la dosis de cualquier toxina que pudiera ser mortal era proporcional al tamaño del cuerpo. Un poco de peso extra podría mejorar sus posibilidades de supervivencia.

En la mente de Maomao, no había forma de que se le escapara un veneno tan potente como para hacer que se consumiera, y mientras tanto confiaba en que podría sobrevivir a una dosis normalmente mortal de muchas toxinas. Pero nadie a su alrededor parecía compartir su optimismo. Sólo veían a una niña pequeña y delicada a la que trataban como a un peón desechable, y se compadecían de ella por ello. Y por eso la atiborraban a sopa de arroz incluso después de que estuviera llena, y siempre le daban una ración extra de verduras.

Me recuerdan a las chicas de los burdeles. Maomao podía ser fría, reticente y poco sentimental, pero por alguna razón las mujeres siempre la habían adorado. Siempre tenían una golosina extra o algo para que comiera.

Aunque Maomao no se diera cuenta, había una razón por la que la gente la miraba con buenos ojos. A lo largo de su brazo izquierdo había una colección de cicatrices. Cortes, puñaladas, quemaduras y lo que parecían ser repetidos pinchazos con una aguja. Es decir, para los demás, Maomao parecía una chica menuda y delgada con heridas en el brazo. A menudo llevaba los brazos vendados, a veces tenía la cara pálida y de vez en cuando se desmayaba. La gente simplemente asumía, con una lágrima en los ojos, que su frialdad y reticencia eran el resultado natural del trato que había sufrido hasta ese momento de su vida. Habían abusado de ella, estaban seguros, pero se equivocaban.

Maomao se lo había hecho todo a sí misma.

Lo que más le interesaba era descubrir de primera mano los efectos de diversos medicamentos, analgésicos y otros brebajes. Tomaba pequeñas dosis de veneno para acostumbrarse a ellos y se había dejado morder por serpientes venenosas. Y en cuanto a los desmayos, no siempre tomaba la dosis correcta. También por eso las heridas se concentraban en su brazo izquierdo: era preferible a su extremidad dominante, la derecha.

Nada de esto surgió de una inclinación masoquista al dolor, sino que fue alimentado enteramente por los intereses de una niña cuya

curiosidad intelectual se inclinaba demasiado en la dirección de las medicinas y los venenos. Había sido la carga de su padre lidiar con ella durante toda su vida. Sí, había sido él quien había enseñado a Maomao las letras y quien la había instruido en medicina, con la esperanza de que viera un camino en la vida que no fuera la prostitución, aunque se había visto obligado a criarla en el barrio rojo y sus alrededores. Cuando se dio cuenta de que tenía entre manos a una estudiante demasiado apta, ya era demasiado tarde, y las calumnias sobre él ya habían empezado a extenderse. Hubo unos pocos que lo entendieron, sólo unos pocos; pero la mayoría dirigió al padre de Maomao miradas frías y duras. Ni por un momento imaginaron que una chica de su edad pudiera autolesionarse en nombre de la experimentación.

Y así la historia parecía estar completa: después de sufrir largos abusos a manos de su padre, esta pobre niña había sido vendida al palacio posterior, donde ahora iba a ser sacrificada para descubrir veneno en la comida de la consorte. Una historia muy triste.

Y cuyo final la protagonista desconocía por completo.

A este paso me voy a convertir en una cerda. En el momento en que Maomao empezaba a preocuparse por esta posibilidad, sus males se vieron agravados por la llegada de un visitante de lo más inoportuno.

“Es bastante tarde para ti.” Dijo la Consorte Gyokuyou cuando un recién llegado entró en la habitación.

Se trataba del eunuco con aspecto de ninfa, esta vez acompañado de uno de sus compañeros. Evidentemente, el hermoso joven hacía rondas rutinarias por los aposentos de las consortes superiores. Maomao probó los dulces que el compañero había traído para descartar la presencia de venenos y luego se retiró discretamente detrás de la Consorte Gyokuyou, que estaba recostada en un diván. Maomao sustituía a Hongniang, que había ido a cambiarle el pañal a la princesa. Estos hombres eran eunucos, pero no se les permitía una audiencia con la consorte sin la presencia de una dama de compañía.

“Sí, han llegado noticias de que la tribu bárbara ha sido sometida con éxito.”

“¿En serio? ¿Y qué saldrá de ello?” Los ojos de Gyokuyou brillaban de curiosidad; este tema era más que suficiente para excitar el interés de un pájaro atrapado en la jaula que era el palacio posterior. Aunque era la favorita del Emperador, Gyokuyou también era aún joven, no más de un par o tres de años mayor que la propia Maomao, según entendía esta.

“No estoy seguro de que sea apropiado discutirlo delante de una dama como usted...”

“No estaría aquí si no pudiera soportar tanto lo bello como lo terrible de este mundo.” Dijo Gyokuyou con valentía.

Jinshi observó a Maomao, una mirada apreciativa que desapareció rápidamente. Insistió en que el tema no tenía nada de interesante, pero procedió a hablar del mundo fuera de la jaula.



Unos días antes, una banda de guerreros había sido enviada al exterior, ante la información de que una tribu estaba tramando de nuevo un mal. Este país era en gran medida pacífico, pero asuntos como este a veces empañaban su tranquilidad.

Los guerreros hicieron retroceder con éxito a los exploradores bárbaros que se habían aventurado en el territorio, sin apenas bajas que lamentar. Los problemas empezaron de camino a casa. La comida del campamento estaba en mal estado y casi una docena de hombres se intoxicaron. Muchos más estaban profundamente desmoralizados. Habían obtenido las provisiones en una aldea cercana justo antes de entrar en contacto con los bárbaros. Las aldeas de esa zona técnicamente formaban parte de la nación de Maomao, pero históricamente no carecían de vínculos con las tribus bárbaras.

Uno de los soldados, armado, detuvo al jefe de la aldea. Varios aldeanos que intentaron resistirse fueron asesinados en el acto por conspirar con los bárbaros. El resto de los aldeanos conocerían su destino después de que se determinara qué ocurriría con su jefe.



Cuando Jinshi hubo hecho este resumen de los acontecimientos, bebió un sorbo de té.

Qué barbaridad. Maomao quería agarrarse la cabeza con las manos. Deseó no haber oído nunca aquella historia. Había tantas cosas

en el mundo que uno sería más feliz sin saberlas. El eunuco vio su ceño fruncido y volvió su fino semblante hacia ella.

A mí no me mires.

Ah, si tan sólo los deseos se cumpliesen.

Los labios de Jinshi formaron un suave arco al observar la expresión de Maomao. Casi parecía estar poniéndola a prueba con su sonrisa. “¿Tienes algo en mente?”

La pregunta era equivalente a una orden de decir algo, así que tuvo que encontrar algo que decir.

¿Siquiera importará? Se preguntó. Pero una cosa era segura: si no decía nada, al menos un pueblo desaparecería del mapa de la frontera.

“Sólo te ofrezco mi opinión personal.” Dijo Maomao, y tomó una rama de un jarrón cercano en el que se habían colocado algunas flores. Esta rama, que no tenía flores, era de un rododendro. El mismo tipo de rama en el que Maomao había dejado su mensaje. Arrancó una hoja y se la metió en la boca.

“¿Es sabroso?” Preguntó la Consorte Gyokuyou, pero Maomao negó con la cabeza.

“No, señora. Tocarlo puede inducir náuseas y dificultad para respirar.”

“Y, sin embargo, te lo acabas de meter en la boca.” Dijo Jinshi con una mirada inquisitiva.

“No te preocupes.” Dijo Maomao al eunuco, dejando la rama sobre la mesa. “Pero verás, incluso aquí, en los terrenos del palacio posterior, hay plantas venenosas. El veneno del rododendro está en las hojas, pero otras contienen sus toxinas en las ramas o en las raíces. Algunas liberan veneno si las quemas.” Maomao sospechaba que estas pistas bastarían para guiar a los eunucos y a la astuta Gyokuyou hacia donde ella quería. A pesar de dudar de que fuera necesario continuar, lo hizo: “Cuando acampan, los soldados fabrican sus palillos y hogueras con materiales locales, ¿no es así?”

“Ah.” Dijo Jinshi.

“Es por eso...” Añadió Gyokuyou.

Significaría que los aldeanos habían sido castigados injustamente.

Maomao observó cómo Jinshi se frotaba la barbilla pensativo.

No sé cuán importante es este Jinshi...

Pero esperaba que él pudiera ayudar de alguna manera, por pequeña que fuera su intervención. Hongniang regresó con la princesa Lingli, y Maomao salió de la habitación.

Capítulo 8:

Poción de amor

Allí estaba el joven, con su belleza inhumana y su perpetua sonrisa divina. Incluso la forma en que se sentaba en el sofá tapizado de tela del salón era elegante.

¿Qué quiere hoy? Pensó Maomao. Su frío distanciamiento no fue compartido por las tres damas de compañía, que se sonrojaron y se apresuraron a preparar el té para el invitado. Maomao podía oírlos discutir en la habitación contigua sobre quién tendría el honor de prepararlo. Finalmente, una exasperada Hongniang preparó ella misma la bebida, enviando a las otras tres damas de vuelta a sus habitaciones. Iban con los hombros caídos, la viva imagen del abatimiento.

Maomao, la catadora, tomó la taza de té plateada y la olió con delicadeza antes de beber un sorbo. Jinshi la había estado observando todo el tiempo, y eso la puso inquieta. Entrecerró los ojos para no tener que mirarle a los ojos. La mayoría de las jóvenes se habrían sentido satisfechas de recibir la atención de un hombre tan fino, aunque fuera un eunuco. Pero no Maomao. Ella no compartía mucho los intereses del común de la gente, así que aunque reconocía intelectualmente que Jinshi era intensamente bello, seguía mirándolo de soslayo.

“Alguien me ha dado unas golosinas. ¿Serías tan amable de probarlas tú también?”

Jinshi indicó una cesta llena de *baozi*. Maomao tomó uno de los bollos y lo abrió, descubriendo un relleno de carne picada y verduras. Lo olfateó; tenía un ligero olor medicinal que reconoció. Era igual que el estimulante del otro día.

“Un afrodisíaco.” Dijo.

“¿Puedes decirlo sin probarlo?”

“No es algo dañino. Adelante, llévatelos a casa. Disfrútalos.”

“No creo que pudiera, sabiendo de quién vienen.”

“En efecto. Creo que esta noche tendrás visita.” Maomao se aseguró de sonar totalmente indiferente. Jinshi, que claramente no había esperado esta reacción, parecía perdido. Tuvo suerte de que ella no lo mirara como un gusano. ¡Darle a probar un bollo sabiendo que contenía un afrodisíaco!

Quedaba por saber *quién* le había dado el *baozi*. La Consorte Gyokuyou rio al escuchar su conversación, su voz como el tintineo de una campana. La princesa Lingli dormía plácidamente a sus pies.

Maomao hizo una reverencia y se dispuso a abandonar la sala.

“Un momento, por favor.”

“¿Necesita algo más, señor?”

Jinshi y Gyokuyou compartieron una mirada y luego asintieron. Parecía que ya habían hablado de lo que estaba ocurriendo... y tenía que ver con Maomao.

“Tal vez podrías hacer una poción de amor.”

Por un instante, los ojos de Maomao se iluminaron con una mezcla de sorpresa y curiosidad. *¿Qué se supone que significa eso?*

No podía imaginarse para qué querían semejante cosa, pero le encantaría hablar de ese tema. Obligándose a no sonreír, respondió: “Necesito tres cosas: herramientas, materiales y tiempo.”

¿Podría hacer una poción de amor? Ah, sí. Sí, podría.



Jinshi se preguntó qué ocurría. Sus cejas se fruncieron como ramas de sauce caídas y se cruzó de brazos. Jinshi era una persona de tal belleza que algunos decían que si tan sólo hubiera nacido mujer, podría haber tenido el país bajo su dominio; de hecho, se sostenía que, de haberlo deseado, podría haber convencido al mismísimo Emperador para que afirmara que el género no significaba nada. Pero tales “elogios” no le producían ningún placer.

Hoy, mientras recorría el palacio posterior, había vuelto a ser objeto de algo parecido a abucheos, por parte de una de las consortes de rango medio y dos de las de rango inferior, e incluso por parte de dos funcionarios masculinos distintos del palacio, uno militar y otro burocrático. El oficial militar incluso le había dado dim sum con un tónico para la resistencia, así que Jinshi decidió renunciar a sus rondas esta noche y retirarse a sus habitaciones del palacio. No estaba holgazaneando; era por su propia protección.

Rápidamente anotó algunos nombres en el pergamino que yacía abierto sobre su escritorio: los nombres de las consortes que le habían llamado hoy. Aunque recibiera escasas visitas del Emperador, era terriblemente audaz por parte de una mujer intentar invitar a otro hombre a su alcoba. La lista de Jinshi no era un informe oficial, pero sospechaba que después de esto tendrían aún menos probabilidades de recibir una visita imperial.

Se preguntaba cuántos de los pajarillos atrapados en esta jaula comprendían que su propia belleza era una piedra de toque para las mujeres del palacio posterior. Las mujeres eran elegidas consortes en función, sobre todo, de sus antecedentes familiares, pero la belleza y la inteligencia también desempeñaban su papel. En comparación con las dos primeras cualidades, la inteligencia era más difícil de medir. También necesitaban una educación digna de una madre de la nación y, por supuesto, debían ser castas.

El Emperador, en un pequeño y desagradable cambio, había hecho de Jinshi el estándar para seleccionar a sus consortes. De hecho, fue Jinshi quien recomendó tanto a Gyokuyou como a Lihua. Gyokuyou era reflexiva y perceptiva. Lihua era más emocional, pero poseía modales intachables. Y ambas tenían una lealtad incuestionable hacia Su Majestad, sin sombra de sentimientos desagradables.

La Consorte Lihua, sin embargo, ahora parecía no tener lugar en la adoración de Su Majestad.

Puede que el Emperador fuera el amo de Jinshi, pero también era, en opinión de Jinshi, terrible. Conseguía concubinas basándose únicamente en su utilidad para él y para el país, las dejaba embarazadas y, cuando los hijos no mostraban aptitudes, las dejaba libres.

En el futuro, supuso Jinshi, el afecto imperial seguiría inclinándose cada vez más hacia Gyokuyou. La muerte del joven príncipe había marcado la última visita del Emperador a Lihua, que ahora parecía tan insustancial como un fantasma. Lihua no era la única consorte para la que parecía que Su Majestad ya no tenía ninguna necesidad. Aquellas mujeres serían devueltas tranquilamente a sus hogares en el momento oportuno, o bien regaladas como esposas a diversos funcionarios.

Jinshi sacó un papel concreto de su pila. Se refería a una consorte media del Cuarto Rango Superior, de nombre Fuyou. Acababa de ser prometida en matrimonio al líder del asalto a la tribu bárbara en reconocimiento a su valor militar. A decir verdad, apreciaban menos la enérgica destrucción del enemigo por parte de aquel hombre que el hecho de que contuviera a ciertos elementos malhumorados de sus propias tropas. Que se había culpado y castigado a un pequeño pueblo por algo que no había hecho no era un hecho que se hubiera hecho público. Así era la política.

“Ahora bien, me pregunto si todo irá bien.”

Si todo salía como había calculado, no habría problemas. Aunque quizá tuviera que recurrir a la fría apotecaria para que le ayudara con algunas cosas. Había resultado ser incluso más útil de lo que esperaba.

No era la única que no mostraba ningún deseo especial por él, pero sí la primera que lo miraba como si fuera un gusano. Parecía creer que ocultaba bien el sentimiento, pero el desdén era evidente en su rostro.

Jinshi sonrió a su pesar. Aquella sonrisa, como el néctar del cielo, decían algunos, contenía sólo una pizca de algo mezquino. No era un masoquista como tal, pero la reacción de la chica le pareció intrigante. Se sintió como un niño con un juguete nuevo.

“Sí, ¿a dónde nos *llevará* todo esto?”

Jinshi colocó los papeles bajo un peso y decidió irse a dormir. Se aseguró de cerrar la puerta con llave por si recibía alguna visita no deseada durante la noche.



La gente hablaba de “panaceas”, pero en realidad no había ninguna medicina que lo curara todo. Su padre siempre había insistido en ello, pero Maomao había pasado por una fase en la que había rechazado sus afirmaciones. Había querido crear una medicina que sirviera para todo el mundo, para cualquier enfermedad. Eso fue lo que la llevó a infligirse a sí misma aquellas feas heridas, y lo que había dado lugar a la creación de algunas medicinas nuevas, pero una verdadera panacea seguía siendo sólo un sueño.

Por mucho que odiara admitirlo, la historia que le contó Jinshi fue suficiente para despertar el interés de Maomao. Desde que llegó al palacio posterior, sólo había podido preparar té dulce de amacha. Para

su sorpresa, en los terrenos del palacio posterior crecía una variedad de hierbas medicinales, pero carecía de los utensilios necesarios para hacer un uso adecuado de ellas y, de todos modos, intentar hacer algo con ellas habría atraído una atención indeseable en sus abarrotados aposentos, así que se obligó a dejar las plantas en paz.

Esto era lo que más le gustaba de tener su propia habitación. Ahora sólo necesitaba excusas para ir a recoger los ingredientes. Sospechaba que Hongniang pronto se encargaría de que Maomao se ocupara de la colada.

Ahora llegaba a la habitación que le habían dicho que era la del médico, aparentemente para entregarle ropa limpia. Entró en la habitación y descubrió al lamentable curandero junto con el eunuco que con tanta frecuencia acompañaba a Jinshi. El médico tenía un bigote que le hacía parecer un pez locha, que acariciaba mientras miraba a Maomao. Parecía preguntarse qué hacía aquella joven menuda en su territorio.

Te agradeceré que no mires tanto a una jovencita, pensó Maomao.

El eunuco, en comparación, fue tan cortés como si Maomao fuera su propia ama, haciéndola pasar graciosamente a la habitación. Cuando Maomao vio el espacio, rodeado de botiquines por tres lados, le invadió la mayor sonrisa que había esbozado desde que llegó al palacio posterior. Sus mejillas se sonrojaron, sus ojos se desorbitaron y sus labios pasaron de una fina e implacable línea a un suave arco.

El eunuco la miró sorprendido, pero ¿a ella qué le importaba? Miró las etiquetas de los cajones y bailó un poco cuando vio un producto farmacéutico fuera de lo común. La alegría era demasiado grande para guardársela.

“¿Está bajo algún tipo de hechizo?” Maomao llevaba media hora entregándose a este embeleso, sin darse cuenta de que Jinshi había aparecido en la habitación. La observaba con una mezcla de curiosidad y perplejidad.

Maomao fue fila por fila, recogiendo los ingredientes que podía utilizar. Cada uno iba en una bolsita, con el nombre escrito cuidadosamente en el paquete. En una época en la que la mayor parte de la escritura aún se hacía en rollos de tiras de madera, un uso tan extenso del papel era un lujo. El médico con bigote de pez locha se asomó a la habitación, preguntándose quién o qué habría allí, pero el eunuco le cerró la puerta. Maomao supo que el eunuco se llamaba Gaoshun. Tenía un semblante firme y un cuerpo bien formado, y si no hubiera estado aquí, en el palacio posterior, sin duda ella lo habría tomado por algún tipo de oficial militar. Parecía ser el ayudante de Jinshi, y a menudo se le veía en su compañía.

Gaoshun tomó amablemente las medicinas que estaban en cajones demasiado altos para que Maomao pudiera alcanzarlas. Su superior, mientras tanto, no hizo nada. Maomao mantuvo una expresión neutra, pero en privado deseó que, si no iba a ser útil, se marchara.

Maomao vio un nombre familiar en uno de los cajones superiores y estiró el cuello para verlo mejor. Gaoshun se lo pasó y ella lo miró asombrada. Varias pequeñas semillas descansaban en la palma de su mano. Eran exactamente lo que necesitaba, pero no había suficientes.

“Necesito más de estos.”

“Entonces nos limitaremos a tomarlos.” Dijo el indolente eunuco con una sonrisa indulgente. Como si fuera tan fácil.

“Se pueden obtener yendo al oeste, luego más al oeste, luego al sur.”

“Acudiremos al comercio. Comprobaremos la mercancía que llegue y sospecho que encontraremos algo.” Jinshi tomó una de las semillas entre sus dedos. Se parecía a la semilla de un albaricoque, pero tenía un aroma único. “¿Cómo se llama?”

“Cacao.” Respondió Maomao.

Capítulo 9:

Cacao

“Al menos ahora comprendo su eficacia.” Dijo Jinshi con una mirada molesta a Maomao.

“Yo también.” Dijo Maomao.

Jinshi parecía casi superado por la catastrófica escena que tenía delante. “Ugh.” Dijo, y no había ni rastro de su habitual sonrisa indiferente. Sólo había fatiga en su rostro. “¿Cómo ha ocurrido esto?”

Para responder a esa pregunta, tendremos que retroceder unas horas en el tiempo.

El cacao que les enviaron ya no estaba en forma de semilla, sino pulverizado. Todos los demás ingredientes que había pedido Maomao ya habían llegado a la cocina del Pabellón de Jade. Tres de las damas de compañía estaban ocupadas intentando mirar, pero una palabra de Hongniang las hizo volver corriendo a su trabajo.

Leche, mantequilla, azúcar, miel, licores destilados y frutos secos, y algunos aceites derivados de hierbas aromáticas para dar a todo un olor agradable. Todos ingredientes nutritivos —y caros—, y todos útiles en un brebaje para la resistencia.

Maomao sólo había probado el cacao una vez. Había sido en una forma endurecida y azucarada llamada chocolate, y se lo había dado una de las prostitutas. Era un trozo del tamaño de la punta de un dedo, pero al comerlo tuvo la sensación de haberse bebido una taza entera de un licor especialmente fuerte. Le produjo un extraño vértigo.

La mujer había explicado que el chocolate era un regalo de un cliente especialmente desagradable que esperaba ganarse el afecto de una chica vendida a la prostitución ofreciéndole un capricho poco común. Sin embargo, cuando la chica se dio cuenta del estado alterado de Maomao, se enfadó profundamente, y la madame del burdel prohibió al cliente que volviera. Más tarde se supo que una empresa comercial había empezado a vender el producto como afrodisíaco. Desde entonces, Maomao había conseguido un puñado de semillas, pero nunca las había utilizado como medicina. Nadie del barrio rojo acudía al apotecario buscando algo tan extravagante para un simple medicamento.

Incluso ahora, Maomao recordaba el chocolate por la forma en que se había endurecido con aceite y grasa. Su amplia experiencia con una ecléctica colección de medicinas y venenos en todos sus variados sabores y aromas también le proporcionó, naturalmente, una excelente memoria para los ingredientes.

Aún era época de calor y sospechaba que la mantequilla no cuajaría bien, así que en su lugar decidió cubrir algo de fruta. Un poco de hielo sería perfecto, pero por supuesto era imposible y no figuraba en la lista

de ingredientes. En su lugar, pidió que le prepararan una jarra grande de agua sin esmaltar. Se llenó de agua hasta la mitad. Al evaporarse el agua, el interior de la jarra se enfriaría más que el aire exterior, lo suficiente como para ayudar a endurecer las grasas.

Maomao sumergió una cuchara en la mezcla y probó un poco. Era amargo y dulce al mismo tiempo, y su experta lengua detectó igualmente elementos que mejorarían su estado de ánimo. Ahora era mucho más resistente al alcohol y a las toxinas que cuando probó el chocolate por primera vez, y no le afectó tanto. Pero aún podía decir que era algo poderoso.

Tal vez debería hacer las porciones un poco más pequeñas.

Cortó la fruta por la mitad con una simple cuchilla y la sumergió en el líquido marrón. Las puso en un plato y luego en la jarra. Tapó la jarra y la cubrió con un tapete de paja para ocultarla. Sólo quedaba esperar a que el chocolate se endureciera. Jinshi pasaría a recogerlo esa misma tarde; tiempo de sobra.

Supongo que tengo un poco más...

No había utilizado todo el líquido marrón. Los ingredientes eran muy caros, y era bastante nutritivo. Afrodisíaco o no, su efecto en Maomao era mínimo, así que decidió comérselo ella misma más tarde. Cortó un poco de pan en cubos y los empapó en el líquido; así tampoco tendría que preocuparse de ningún proceso de enfriamiento.

Tapó el tarro de líquido de cacao y lo colocó en la estantería. El resto de los ingredientes los guardó en su habitación y se dirigió al lavadero para limpiar los utensilios. También debería haber puesto el pan mojado en su habitación, pero ya estaba pensando en otras cosas. Tal vez la degustación la había dejado un poco ebria.

Bueno, ya era demasiado tarde.

Sucedió después, mientras Maomao hacía recados para Hongniang y se detenía en el camino para recoger algunas hierbas medicinales. El pan, y el hecho de que debería haber ido a parar a la estantería, desaparecieron de la mente de Maomao. Regresó con un cesto lleno de hierbas, muy satisfecha de sí misma, y fue recibida por Hongniang y la Consorte Gyokuyou, de aspecto pálido y perturbado, respectivamente. Gaoshun también estaba allí, lo que implicaba que Jinshi andaba por ahí.

Hongniang sólo pudo llevarse una mano a la frente y señalar hacia la cocina, así que Maomao apretó la cesta de la ropa en brazos de Gaoshun y se dirigió hacia allí.

Descubrió a Jinshi, con cara de fastidio. La forma más delicada de expresarlo sería decir que ante ella se extendía un gran popurrí de colores melocotón y rojo claro. Es decir, más llanamente, que tres damas de compañía estaban recostadas unas contra otras, profundamente dormidas. Sus ropas estaban desordenadas, sus faldas desaliñadas dejaban entrever lascivos muslos.

“¿Qué ha *pasado* aquí?” Preguntó Hongniang a Maomao.

“Me temo que no soy la más indicada para responder a esa pregunta.” Respondió. Se acercó a las tres jóvenes, se agachó, les bajó las faldas y las examinó. “Está bien, este intento fracasó en—”

Hongniang, sonrojándose furiosamente, golpeó a Maomao en la nuca.

Sobre la mesa estaba el pan de color marrón. Faltaban tres trozos.

Las chicas lo habían confundido con la merienda.

El cansancio la alcanzó después de haber acostado a cada una de las chicas en su habitación. En la sala de estar, Gyokuyou y Jinshi miraban el pan de chocolate con cierto asombro.

“¿Este es tu afrodisíaco?” Preguntó Gyokuyou.

“No, señora, es esto.” Maomao le dio la fruta cubierta de chocolate. Aproximadamente treinta piezas, cada una del tamaño de la uña de un pulgar.

“¿Entonces qué es esto?” Preguntó Jinshi.

“Se suponía que era mi merienda antes de dormir.” Todo el mundo pareció retroceder un poco ante aquello. ¿Había dicho algo malo? Gaoshun y Hongniang parecían no dar crédito a lo que habían oído. “Estoy muy acostumbrada a los licores y estimulantes, así que no los siento mucho.”

Una vez, en nombre de la ciencia, Maomao había escabechado una serpiente venenosa en alcohol y se lo había bebido, por lo que se la podía considerar una bebedora experimentada. Para ella, el alcohol era una especie de medicina. Cuanto más susceptible era uno a nuevas formas de estimulación, mejor efecto tenía la medicina sobre uno. Por ejemplo, este pan—aquí, en el Pabellón de Jade, se consideraba afrodisíaco, pero tenía que pensar que en la tierra de donde procedían los ingredientes sería mucho menos eficaz.

Jinshi tomó uno de los trozos de pan y lo miró dubitativo. “Me pregunto si podría probar un trozo.” Dijo.

“*¡No, señor, no lo haga!*” Hongniang y Gaoshun gritaron casi al unísono. Maomao pensó que era la primera vez que oía hablar a Gaoshun.

Jinshi devolvió el pan a su sitio, comentando que sólo había estado bromeando. Por supuesto, habría sido impropio de él consumir un conocido afrodisíaco en presencia de la consorte favorita del Emperador, pero quizás aún más, casi nadie podría habersele resistido si se les hubiera acercado con aquella sonrisa de ninfa y el rubor en las mejillas. Su rostro, si no otra cosa, reflexionó Maomao, le honraba.

“Tal vez debería mandar a hacer algunas para Su Majestad.” Dijo Gyokuyou con diversión. “Podría mantenerlo alejado de sus costumbres.”

“Lo más probable es que funcione unas tres veces mejor que un medicamento típico para la resistencia.” Le informó Maomao.

Ante esto, el rostro de Gyokuyou adquirió un matiz difícil de leer. “Tres veces...” Murmuró algo sobre si podría aguantar tanto, pero los presentes fingieron no haberla oído. Parecía que no era fácil ser concubina.

Maomao puso los afrodisíacos en un frasco tapado y se lo entregó a Jinshi. “Son bastante potentes, así que recomiendo tomar sólo uno cada vez. Tomar demasiados podría sobre estimular el flujo sanguíneo y producir una hemorragia nasal. Además, el consumo debe limitarse a cuando el paciente esté a solas con su pareja.”

Con estas instrucciones debidamente transmitidas, Jinshi se levantó. Gaoshun y Hongniang salieron de la habitación para preparar su partida. La Consorte Gyokuyou también le saludó con la cabeza y se marchó con la princesa dormida en un portabebés.

Cuando Maomao fue a recoger el plato de pan, sintió un dulce aroma detrás de ella.

“Gracias. Te he causado bastantes problemas.” La voz también era dulce, como la miel. Maomao sintió que le levantaban el cabello y que algo frío le apretaba el cuello. Se giró a tiempo para ver a Jinshi saludándola con la mano mientras salía de la habitación.

“Lo entiendo.” Cuando miró el plato, descubrió que faltaba uno de los trozos de pan. Tenía una idea de dónde estaba. “Sólo espero que nadie salga herido.” Murmuró Maomao, pero no parecía pensar que tuviera mucho que ver con ella.

La noche aún era joven.

Capítulo 10:

La inquietante cuestión del Espíritu

(Primera parte)

Yinghua, dama de compañía de Gyokuyou, la consorte favorita del Emperador, trabajaba fielmente, como todos los días. El otro día se había quedado dormida en el trabajo, pero su gentil ama no la había castigado. La única forma de recompensarla, entonces, era trabajar hasta la extenuación. Se aseguraría de pulir cada alféizar, cada barandilla, hasta dejarlos relucientes. Normalmente no era algo que se esperara que hiciera una dama de compañía, pero Yinghua no estaba por encima de hacer el trabajo de una sirvienta. La Consorte Gyokuyou había dicho lo mucho que le gustaban las personas trabajadoras.

Gyokuyou y Yinghua procedían de una ciudad del oeste. El clima era seco, la zona carecía de recursos especiales y sufría sequías periódicas. Yinghua y las demás damas de compañía eran todas hijas de funcionarios, pero ella no recordaba su vida en su pueblo natal como especialmente lujosa. Había sido el tipo de lugar empobrecido en el que incluso una hija de la burocracia tenía que trabajar si no quería morir de hambre.

Y entonces Gyokuyou fue llevada a palacio, y el mundo empezó a tomar nota de su hogar. Cuando la consorte recibió las atenciones

especiales del Emperador, la burocracia central ya no pudo ocultar sus intenciones. Pero Gyokuyou era una mujer inteligente. No se conformaba con ser un adorno mimado. Y Yinghua se empeñó en seguir a su señora allá donde fuera, incluso al palacio posterior. No todas las damas de Gyokuyou mostraban la misma dedicación, pero las que quedaban simplemente resolvían trabajar aún más duro para compensar la diferencia.

Cuando Yinghua entró en la cocina para organizar los utensilios, descubrió allí a la chica nueva, preparando algo. Maomao era su nombre, recordó Yinghua, pero se había mostrado tan taciturna que nadie estaba seguro de qué clase de persona era en realidad. Sin embargo, la Consorte Gyokuyou sabía juzgar muy bien a las personas, por lo que era poco probable que Maomao fuera una mala persona.

De hecho, Yinghua sintió lástima por ella. Las cicatrices de su brazo denotaban una historia de malos tratos, tras los cuales había sido vendida para servir y ahora era llevada a probar comida envenenada. Era suficiente para hacer llorar a una dama de compañía. Le aumentaban las raciones de la cena con la esperanza de engordar a la enjuta muchacha, y se negaban a dejarle hacer la limpieza para que no tuviera que revelar sus heridas al resto del mundo. Yinghua y sus dos compañeras eran de la misma opinión en todo esto, y como resultado Maomao se encontraba a menudo con poco que hacer.

Yinghua se conformó con eso. Ella y las demás chicas eran más que capaces de ocuparse del trabajo por sí solas. Hongniang, la jefa de las

damas de compañía, no estaba precisamente de acuerdo, y al menos dejó que Maomao se encargara de la colada. Se limitaba a llevar la colada en un cesto, para que no se le notaran las cicatrices. También llamaba a Maomao para que realizase tareas varias cuando era necesario.

Llevar los cestos de la colada tampoco era trabajo de una dama de compañía, sino que lo hacían las sirvientas de las grandes salas comunes. Pero desde la vez que se descubrió una aguja envenenada en la ropa de la Consorte Gyokuyou, Yinghua y las demás habían empezado a encargarse ellas mismas de la colada. Incidentes como este eran los que las inspiraban a degradarse como si fueran simples sirvientas. Aquí, en el palacio posterior, estaban rodeadas de enemigos.

“¿Qué estás haciendo?”

Maomao estaba hirviendo algo que parecía hierba en una olla. “Es un remedio para el resfriado.” Siempre respondía con un mínimo de palabras. Era comprensible —hasta conmovedor— darse cuenta de lo difícil que debía resultarle acercarse a la gente como consecuencia de sus abusos.

Maomao era una profunda conocedora de la medicina, y de vez en cuando hacía alguna como esta. Siempre se aseaba con pulcritud, y el ungüento humectante que le había dado a Yinghua recientemente era un recurso precioso, por lo que Yinghua no ponía objeciones. A veces, Maomao incluso preparaba los brebajes a petición de Hongniang.

Yinghua tomó algunos platos de plata y empezó a pulirlos diligentemente con un paño seco. Maomao rara vez hablaba mucho, pero sabía escuchar educadamente en una conversación, así que nunca estaba de más hablar con ella. Y eso fue lo que hizo Yinghua, contándole algunos rumores que había oído recientemente. Historias de una mujer pálida que bailaba en el aire.



Maomao se dirigió a la consulta médica con su remedio para el resfriado terminado y un cesto de ropa para lavar. El médico tenía derecho a dar su visto bueno a cualquier medicamento, aunque sólo fuera por una cuestión de forma.

¿Este espíritu apareció de repente en el último mes? Maomao negó con la cabeza ante la historia del fantasma. No había oído nada parecido antes de llegar al Pabellón de Jade, y como confiaba en que Xiaolan le contara cualquier cosa que mereciera la pena oír, tenía que pensar que el rumor era reciente.

El palacio posterior estaba rodeado de murallas. Las puertas de cada muro eran las únicas vías de entrada y salida; un profundo foso al otro lado de la barrera impedía tanto la intrusión como la huida. Algunos decían que había antiguas concubinas, posibles fugitivas del palacio posterior, hundidas en el fondo de ese foso incluso ahora.

Así que el fantasma se supone que aparece cerca de la puerta, ¿eh?

No había edificios en las inmediaciones, sólo un extenso pinar.

Empezó a finales de verano.

Era el momento de cosechar algo.

Apenas tuvo este travieso pensamiento, Maomao escuchó una voz, una que no le agradaba pero que siempre parecía estar tras ella específicamente.

“Veo que vuelves a trabajar duro.”

Maomao recibió la sonrisa del hombre, hermosa como una flor de peonía, con estudiada indiferencia. “Apenas trabajo, señor, se lo aseguro.”

El consultorio médico estaba junto a la puerta central del sur, cerca de la sede de las tres oficinas principales que supervisaban el funcionamiento del palacio posterior. Jinshi podía ser visto allí a menudo. Como eunuco, su lugar apropiado era el Departamento de Servicio Doméstico, pero este hombre no parecía tener un lugar específico de trabajo; de hecho, casi parecía supervisar todo el palacio.

Es casi como si estuviera sobre la cabeza de la matrona de las sirvientas.

Siempre cabía la posibilidad de que fuera el actual tutor del emperador, pero teniendo en cuenta que Jinshi aparentaba unos veinte años, era difícil de imaginar. Tal vez fuera el hijo del Emperador o algo así, pero entonces ¿por qué hacerse eunuco? Parecía muy cercano a la Consorte Gyokuyou; tal vez fuera su tutor, o quizás...

¿El amante del Emperador...?

Las relaciones entre el Emperador y Gyokuyou siempre parecían perfectamente normales cuando Su Majestad venía de visita, pero las cosas no siempre eran lo que parecían. Sin embargo, Maomao se cansó de intentar jugar con las posibilidades y se decidió por esta última. Era la más fácil.

“Tu cara dice que estás teniendo el pensamiento más impertinente del mundo.” Dijo Jinshi, entrecerrando los ojos.

“¿Seguro que no te lo estás imaginando?” Se inclinó ante él y se metió en la consulta médica, donde el curandero de bigote largo estaba pulverizando algo en un mortero. Maomao comprendió que, en su caso, no se trataba de un paso para preparar algún brebaje médico, sino simplemente de una forma de pasar el tiempo. Si no, ¿para qué iba a necesitar que ella le diera cualquier medicina que hiciera? El médico no parecía conocer más que las recetas o técnicas medicinales más rudimentarias.

El personal médico estaba perpetuamente escaso, como cabría suponer del palacio posterior. A las mujeres no se les permitía ser médicos, y aunque muchos hombres podían desear serlo, pocos deseaban también convertirse en eunucos. Al principio, el viejo curandero había tratado a Maomao como a una niña que lo distraía, pero su actitud se suavizó cuando vio las medicinas que hacía. Ahora le ponía té y aperitivos y compartía con ella los ingredientes que necesitaba, pero aunque ella se lo agradecía, se preguntaba qué decía de él como médico. La confidencialidad parecía importarle poco.

Me pregunto si esto está remotamente bien. Maomao lo pensó, pero no dijo nada. El acuerdo actual era demasiado conveniente para ella.

“¿Sería tan amable de comprobar esta medicina que he hecho?”

“Ah, hola, jovencita. Por supuesto, espere un momento.” Sacó bocadillos y una especie de té. Ya no había bollos dulces; hoy había galletas de arroz. Eso le pareció bien a Maomao, que prefería un sabor más picante. Parecía que el doctor había tenido la gentileza de acordarse de sus preferencias. Había tenido la continua sensación de que intentaba congraciarse con ella, pero no le molestaba. Podía ser un charlatán, pero era una persona decente.

“Seguro que también hay suficiente para mí.” Dijo una voz melosa detrás de ella. No tuvo que darse la vuelta; prácticamente podía sentir su fulgor en el aire. Ya debía saber quién era: Jinshi, en carne y hueso.

El médico, con una mezcla de sorpresa y excitación, cambió rápidamente las galletas y el *zacha* —té viejo con saborizantes— por el más apetecible té blanco y los pasteles lunares.

Mis galletas de arroz...

El dueño de la radiante sonrisa se sentó junto a Maomao. A causa de la diferencia social, nunca deberían haberse encontrado sentados uno al lado de la otra y, sin embargo, allí estaban. Podría haber parecido un gesto nacido de la mayor magnanimidad, pero Maomao sintió algo muy diferente en él, algo punzante y contundente.

“Siento las molestias, doctor, pero ¿podría ir atrás y traerme esto?” Jinshi entregó al curandero un trozo de papel. Incluso sin echarle un vistazo claro, Maomao pudo ver una abundante lista de medicinas. Mantendría ocupado al médico durante un rato. El curandero entrecerró los ojos al leer la lista y se retiró con pesar a la trastienda.

Así que ese era el plan desde el principio.

“¿Exactamente qué quieres?” Preguntó Maomao sin rodeos, sorbiendo su té.

“¿Has oído hablar de la conmoción en relación con el fantasma?”

“No más que rumores.”

“Entonces, ¿has oído hablar del sonambulismo?”

El brillo que se encendió en los ojos de Maomao al oír esas palabras no pasó desapercibido para Jinshi. Una pícara pizca de satisfacción se dibujó en su encantadora sonrisa. Rozó la mejilla de Maomao con su ancha palma. “¿Y sabrías cómo curarlo?” Su voz era tan dulce como un licor de frutas.

“No tengo ni la más remota idea.” Maomao se negaba a ser auto despreciativa, pero tampoco quería exagerar sus habilidades. Sin embargo, se había enfrentado a prácticamente todo tipo de enfermedades y había visto muchas de ellas en pacientes. Por lo tanto, podía decir con confianza lo que dijo a continuación: “No se puede evitar con medicamentos.”

Era una enfermedad del espíritu. Cuando una prostituta había padecido esta enfermedad, el padre de Maomao no había hecho nada para tratarla, porque no había tratamiento que darle.

“¿Y con algo que no sea medicina...?” Jinshi quería conocer cualquier posible cura.

“Mi especialidad son los productos farmacéuticos.” Pensó que eso era lo más enfático que podía ser, pero entonces se dio cuenta de que aún podía ver la encantadora cara, ahora envuelta en angustia, flotando en su visión periférica.

No lo mires a los ojos...

Maomao evitó su mirada, como si fuera un animal salvaje. O al menos lo intentó, pero no fue posible. Se deslizó hasta quedar frente a ella. Hablando de persistencia. Hablando de molestar. Maomao no tuvo más remedio que admitir su derrota.

“Bien. Te ayudaré.” Dijo, pero se cuidó de parecer muy descontenta.

Gaoshun llegó a buscarla hacia medianoche. Iban a presenciar la enfermedad en cuestión. El carácter taciturno de Gaoshun y su rostro a menudo inexpresivo podrían haberle hecho parecer inaccesible, pero a Maomao en realidad le gustaba bastante. Los dulces combinaban mejor con los encurtidos. Gaoshun era el complemento perfecto para la actitud sacarina de Jinshi.

No parece un eunuco.

Muchos eunucos se volvieron afeminados, porque su yang biológico había sido eliminado a la fuerza. Les crecía poco vello corporal, tenían un carácter apacible y tendencia a la obesidad, ya que sus apetitos sexuales habían sido sustituidos por apetitos culinarios.

El curandero era el ejemplo más evidente. Su aspecto era el de cualquier hombre de mediana edad, pero su forma de hablar le hacía parecer la dueña de una acomodada casa de mercaderes. Gaoshun, por su parte, no tenía mucho vello corporal, pero el que había era espeso y negro, y si no hubiera vivido en el palacio posterior habría sido fácil tomarlo por un oficial militar.

Me pregunto qué le llevó a elegir este camino. Puede que se lo preguntara, pero incluso Maomao comprendió que preguntarlo estaría fuera de lugar. Se limitó a asentir en silencio y se fue con él.

Gaoshun iba delante, con un farol en una mano. La luna sólo estaba medio llena, pero era una noche despejada, y toda su luz llegaba hasta ellos.

Maomao nunca había estado en el palacio posterior tan tarde por la noche: era como un mundo diferente. De vez en cuando le parecía oír murmullos, y tal vez algún gemido, entre los arbustos, pero decidió ignorarlo. El Emperador era el único hombre que podía entrar en el palacio posterior, así que no era culpa de las damas si los encuentros románticos empezaban a tomar formas menos típicas.

“Señora Maomao.” Empezó Gaoshun, pero Maomao sintió cierto reparo ante la forma tan educada de dirigirse a ella.

“Por favor, no hace falta que me llames así.” Dijo ella. “Su posición está muy por encima de la mía, Maestro Gaoshun.”

Gaoshun se pasó la mano por la barbilla mientras reflexionaba. Finalmente dijo: “Entonces, Xiao Mao”, una forma diminutiva de su nombre que era todo lo contrario a ‘Señorita Maomao’.

Eso es quizá demasiado familiar, pensó Maomao, dándose cuenta de que tal vez Gaoshun tenía un corazón más ligero de lo que parecía a primera vista, pero aun así asintió.

“Tal vez.” Se aventuró Gaoshun. “Podría pedirte que dejes de mirar al amo Jinshi de la misma manera en que mirarías a un gusano.”

Maldición. Se dieron cuenta.

Últimamente sus reacciones se habían vuelto demasiado automáticas; su rostro inexpresivo ya no podía ocultarlas. No esperaba que la decapitaran en el acto, pero tendría que controlarse. Desde la perspectiva de estos notables, Maomao era el gusano.

“Hoy me ha dicho que lo mirabas como si fuera una babosa.”

Bueno, ciertamente parecía especialmente baboso.

El hecho de que informara a Gaoshun de cada mirada despectiva de Maomao, pensó, hablaba tanto de su tenacidad como de su indolencia. No decía mucho de él como hombre... o ex hombre, quizás.

“Sonreía tan ampliamente mientras me lo contaba, sus ojos rebosaban y todo su cuerpo temblaba. Verdaderamente, nunca he visto una alegría tan singularmente expresada.”

Maomao acogió la descripción de Gaoshun (seguramente sabía que sólo podía causar malentendidos) con total seriedad. De hecho, estaba degradando en privado a Jinshi de gusano a inmundicia mientras respondía: “Tendré más cuidado en el futuro.”

“Gracias. Los que no tienen inmunidad tienden a desmayarse con una mirada. Es todo un esfuerzo estar al tanto.” El suspiro con el que Gaoshun acompañó este comentario llevaba una inconfundible nota de frustración. Maomao supuso que no era la primera vez que tenía que limpiar lo que hacía Jinshi. Tener un superior demasiado puro era su propio tipo de dificultad.

El curso de esta agotadora conversación los llevó hasta la puerta del lado este. Los muros eran cuatro veces más altos que la propia Maomao. El profundo foso del otro lado obligaba a bajar un puente cuando se traían provisiones o suministros, o en los ocasionales cambios de sirvientas. En resumen, huir del palacio posterior era enfrentarse al castigo más severo.

La entrada era una puerta doble con un cuerpo de guardia a ambos lados, y la puerta estaba siempre vigilada. Dos eunucos en el interior y dos soldados en el exterior. El puente levadizo era demasiado pesado para subirlo o bajarlo sólo con mano de obra, por lo que se disponía de dos cabezas de bueyes para hacer el trabajo. A Maomao le entraron

ganas de adentrarse en el pinar cercano en busca de ingredientes, pero con Gaoshun allí tuvo que contenerse. En su lugar, se sentó en el pabellón al aire libre del jardín.

Y entonces, allí, a la luz de la media luna, apareció ella.

“Ahí está.” Dijo Gaoshun, señalando. Maomao miró y vio algo increíble: la figura de una mujer pálida casi flotando en el aire. Su largo vestido se arrastraba tras ella, y sus pies se movían con gracia sobre la pared, como en una danza. Temblaba y su ropa ondulaba como si estuviera viva. Su larga cabellera negra brillaba en la oscuridad, confiriéndole una especie de halo tenue. Era tan hermosa que parecía casi irreal. Parecía sacada de una fantasía, como si hubieran entrado en la legendaria aldea del melocotón.

“Como un hibisco bajo las estrellas.” De repente dijo Maomao.

Gaoshun pareció sorprendido, pero luego murmuró: “Aprendes rápido.”

La mujer se llamaba Fuyou, “hibisco”, y era una consorte de rango medio. Y al mes siguiente, iba a ser entregada en matrimonio a cierto funcionario, como recompensa por su buen trabajo.



Capítulo 11:

La inquietante cuestión del Espíritu

(Segunda parte)

El sonambulismo era una enfermedad muy misteriosa. Hacía que uno se moviera como si estuviera despierto, aunque estuviera dormido. La causa podía ser algún tipo de perturbación en el corazón, algo que ningún tipo de medicina podía curar. No había medicina para calmar un espíritu perturbado.

Maomao conocía a una cortesana que había sufrido esa enfermedad. Tenía un carácter alegre, era buena cantante e incluso un hombre había hablado de sacarla de la prostitución. Pero las negociaciones fracasaron, porque todas las noches vagaba por el burdel como una posesa. Los rumores empezaron a perseguirla. Una noche, cuando la madame intentó sujetarla para que dejara de pasearse, la mujer la arañó tanto que sangró.

Al día siguiente, las otras mujeres se enfrentaron a ella por su comportamiento, pero la cortesana dijo alegremente: “Madre mía, señoras, ¿de qué *están* hablando?”

La mujer no recordaba nada, pero sus pies descalzos estaban cubiertos de barro y arañazos.



“¿Y qué pasó con ella?” Preguntó Jinshi. Él, Maomao y Gaoshun estaban juntos en la sala de estar, junto con la Consorte Gyokuyou. Hongniang cuidaba de la princesita.

“Nada.” Dijo secamente Maomao. “Cuando terminaron las discusiones sobre su emancipación, también terminaron sus andanzas.”

“¿Entonces fue que las discusiones la alteraron?” Preguntó Gyokuyou con una mirada desconcertada.

Maomao asintió. “Parece probable. El pretendiente era el jefe de una gran empresa, pero era un hombre que no sólo tenía ya mujer e hijos, sino incluso nietos. De todas formas, el contrato de la mujer iba a terminar con un año más de trabajo.” Tal vez la idea de trabajar un año más le pareciera mejor que casarse con un hombre que no le interesaba. Al final, la mujer cumplió el resto de su contrato y no recibió ninguna oferta de compra.

“Una agitación emocional excepcional suele provocar deambulaciones como esta, así que intentamos darle perfumes y medicamentos que pudieran ayudar a calmarla. La relajaron un poco, pero no hicieron mucho más.” Maomao siempre había sido quien mezclaba los brebajes, no su padre.

“Hmm.” Dijo Jinshi con algo más que un toque de aburrimiento. “¿Y eso es realmente todo lo que hay en esa historia?”

“Eso es todo.” Maomao se esforzó por no burlarse de la mirada lánguida de Jinshi. Gaoshun se sentó a su lado, animándolo en silencio en este esfuerzo. “Si eso es todo lo que necesitas, debo volver al trabajo.” Dijo Maomao. Luego hizo una reverencia y salió de la habitación.

Retrocedamos un poco en el tiempo. Al día siguiente de ver al espíritu, Maomao había ido a ver a su charlatana favorita, Xiaolan. Xiaolan no paraba de sonsacarle información sobre Gyokuyou, así que esta vez Maomao le dio algunos chismes inocuos a cambio de lo que sabía sobre el fantasma.

Los problemas habían comenzado unas dos semanas antes. El espíritu había sido visto por primera vez en el barrio norte. Poco después, empezó a verse en el barrio oriental y a aparecer todas las noches. Los guardias, asustados por la situación, no hicieron nada al respecto. Pero como la situación no parecía causar ningún daño, nadie les castigó por su inacción.

Parecía que el profundo foso, los altos muros y la impenetrabilidad general del palacio posterior habían dejado a los guardias susceptibles a tales temores. Instintos inútiles para la seguridad.

A continuación, Maomao se había dirigido a ver al curandero. Sus labios sueltos le contaron algo nuevo: sobre la princesa Fuyou, cómo había estado de indispuesta últimamente. Era la tercera princesa de un estado vasallo tan pequeño que en un mapa podría taparse con un dedo;

aunque se le daba el título de “princesa”, en realidad era poco más que una concubina de alto rango. Tenía un edificio en el barrio norte. Le gustaba bailar, pero era nerviosa y tímida, y una vez cometió un error bailando para Su Majestad. Las demás consortes presentes se habían reído de ella, y desde entonces se negaba a salir de su habitación. Se podría decir que era un alma sensible.

La princesa Fuyou no tenía más cualidades llamativas que su baile, y se decía que en los dos años transcurridos desde que había llegado al palacio posterior, Su Majestad no había pasado la noche con ella ni una sola vez. Ahora iba a ser entregada en matrimonio a un oficial militar, viejo amigo suyo, y era de esperar que fuera feliz.

Padre siempre decía que no había que decir nada basándose en suposiciones, pensó Maomao.

Así que decidió no hacerlo.

La princesa, pálida y recatada, se sonrojaba al pasar por la puerta central. No era de una belleza fuera de lo común, pero su felicidad palpable provocó gritos de admiración entre los espectadores. Una mirada colectiva expectante se volvió hacia la puerta.

Si uno iba a ser dado en matrimonio, esto era lo ideal. Así era como debía ser.

“Seguro que al menos puedes decírmelo.” Dijo la Consorte Gyokuyou con una lustrosa sonrisa. Aunque ya era madre de una niña, no llegaba a los veinte años, y su sonrisa tenía un palpable aire de juventud.

¿Qué debo hacer? Pensó Maomao. La Consorte Gyokuyou la había mirado fijamente y no cejaba en su empeño, y al final Maomao cedió. “Si comprendes que lo que voy a decir no son más que especulaciones.” Dijo con un suspiro. “Y si prometes no enfadarte.”

“Por supuesto que no me enfadaré. Fui yo quien lo pidió.”

Hrrrm. Parecía que no tenía más remedio que hablar. Maomao se preparó. “Y no se lo dirás a nadie más.”

“Mis labios están sellados.” Gyokuyou sonaba casi frívola, pero Maomao decidió confiar en ella. Entonces le contó a la consorte la historia de la cortesana sonámbula. No la que les había contado a Jinshi y al resto el día anterior. Era otra historia.

Al igual que en el caso de la otra cortesana, la enfermedad se manifestó por primera vez cuando un pretendiente le propuso rescindir su contrato. Las conversaciones fracasaron, como en la otra historia. Pero esta mujer no dejaba de ser sonámbula, y los perfumes y medicinas que habían aliviado un poco a la primera cortesana no ayudaron en absoluto a esta.

Entonces, otra persona se ofreció a rescindir el contrato de la mujer. La madame dijo que no podía deshacerse así de una enferma, pero el

pretendiente insistió en que seguía interesado. Y así se selló el acuerdo, a mitad de precio en plata de la oferta del primer hombre.

“Más tarde supimos que todo había sido una estafa.”

“¿Una estafa?”

El primer hombre que había llegado con una oferta era amigo del segundo. Sabiendo que la mujer fingiría estar enferma, rompió las negociaciones. Entonces su amigo se lanzó y la consiguió por la mitad del precio.

“A esta cortesana aún le quedaba un tiempo considerable de contrato, y la plata que el hombre pagó por ella no era suficiente para cubrirlo.”

“¿Y sugieres que estas mujeres y la Princesa Fuyou tienen algo en común?”

El oficial militar, el viejo amigo, podía pertenecer al mismo estado vasallo, pero en realidad no tenía la posición social suficiente para casarse con una princesa. Esperaba realizar suficientes hazañas para poder pedir su mano algún día. La política intervino y Fuyou se encontró en el palacio posterior. La princesa, que seguía añorando a su oficial, estropeó deliberadamente su baile para no llamar la atención del Emperador. Luego se encerró en su habitación hasta que no pareció más que una sombra en el palacio.

Tal y como se había propuesto, al cabo de dos años seguía siendo pura, sin que el Emperador la hubiera visitado ni una sola vez. El

militar había realizado sus valerosas hazañas, y ahora que iba a recibir en matrimonio a la princesa Fuyou, ella comenzó a manifestar esas misteriosas andanzas. Intentaba asegurarse de que Su Majestad no tuviera motivos para pensárselo dos veces antes de enviarla lejos, ninguna razón para hacerla repentinamente su compañera de cama.

Después de todo, hay algunos hombres de poder sin escrúpulos que no soportan ver a una mujer irse con otro, incluso con una mujer a la que nunca han valorado. Si Su Majestad se llevara a la princesa Fuyou a su alcoba, no podría casarla hasta más tarde. Y la propia Fuyou, fastidiosa con su castidad, sería incapaz de enfrentarse a su amigo de la infancia después de haber pasado la noche con el Emperador.

Entonces, también, tal vez su baile junto a la puerta oriental era en parte una oración por la seguridad de su amigo en sus expediciones.

“Una vez más, tengo que insistir en que se trata sólo de especulaciones.” Dijo Maomao con calma.

“Bueno... No puedo decir que estés equivocada en lo que respecta a Su Majestad.”

Era concebible que el lujurioso emperador viera avivado su interés por alguien a quien, obviamente, uno de sus subordinados apreciaba tanto. Visitaba a Gyokuyou una vez cada pocos días, y algunas de las noches en las que no lo hacía podían explicarse por la necesidad de atender asuntos oficiales. Pero no todas. Uno de los deberes de Su Majestad era producir el mayor número posible de hijos.

“Supongo que me haría la persona más horrible decir que sentí celos de la Princesa Fuyou.”

Maomao negó con la cabeza. “No lo creo.” Estaba más o menos convencida de que había resuelto las cosas correctamente, pero no sintió ningún impulso especial de decírselo a Jinshi. Todas las mujeres implicadas serían más felices así. Su ignorancia era su dicha. Quería que su sonrisa siguiera siendo tan suave e inocente como era.

Parecía que todo se había resuelto...

Pero, de hecho, aún quedaba un misterio.

“¿Cómo ha *llegado* hasta ahí arriba?” Preguntó Maomao, mirando una pared cuatro veces más alta que ella. Quizá tuviera que investigarlo algún día.

Mientras bailaba aquella noche, la princesa Fuyou tenía un aspecto realmente hermoso, como la heroína de uno de los rollos de cuentos ilustrados que tanto gustaban a las mujeres. Casi costaba creer que fuera la misma mujer que la estoica y reticente princesa.

Maomao regresó al Pabellón de Jade, pero sus pensamientos eran menos elevados: si tan sólo pudiera embotellar el amor. ¡Qué medicina sería, una capaz de hacer a una mujer tan hermosa!

Capítulo 12:

La amenaza

Hubo un estruendo. Las gachas de patatas cocidas y cereales salieron volando, junto con el té y las frutas trituradas. Maomao, con la ropa empapada de gachas, miró a la persona que tenía delante.

“¿Te atreverías a servir esta bazofia a Lady Lihua? ¡Hazlo de nuevo, y hazlo bien esta vez!” Una joven muy maquillada estaba mirando a Maomao. Una de las damas de compañía de la Consorte Lihua.

Uf, qué fastidio. Maomao suspiró y empezó a recoger los platos y a limpiar la comida derramada.

Estaba en el Pabellón de Cristal, residencia de Lady Lihua. La rodeaban miradas hostiles. Miradas burlonas, ojos desdeñosos y expresiones francamente hostiles. Para una sirviente de la Consorte Gyokuyou como Maomao, esto era realmente territorio enemigo, una cama de clavos.

Su Majestad había acudido a los aposentos de Gyokuyou la noche anterior. Maomao había probado la comida en busca de veneno, como siempre hacía, y estaba a punto de abandonar la habitación cuando el

Emperador en persona le había hablado: “Tengo una petición para la apotecaria de la que tanto he oído hablar.”

Me pregunto qué habrá oído exactamente.

El Emperador era un hombre robusto y apuesto, de apenas treinta y tantos años. Y era el gobernante absoluto de esta nación, no es de extrañar que deslumbrara a las mujeres del palacio posterior. Maomao era una de las pocas excepciones. Aproximadamente lo único que pensaba del Emperador era: “Esa es una barba realmente larga. Me pregunto qué se siente al tocarla.”

Ahora preguntó: “¿Qué podría ser, Majestad?”, con una inclinación de cabeza deferente. Sabía que era insignificante ante el Emperador, que un soplo de Su Majestad podía acabar con su vida, y quería salir de la sala antes de que, accidentalmente, quebrantara de algún modo la etiqueta.

“La Consorte Lihua se siente mal. Tal vez usted podría cuidar de ella por un tiempo.”

Pues ahí estaba. Y como Maomao quería que su cabeza y sus hombros mantuvieran estrechas relaciones durante mucho tiempo, la única respuesta posible fue: “Por supuesto, señor.”

Por *cuidarla*, Maomao entendía que Su Majestad quería decir *mejorarla*. El Emperador ya no favorecía a la Consorte Lihua con sus visitas, pero tal vez quedaba algún vestigio de su afecto... o tal vez

simplemente sabía que no podía descuidar a la hija de un hombre poderoso. Daba igual. Si Maomao no la ayudaba, no podía esperar mantener la cabeza durante mucho tiempo. En cierto modo, ella y Lihua compartirían el mismo destino.

El hecho de que el Emperador se lo hubiera pedido a una joven como Maomao significaba, o bien que sabía perfectamente que no se podía confiar en el médico del palacio posterior, o bien que no le importaba si moría alguna de ellas o las dos. En cualquier caso, era una petición temeraria. Cuanto más tiempo pasaba Maomao con esa gente que gobernaba en el Palacio Imperial —que vivía “por encima de las nubes”, como decía la expresión tradicional—, más pensaba en los problemas que causaba cada una de sus órdenes y deseos.

Pero, ¿de verdad tenía que preguntármelo delante de su otra consorte?

Casi se maravilló de que un hombre pudiera hacerle una petición como esa, luego comer una lujosa comida y tener intimidad con la Consorte Gyokuyou inmediatamente después. Tal vez eso era lo mínimo que esperar de un emperador.

Cuando Maomao empezó a “cuidar” de la Consorte Lihua, lo primero que hizo fue mejorar su dieta. Por orden de Jinshi, el venenoso polvo facial había sido prohibido en el palacio posterior y se había impuesto un severo castigo a los mercaderes que lo habían traído. De ahora en adelante, no sería posible conseguir más.

En ese caso, la prioridad debía ser expulsar las toxinas restantes del cuerpo de Lihua. Sus comidas actuales se basaban en sopa de arroz insípida, pero a menudo iba acompañada de pescado frito, cerdo asado, bollos de judías rojas y blancas, y otros alimentos ricos como aleta de tiburón o cangrejo. Nutritivo, es cierto, pero demasiado pesado para el estómago de un convaleciente.

Obligándose a no salivar, Maomao le dijo a la cocinera que cambiara el menú. El peso de una misión imperial daba cierta autoridad incluso a una dama de compañía sin importancia como Maomao, y las comidas de Lihua consistían en gachas (ricas en fibra), té (un excelente diurético) y fruta (fácil de digerir).

Por desgracia, todos ellos estaban ahora esparcidos por el suelo. Maomao, como persona criada en el barrio rojo, se horrorizó por el desperdicio de comida.

Las mujeres del Pabellón de Cristal no estaban tan impresionadas por el encargo imperial que pudiera tener Maomao como disgustadas por el hecho de que sirviera a su rival, la Consorte Gyokuyou. Maomao les habría echado la bronca, pero se mordió la lengua y limpió el desastre.

Las damas de compañía de Lihua llevaban a la consorte suntuosas comidas, pero con el tiempo volvían cada vez más intactas. Presumiblemente, las damas disfrutaban de las sobras.

A Maomao le habría gustado realizar un examen físico adecuado de la paciente, pero la cama con dosel de Lihua estaba rodeada por una

falange de damas de compañía, que realizaban colectivamente una labor de enfermería bastante descortés e ineficaz. Cuando provocaban la tos de Lihua echándole polvos blanqueadores en la cara mientras dormía, exclamaban: “Aquí el aire es malo. ¡Es por esa nociva gusana!” y echaban a Maomao de la habitación. No podía llegar a Lihua para hacer un examen.

No tengo ninguna duda. A este paso, seguirá consumiéndose hasta su muerte.

Tal vez había ingerido demasiado veneno y ya era demasiado tarde para eliminarlo. O tal vez simplemente no era lo suficientemente fuerte. Si una persona no comía, moría. Lihua parecía estar perdiendo las ganas de vivir.

Maomao estaba apoyada contra una pared, contando el número de días que su cabeza iba a permanecer unida a su cuerpo, cuando oyó un estruendo de voces coquetas.

Tenía un mal presentimiento. Levantó la cabeza muy despacio y se encontró frente a un rostro hermoso, sonriente como el sol. Era el hermoso eunuco.

“Pareces preocupada.” Dijo.

“¿Ah, sí?” Maomao respondió sin voz, con los ojos entrecerrados.

“No lo habría dicho si no fuese el caso.” Él la miró fijamente, así que ella intentó apartar la mirada. Él se inclinó, con las pestañas notablemente largas, para contrarrestarla, y cuando sus miradas

volvieron a encontrarse, Maomao rompió de lleno su promesa a Gaoshun al adoptar la expresión de alguien que mira un trozo de basura.

“¿Qué le pasa a esa chica?” Las palabras eran suaves pero venenosas. Maomao se refería a la mujer que había derramado la comida. Era insufrible, y realmente exudaba amenaza.

La ira de una mujer era algo terrible, pero aun así Jinshi le dijo suavemente al oído con su voz melosa: “¿Entramos?” Maomao se vio empujada al interior de la habitación antes de poder objetar.

Las autoproclamadas guardianas de la cámara parecían aún más peligrosas que antes. Pero cuando vieron a la ninfa junto a Maomao, inmediatamente esbozaron sonrisas indiferentes, aunque todas ellas eran obviamente forzadas. Verdaderamente, las mujeres podían ser criaturas aterradoras.

“Seguramente estarán de acuerdo en que es impropio de encantadoras y talentosas jóvenes hacer un desastre de los buenos oficios del Emperador.”

Las mujeres hicieron una pausa, se mordieron los labios y luego, una a una, se alejaron de la cama.

“Ya está, ve.” Dijo Jinshi, dándole a Maomao un empujoncito en la espalda que casi la tumba. Se inclinó, se acercó a la cama y sujetó la mano de Lihua. Estaba pálida; las venas destacaban prominentemente.

Maomao tenía cierta experiencia en medicina —la práctica de la curación—, aunque no tanta como en *medicina* —los brebajes que realizaban la curación—. Lihua tenía los ojos cerrados y no luchó contra Maomao. Era difícil saber si estaba despierta o dormida. Parecía tener ya un pie en la tumba.

Maomao puso un dedo en la cara de Lihua, con la esperanza de ver mejor su ojo. Se encontró con una textura resbaladiza. La piel de Lihua estaba más pálida que nunca.

¿No ha cambiado? Maomao frunció el ceño y se acercó a las damas de compañía. Se paró frente a una de ellas, la que antes había estado maquillando a la consorte. Con voz deliberadamente suave y contenida, Maomao preguntó: “Tú. ¿Eres la que maquilla a la dama?”

“Desde luego. Es el deber de una dama de compañía.” La mujer parecía ligeramente intimidada por la mirada abrasadora de Maomao. Obviamente le costó todo lo que tenía permanecer desafiante. “Queremos que la Consorte Lihua sea lo más hermosa posible, siempre.” La muchacha resopló; sonaba tan segura de sí misma.

“¿Eso es cierto?”

Un *crack* resonó en la habitación. La chica se tambaleó hacia un lado, en dirección a la fuerza, sin saber apenas qué había ocurrido. Sintió un calor desconocido en la mejilla y la oreja. La mano derecha de Maomao le dolía; le ardía casi tanto como la mejilla izquierda. Maomao la había abofeteado con toda la fuerza de que era capaz.

“¿A ti qué te pasa?!” Preguntó una de las damas de compañía. Varias de ellas estaban abiertamente asombradas.

“¿A mí? Sólo le estoy dando su merecido a una *idiota*.” Maomao agarró a la chica por el cabello, poniéndola en pie.

La dama de compañía se lamentó, pero Maomao no le hizo caso. Arrastró a la muchacha hasta el estante de maquillaje y tomó un tarro tallado con la mano libre. Abrió la tapa y untó el rostro de la dama de compañía con el contenido. El polvo blanco se esparció por todas partes, provocando ataques de tos. A la joven se le llenaron los ojos de lágrimas.

“¡Ya está! Ahora puedes ser tan hermoso como tú dama. Qué suerte tienes.” Maomao dio un tirón del cabello de la chica, obligándola a mirarla a los ojos, y la miró como una bestia con su presa en las garras. “Puedes tener veneno en tus poros, en tu boca, en tu nariz, en cada parte de tu cuerpo. Puedes marchitarte como tú amada Lady Lihua, hasta que tus ojos estén hundidos y tu piel sin sangre.”

“No... no te creo...” Gesticuló la recién empolvada dama de compañía.

“¿No entiendes por qué se prohibió esta cosa, verdad?! ¡Es veneno!” Maomao estaba realmente enfadada. No por las burlas y las miradas, ni por las gachas derramadas, sino por esta tonta dama de compañía que no pensaba en nada, sino que simplemente asumía que tenía razón en todo.

“¡Pero si es la más bonita! La más bonita... Pensé que Lady Lihua estaría feliz...”

Maomao se llenó la mano del polvo esparcido por el suelo, luego agarró la mejilla de la chica, tirando, distorsionando sus labios. “¿A quién le haría feliz estar continuamente cubierto de veneno que le chupa la vida?” Era como escuchar a un niño intentando explicar por qué había hecho algo malo. Maomao chasqueó la lengua y dejó marchar a la mujer. Unos largos mechones de cabello oscuro permanecieron enredados en sus dedos. “Muy bien, ve a enjuagarte la boca. Y lávate la cara.”

Observó a la muchacha casi huir de la habitación, llorando, y luego se volvió hacia las otras damas de compañía, que ahora estaban completamente asustadas. “Vamos. ¿Quieren que eso caiga sobre la paciente? Límpienlo.” Señaló el suelo empolvado, decidiendo ignorar el hecho de que había sido ella quien lo había derramado. Las otras damas de compañía hicieron una mueca de dolor, pero fueron a buscar los productos de limpieza. Maomao se cruzó de brazos y resopló. Parte del polvo estaba en su ropa, pero no le importaba.

Una persona había mantenido la calma y la serenidad durante todo aquello. “Las mujeres son realmente aterradoras.” Dijo ahora Jinshi, metiendo las manos en sus anchas mangas.

Maomao había olvidado por completo que estaba allí. “¡Argh!” Dijo cuando se le calmó el torrente de sangre en la cabeza. Se agachó donde estaba.

Ahora sí que había metido la pata.

Capítulo 13:

Enfermería

El estado de la Consorte Lihua era peor de lo que Maomao había pensado. Cambió las gachas de mijo por unas gachas finas, pero Lihua apenas podía sorberlas con la cuchara. Maomao tuvo que abrir la boca de Lihua, verter las gachas y ayudarla suavemente a tragar. No era la rutina más decorosa, pero no era el momento de preocuparse por el decoro.

Este era el mayor problema: Lihua no comía. Un viejo proverbio decía que una dieta sana era tan reconstituyente como una buena medicina, y Maomao sabía que su paciente no mejoraría si no comía algo. Así que se obstinó en intentar alimentar a Lihua.

El aire de la habitación cambió y el empalagoso aroma del incienso disminuyó, sustituido por el olor característico de una persona enferma. Debían de estar quemando el incienso con la esperanza de tapar el olor del cuerpo de Lihua. ¿Cuánto tiempo hacía que no se bañaba? Maomao se sintió cada vez más furiosa con las estúpidas damas de compañía.

Al menos, la joven a la que Maomao había reprendido parecía haber aprendido algo de ello. El polvo blanqueador que había estado usando con Lihua era de su propio escondite secreto. Lamentablemente, el eunuco que no había encontrado y confiscado el polvo fue condenado

a recibir una paliza. El nacimiento podía afectar incluso a los castigos que uno recibía.

Maomao se burló en su cara del eunuco encargado de todo esto calificándolo de idiota inútil, pero no pareció significar gran cosa. Resultó ser una de esas personas de alta cuna con inclinaciones “especiales”.

Maomao preparó un paño y un cubo de agua caliente, y llamó a las demás damas de compañía para que la ayudaran a lavar a la Consorte Lihua. Las damas se mostraron incómodas, pero ante la mirada de Maomao accedieron dócilmente.

Lihua tenía la piel tan seca que apenas le caía agua y los labios dolorosamente agrietados. Le aplicaron miel en lugar de maquillaje rojo en los labios y le recogieron el cabello con un simple nudo. Ahora sólo tenían que conseguir que tomara té siempre que podían. De vez en cuando le daban sopa aguada. Eso le ayudaría a tomar algo de sal. Esto la haría ir más al baño, expulsando las toxinas de su cuerpo.

Maomao había pensado que la consorte podría rechazar a esta inusual nueva cuidadora, incluso considerarla una enemiga, pero Lihua era tan flexible como una muñeca. Sus ojos vacíos hacían dudar de que distinguiera a una persona de otra. Pero entonces consiguieron aumentar su ración de gachas de medio cuenco a un cuenco entero, y luego añadir algo de arroz y granos. Cuando Lihua fue capaz de masticar y tragar sin ayuda, le añadieron caldo de carne, haciendo una sabrosa sopa, junto con puré de frutas.

Un día, cuando había conseguido ir al baño sola, Lihua habló de repente: “¿Por quéééé...?”

Maomao se acercó para captar las palabras susurradas.

“¿Por qué no me dejaste morir?” La voz se desvaneció.

Maomao frunció el ceño. “Si eso es lo que quieres, deja de comer. El hecho de que sigas comiendo tus gachas me dice que no quieres morir.” Y luego le ofreció a Lihua un poco de té caliente.

La mujer tosió suavemente. “Ya veo...” Sonrió, aunque débilmente.

Las damas de compañía de Lihua solían tener una de estas dos reacciones ante Maomao: o le tenían terror, o le tenían terror pero aun así se defendían.

Supongo que me pasé un poco.

Cuando las emociones de Maomao llegaban a un punto de ebullición, ella misma solía desbordarse. Sabía que era una mala costumbre. Incluso había abandonado el delicado lenguaje de la corte por expresiones más groseras. Puede que Maomao no mostrara muchas emociones, pero tenía un corazón cálido, y sinceramente le dolía ver cómo la gente la miraba desde lejos como si fuera un demonio o un monstruo. Racionalizó este último arrebato: había sido para cuidar de Lady Lihua. Había sido necesario.

El propio Jinshi hacía apariciones frecuentes. Maomao no sabía si lo hacía por orden del Emperador o a instancias de la Consorte Gyokuyou. Sin embargo, empeñada en aprovechar todo lo que se le proporcionaba, le pidió que añadiera un baño al Pabellón de Cristal. Las instalaciones de baño existentes se ampliaron para incluir un baño de vapor.

Maomao intentó, indirectamente por supuesto, comunicarle a Jinshi que él no podía ayudar y que no era querido aquí, pero aun así se detenía a sonreírle en cada oportunidad con la tenacidad de un fantasma acosador. Claramente, concluyó Maomao, era un eunuco con demasiado tiempo libre. Deseó que siguiera el ejemplo de Gaoshun, que al menos tenía la decencia de traer golosinas cada vez que aparecía. Una persona tan considerada como él podría ser un buen marido, aunque fuera un eunuco.

Mientras tanto, se animó a Lihua a que consumiera fibra, bebiera agua y sudara: cualquier cosa que le ayudara a eliminar el veneno de su organismo. Pasaron dos meses centrados en esto y sólo en esto, y finalmente la Consorte Lihua fue capaz incluso de caminar por sí misma.

De por sí antes se encontraba en un estado grave debido a su malestar emocional. Maomao pensó que, mientras no ingiriera más toxinas, estaría bien. Aún tardaría algún tiempo en recuperar su figura saludable y el rubor de sus mejillas, pero ya no parecía estar a orillas del río que dividía este mundo del otro.

La noche antes de regresar al Pabellón de Jade, Maomao fue a presentar sus respetos a la Consorte Lihua. Esperaba que la rechazaran como alguien demasiado inferior para merecer la atención de la consorte, pero no fue así. Lihua, se enteró, tenía su orgullo, pero no era inútilmente orgullosa. Con todo lo que había ocurrido en torno al príncipe, Maomao había llegado a pensar que Lihua era una mujer bastante desagradable, pero en realidad tenía el comportamiento y la personalidad de una verdadera consorte imperial.

“Me despediré mañana por la mañana, milady.” Le dijo Maomao. Añadió algunas instrucciones sobre lo que debía comer la dama y otros consejos de precaución, y se marchó de la habitación.

Pero Lihua dijo desde detrás de ella: “Jovencita, ¿cree que alguna vez podré tener otro hijo?” Su voz era llana e insensible.

“No lo sé. La única forma de saberlo es intentarlo.”

“¿Pero cómo, si Su Majestad ya no tiene ningún interés en mí?”

Su significado era bastante claro. Sólo había concebido al príncipe porque el Emperador casualmente la visitó después de su tiempo con su favorita, la Consorte Gyokuyou. El hecho de que hubiera tres meses de diferencia de edad entre la princesita y el principito revelaba la verdad del asunto.

“Fue Su Majestad quien me ordenó venir aquí en primer lugar. Ahora que me voy, debo pensar que volverá a verle.” No era un problema político o emocional. La cuestión era la misma para ambos.

Siendo el palacio posterior lo que era, el amor y el romance no tenían cabida aquí.

“¿Crees que aún puedo ganar a la Consorte Gyokuyou? ¿Yo, que ignoré su consejo y maté a mi propio hijo haciéndolo?”

“No creo que sea cuestión de ganar. Y en cuanto a nuestros errores, podemos aprender de ellos.” Maomao descolgó un jarrón que decoraba la pared, una cosa delgada diseñada para contener una sola flor. En ese momento, estaba ocupado por una campanilla en forma de estrella. “Hay cientos, incluso miles de tipos de flores en el mundo, pero ¿quién se atrevería a decir si la peonía o el iris es la más bella?”

“No tengo sus ojos esmeralda ni su cabello de fuego.”

“Si tienes algo más en su lugar, entonces no hay problema.” La mirada de Maomao recorrió el rostro de la Consorte Lihua. Siempre decían que *esas* eran las primeras cosas que se iban cuando perdías peso, pero Lihua aún conservaba su amplia dotación. “Creo que un tamaño así es todo un tesoro.”

Maomao había visto mucho en los burdeles, así que debería saberlo. Se guardaría para sí el hecho de que había sentido cierto asombro cada vez que bañaban a la consorte.

Dado que Lihua era la rival de su propia señora, Maomao no podía ayudarla demasiado, pero decidió hacerle a la mujer un último regalo antes de marcharse. “¿Puedo susurrar al oído de milady?” Y entonces, en voz baja para que nadie más la oyera, le dio un consejo a la consorte

Lihua. Una técnica secreta que una de las damas veteranas de la noche le había dicho que “no estaría de más conocer”. Por desgracia, Maomao carecía del equipo necesario. Pero esta técnica en particular parecía perfecta para la Consorte Lihua.

La cara de Lihua se puso roja como una manzana cuando lo oyó. Lo que Maomao pudiera haberle dicho fue objeto de animado debate entre las damas de compañía de Lihua durante algún tiempo después, pero a Maomao le dio lo mismo.

Hubo un periodo después de esto en el que las visitas de Su Majestad al Pabellón de Jade se hicieron notablemente menos frecuentes. Con una mezcla de ironía y verdadero alivio, la Consorte Gyokuyou sólo dijo: “¡Uf! Por fin puedo dormir un poco.”

Maomao se quedó boquiabierta. Pero esa es una historia para otro momento.

Capítulo 14:

El fuego

Ya está. Lo sabía. Maomao sonrió balanceando un cesto de ropa en un brazo. Eran pinos rojos que crecían en un bosquecillo cerca de la puerta oriental.

Los jardines del palacio posterior estaban hábilmente cuidados. Una vez al año, también se limpiaban las hojas muertas y las ramas marchitas del pinar. Y Maomao sabía que un pinar bien cuidado favorecía el crecimiento de cierto tipo de setas.

Ahora tenía en la mano una seta matsutake de sombrero pequeño. A algunas personas no les gustaba cómo olían, pero a Maomao le encantaban. Las setas matsutake cortadas en cuartos, asadas a la parrilla con una pizca de sal y un chorrito de cítricos por encima, eran su idea del paraíso.

Era un bosquecillo modesto, pero como había encontrado un buen grupo de setas, metió cinco en la cesta.

¿Me los como en casa del viejo carcamal o en la cocina?

No podía hacerlo en el Pabellón de Jade; habría demasiadas preguntas sobre de dónde había sacado los ingredientes. No verían con buenos ojos que una sirvienta admitiera que ella misma había recogido las setas del bosque. Así que Maomao fue a ver al médico, ese hombre

tan bueno con la gente y tan malo en su trabajo. Si a él también le gustaban las setas matsutake, todo iría bien; y si no, Maomao supuso que sería lo bastante amable como para hacer la vista gorda. A estas alturas, Maomao ya se había congraciado por completo con el hombre de bigote de pez locha.

No podía olvidarse de pasar por la habitación de Xiaolan de camino. Xiaolan era una importante fuente de información para Maomao, que por lo demás tenía pocos amigos.

Cuando Maomao regresó de la residencia de Lihua, más delgada que nunca por el esfuerzo de ayudar a la consorte, las otras damas de compañía se encargaron de engordarla. Por un lado, Maomao se alegró de ello, pues demostraba que no había perdido la gracia de las damas a pesar de llevar casi dos meses con una consorte rival, pero por otro, era casi tan frustrante como gratificante. Tenía una pequeña cesta que empezaba a abultarse con las golosinas extra que recibía cada vez que le servían el té.

Xiaolan, sin embargo, nunca rechazaría algo dulce; sus ojos se iluminaban al ver lo que Maomao le había traído, y estaba más que feliz de tomarse un breve descanso, masticando dulces y charlando con Maomao a partes iguales.

Ahora estaban sentadas detrás de la zona de lavandería, sobre un par de barriles, hablando de esto y aquello. Historias de sucesos extraños constituían la mayor parte, como de costumbre, pero entre

otras cosas, Xiaolan le dijo a Maomao: “He oído que una de las mujeres de palacio utilizó una poción para conseguir que algún tipo de soldado de corazón duro se enamorara de ella, ¡y funcionó!”

A Maomao le entraron sudores fríos. *Probablemente no tenga nada que ver conmigo, ¿verdad? Probablemente.*

Al recordarlo, se dio cuenta de que nunca se le había ocurrido preguntar para quién era aquella poción de amor. ¿Pero realmente importaba? Con “el palacio” se refería al palacio real, no al posterior, lo que significaba que había sucedido en el exterior. El palacio propiamente dicho contaba con hombres reales y funcionales, por lo que el nombramiento allí era una perspectiva popular para la que la competencia era feroz. A diferencia de las mujeres que servían en el palacio posterior, estas eran élites que habían superado serias pruebas para acceder a sus puestos.

Hay que decir que, en la medida en que faltaban hombres de carne y hueso, el palacio posterior podía parecer una tarea bastante más solitaria. No es que le importara a Maomao.

Cuando Maomao llegó a la consulta médica, encontró al anciano de bigote de pez locha en compañía de un eunuco de rostro pálido al que no reconoció. No dejaba de frotarse la mano.

“Ah, justo la joven que quería ver.” Dijo el médico con su sonrisa más acogedora.

“Sí, ¿qué pasa?”

“A este hombre le ha salido un sarpullido en la mano. ¿Crees que podrías prepararle un ungüento?”

Maomao pensó que no eran palabras muy apropiadas para el hombre que aparentemente era el médico del palacio. Uno esperaría que lo hiciera él mismo. Pero no era nada nuevo, y Maomao se contentó con entrar en la habitación llena de botiquines y tomar sus ingredientes.

Pero primero dejó la cesta en el suelo y sacó los hongos matsutake. “¿Tienes carbón?” Preguntó.

“¡Oh ho, qué buenos especímenes has encontrado!” Dijo jovialmente el curandero. “También necesitaremos pasta de soja y sal.”

Parecía haber ganado el sorteo. Eso facilitaría las cosas. El doctor casi salió bailando de la habitación camino del comedor para encontrar los condimentos adecuados. Quizás si ponía tanta pasión en su trabajo...

Por desgracia para el paciente, se quedó solo.

Quizá le dé una seta de consolación, si es que le gustan, pensó Maomao, observando al desconsolado eunuco mientras mezclaba los ingredientes. Para cuando el curandero regresó con especias, una pequeña parrilla de carbón y una rejilla, ella ya tenía un buen ungüento espeso. Tomó la mano derecha del eunuco y extendió suavemente el

ungüento sobre la irritada erupción roja. El ungüento no tenía el olor más agradable del mundo, pero tendría que aguantarse.

Cuando terminó, su rostro, antes pálido, parecía haber recuperado parte de su brillo. “Vaya, pero si eres una joven muy amable.” Algunas de las sirvientas despreciaban a los eunucos. Los veían como cosas extrañas, ni mujeres ni realmente hombres, y no lo ocultaban en sus rostros.

“¿Verdad que sí? Siempre me ayuda con cosas tan pequeñas como esta.” Dijo el médico con un deje de orgullo.

Había habido momentos en la historia en que los eunucos habían sido tratados como villanos que ansiaban el poder, pero en realidad sólo unos pocos habían sido así. La mayoría eran tranquilos y agradables, como ellos dos.

Aunque quizá no todos... Un rostro inoportuno pasó por la mente de Maomao y lo ahuyentó deliberadamente. Encendieron el carbón, colocaron la rejilla en su sitio, luego cortaron las setas en trozos con la mano y las dejaron cocer. Maomao se había servido un pequeño cítrico *sudachi* del huerto, y ahora lo cortaban en rodajas. Cuando empezaron a oler esa fragancia única de la cocción de las setas matsutake, ya mostrándose delicadamente ennegrecido, lo pusieron en los platos y lo sazonaron con sal y zumo de cítricos.

Maomao esperó a probar su primer bocado hasta estar segura de que los otros dos habían empezado a comer: en el momento en que los hombres mayores probaban bocado, se convertían en cómplices de

Maomao. Comió mientras el curandero charlaba alegremente. “Esta joven me ha sido de gran ayuda. Sabe hacer de todo. Prepara todo tipo de medicinas, no sólo ungüentos.”

“¡Huh! Muy impresionante.”

El anciano sonaba como si estuviera presumiendo de su propia hija. Maomao no estaba segura de que eso fuera lo ideal. De repente, pensó en su padre, al que no veía desde hacía más de seis meses. Se preguntó si estaría comiendo bien. Esperaba que el gasto que suponía mantener sus medicinas a buen recaudo no le estuviera matando.

Fue justo cuando Maomao estaba sintiendo este tono emocional que el curandero tuvo que ir a decir algo especialmente insípido. “Pues en verdad creo que puede hacer *cualquier* tipo de medicina.”

¿Guh?

Pero antes de que Maomao pudiera decirle al viejo que se guardara sus hipérboles, el eunuco sentado frente a ellos dijo: “¿De *cualquier* clase?”

“Sí, lo que necesite.” El médico soltó un pequeño bufido triunfal, que en la mente de Maomao no hizo sino confirmar su charlatanería. El otro eunuco miró a Maomao con nuevo interés. Estaba segura de que tenía algo en mente.

“En ese caso, ¿podrías hacer algo para curar una maldición?”

Se frotaba patéticamente la mano inflamada. Su rostro volvía a estar pálido.



Había ocurrido anteanoche.

Lo último que hacía siempre era recoger la basura. Recogía en un carro todos los desperdicios y basuras del palacio posterior y los llevaba al barrio oeste, donde había un gran foso para quemarlos. Normalmente, no se permitía hacer fuego después de la puesta de sol, pero como el aire estaba húmedo y no había viento, se consideró seguro y se le concedió permiso.

Sus subordinados arrojaron la basura al pozo. Él mismo echó una mano, ansioso como estaba por acabar con la tarea. Poco a poco fueron arrojando la basura del carro al hoyo.

Entonces, algo en el montón del carro le llamó la atención. Era un traje de mujer. No era de seda, pero sin duda era de alta calidad. Un desperdicio del que deshacerse. Cuando lo levantó para inspeccionarlo, cayó una colección de trozos de madera para escribir. Había una marca de quemadura en la manga de la prenda que había sostenido.

¿Qué puede significar esto?

Pero sabía que su trabajo no acabaría antes por darle vueltas. Tomó uno a uno los trozos de madera y los arrojó a la fosa.



“¿Y luego dices que el fuego ardía con colores antinaturales?”

“¡Eso es!” Los hombros del anciano temblaron como si el solo recuerdo le pareciera horrible.

“¿Y dices que los colores eran rojo, morado y azul?” Preguntó Maomao.

“¡Sí, justo esos eran!”

Maomao asintió. Así que esta era la fuente de los rumores que Xiaolan le había comunicado aquella mañana.

¿Quién iba a decir que algo del barrio occidental llegaría hasta aquí? Al parecer era cierto lo que decían, que los rumores entre mujeres viajaban más rápido que un skandha de pies veloces.

“Tiene que ser la maldición de la concubina que murió en un incendio aquí hace muchos, muchos años. Fue un error por mi parte prender fuego por la noche, ¡ahora lo sé! Por eso tengo la mano así.” El sarpullido en la mano del eunuco había aparecido tras el incidente con el fuego. Estaba pálido y tembloroso mientras decía: “Por favor, señorita. Hágame una medicina que pueda curar la maldición.” El hombre la miró suplicante. Ella pensó que podría arrojarse de bruces sobre la alfombra de juncos.

“No existe tal medicina. ¿Cómo podría haberla?” Dijo Maomao con frialdad. Se levantó y empezó a rebuscar en los cajones de los botiquines, ignorando por completo al anciano y al médico, que parecían completamente fuera de sí. Finalmente dejó algo sobre la mesa. Varios tipos de polvos y trozos de madera.

“¿Es este el color que viste en ese fuego tuyo?” Preguntó Maomao. Colocó los trozos de madera entre las brasas de carbón y, cuando estuvieron ardiendo, tomó una cucharilla y esparció un poco del polvo blanco entre las llamas. El fuego adquirió una tonalidad roja.

“¿O quizás esto?” Añadió un polvo diferente, y el resultado fue un color azul verdoso. “Incluso puedo hacer esto.” Tomó una pizca de la sal que habían puesto en las setas y la arrojó a las llamas, que se volvieron amarillas.

Los dos eunucos la observaron, atónitos. “Señorita, ¿qué es eso?” Preguntó el médico estupefacto.

“Es el mismo principio que los fuegos artificiales de colores. Los colores cambian según lo que quemes.”

Uno de los visitantes de su burdel era fabricante de fuegos artificiales. Se suponía que había jurado no compartir nunca los secretos de su oficio, pero en la alcoba, los secretos comerciales se convertían en simples conversaciones de almohada. Y si una chiquilla inquieta escuchaba desde la habitación contigua, nadie se enteraba.

“¿Entonces qué hay de mi mano? ¿Dices que no está maldita?” Preguntó el viejo eunuco, sin dejar de frotarse el apéndice afligido.

Maomao extendió un poco del polvo blanco. “Si esto entra en contacto con la piel desnuda, puede producirse un sarpullido. O quizá había laca en los listones de madera. ¿Quién sabe? Para empezar, ¿eres propenso a los sarpullidos?”

“Ahora que lo mencionas...” El eunuco se puso tan flácido como si los huesos hubieran abandonado su cuerpo. El alivio se reflejaba en su rostro. Debía de haber alguna sustancia como esta en los listones de madera que había manipulado el día anterior. Eso era lo que había provocado el fuego coloreado. Eso era todo, no una maldición o un maleficio.

Pero, ¿de dónde proceden estas misteriosas sustancias?

Las cavilaciones de Maomao se vieron interrumpidas por el sonido de unas palmadas. Se volvió y descubrió una esbelta figura descansando en la puerta.

“Soberbio.”

¿Cuándo había llegado este huésped tan inoportuno? Era Jinshi, de pie con la misma sonrisa de ninfa de siempre.

Capítulo 15:

Operaciones encubiertas

Cuando Maomao y Jinshi llegaron a su destino, se encontró con que él los había llevado al despacho de la Matrona de las Sirvientas. La mujer de mediana edad estaba dentro, pero a una palabra de Jinshi, salió rápidamente de la habitación. Seamos sinceros sobre cómo se sentía Maomao: lo último que quería en el mundo era quedarse a solas con aquella criatura.

No es que Maomao odiara las cosas bellas. Pero cuando algo era *demasiado* bello, uno empezaba a sentir que la más remota imperfección era como un crimen, imperdonable. Era como si un simple rasguño en una perla pulida y perfecta pudiera reducir su precio a la mitad. Y aunque el exterior fuera hermoso, quedaba la duda de qué había dentro. Así que Maomao acabó mirando a Jinshi como si fuera una especie de insecto arrastrándose por el suelo.

Sinceramente, no podía evitarlo.

Prefiero admirarlo desde lejos. Así era como Maomao, la simple plebeya que era, realmente se sentía. Por eso saludó con cierto alivio a Gaoshun, que sustituía a la mujer en la sala. A pesar de su carácter taciturno, este sirviente eunuco se había convertido últimamente en una especie de refugio para ella.

“¿Cuántos colores como este existen?” Preguntó Jinshi, alineando los polvos que había traído de las habitaciones del doctor.

Para Maomao sólo eran medicinas, así que podía haber más que ella desconociera. Pero ella dijo: “Rojo, amarillo, azul, morado y verde. Y si las subdivides, podría decirse que hay más. No podría darte un número exacto.”

“¿Y cómo se haría para que una tablilla de escritura de madera adquiriera uno de estos colores?” No se podía simplemente frotar el polvo sobre ella; simplemente se borraría de nuevo. Era todo muy extraño.

“La sal puede disolverse en agua para colorear un objeto. Sospecho que un método similar funcionaría aquí.” Maomao tiró del polvo blanco hacia ella. “En cuanto al resto, algunos podrían disolverse en algo distinto al agua. Una vez más, esto está fuera de mi campo de experiencia, así que no puedo estar segura.”

Había un montón de polvos blancos: algunos se disolvían en agua y otros no; otros se disolvían en aceite, por ejemplo. Si había que impregnar una tira de papel para escribir, era razonable pensar en una sustancia que se disolviera en agua.

“Muy bien, ya basta.” El joven se cruzó de brazos y se perdió en sus pensamientos. Era tan encantador que podría haber sido un cuadro. Casi parecía incorrecto que el cielo hubiera dado a un hombre tal belleza sobrenatural. Y luego hacer que ese hombre viviera y trabajara como eunuco en el palacio posterior era profundamente irónico.

Maomao sabía que Jinshi tenía la mano metida en un gran número de proverbiales tarros de galletas en el palacio posterior. Quizá algo de lo que ella había dicho había hecho que las piezas de algún rompecabezas encajaran en su sitio. Parecía estar intentando descifrarlas.

¿Podría ser un código...?

Probablemente cada uno había llegado a la misma conclusión. Pero Maomao sabía que no debía decirlo en voz alta. Al faisán callado no se le dispara, decía el proverbio. (¿De qué país procedían supuestamente esas palabras?)

Sintiendo que ya no la necesitaban, Maomao se dispuso a marcharse.

“Espera.” Dijo Jinshi.

“Sí, señor, ¿qué pasa?”

“Personalmente, me gustan más hervidos al vapor en una olla de barro.”

No tuvo que preguntar qué se refería. *Me descubrió, ¿eh?* Quizá había sido un poco exagerado comerse las setas matsutake allí mismo, en las dependencias del médico. Los hombros de Maomao se desplomaron. “Intentaré encontrar más mañana.”

Parecía que su agenda para el día siguiente estaba fijada: volvería a la arboleda.



Cuando oyó el *clac* que le aseguraba que la puerta estaba bien cerrada, Jinshi esbozó una sonrisa melosa. Sus ojos, sin embargo, eran tan duros como para cortar diamantes. “Busca a cualquiera que haya sufrido quemaduras en los brazos recientemente.” Ordenó a su ayudante. “Empieza por los que tengan sus propios aposentos y sus sirvientas.”

Gaoshun, que había estado sentado en silencio como si esperara esto, asintió. “Como desee, señor.”

Salió de la habitación y la matrona volvió en su lugar. Jinshi se sentía mal persiguiéndola cada vez que aparecía. “Debo disculparme por robarle constantemente su oficina.”

“O-Oh, cielos, en absoluto.” Dijo la mujer, ruborizándose como si tuviera muchos años menos de los que tenía. Jinshi se aseguró de que la sonrisa ambrosíaca seguía en su rostro.

Así era como las mujeres debían reaccionar ante él. Pero en *ella*, su aspecto era completamente ineficaz. ¿Esto era todo lo que podía conseguir con su cara? Jinshi se permitió fruncir brevemente los labios antes de volver a sonreír y salir de la habitación.



Una pila de cestas tejidas, entregadas por un eunuco, esperaba a Maomao cuando regresó al Pabellón de Jade. Estaban en la sala de estar, y las damas de compañía investigaban afanosamente su contenido. Al principio, Maomao pensó que podría tratarse de un

regalo de Su Majestad o de un paquete de bienvenida, pero no parecía ninguna de esas cosas. La ropa que contenían era demasiado sencilla para ser algo que pudiera llevar la Consorte Gyokuyou, y había varios trajes duplicados. Por la forma en que las otras chicas se sujetaban los vestidos para comprobar su longitud, Maomao dedujo que debían de ser uniformes nuevos.

“Toma, pruébate esto.” Dijo una de las otras damas de compañía, Yinghua, empujando uno de los trajes hacia Maomao. Consistía en una prenda lisa sobre una falda de color rojo claro, mientras que las mangas eran de color amarillo pálido y algo más anchas de lo habitual. No era de seda, pero sí de un brocado excepcionalmente fino.

“¿Qué pasa con estos?” Preguntó Maomao. Los colores eran tenues, como correspondía a una sirvienta, pero el diseño parecía eminentemente poco práctico. Maomao también frunció el ceño instintivamente ante el pecho excesivamente abierto, algo que nunca había aparecido en ninguna de sus otras prendas.

“¿Cómo que qué? Estos son nuestros trajes para la fiesta en el jardín.”

“Disculpa. ¿La fiesta en el jardín?”

Completamente aislada por las indulgencias de las damas de compañía más experimentadas, las únicas excursiones de Maomao fuera de su régimen habitual de degustación de alimentos y elaboración de medicinas eran salir a recoger ingredientes, charlar con Xiaolan, tomar el té con el médico, etc. Como resultado, no se enteraba mucho

de lo que ocurría entre las que estaban por encima de ella. Como resultado, no se enteraba mucho de lo que pasaba entre los que estaban por encima de ella. Francamente, había empezado a preguntarse si era realmente aceptable que una persona se ganara la vida con un trabajo que parecía tan fácil.

Yinghua, algo asombrada por tener que explicárselo en detalle, le explicó a Maomao lo que ocurría. Dos veces al año se celebraba una fiesta en los jardines imperiales. Su Majestad, al carecer de reina propiamente dicha, se hacía acompañar de sus concubinas de primer rango superior. Y *ellas* estarían acompañadas por sus damas de compañía.

En la jerarquía del palacio posterior, Gyokuyou ostentaba el rango de *guifei*, o “Consorte Preciosa”, mientras que Lihua llevaba el título de *xianfei*, “Consorte Sabia”. Además de estas mujeres había otras dos, la *defei*, o “Consorte Virtuosa”, y la *shufei*, o “Consorte Pura”. Estas cuatro formaban el primer rango superior.

Normalmente, sólo las Consortes Virtuosa y Pura asistían a la fiesta del jardín de invierno. Pero debido al nacimiento de sus hijos, Gyokuyou y Lihua habían estado ausentes de la reunión más reciente, así que esta vez estarían presentes las cuatro.

“¿Así que todas ellas estarán allí?”

“Así es. ¡Tenemos que estar listas para dar un buen espectáculo!” Yinghua estaba prácticamente vibrando. Además de ser la rara

oportunidad de salir del palacio posterior, esta reunión de todas las consortes más importantes sería también el debut de la Princesa Lingli.

Maomao era muy consciente de que no podía escaquearse de la fiesta con el pretexto de la inexperiencia. La Consorte Gyokuyou ya tenía demasiadas damas de compañía como para hacerlo. Además, los servicios de un catador de comida se considerarían especialmente importantes en una reunión tan pública.

La intuición de Maomao la fastidiaba. *Podría ser un baño de sangre si no tenemos cuidado.* Y su intuición tenía la molesta costumbre de acertar.

“Hmm, creo que será mejor que rellenes ese pecho. También ayudaré a añadir un poco alrededor de tu trasero. ¿Te parece bien?”

“Dejo el asunto en tus capaces manos.”

Cierta voluptuosidad era el estándar de belleza aquí, lo que desafortunadamente significaba que la forma natural de Maomao era algo deficiente, un punto que Yinghua dejó ineludiblemente claro. Estaba ocupada ajustando cinturones y comprobando ajustes. “También tendrás que maquillarte. Al menos podrías molestarte en ocultar tus pecas de vez en cuando.” Yinghua le dedicó a Maomao una sonrisita pícara, y no hace falta decir que Maomao respondió con el ceño fruncido.

Maomao se sintió algo descorazonada cuando Hongniang le informó de cómo irían las cosas en la fiesta. La jefa de sirvientas, que había estado en el evento de primavera del año anterior, soltó un suspiro y dijo: “Tenía tantas ganas de no tener que lidiar con eso este año.” Cuando Maomao preguntó si había algo especialmente malo, Hongniang explicó que simplemente no había nada que hacer. Las damas de compañía se quedaban paradas todo el tiempo.

Había un espectáculo de danza tras otro, luego se cantaba acompañado de un *erhu* de dos cuerdas, se presentaba la comida y se comía, y luego las chicas intercambiaban sonrisas forzadas y cumplidos con los diversos funcionarios presentes. Y todo ello al aire libre, expuestas al viento seco.

Los jardines eran amplios, testimonio del poder de Su Majestad. Incluso una visita “rápida” al baño podía llevar más de treinta minutos. Y si Su Majestad, el verdadero invitado de honor, permanecía resueltamente sentado, sus consortes no tendrían más remedio que también permanecer sentadas.

Parece que voy a necesitar una vejiga de hierro, pensó Maomao. Si la fiesta de primavera había sido tan problemática como todo aquello, ¿cuánto peor sería en invierno?

Sin embargo, para combatir una posible fuente de incomodidad, Maomao había cosido varios bolsillos en su ropa interior, en los que se podían colocar calentadores. También picó cáscaras de jengibre y mandarina, y las hirvió con azúcar y zumo de fruta para producir

caramelos. Cuando le enseñó estos productos a Hongniang, la jefa de las damas de honor le rogó encarecidamente que hiciera algunos para las demás.

Mientras trabajaba en ello, apareció un eunuco con demasiado tiempo libre y le exigió que también le hiciera algunos. Su ayudante pareció sentirse mal por ello y al menos la ayudó con el trabajo.

Es más, parece que a la Consorte Gyokuyou se le escaparon las ideas de Maomao durante una de las visitas nocturnas del Emperador, y al día siguiente se le acercaron la costurera y la cocinera personales de Su Majestad. Ella les enseñó sus métodos.

Supongo que no somos los únicos que lo tenemos difícil en estos eventos, pensó. Sin embargo, la algarabía por unas ideas tan sencillas sugería hasta qué punto todos los demás abordaban la fiesta con rotundidad. Cuando uno se apega demasiado a las costumbres, deja de ser capaz de descubrir hasta las innovaciones más insignificantes.

Así que Maomao pasó el tiempo hasta la fiesta en el jardín en tareas domésticas. Hongniang, por su parte, se dedicó a intentar corregir los lapsus ocasionales de Maomao, que no hablaba con la deferencia debida. Por mucho que Maomao apreciara el gesto, las lecciones le resultaban agotadoras. A diferencia de las otras tres sirvientas, su líder, Hongniang, era demasiado consciente de cómo era Maomao en realidad.

Cuando por fin estuvo libre, la noche antes de la fiesta en el jardín, Maomao se puso a preparar algunas medicinas con hierbas que tenía a mano. Algo por si acaso.

“Estás absolutamente hermosa, Lady Gyokuyou.” Yinghua hablaba por todas ellas, y sus palabras eran más que meros halagos.

Supongo que esa es la consorte favorita del Emperador para ti.

Gyokuyou desprendía una belleza exótica, vestida con una falda carmesí y una túnica de un color rojo más claro. La chaqueta de mangas anchas que llevaba encima era del mismo rojo que la falda y estaba bordada en hilo de oro. Llevaba el cabello recogido en dos grandes anillos sujetos con horquillas decoradas con flores y una tiara entre los anillos. Unas varillas plateadas rodeaban la elaborada decoración y estaban adornadas con borlas rojas y piedras de jade.

Era una muestra de la fuerza de la personalidad de Gyokuyou que, a pesar de los elaborados diseños, no se viera eclipsada en absoluto por su propia ropa. Se decía que la consorte de cabello rojo fuego estaba más guapa vestida de escarlata que nadie en el país. La forma en que sus ojos, verdes como el jade, brillaban entre tanto rojo no hacía sino aumentar su misticismo. Tal vez fuera producto de la abundante sangre extranjera que corría por las venas de Gyokuyou.



Las faldas que Maomao y las demás llevarían también eran de color rojo claro para indicar que servían a la Consorte Gyokuyou. Además, llevar el mismo color que su señora, pero en un tono más claro, la haría destacar mucho más.

Las damas de honor se pusieron las faldas y se peinaron. La Consorte Gyokuyou, comentando que se trataba de una ocasión especial, sacó un joyero de su tocador. En su interior había collares, pendientes y bastones para el cabello decorados con jade.

“Son mis propias damas de compañía. Tengo que marcarlas, para asegurarme de que ningún pajarillo intente salir volando con ustedes.” Y entonces les otorgó un accesorio a cada una, en el cabello o en las orejas o alrededor del cuello. Maomao recibió un collar.

“Gracias, Milad...”

¡Hrk!

Antes de que pudiera terminar adecuadamente su expresión de gratitud, se encontró ahogada. Yinghua había rodeado a Maomao con sus brazos. “¡Muy bien! Hora de *maquillarse*.”

Hongniang estaba allí de pie con unas pinzas para cejas y una sonrisa en la cara. ¿Eran imaginaciones de Maomao o parecía más jovial de lo habitual? Las otras dos damas de compañía llevaban sus propios objetos: un bote de color de labios y un pincel.

Maomao había olvidado que últimamente las otras mujeres estaban muy interesadas en que se maquillara.

“Jee jee. Seguro que estarás preciosa.”

¡Parecía que tenían un cómplice! La risa de la Consorte Gyokuyou fue como el tañido de una campana. Maomao no pudo ocultar su angustia, pero las cuatro mujeres que esperaban no tuvieron piedad.

“Primero, tenemos que limpiarte la cara y ponerte un poco de aceite perfumado.”

Se aplicó con asiduidad un paño húmedo en la cara de Maomao.

Pero entonces Yinghua y las demás exclamaron al unísono: “¿Eh?”

Uf... Maomao miraba al techo, abatida. Las chicas miraban de la tela a su cara y viceversa, con la boca abierta. *Supongo que se acabó la fiesta.* Maomao cerró los ojos, no muy contenta.

Deberíamos decir algo aquí. La razón por la que Maomao odiaba que la maquillaran no era porque el maquillaje le desagradara fundamentalmente. No le desagradaba de ninguna manera en particular. De hecho, lejos de tener problemas con él, se podría decir que era bastante hábil en su uso. En ese caso, ¿por qué su aversión? Porque su cara *ya estaba* maquillada.

En el paño húmedo podían verse varias manchas claras. La cara que todo el mundo había tomado por muy pecosa era en realidad producto de los cosméticos.

Capítulo 16:

La fiesta en el jardín (Primera parte)

Cuando faltaba una hora para el comienzo de la fiesta, la Consorte Gyokuyou y sus damas de compañía pasaban el tiempo en un pabellón al aire libre de los jardines. Había un lago repleto de todo tipo de carpas, y a los árboles se les caían las últimas hojas de un rojo intenso.

“Realmente nos salvaste.”

La luz del sol aún era abundante, pero el viento era frío y seco. Normalmente, las chicas habrían estado temblando de pie, pero con las piedras calientes bajo la ropa descubrieron que, después de todo, no estaba tan mal. Incluso la princesa Lingli, por la que estaban preocupadas, estaba acurrucada en su cuna, equipada con una piedra calefactora.

“Asegúrate de sacar la piedra bajo la princesa periódicamente y cambiar el envoltorio. De lo contrario, podría quemarse. Y no te pases con los caramelos; demasiados te entumecerán el interior de la boca.” Maomao tenía varias piedras de repuesto esperando en una cesta, junto con los pañales y una muda de ropa de la princesa. A petición de los eunucos, la parrilla de carbón para calentar las piedras ya había sido trasladada a una discreta posición detrás del lugar de la fiesta.

“De acuerdo. Pero aun así...” Gyokuyou soltó una risita burlona, y las otras damas de compañía también esbozaron sonrisas irónicas. “*Eres* mi dama de compañía, recuérdalo.” Gyokuyou señaló el collar de jade.

“Así es, milady.” Maomao decidió tomar sus palabras al pie de la letra.



Gaoshun observó cómo su amo se interesaba solícitamente por la salud de la Consorte Virtuosa. Con su sonrisa sublime y su voz ambrosía, Jinshi era prácticamente más bello que la propia consorte, a la que todos consideraban excepcionalmente hermosa a pesar de ser aún muy joven. El atuendo actual de Jinshi sólo se diferenciaba de su vestimenta oficial habitual por unos bordados y unos alfileres de plata en el cabello, y aun así amenazaba con eclipsar a la consorte con todas sus galas. Esto bien podría haberle convertido en objeto de resentimiento, pero la propia consorte, eclipsada, le miraba asombrada, así que tal vez no hubiera ningún problema real después de todo.

Su amo era un auténtico criminal, concluyó Gaoshun.

Tras haber visitado a las otras tres consortes, finalmente Jinshi llegó hasta Gyokuyou. La encontró en el pabellón al aire libre, al otro lado del lago. Aparentemente, su deber era repartir su tiempo a partes iguales entre las cuatro mujeres, pero últimamente parecía que veía

bastante a Gyokuyou. Tal vez no fuera correcto mirarle con recelo por eso; al fin y al cabo, era la favorita del Emperador. Pero también había otros motivos para sus visitas.

Parecía que su vieja costumbre de jugar sin parar con sus juguetes nunca se había curado. *Problemático*, pensó Gaoshun sacudiendo la cabeza.

Jinshi se inclinó ante la consorte. Elogió la belleza de su traje escarlata. Desde luego, le quedaba muy bien, convino Gaoshun en privado. La mística extranjera y su encanto natural se combinaban para ser prácticamente palpables. La Consorte Gyokuyou era quizá la única persona en el palacio posterior que podía competir con Jinshi en pureza y elegancia.

Eso no quería decir que las otras mujeres de alrededor no fueran hermosas y, de hecho, cada una intentaba resaltar sus propios encantos. Uno de los talentos singulares de Jinshi era su habilidad para hablar directamente de esos encantos. A todo el mundo le gusta que alaben sus mejores cualidades. Y Jinshi era muy, muy bueno en eso.

Tampoco mentía nunca. Aunque a veces se abstenía de decir toda la verdad. Se mostraba completamente indiferente, pero la comisura izquierda de su boca se movía ligeramente hacia arriba. Gaoshun lo reconocía por los muchos años que llevaba a su servicio. Era la mirada de un niño con sus juguetes. *Inquietante*.

Con el pretexto de adular a la joven princesa, Jinshi se acercó a una menuda dama de compañía. La chica que vio Gaoshun era una extraña.

Una dama de compañía desconocida, inexpresiva, pero aparentemente despectiva hacia Jinshi.



“Buenas noches, Maestro Jinshi.” Maomao tuvo cuidado de que sus pensamientos (*¿No tiene nada mejor que hacer?*) no se reflejaran en su rostro. Gaoshun la estaba observando, así que quería mantener la calma si podía.

“¿Te has puesto un toque de maquillaje?” Jinshi preguntó con indiferencia.

“No, señor, no me he maquillado.” Se había puesto un ligero toque de rojo en los labios y en las comisuras de los ojos, apenas lo suficiente para considerarlo maquillaje; por lo demás, estaba completamente natural. Le quedaban algunas motas junto a la nariz, pero apenas eran dignas de mención.

“Pero tus pecas han desaparecido.”

“Sí. Me deshice de ellas.”

Los que quedaban eran tatuajes que ella misma se había aplicado con una aguja hacía mucho tiempo. No había pinchado demasiado profundo; los pigmentos diluidos se desvanecerían en un año. Aun sabiendo que no durarían para siempre, a su viejo no le había hecho mucha gracia que ella hiciera esencialmente lo mismo que ellos hacían a los criminales.

“Quieres decir con maquillaje, ¿no?” Preguntó Jinshi. Frunció el ceño y miró a Maomao con los ojos entrecerrados.

“No. Fue quitarme el maquillaje lo que las eliminó.”

Hrm, tal vez debería haber asentido, pensó. Pero ya era demasiado tarde para que Maomao cambiara de respuesta. Y sería molesto tener que dar explicaciones.

“No entiendo lo que dices. No tiene ningún sentido.”

“Todo lo contrario, señor. Tiene mucho sentido.”

Nadie dijo que el maquillaje sólo sirviera para embellecer. A veces, las mujeres casadas se maquillaban para perder atractivo. Maomao se maquillaba a diario la nariz con arcilla seca y pigmentos. Combinados con sus pecas tatuadas, parecían decoloraciones o marcas de nacimiento. Y nadie habría imaginado que haría algo así, así que nadie se dio cuenta. No era más que otra chica con pecas y manchas en la cara. Hogareña, la llamaban. Pero eso era otra forma de decir que no tenía nada especial, que no destacaba entre la multitud; parecía normal.

Sólo un toque de pigmento rojo podía cambiar por completo esa impresión, hacer que Maomao pareciera una persona totalmente distinta. Jinshi se llevó las manos a la cabeza como si no pudiera entender lo que estaba oyendo. “Pero, ¿por qué usar el maquillaje de esa manera? ¿Con qué propósito?”

“Señor, para evitar que me arrastren a un callejón oscuro.”

Incluso en el barrio rojo había algunos que estaban hambrientos de mujeres. En su mayoría carecían de dinero, podían ser violentos y muchos de ellos tenían enfermedades de transmisión sexual. Su tienda estaba instalada frente a la calle, en una parte de uno de los burdeles, por lo que a veces se confundía con un escaparate que casualmente tenía un tema inusual. Había muchos que disfrutaban dando rienda suelta a su lujuria. Y Maomao, naturalmente, quería evitarlos. Una chica enana y con pecas parecía menos susceptible de ser un objetivo.

Jinshi escuchó esto con asombro y lo que parecía ser un creciente horror. “¿Y alguna vez fuiste...?”

“Algunos lo intentaron.” Maomao, entendiendo lo que quería decir, frunció el ceño. “Pero al final fueron los secuestradores quienes me atraparon.” Añadió con rencor.

Esa gente veía a las mujeres guapas como los mayores premios que podían enviar al palacio posterior. Dio la casualidad de que Maomao había olvidado su maquillaje aquel día, cuando se adentró en el bosque para recoger hierbas. De hecho, había estado buscando tintes para refrescar sus tatuajes. Al parecer, había estado a punto de *no ser* vendida.

Jinshi apoyó la cabeza en las manos. “Lo siento. Este es mi fracaso como supervisor.” No parecía agraderle, como responsable de tantas cosas en el palacio posterior, obtener mujeres de esta manera. De repente, Jinshi carecía de su chispa normal, una nube parecía cernirse sobre él.

“Apenas hay diferencia entre ser vendida por secuestradores y ser vendida para que una familia tenga una boca menos que alimentar, así que me da igual.”

Lo primero era un delito y lo segundo era legal. Aunque si la persona que la compró a los secuestradores alegaba no saber cómo la habían obtenido, probablemente quedaría impune. Muchas mujeres llegaban al palacio posterior precisamente por este resquicio. Sus captores sabían que si enviaban suficientes mujeres, de diferentes tipos, alguna podría llamar la atención de Su Majestad imperial, y una parte del aumento de sueldo resultante iría directamente a la bolsa de los secuestradores.

En cuanto a por qué Maomao seguía maquillándose aquí, en el palacio posterior, era la misma razón por la que había fingido ser incapaz de escribir. A estas alturas ya no importaba, pero no estaba muy segura de cuándo sería el momento adecuado para aparecer de repente con un rostro libre de manchas y pecas, y el impulso simplemente la había arrastrado.

“¿No estás enfadada?” Jinshi parecía desconcertado.

“Por supuesto que sí. Pero no es culpa suya, Maestro Jinshi.” Maomao comprendió que era una tontería esperar la perfección de los administradores de un país. Uno podía intentar protegerse contra las inundaciones, por así decirlo, pero alguna tormenta siempre desbordaría los preparativos.

“Ya veo. Discúlpame.” Su voz era plana, casi sin afecto.

Qué inusualmente directo por su parte. Maomao estaba a punto de levantar la vista cuando algo le pinchó en la cabeza. “Eso duele, señor.” Esta vez no ocultó su disgusto cuando miró a Jinshi. Quería saber qué había hecho.

“¿Ah, sí? Te regalo esto.” No lucía su habitual sonrisa sacarina, sino que parecía atrapado entre la melancolía y la vergüenza. Maomao se tocó el cabello, que se suponía sin adornos, para sentir algo frío y metálico que descansaba allí.

“De acuerdo. Te veré en el banquete.” Dijo Jinshi, abandonando el pabellón al aire libre con un gesto por encima del hombro.

Lo que le habían puesto en el cabello era una vara plateada de hombre. Una de las que él mismo había llevado, supuso. A primera vista parecía sencilla, pero estaba labrada con delicados diseños. Si la vendiera, probablemente alcanzaría una buena suma.

“Vaya, qué suerte tienes.” Dijo Yinghua, mirando con nostalgia el accesorio. Maomao pensó en dárselo, pero como las otras dos damas tenían la misma expresión, no estaba segura de qué hacer. Se lo estaba tendiendo cuando Hongniang sonrió y apartó la mano, negando con la cabeza. El mensaje parecía ser: no te apresures a entregar un regalo recibido.

“Demasiado para esa promesa. Eso no tomó mucho tiempo.” Dijo la Consorte Gyokuyou, casi haciendo un mohín. La consorte tomó el bastón de Maomao y lo colocó cuidadosamente en el cabello de la joven. “Supongo que ya no eres sólo *mi* dama de compañía.”

Para bien o para mal, Maomao no estaba muy versada en los usos y costumbres de palacio, especialmente los de sus más augustos residentes. No tenía ni idea de lo que significaba la vara para el cabello.

Capítulo 17:

La fiesta en el jardín (Segunda parte)

La fiesta se celebró en una zona de banquetes instalada en los jardines centrales. Se desplegaron alfombras rojas a través de grandes pabellones al aire libre y se colocaron dos largas mesas de extremo a extremo con los asientos de honor a ambos lados. El Emperador ocupaba el asiento de honor central, con la Emperatriz Viuda y el hermano menor imperial sentados a ambos lados. En el lado este de la mesa estaban sentadas la Consorte Preciosa y la Consorte Virtuosa, mientras que en el lado oeste se encontraban la Consorte Sabia y la Consorte Pura. Para Maomao, la disposición de los asientos parecía deliberadamente diseñada para provocar disputas. Sólo podía avivar las llamas de la hostilidad entre las “cuatro damas” de Su Majestad.

Con el joven príncipe fallecido, el hermano menor del Emperador era ahora el primero en la línea de sucesión. Aunque el hermano menor imperial era, como el propio gobernante, hijo de la emperatriz viuda, parecía que rara vez veía la luz del día. Se le había proporcionado un asiento de honor, pero en realidad estaba vacío. Enfermaba con frecuencia, rara vez salía de su habitación y no realizaba ninguna tarea oficial.

Todo el mundo tenía una explicación diferente para esto: que el Emperador estaba muy encariñado con su hermano sustancialmente

más joven y quería mantenerlo tranquilo por el bien de su salud; que quería mantener al príncipe aislado y fuera de la vista; o que la Emperatriz Viuda era sobreprotectora y se negaba a permitir que el joven saliera.

En cualquier caso, nada de eso tenía que ver con Maomao.

La comida no se serviría hasta después del mediodía; de momento, los invitados disfrutaban de actuaciones musicales y bailes. La Consorte Gyokuyou sólo era atendida por Hongniang; a menos que tuvieran algún asunto particular, sus otras damas se mantenían detrás de una cortina y esperaban cualquier instrucción.

La emperatriz viuda acunaba a la princesa en sus brazos. La mujer desprendía una clase y una belleza inmarcesibles que no podían ser ignoradas ni siquiera con las cuatro estimadas consortes a su alrededor. Parecía tan joven que, sentada junto al Emperador, fácilmente podría haber sido tomada por la reina de Su Majestad.

Y la Emperatriz Viuda era, de hecho, relativamente joven. Cuando Yinghua le dijo a Maomao cuán joven era exactamente —y cuando Maomao calculó un poco la edad del Emperador actual para determinar cuántos años debía de tener su madre cuando lo dio a luz—, le bastó para sospechar profundamente del anterior soberano. Había quienes poseían una desviación especial por la que favorecían a las muchachas muy jóvenes, pero ¿cómo reaccionar cuando el propio gobernante había poseído tal proclividad? En cualquier caso, la Emperatriz Viuda

se había mantenido firme y había dado a luz al niño, y al menos por eso Maomao la respetaba.

Mientras Maomao tenía estos pensamientos, se levantó una ráfaga de viento. Sintió un escalofrío. *Ni siquiera se han molestado en montar una tienda para nosotras*, pensó. La cortina detrás de la que se encontraba sólo era suficiente para mantener a los asistentes fuera de la vista; hacía poco para bloquear el viento. Y si Maomao y las demás damas de honor, con sus piedras cálidas, pasaban frío, ¿cuánto peor sería para las damas de las demás consortes? Podía verlas temblar furiosamente, algunas estaban ateridas y en otras se notaba que se aguantaban algo. No creía que hubiera ningún problema en ir al baño en ese momento, pero tal vez había que fingir ante la mirada de las demás damas.

Era un problema que las damas de compañía se sintieran obligadas a librar batallas por poderes en nombre de sus señoras. Y las jefas de las damas de compañía, que podrían haberlas puesto a raya, estaban ocupadas atendiendo a las consortes. No había nadie que detuviera a las subordinadas.

En ese momento, eran casi como dos cuadros, uno de los cuales podría titularse *Las fuerzas de la Consorte Gyokuyou se enfrentan a las de la Consorte Lihua*, y el otro *Las fuerzas de la Consorte Pura se enfrentan a las de la Consorte Virtuosa*. Y que conste que las “fuerzas de Gyokuyou” estaban formadas por sólo cuatro mujeres, menos de la

mitad de aquellas contra las que se enfrentaban. Los números estaban en su contra, pero Yinghua se esforzaba por compensar la diferencia.

“¿Qué es eso? ¿*No entiendes algo tan simple?* ¿Qué eres, tonta? Las damas de compañía sólo existen para servir a su señora. ¿De qué les serviría acicalarse y posar?”

Al parecer, hubo una discusión sobre sus atuendos. Las damas frente a Maomao y Yinghua servían a la Consorte Lihua, y como tales sus conjuntos se basaban en el color azul. Los trajes tenían volantes y muchos accesorios, lo que las hacía más llamativas que el séquito de Gyokuyou.

“Tú eres la que es tonta. Si una dama no se ve bien, se refleja mal en su señora. Pero, ¿qué otra cosa se puede esperar de alguien que contrata a una zoquete tan torpe?” Todas las chicas del Pabellón de Cristal soltaron una risita.

Uy, creo que se están burlando de mí. Maomao tuvo el pensamiento casi como si se tratara de otra persona. Sin duda, ella era la zoquete en cuestión. Era tan consciente como los demás de que, para los estándares del palacio posterior, no estaba en absoluto por encima de la media.

La orgullosa dama que hacía estos pronunciamientos era una de las que antes habían desafiado a Maomao. Tenía fuerza de personalidad, pero sin nada que la afianzara; decía constantemente: “¡Se lo voy a decir a mi padre!” Para hacerla callar, Maomao la había encontrado una vez cuando estaba sola y la había inmovilizado contra la pared,

deslizando una rodilla entre los muslos de la chica y haciéndole cosquillas en la nuca con un dedo. “Bien.” Le había dicho. “Vamos a dejarte demasiado avergonzada para decirle nada.” Después de eso, la chica había mantenido las distancias.

Supongo que el barrio rojo me dio un sentido del humor único.

Al menos, uno que no funcionaba con los hijos protegidos de la nobleza. Ahora la joven siempre mantenía a Maomao a distancia, apartándose como si temiera lo que pudiera ocurrirle a continuación. Demasiado inexperta en las costumbres del mundo para aceptar una broma tal y como era.

“Veo que no está aquí. Supongo que la dejaste atrás. Buena elección. Sería humillante para la consorte tener una criatura tan horrible alrededor. Estoy segura de que no conseguiría ni una vara decorativa para el cabello.”

Evidentemente, la sirvienta no había visto a Maomao.

Eso no es muy agradable. Después de trabajar juntas durante dos meses.

Otras dos mujeres hicieron todo lo posible para evitar que Yinghua se abalanzara sobre la desagradable empleada, y Maomao pensó que tal vez había llegado el momento de poner fin a esta pequeña discusión. Se colocó detrás de Yinghua, levantando la mano para ocultar su nariz, y miró a las jóvenes de azul. Una de ellas la miró con desconfianza, se dio cuenta de a quién estaba mirando, palideció y empezó a susurrar a

la otra mujer. Con la mano delante de la nariz, se dieron cuenta de que era Maomao, incluso sin sus pecas.

El rumor recorrió la cadena de sirvientas como un juego de susurros hasta que llegó a la altiva dama del frente. El dedo que había estado señalando imperiosamente empezó a temblar y se quedó con la boca abierta. Sus ojos se encontraron con los de Maomao.

Por fin se han fijado en mí, ¿eh? Maomao esbozó su mayor sonrisa, mirando a las damas de compañía de Lihua como un lobo que hubiera acorralado a su presa.

“¡Ah-Ah, ahh, ajem!” Al parecer, la mujer estaba tan atónita que apenas se le ocurría qué decir.

“¿Sí? ¿Qué?” Dijo Yinghua, sin saber que Maomao estaba de pie detrás de ella sonriendo. La dama de compañía de aspecto repentinamente manso la desconcertó.

“C-C-Creo que ya has tenido suficiente por hoy. A-Alégrate de que te deje marchar.” Con esa frase de despedida apenas coherente, la dama salió corriendo hacia el otro extremo de la zona de cortinas. Había muchos espacios abiertos, pero eligió el más alejado de Maomao y las otras mujeres de Gyokuyou. Maomao miró a Yinghua y a las demás, que estaban boquiabiertas. *Es curioso. Todavía me duele.*

Yinghua se recompuso y entonces vio a Maomao. “Bah, siempre supe que era una bruja. Siento que hayas tenido que oír eso. Qué cosas

se dicen de alguien tan dulce.” Yinghua sonaba francamente arrepentido.

“No me molesta.” Dijo Maomao. “De todos modos, ¿no quieres cambiarte los calentadores de manos?”

A Maomao no le molestaba, así que no había problema. Pero Yinghua no dejaba de fruncir el ceño y ofrecerle miradas de simpatía.

“No, está bien. Todavía están calientes. Aun así, no puedo evitar preguntarme por qué esa chica empezó a temblar tan de repente.” Las otras dos damas de compañía parecían hacerse la misma pregunta. Las tres del Pabellón de Jade eran trabajadoras abnegadas, pero compartían cierta tendencia a soñar despiertas, y eso las hacía ajenas a algunas cosas. Sin embargo, a Maomao le gustaba eso de ellas, aunque fuera un poco difícil trabajar con ellas.

“¿Quién sabe? A lo mejor tenía que ir a recoger flores, ya me entiendes.” Dijo Maomao con bastante descaro.

Para los que seguían la pista, la leyenda de Maomao iba en aumento: ahora era una chica que había sido maltratada por su padre, luego vendida al palacio posterior, convertida en degustadora de comida como un peón desechable y, después de todo eso, se había visto obligada a pasar dos meses soportando las miradas mezquinas y las pullas de los residentes del Pabellón de Cristal. Se decía que desconfiaba tanto de los hombres que hasta sentía la necesidad de mancharse la cara.

Inconvenientemente para Maomao, en otras palabras, Yinghua y las demás eran tan imaginativas como cualquier chica de su edad. Incluso las interminables sonrisas de Jinshi se convertían, en sus mentes, en miradas de lástima hacia la pobre joven. Maomao no entendía de dónde sacaban esa idea.

Pero como le habría costado mucho trabajo intentar aclarar las cosas, dejó que la historia se mantuviera.

Mientras tanto, otra batalla por poderes seguía su curso. Siete contra siete. Un grupo de damas de compañía de blanco, y el otro de negro. El primer grupo eran las mujeres de Lishu, la Consorte Virtuosa, y el segundo servía a Ah-Duo, la Consorte Pura.

“Ellos tampoco se llevan muy bien.” Dijo Yinghua. Se estaba calentando las manos en el brasero. También estaba asando y comiendo tranquilamente unas castañas que Maomao había traído a hurtadillas, pero las mujeres del Pabellón de Cristal mantenían las distancias y no había nadie con la suficiente altura moral como para reprenderlas por ello. “Lady Lishu tiene catorce años, y Lady Ah-Duo treinta y cinco. Ambas consortes, pero lo suficientemente separadas en edad como para ser madre e hija. No me extraña que no coincidan.”

“Sí, no es de extrañar.” Dijo una reservada dama de compañía, Guiyuan. “Con la Consorte Virtuosa tan joven y la Consorte Pura tan vieja, debe ser una relación bastante complicada de llevar.”

“Y la Consorte Virtuosa es más o menos la suegra de la Consorte Pura.” Añadió la larguirucha dama de compañía Ailan con un movimiento de cabeza. Tanto ella como Guiyuan parecían menos excitadas que Yinghua, pero las tres estaban perfectamente dispuestas a cotillear, como hacen las chicas de su edad.

“¿Suegra?” Preguntó Maomao, sorprendida. No parecía una expresión que se oyera mucho en el palacio posterior.

“Oh, sí. La situación es un poco complicada...”

Lishu y Ah-Duo, según le informaron a Maomao, habían sido las consortes del antiguo Emperador y del joven príncipe, respectivamente. Cuando falleció el Emperador, la Consorte Virtuosa abandonó el palacio durante el período de luto. Al abandonar el mundo —es decir, convertirse en monja— durante un breve periodo de tiempo, se consideró como si nunca hubiera servido al anterior Emperador, y entonces se casó con el hijo del difunto gobernante. No era precisamente algo legal, pero los poderosos podían salirse con la suya.

El último Emperador murió hace cinco años, reflexionó Maomao. En aquel momento, la Consorte Virtuosa tendría nueve años. Aunque el matrimonio fuera puramente político, era un pensamiento inquietante. Cuando pensó en cómo la Emperatriz Viuda había entrado en el palacio posterior aún más joven, fue más que inquietante; sintió que la bilis le subía a la garganta. Hacía que el Emperador actual

pareciera francamente benigno. De acuerdo, tenía debilidad por la fruta especialmente gorda, pero no compartía las desviaciones de su padre.

Puede que sea insaciable, pero al menos no le va... eso. Se imaginó al gobernante de barba poblada. Uno oía las cosas más chocantes en conversaciones pasajeras.

“Eso no puede ser verdad, ¿no? ¿Una novia de nueve años?” Dijo Ailan con incredulidad. Menos mal.

Capítulo 18:

La fiesta en el jardín (Tercera parte)

La primera impresión que uno tenía de Lishu, la Consorte Virtuosa, era que no era muy sensible al ambiente que la rodeaba. La primera parte del banquete había terminado, y había un descanso antes de que comenzara la siguiente. Maomao y Guiyuan fueron a ver a la princesa Lingli. Mientras Guiyuan cambiaba su calentador de manos, que se había enfriado, por uno nuevo, Maomao echó un rápido vistazo a la niña.

Parece que goza de buena salud.

Lingli, con la cara roja como una manzana, tenía una saludable gordura que distaba mucho de cuando Maomao la había visto por primera vez, y tanto su padre, el Emperador, como su abuela, la Emperatriz Viuda, la adoraban.

Pero no estaba segura de que debiera estar así. Era especialmente inconcebible teniendo en cuenta todas las cabezas que rodarían si la princesa se resfriara a causa de los elementos. Para estar seguros, habían contratado a un artesano para que creara una cuna con una especie de cubierta, parecida a un nido de pájaro.

Eh, ella es linda. Supongo que es una razón suficiente.

Ah, una cosa temible, los bebés: este podía tirar de la fibra sensible incluso de Maomao, y ella no sentía especial afición por los niños. Cuando Lingli empezó a retorcerse para salir, Maomao la metió con asiduidad en su portabebés y estaba a punto de entregársela a Hongniang cuando oyó un pronunciado bufido detrás de ella.

Una joven con elaboradas mangas rosa melocotón la miraba. Detrás de ella se alineaban varias damas de compañía. Ella misma tenía un rostro encantadoramente infantil, pero en ese momento tenía los labios fruncidos con evidente disgusto. Tal vez le molestara que Maomao se hubiera dirigido directamente a la niña sin presentarle sus respetos.

¿Será esta la joven novia? Se preguntó Maomao. Hongniang y Guiyuan se inclinaban respetuosamente ante ella, así que Maomao hizo lo mismo. La Consorte Lishu, que seguía con cara de disgusto, se marchó con sus damas de compañía tras ella.

“¿Era la Consorte Virtuosa?”

“Era ella, sin duda. Destaca entre la multitud.”

“Pero parece que no sabe leer una.”

Cada una de las “cuatro damas” del Emperador tenía asignada una paleta de colores distintiva. La de la Consorte Gyokuyou era rubí y jade, la de Lihua ultramar y cristal. A juzgar por el color de las túnicas de sus asistentes, Ah-Duo, la Consorte Pura, debió de recibir el color negro. Vivía en el Pabellón de Granate, lo que sugiere que el granate era la piedra preciosa con la que estaba asociada.

Si se guiaban por los cinco elementos, era de esperar que el último color fuera el blanco. El color rosa claro que llevaba la Consorte Lishu parecía acercarse peligrosamente al rojo de la Consorte Gyokuyou. Las dos damas estaban sentadas una al lado de la otra en el banquete, creando la impresión de que sus colores chocaban.

En realidad... Se dio cuenta de que la discusión entre las sirvientas que había escuchado sin darse cuenta había versado más o menos sobre el mismo tema. Un grupo había regañado al otro por llevar colores que no se distinguían suficientemente de los de la señora a la que acompañaban.

“Te hace desear que crezca, ¿verdad?” La forma en que Hongniang suspiró lo dijo todo.

Maomao tomó el calentador de manos enfriado y lo puso sobre el brasero que tenían esperando precisamente para este fin. Pudo ver a varias damas de compañía que la observaban desde la distancia, así que, con la bendición de Gyokuyou, distribuyó varias de las piedras calientes. Admitió que estaba un poco perpleja: aquellas mujeres estaban acostumbradas a una vida de seda y piedras preciosas, pero unas piedras suavemente calentadas podían proporcionarles auténtica alegría.

Lamentablemente, las mujeres del Pabellón de Cristal se mantuvieron a distancia de Maomao como si se repelieran

magnéticamente. Podía verlas temblar: deberían haber aceptado los calentadores de manos.

“¿No eres un poco blanda?” Preguntó Yinghua, exasperada.

“Ahora que lo mencionas, tal vez.” Ella sólo había expresado sus sentimientos abiertamente. *Ahora que lo pienso...*

Desde que empezó el descanso, había mucha gente detrás de la cortina. No sólo había damas de compañía, sino también militares y funcionarios. Todos llevaban accesorios al menos en una mano. Algunos hablaban con las damas de servicio de tú a tú, mientras que otros estaban rodeados por una pequeña multitud de mujeres. Guiyuan y Ailan hablaban con un militar que Maomao no reconoció.

“Así es como encuentran a las mejores chicas escondidas en nuestro pequeño jardín de flores.” Le explicó Yinghua. Ella soltó un bufido como si de alguna manera estuviera por encima de todo. ¿Por qué estaba tan alterada?

“Ah.”

“Les dan esos accesorios, como símbolo.”

“Oh.”

“Por supuesto, a veces puede significar otra cosa...”

“Ajá.”

Yinghua se cruzó de brazos e hizo un mohín ante las respuestas inusualmente desinteresadas de Maomao. “¡He *dicho* que a veces puede significar otra cosa!”

“Sí, te he oído.” Ni siquiera parecía dispuesta a preguntar qué significaba eso.

“Bien, *dame* la vara de cabello.” Dijo Yinghua, señalando el adorno que Maomao había recibido de Jinshi.

“De acuerdo, pero tienes que hacer piedra-papel-tijera por él con las otras dos chicas.” Dijo Maomao mientras volteaba las piedras del brasero. No quería que esto se convirtiera en una pelea. Además, si Hongniang se enteraba de que acababa de regalar el bastón a la primera persona que se lo pidiera, probablemente se llevaría otra bofetada en la nuca. La jefa de las damas de compañía tenía una mano rápida.

Para Maomao, que tenía toda la intención de volver a su hogar una vez cumplidos sus dos años de servicio, “triunfar en el mundo” no tenía ningún atractivo.

Además, si va a pensar que eso le da derecho a manipularme, prefiero volver a servir en el Pabellón de Cristal, pensó Maomao con una mirada como si observara una cigarra muerta.

Fue entonces cuando oyó una voz suave: “Toma esto, jovencita.” Le presentaron una vara ornamental para el cabello. De él salía un pequeño adorno de coral rosa claro.

Maomao levantó la vista y descubrió a un hombre de aspecto viril que le dedicaba una sonrisa congradadora. Aún era joven y no tenía barba. Su aspecto era bastante varonil, pero su sonrisa diligente no despertó ningún sentimiento en Maomao, que tenía una resistencia poco común a esas cosas.



El hombre, un oficial militar, vio que ella no reaccionaba como él esperaba, pero no retiró el regalo que le había ofrecido. Estaba medio agachado, por lo que los tobillos empezaban a temblarle.

Al final Maomao se dio cuenta de que estaba dejando a este hombre en un dilema. “Gracias.” Tomó la vara de cabello y el hombre pareció tan contento como un cachorro que ha satisfecho a su amo. Un cachorro mestizo, pensó Maomao.

“Bueno, ta-ta. Encantado de conocerte. Me llamo Lihaku, por cierto.”

Si alguna vez pensara que voy a volver a verte, intentaría recordarlo.

Aún quedaba una docena de varas de cabello metidas en el cinturón del gran perro que ahora saludaba a Maomao. Presumiblemente las estaba repartiendo a todo el mundo para no avergonzar a ninguna dama de compañía por omisión. Bastante educado por su parte.

Supongo que tal vez fui injusta con él, pensó Maomao, bajando la mirada hacia el adorno de coral.

“¿Conseguiste uno?” Preguntó Guiyuan, acercándose a ella con las otras chicas. Cada una llevaba su botín en la mano.

“Sí... Un premio de participación.” Respondió Maomao sin ton ni son. Tal vez se los daba a las chicas que parecían estar de pie sin nadie con quien hablar.

“Qué manera tan solitaria de verlo.” Dijo una voz familiar y refinada desde detrás de ella. Maomao se giró y se encontró con Lihua, la consorte bien dotada.

Parece un poco más rellenita. Pero no tan robusta como antes. Sin embargo, las últimas sombras de su rostro no hacían sino realzar su belleza. Llevaba una falda azul marino y un vestido azul cielo con un chal azul sobre los hombros.

El ambiente podría ser un poco frío para ella. Mientras Maomao fuera sirvienta de la Consorte Gyokuyou, no podía ayudar directamente a Lihua. Desde que abandonó el Pabellón de Cristal, sólo recibía noticias sobre la salud de la consorte a través de los comentarios periódicos de Jinshi. Incluso si se hubiera atrevido a visitar ella misma el Pabellón de Cristal, las damas de compañía de Lihua la habrían echado en la puerta.

Maomao se inclinó como Hongniang le había enseñado. “Ha pasado demasiado tiempo, milady.”

“Sí, uno demasiado largo.” Dijo Lihua, tocando el cabello de Maomao mientras está la miraba. Le colocó algo, igual que había hecho Jinshi. Esta vez no dolió. Sólo se sentía como si hubiera algo atascado en un mechón de cabello. “Bueno, cuídense.” Dijo Lihua, y se alejó con elegancia, regañando a sus damas de compañía por su incapacidad para ocultar su asombro.

Pero las mujeres del Pabellón de Jade estaban igualmente desconcertadas. “Huh, no puedo adivinar lo que Lady Gyokuyou va a

hacer con eso.” Yinghua sacudió la vara de cabello que sobresalía con cara de fastidio.

En la cabeza de Maomao temblaba una cola de tres adornos de cuarzo.

Pasado el mediodía, Maomao ocupó el lugar de Hongniang detrás de la Consorte Gyokuyou, pues había llegado la hora de comer. Ante la insistencia de Yinghua, Maomao se había guardado en el cinturón las tres varas para el cabello que había recibido. El accesorio que le había regalado Gyokuyou era un collar, así que le habría venido bien llevar al menos uno de ellos en el cabello, pero cualquiera que hubiera elegido, habría sido percibido como un desaire hacia sus otros dos benefactores. Era esta necesidad constante de ser consciente de cómo sus acciones afectarían a los demás lo que hacía que fuera tan difícil ser una dama de compañía.

Ahora que tenía la oportunidad de observar el banquete desde uno de los asientos de honor, Maomao se dio cuenta de que era realmente impresionante. Los oficiales militares se alineaban en el lado oeste, los funcionarios civiles en el este. Sólo dos de cada diez pudieron sentarse a la larga mesa; los demás formaban una fila ordenada. En un aspecto, lo tenían peor que las sirvientas que trabajaban entre bastidores: tenían que estar así de pie durante horas y horas.

Gaoshun estaba sentado con los oficiales militares. Maomao se dio cuenta de que tal vez era un hombre más importante de lo que ella le

había atribuido, pero también le sorprendió ver a un eunuco ocupar su lugar entre la oficialidad con tanta despreocupación. El hombretón de antes también estaba allí. Estaba sentado más abajo que Gaoshun, pero teniendo en cuenta su edad, tal vez sólo significara que estaba empezando a abrirse camino en el mundo.

Jinshi, mientras tanto, no aparecía por ninguna parte. Uno habría pensado que alguien tan deslumbrante destacaría entre la multitud. Sin embargo, como no había ninguna necesidad real de buscarlo, Maomao se centró en el trabajo que tenía entre manos.

Primero se servía vino como aperitivo. Se sirvió con delicadeza en copas de plata. Maomao agitó el vino en la copa, tomándose su tiempo, asegurándose de que no se enturbiara. Si había arsénico, aparecían manchas oscuras.

Dejó que el vino se agitara suavemente, lo olió bien y bebió un sorbo. Ya sabía que no contenía veneno, pero si no lo probaba, nadie creería que estaba haciendo bien su trabajo. Tragó y se enjuagó la boca con agua limpia.

¿Qué? De repente, Maomao parecía ser el centro de atención. Los demás catadores aún no se habían llevado las tazas a la boca. Cuando vieron que Maomao había confirmado que no había nada peligroso, empezaron a dar sorbos vacilantes.

Eh, comprensible. Nadie quería morir. Y si una catadora estaba dispuesta a ir primero, lo más seguro sería esperarla y ver qué pasaba.

Y si vas a usar veneno en un banquete, uno de acción rápida sería lo mejor.

Maomao era probablemente la única aquí que a veces probaba venenos por diversión. Era, digamos, una personalidad excepcional.

Si tuviera que elegir uno, creo que me gustaría que fuera la toxina del pez globo. Los órganos mezclados en una buena sopa...

El cosquilleo que le producía en la lengua era insoportable. ¿Cuántas veces había vomitado y purgado su estómago sólo para poder experimentarlo? Maomao se había expuesto a una gran variedad de venenos diferentes para inmunizarse contra ellos, pero el pez globo era algo más parecido a una preferencia personal. Sabía, por cierto, que la toxina del pez globo no era algo a lo que el cuerpo pudiera adecuarse, por muchas veces que se expusiera a ella.

Mientras estos pensamientos pasaban por su cabeza, los ojos de Maomao se cruzaron con los de la dama de compañía que le traía el aperitivo. Las comisuras de los labios de Maomao se habían torcido; probablemente parecía que estaba sonriendo desagradablemente a la mujer. Como si estuviera un poco demente, tal vez. Maomao se dio una palmada en las mejillas, obligándose a adoptar su acostumbrada expresión neutra.

El aperitivo que se sirvió era uno de los favoritos del Emperador; era un plato que aparecía a veces cuando pernoctaba. Al parecer, la cocina de este banquete corría a cargo del palacio posterior. Este plato

era bastante familiar. Como todos los demás degustadores miraban atentamente a Maomao, esta sacó rápidamente sus palillos.

El plato era pescado crudo y verduras aliñadas con vinagre. Su Majestad podía ser un poco exagerado, pero sus preferencias alimentarias tendían hacia lo sorprendentemente saludable, pensó la impresionada degustadora.

Se han confundido un poco, pensó Maomao al notar que los ingredientes eran diferentes a los habituales. El plato se servía normalmente con carpa negra, pero hoy llevaba medusa.

Era inconcebible que los cocineros se equivocaran en la receta favorita del Emperador. Si había habido una confusión, tenía que ser que la comida preparada para una de las otras consortes hubiera llegado a la Consorte Gyokuyou en su lugar. El servicio culinario *shang* del palacio posterior era muy capaz, e incluso preparaba el mismo plato de distintas maneras para complacer a Su Majestad y a sus diversas mujeres. Cuando Gyokuyou había estado amamantando, por ejemplo, le habían servido un sinfín de platos que favorecían una buena leche materna.

Cuando terminó la degustación y todos estaban saboreando sus aperitivos, Maomao vio algo que, en su mente, reforzó su especulación de que había habido un error en a quién se le había dado qué. Lishu, la Consorte Virtuosa, miraba su aperitivo y estaba un poco pálida.

Supongo que no le gusta lo que lleva. Pero como este era el plato favorito del Emperador, sería inconcebible no terminar lo que le

sirvieron. Se abría paso con valentía por la comida, con una rodaja de carpa cruda temblando en sus palillos. Detrás de ella, la camarera que le servía la comida tenía los ojos cerrados. Sus labios temblaban y parecían arquearse ligeramente.

Se estaba riendo.

Ojalá no hubiera visto eso, pensó Maomao, y se volvió hacia el siguiente plato.



Si sólo hubiera sido un banquete, pensó Lihaku. No se llevaba bien con esos tipos de élite que miraban a todo el mundo por encima del hombro desde las alturas de la corte imperial. ¿Qué tenía de divertido celebrar una fiesta al aire libre, en medio de un frío glacial, con el viento arañándote a cada momento?

Una buena comida, eso habría estado bien. Todos deberían imitar a sus antepasados, tomando una copa y un poco de carne en un jardín de melocotones con unos pocos amigos íntimos.

Pero donde había nobles, podía haber veneno. Cualquier ingrediente, por fino que fuera, por exquisitamente preparado que estuviera, se habría enfriado en el momento en que los catadores hubieran terminado de comerlo, y con el calor se habría ido al menos la mitad del sabor.

No culpaba a las personas que comprobaban si la comida estaba envenenada, pero sólo ver cómo tenían que forzarse para llevarse un

bocado a los labios, todo el tiempo con la cara pálida, casi le quitaba el apetito. Hoy, como siempre, no podía evitar la sensación de que estaba tardando demasiado.

Pero en realidad, parecía que no era eso lo que ocurría. Normalmente, todos los catadores se miraban inquietos mientras se llevaban los cubiertos a la boca. Pero hoy, había una catadora que parecía francamente ansiosa. La menuda dama de compañía que atendía a la Consorte Preciosa tomó un sorbo del aperitivo de su copa de plata sin siquiera mirar a las demás mujeres. Tragó despacio y luego se enjuagó la boca como si nada.

Lihaku pensó que le resultaba familiar, y entonces recordó que era una de las mujeres a las que antes había dado una vara para el cabello. No era de una belleza llamativa, pulcra y ordenada, carecía de distinciones especiales. Probablemente se había perdido en el mar de sirvientas del palacio posterior, muchas de las cuales eran inconfundiblemente hermosas. Sin embargo, la expresión fija de su rostro sugería que era una mujer capaz de dominar a los demás con una mirada.

Su primera impresión fue que parecía bastante indiferente, pero en cuanto la juzgó inexpresiva, le demostró que estaba equivocado con una sonrisa espontánea e inexplicable, que desapareció tan repentinamente como había aparecido. Ahora parecía más bien disgustada. A pesar de todo, siguió probando si había veneno con total

despreocupación. Era muy extraño. También era la forma perfecta de pasar el tiempo, intentando adivinar qué cara pondría a continuación.

La joven recibió la sopa y tomó una cucharada. La examinó con ojo crítico y se puso lentamente unas gotas en la lengua. Sus ojos se abrieron un poco y, de repente, una sonrisa de éxtasis se dibujó en su rostro. Sus mejillas se sonrojaron y sus ojos empezaron a humedecerse. Sus labios se curvaron hacia arriba, mostrando unos dientes blancos y una lengua roja, regordeta y casi seductora.

Esto era lo que hacía a las mujeres tan aterradoras. Mientras se lamía las últimas gotas de los labios, su sonrisa era como la fruta madura, como la de la cortesana más consumada. La comida debía de ser realmente deliciosa. ¿Qué podía haber en ella para transformar a una chica completamente normal en una criatura tan encantadora? ¿O tal vez fuera la preparación, a cargo de los chefs de inestimable talento del palacio?

Lihaku tragó con fuerza, y justo entonces la joven hizo algo increíble. Sacó un pañuelo de una bolsa, se lo puso en los labios y escupió lo que acababa de comer.

“Esto está envenenado.” Dijo la dama de compañía, otra vez con una expresión plana en su rostro. Su voz tenía toda la urgencia de un burócrata informando sobre algún asunto mundano, y luego desapareció tras la cortina de señoras.

El banquete terminó en un caos absoluto.

Capítulo 19:

Después de las festividades

“Eres una catadora de comida muy enérgica.”

Maomao acababa de enjuagarse la boca y tenía la mirada perdida en la lejanía cuando apareció un eunuco de lo más inesperado y totalmente subempleado. No podía creer que la hubiera encontrado tan lejos del banquete.

Poco antes, Maomao había detectado veneno en el plato que se servía justo después del pescado crudo. Lo había escupido y se había retirado de la celebración.

Supongo que la mayoría de las damas de compañía serían reprendidas por hacer algo así.

Le hubiera gustado ser más discreta, pero no era posible. Este veneno era el primero que tomaba en mucho tiempo, y era tentador y delicioso. Prácticamente podría habérselo tragado. Pero si una catadora de alimentos se tragara con avidez cualquier veneno que encontrara, no podría hacer su trabajo. Maomao había tenido que retirarse de la situación antes de que las cosas se le fueran de las manos.

“Buenos días, Maestro Jinshi.” Le saludó con su habitual aspecto inexpresivo, pero sintió que sus mejillas no estaban tan rígidas como

de costumbre; tal vez un poco del veneno seguía en su organismo. Le molestaba que pudiera parecer que le sonreía.

“Me atrevería a decir que eres tú quien está teniendo un buen día.” La agarró del brazo. Parecía, de hecho, bastante disgustado.

“¿Puedo preguntar qué estás haciendo?”

“Llévate a ver al médico, obviamente. Sería absurdo que consumieras veneno y simplemente te fueras.”

En realidad, Maomao era la viva imagen de la salud. En cuanto a la toxina de aquel plato, mientras no se la tragara, difícilmente podría hacerle daño. Pero, ¿qué *habría* hecho si se la hubiera tragado en lugar de escupirla? La curiosidad la invadió.

Era muy probable que ya estuviera empezando a sentir un cosquilleo.

No debería haber escupido. Quizás no era demasiado tarde para reclamar algo de la sopa sobrante. Le preguntó a Jinshi si esto podría ser factible.

“¿Acaso eres estúpida?” Dijo, escandalizado.

“Preferiría decir que siempre tengo ganas de superarme.” Aunque reconoció que no todo el mundo respaldaría ese tipo de superación personal.

En cualquier caso, Jinshi tenía ahora poco de su brillo característico, aunque había sustituido su vara de cabello y vestía la

misma ropa elegante que antes. Espera, ¿tenía el cuello ligeramente torcido? Así era. Así que lo había hecho, ¡el muy canalla! Sin duda había alegado que tenía frío como pretexto para hacer algo zalamero.

Por el momento, no había miel en su voz, ni una sonrisa cadenciosa en su rostro.

¿Es esa chispa algo que puede encender y apagar? ¿O simplemente estaba cansado después de todo lo que había pasado? Tal vez la razón de su ausencia en el banquete fuera que se había pasado todo el tiempo abordando —o siendo abordado por— damas de compañía y funcionarios civiles y militares y eunucos. Sí, eso es lo que Maomao diría. Hablando de un hombre que se mantenía ocupado.

No me gustaría estar en su lugar.

Puede que fuera guapo, pero desde donde ella estaba parecía mucho más joven de lo que ella sospechaba. Más joven, quizás. Tendría que pedirle a Gaoshun que se asegurara de que, a partir de ahora, cuando Jinshi la visitara, fuera sólo después de haber hecho algo indecente.

“Déjame decirte algo. Saliste de allí con tan buen aspecto que una persona se comió la maldita sopa preguntándose si realmente había veneno.”

“¿Quién sería tan estúpido?” Había muchos tipos diferentes de veneno. Algunos no manifestaban sus efectos hasta bastante tiempo después de ser consumidos.

“Un ministro está entumecido. El lugar está alborotado.”

Ah, así que el futuro de la nación estaba potencialmente en juego.

“Ojalá lo hubiera sabido, nos habría venido bien.” Sacó una bolsita de tela del cuello, algo que había escondido bajo el acolchado del pecho. Contenía un emético que había preparado en silencio la noche anterior. “Lo hice tan fuerte que te haría toser hasta el estómago.”

“Eso suena como un veneno en sí.” Dijo Jinshi con escepticismo. “Tenemos nuestro propio oficial médico. Puedes dejarlo todo en sus manos.”

De repente, Maomao pensó en algo y se detuvo en seco.

“¿Qué es?” Preguntó Jinshi.

“Tengo una petición. Hay alguien a quien me gustaría traer con nosotros, si es posible.” Había un asunto que Maomao estaba desesperada por aclarar. Y sólo había una persona que podía ayudarla a hacerlo.

“¿Quién? Dime un nombre.” Frunció el ceño Jinshi.

“La Consorte Virtuosa, Lady Lishu. ¿La llamarías?” Maomao respondió, tranquila y confiada.

Cuando Lishu respondió a la llamada, dedicó a Jinshi una sonrisa tan agradable como la primavera, mientras que a Maomao sólo le dedicó una mirada de total desprecio. *¿Quién es esa?* parecía querer saber. Se frotó inquietamente la mano izquierda con la derecha. Era bastante joven, pero seguía siendo esa criatura llamada mujer.

Intentaron ir a la oficina médica, pero como todos los tipos importantes y descerebrados sentían que tenían que estar allí, había una aglomeración imposible, y Jinshi, Maomao y Lishu se vieron obligados a ir en su lugar a una oficina administrativa en desuso. Eso dio a Maomao la oportunidad de apreciar las diferencias arquitectónicas entre el palacio posterior y el exterior. La sala era amplia pero sin adornos.

La consorte Lishu puso mala cara. Maomao pidió a Gaoshun que apartara a la mayoría de los asistentes de Lishu, que les habían seguido en tropel, de modo que sólo quedara uno con la consorte.

Maomao tomó una antitoxina para refrescarse la cabeza. Habría estado perfectamente a salvo sin ella, pero le apetecía estar segura y, de todos modos, le intrigaba ver cómo alguien había hecho la droga. En este caso, le provocó un vómito lo bastante potente como para hacer subir todo el contenido de su estómago, un delicioso emético. A diferencia del curandero del palacio posterior, el médico de la corte principal era eminentemente competente. Jinshi observó cómo Maomao sonreía mientras ella vomitaba, como si no pudiera creerse lo que estaba viendo. Sin embargo, le pareció bastante grosero que se quedara mirando a una joven mientras vomitaba.

Maomao, con un aspecto bastante renovado, se inclinó ante Lishu. La consorte la miró entrecerrando los ojos.

“Perdón.” Dijo Maomao, acercándose a Lishu. La consorte reaccionó con asombro cuando Maomao le tomó la mano izquierda,

remangando la larga manga para revelar un brazo pálido. “Lo sabía.” Dijo Maomao. Vio exactamente lo que esperaba: una erupción roja que salpicaba la piel, normalmente lisa y sin imperfecciones. “Había algo en el plato de pescado que no deberías haber comido.”



Lishu se negó a mirar a Maomao.

“¿Exactamente qué quieres decir con eso?” Dijo Jinshi, con los brazos cruzados. El comportamiento celestial había vuelto tranquilamente, pero seguía sin sonreír.

“Algunas personas simplemente no pueden comer ciertas cosas. No sólo pescado. Algunos no pueden digerir los huevos, el trigo o los productos lácteos. En mi caso tengo que evitar el trigo sarraceno.” Jinshi y Gaoshun parecían asombrados. ¡Lo decía la chica que casualmente ingería veneno!

Déjenme en paz, les imploró Maomao en silencio. Había intentado acostumbrarse al trigo sarraceno, pero le provocaba una contracción de los bronquios que amenazaba su respiración. También le provocaba sarpullidos, pero sólo una vez que el estómago lo absorbía, por lo que era difícil calcular una ración adecuada, y los efectos tardaban mucho en remitir. Al final, renunció a acostumbrarse. Aún albergaba esperanzas de volver a intentarlo algún día, pero no iba a hacerlo aquí, en el palacio posterior, donde su única esperanza si algo salía mal residiría en el curandero.

“¿Cómo lo has sabido?” Preguntó Lishu temblorosamente.

“Primero, déjame hacerte una pregunta. ¿Cómo está tu estómago? No parece tener náuseas ni calambres.” Maomao se ofreció entonces a preparar un purgante, pero la Consorte Lishu negó enérgicamente con la cabeza. Era demasiado humillante contemplarlo, aquí mismo, delante del único aristócrata con el que todos parecían obsesionados.

Era la pequeña forma que tenía Maomao de vengarse de Lishu por su desprecio.

“En ese caso, por favor, tomen asiento.” Gaoshun, más solícito de lo que parecía en un principio, acercó una silla. Lishu se sentó.

“El problema es que su comida fue intercambiada con la de Lady Gyokuyou. La señora no es muy exigente con la comida, así que come casi lo mismo que Su Majestad.” Dijo Maomao. Pero en este caso, uno o dos de los ingredientes habían diferido entre sus comidas. “Caballa y abulón—eso es lo que no puede comer, ¿cierto?”

La consorte asintió. La expresión de asombro de la dama que atendía a Lishu no pasó desapercibida para Maomao.

“Quienes no trabajan bajo tales restricciones dietéticas no siempre comprenden que esto va más allá de las preferencias.” Afirmó Maomao. “En este caso, las consecuencias no parecen haber sido peores que un sarpullido, pero a veces esos alimentos pueden causar dificultad para respirar o incluso problemas cardíacos. Me atrevería a decir que si alguien te diera a *sabiendas* alimentos que no puedes comer, equivaldría a servirte veneno.” Esa palabra provocó una reacción inmediata en el resto de la sala. “Comprendo que, dadas las circunstancias, le haya resultado difícil oponerse, Consorte, pero la han puesto en tremendo peligro.” La mirada de Maomao se desvió entre la dama y su asistente. “Le ruego que no olviden esta lección en el futuro.” Se dirigía a ambas. Después de un momento, añadió a Jinshi: “Por favor, asegúrate de que su cocinero habitual también lo sepa.”

Sin embargo, Lishu y su ayudante seguían sin comprender. Maomao explicó detenidamente el peligro a la dama de compañía y anotó qué hacer en caso de que Lishu volviera a reaccionar. La mujer estaba pálida y hacía pequeños y convulsos movimientos con la cabeza.

Así que esto es lo que es amenazar a alguien.

La dama que se había quedado con Lishu era su catadora de comida. La que se había estado riendo.

Cuando la Consorte Lishu se hubo retirado, Maomao percibió una atmósfera casi viscosa detrás de ella y, finalmente, sintió una mano en el hombro. Dirigió una mirada fría al dueño de la mano; habría sido mejor que lo mirara como se mira a una lombriz.

“No soy más que vil, y desearía que no me tocaras.” En palabras menos elegantes: *Vete a la mierda.*

“Eres la única persona que me dice esas cosas.”

“Supongo que los demás son demasiado considerados.” Maomao se apartó de Jinshi. Suspiró como si tuviera ardor de estómago y buscó a Gaoshun con la esperanza de que le sirviera de tónico, pero este, siempre leal a su amo, le devolvió la mirada con una expresión que decía: *Por favor, aguántalo.*

“Bueno, debo volver e informar a Lady Gyokuyou.” Dijo Maomao.

“Dime por qué pediste que la catadora de comida de la consorte viniera aquí con nosotros.” Dijo Jinshi, entrando de repente en el meollo de la cuestión. Por eso era tan difícil tratar con él.

“Estoy segura de que no sé a qué te refieres.” Dijo Maomao inexpresivamente.

“En ese caso, ¿crees que el que preparó las comidas cometió el error?”

“No sabría decirte.” Iba a hacerse la tonta hasta el amargo final.

“Entonces al menos respóndeme a esto. ¿Fue la Consorte Virtuosa un objetivo deliberado?”

“Si no hay veneno en ninguno de los otros tazones...”

Entonces tendría que ser deliberado.

Maomao salió de la habitación mientras Jinshi se sumía en sus pensamientos. Una vez fuera, se desplomó contra la pared y soltó un largo suspiro.

Capítulo 20:

Dedos

Al regresar al Pabellón de Jade, Maomao fue sometida a una escrupulosa atención médica. La cambiaron de ropa y la metieron en la cama, no en la estrecha habitación que ocupaba habitualmente, sino en una habitación libre mucho más grande, con una cama de verdad. Después de descansar un poco en este nuevo lecho de seda, Maomao pensó en la estera de paja en la que dormía habitualmente y se sintió como si hubiera ascendido de un pantano a las nubes.

“He tomado medicinas y no me pasa nada físicamente.” Protestó. Por *medicina* se refería al emético, pero no era necesario decirlo.

“No seas ridícula. Deberías haber *visto* al ministro que comió esa comida. No me importa si lo sacaste de tu sistema, no hay forma de que estés bien y en forma.” Dijo Yinghua, presionando un paño húmedo en la frente de Maomao con preocupación.

Estúpido, estúpido ministro, pensó Maomao. Se preguntó si realmente había conseguido sacárselo todo con la primera medicación que le dieron, pero ahora mismo su curiosidad no iba a conseguir su libertad. Se resignó y cerró los ojos.

Fue un día angustiosamente largo.

Maomao debía de estar más cansada de lo que pensaba, porque era casi mediodía cuando se despertó. Eso no era bueno para una dama de compañía. Saltó de la cama, se cambió y fue a buscar a Hongniang.

No, espera. Primero...

Maomao volvió a su habitación en busca de los polvos que siempre utilizaba. No los polvos blanqueadores que tanto preocupaban a los demás, sino los que creaban las pecas en su rostro. Utilizando una lámina de bronce pulido como espejo, golpeó con la yema del dedo las manchas alrededor de sus tatuajes, prestando especial atención a las que tenía sobre la nariz.

No volveré a salir sin maquillaje. Era demasiado complicado de explicar. A Maomao se le pasó por la cabeza que podía fingir que se había maquillado para ocultar sus “pecas”, pero la idea no hizo más que avergonzarla. Probablemente se esperaba de ella que reaccionara como una virgen ruborizada cada vez que alguien lo mencionara.

A Maomao le rugía el estómago, así que comió uno de los pasteles de luna que habían sobrado. Le habría gustado limpiarse el cuerpo, pero no tenía tiempo. Se dirigió hacia donde estaban trabajando las demás.

Hongniang estaba con la Consorte Gyokuyou, vigilando a la princesa Lingli. Apenas apartaba la vista de la joven, bastante móvil, moviéndola para que permaneciera sobre la alfombra o sujetando sillas para que no se cayeran cuando la princesa las utilizaba para intentar ponerse de pie. Parecía bastante precoz.

“Mis más sinceras disculpas por haberme quedado dormida.” Dijo Maomao con una reverencia.

“¿Quedarte dormida? Deberías haberte tomado el día libre.” Gyokuyou puso una mano en la mejilla de Maomao, con cara de preocupación.

“En absoluto, milady. Si me necesita, llámeme.” Dijo Maomao, pero sabía muy bien que rara vez le daban trabajo serio y que probablemente la dejarían sola.

“Tus pecas...” Dijo Gyokuyou, fijándose inmediatamente en lo que Maomao menos quería que notara.

“Me siento mucho mejor con ellas. Si a milady no le importa.”

“Sí, claro.” Dijo Gyokuyou, dejando pasar el asunto mucho más fácilmente de lo que Maomao esperaba. Maomao le lanzó una mirada inquisitiva, pero Gyokuyou respondió: “Todo el mundo quería saber *quién* era mi dama de compañía. Pensé que las preguntas no acabarían nunca.”

“Mis disculpas.”

Maomao sospechaba que la gente no veía con buenos ojos que una sirvienta declarara la presencia de veneno y luego abandonara el banquete por voluntad propia. En privado, había llegado a preocuparse por si la castigarían por ello, y se sintió aliviada al descubrir que no había ninguna reprimenda.

“Al menos con esas pecas, la gente no te reconocerá enseguida. Eso podría ser lo mejor.”

Maomao había pensado que había sido más sutil que eso, pero quizá se equivocaba. ¿Dónde había estado su error?

“Ah, y algo más. Gaoshun vino esta mañana a buscarte. ¿Quieres verlo? Parecía que tenía tiempo libre, así que le puse a escardar fuera.”

¿Escardar?

Es cierto que fue la consorte favorita del Emperador la que le encargó la tarea, pero Gaoshun no era una sirvienta. O tal vez había aceptado el trabajo voluntariamente. Maomao tenía la impresión de que Gaoshun ocupaba un lugar razonablemente alto en la jerarquía, pero también parecía algo blando. Podía imaginarse a muchas damas de compañía enamorándose de él. En especial, tenía la sensación de que a Hongniang se le iluminaban los ojos cuando Gaoshun estaba cerca. La jefa de las damas de compañía tenía unos treinta años y, a pesar de su buen aspecto, su considerable competencia tenía el efecto secundario de ahuyentar a posibles pretendientes.

“¿Nos prestas la sala de estar?” Preguntó Maomao.

“Puedes usarla. Haré que lo llamen inmediatamente.” Dijo Gyokuyou, aceptando a la princesa de Hongniang, que se marchó a llamar a Gaoshun. Maomao estaba a punto de seguirla, pero Gyokuyou la detuvo con la mano y la dirigió a la sala de estar.

“El Maestro Jinshi envía esto, con sus saludos.” Dijo Gaoshun con prontitud cuando entró en la habitación. Puso un paquete envuelto en tela sobre la mesa. Maomao lo abrió y descubrió un cuenco de plata lleno de sopa. No la que Maomao había probado, sino el plato del que la Consorte Gyokuyou había estado a punto de comer. Él la había rechazado ayer, pero al final, había tenido la amabilidad de proporcionársela. Estaba siendo cortés, pero también era, supuso Maomao, una orden de investigar.

“Por favor, no te lo comas.” Dijo Gaoshun con una clara mirada de preocupación.

“Ni loca.” Respondió Maomao. *Pero sólo porque la plata favorece la putrefacción.* La comida podrida nunca fue sabrosa.

Gaoshun no parecía darse cuenta de que ella tenía su propia razón para no tomarse la sopa. La observaba dubitativo. Maomao miraba el cuenco con cuidado de no tocarlo directamente. Y miraba el *cuenco*, no el contenido.

“¿Has sacado algo en claro?” Le preguntó Gaoshun.

“¿Tocaste esto con tus propias manos?”

“No. Sólo he sacado parte del contenido con una cuchara para comprobar si en realidad era venenoso.”

Luego lo había envuelto en un paño para llevárselo a Maomao, aparentemente receloso de tocar un cuenco lleno de veneno.

Eso hizo que Maomao se relamiera de anticipación. “De acuerdo. Espera aquí un momento.” Salió del salón y se dirigió a la cocina, revolviendo los estantes en busca de algo. Luego volvió a la habitación en la que había estado durmiendo antes. Agachó la cabeza hacia la lujosa cama, partió la tela por las costuras y sacó algo de lo que había dentro antes de volver a donde la esperaba Gaoshun. A sus ojos, ella simplemente llevaba un poco de polvo blanco en una mano y un acolchado de aspecto suave en la otra.

Maomao hizo una bola con el relleno y espolvoreó harina en ella. Luego lo golpeó suavemente contra el cuenco de plata. Gaoshun la miró con curiosidad. “¿Qué es esto?” Preguntó, observando las marcas que aparecían en el cuenco.

“Huellas del tacto humano.”

Los dedos humanos dejaban fácilmente huellas en el metal. Sobre todo en la plata. Cuando era pequeña, el padre de Maomao había untado tintes en recipientes que no debía tocar, para evitar que hiciera travesuras. Su pequeño truco con la harina fue un golpe de inspiración nacido de ese viejo recuerdo, e incluso ella se sorprendió de lo bien que había funcionado. Si la harina hubiera sido un poco más fina, las huellas habrían sido más fáciles de distinguir.

“Las vasijas de plata siempre se limpian antes de usarlas. Después de todo, no valdrían nada si estuvieran turbias.”

En el cuenco se apreciaban varios juegos de huellas. Por su posición y tamaño, era posible adivinar cómo se había sujetado el cuenco.

Incluso si los patrones exactos de las huellas no son del todo visibles.

“Este cuenco ha sido tocado...” Dijo Maomao, pero luego se detuvo.

Gaoshun era demasiado perspicaz para no darse cuenta de cómo se quedaba corta. “¿Sí? ¿Qué pasa?”

“Nada.” No tenía sentido tratar torpemente de ocultar secretos a Gaoshun. Aunque eso dejara sin sentido su pequeña farsa del día anterior. Maomao dejó escapar un pequeño suspiro. “Este cuenco ha sido tocado por cuatro personas en total, supongo.” Señaló los diferentes dibujos en el polvo blanco, con cuidado de no tocar la superficie. “Uno no toca el cuenco mientras lo pule, así que podemos suponer que las huellas pertenecen a la persona que repartió la sopa, a la que la sirvió, a la catadora de comida de la Consorte Virtuosa y a una persona más sin identificar.”

Gaoshun le dirigió una mirada intensa. “¿Por qué la catadora de comida?”

Maomao quería que esto terminara en silencio, pero todo dependería de cómo reaccionara este hombre taciturno. “Es simple. Porque sospecho que la catadora de comida cambió deliberadamente los cuencos.” Sabía perfectamente lo que su ama podía y no podía comer, y había cambiado los cuencos a propósito. Con alevosía. Maomao dejó el cuenco en el suelo, con una expresión desagradable en el rostro. “Es una forma de intimidación.”

“Intimidación.” Repitió Gaoshun como si no acabara de creérselo. ¿Y quién podía culparlo? Que una dama de compañía le hiciera algo así a un consorte de alto rango era impensable. Imposible.

“Veo que no estás seguro.” Dijo Maomao. Si Gaoshun no parecía querer saberlo, Maomao no tenía intención de decírselo. Después de todo, no le gustaba hablar a partir de suposiciones. Pero quizá tuviera que hacerlo, si quería explicar por qué las huellas de la dama de compañía estaban en aquel cuenco. Maomao decidió que sería mejor dar su sincera opinión que hacer cualquier intento a medias de despistar a Gaoshun.

“¿Me contarías lo que estás pensando?” Preguntó Gaoshun, con los brazos cruzados mientras la estudiaba.

“Muy bien, señor. Por favor, comprenda que en última instancia esto es sólo especulación por mi parte.”

“Está bien.”

Para empezar, consideremos la inusual situación de la Consorte Lishu. Se había convertido en concubina del anterior emperador cuando aún era muy joven, y pronto se vio convertida en monja a la muerte de este. A muchas mujeres, especialmente a las ricas, se les enseñaba que su deber como esposas era entregarse totalmente, en cuerpo y espíritu, a sus maridos. Aunque tal vez comprendiera el razonamiento político, Lishu debió de considerar terriblemente poco virtuoso casarse con el hijo de su antiguo cónyuge.

“¿Viste lo que llevaba la Consorte Lishu en la fiesta del jardín?” Preguntó Maomao. La Consorte Virtuosa llevaba un llamativo vestido rosa que parecía muy por encima de su categoría.

Gaoshun no dijo nada, dando a entender que su reputación era mala en los círculos en los que se movía.

“Fue... algo desmañado, digamos.” Ofreció Maomao. Pero las asistentes de la Consorte Lishu, por su parte, llevaban ropas blancas en su mayoría. “En cualquier situación normal, las damas de compañía habrían convencido colectivamente a su señora para que vistiera algo más prudente, o bien habrían coordinado sus atuendos con los de ella. En cambio, lo que hicieron hizo que la Consorte Lishu pareciera un hazmerreir.”

Una dama de compañía estaba allí para apoyar a su señora. Esto era algo que Hongniang había inculcado a las otras mujeres de la Consorte Gyokuyou. Yinghua había dicho algo similar durante el banquete. Algo acerca de usar ropa discreta para hacer que su señora se destaque aún más. Con eso en mente, la discusión con las damas de honor de la Consorte Lishu sobre la vestimenta adquirió un nuevo aspecto.

Las damas de compañía de la Consorte Pura les reprendían por su comportamiento desmedido.

La callada Lishu estaba a merced de sus sirvientas, que seguramente la halagaron e insistieron en que el vestido rosa le quedaría bien. Maomao no tenía ninguna duda. En el palacio posterior, todo eran enemigos; las únicas personas en las que uno podía confiar

eran sus damas de compañía. Y estas habían traicionado esa confianza para humillar a su señora.

“¿Y crees que cambiaron la comida con el único fin de hacer la vida de la Consorte Lishu más difícil?” Dijo Gaoshun tentativamente.

“Sí. Aunque curiosamente, eso la salvó.”

Había muchas variedades de veneno. Algunos eran bastante fuertes, pero no mostraban efectos inmediatos. En otras palabras, si no se hubieran cambiado los cuencos, la catadora de alimentos de Lishu no habría mostrado ningún efecto nocivo, y la consorte probablemente se habría bebido la sopa, suponiendo que todo iba bien.

Creo que ya tuve bastante especulaciones por hoy. Maomao volvió a tomar el cuenco y señaló el borde. “Sospecho que son las huellas de quien puso el veneno en el cuenco. Quizá pellizcó el borde del cuenco mientras lo hacía.”

Nunca se debe tocar el borde de un recipiente de comida, otra cosa que Hongniang les había enseñado. Los dedos no deben ensuciar nada que pueda ser tocado por los labios de algún noble.

“Esa es mi visión de lo ocurrido.” Dijo Maomao.

Gaoshun se frotó la barbilla y miró el cuenco. “¿Puedo preguntarte una cosa?”

“¿Sí, señor?” Maomao devolvió el recipiente, aún envuelto en su tela, a Gaoshun.

“¿Por qué intentaste encubrir a esa mujer?” En contraste con la expresión tensa de Maomao, Gaoshun parecía francamente curioso.

“Comparada con una consorte.” Dijo Maomao. “La vida de una dama de compañía es demasiado barata.” Particularmente la de una catadora de comida.

Gaoshun asintió fácilmente como si entendiera lo que ella decía. “Me aseguraré de que el Maestro Jinshi entienda la situación.”

“Muchas gracias.” Maomao miró educadamente a Gaoshun marcharse y luego se dejó caer en una silla. “Bien. Cierto. Tendré que darle las gracias.”

Ya que, después de todo, tuvo la amabilidad de cambiarlos.

Maomao debería habérselo bebido, pensó.



“... Así están las cosas, señor.” Dijo Gaoshun, concluyendo su informe sobre lo que había aprendido en el Pabellón de Jade. Jinshi, que había estado demasiado ocupado para ir él mismo, se pasó una mano por el cabello, pensativo. Los papeles se amontonaban sobre su escritorio, y tenía una hoja en la mano. En toda la oficina administrativa, grande pero estéril, sólo estaban él y Gaoshun.

“Nunca deja de impresionarme lo buen conversador que eres.” Dijo Jinshi.

“Si usted lo dice, señor.” Dijo secamente su siempre intenso ayudante.

“Cualquiera que sea el caso, fue claramente un trabajo interno.”

“Las circunstancias parecen sugerirlo.” Dijo Gaoshun, frunciendo las cejas. Siempre iba al grano.

A Jinshi le dolía la cabeza. Quería dejar de pensar. Entre otros agravantes, no había tenido tiempo de dormir desde el día anterior, ni siquiera de cambiarse de ropa. Era suficiente para que le dieran ganas de hacer un berrinche.

“Su, ejem, su rostro inexpresivo está dejando de serlo, señor.”

La habitual sonrisa dulce de Jinshi había desaparecido. Llevaba una mirada hosca que, sinceramente, parecía más propia de un hombre de su juventud. Y Gaoshun parecía leerle como a un libro.

“No hay nadie más aquí. ¿Realmente importa?” Su cuidador era siempre tan estricto.

“Estoy aquí.”

“Tú no cuentas.”

“Sí, ya veo.”

Jinshi esperaba que la broma le sacara de esta, pero Gaoshun, serio y diligente, nunca tenía sentido del humor en los momentos oportunos. Qué carga era tener a alguien pendiente de todos tus movimientos desde el día en que nacías.

“Todavía llevas la vara del cabello.” Dijo Gaoshun señalándose la cabeza.

“Oh. Mierda.” Jinshi no solía hablar así. “Estaba bastante bien escondida. Dudo que nadie se diera cuenta.” Jinshi sacó la vara para revelar un accesorio de considerable artesanía. Estaba tallado con la forma del mítico *qilin*, una especie de cruce entre un ciervo y un caballo. Se decía que era la principal de las bestias sagradas, y el derecho a llevar su semejanza sólo se confería a aquellos de rango considerable.

“Toma. Guárdalo en un lugar seguro.” Jinshi lanzó la vara con indiferencia a Gaoshun.

“Ten cuidado con eso. Es inmensamente importante.”

“Comprendo.”

“Desde luego que no.”

Y entonces, después de haber dicho la última palabra, el hombre que había sido responsable de Jinshi durante casi dieciséis años abandonó la oficina. Jinshi, aun comportándose como un niño, se tumbó sobre el escritorio. Aún le quedaba mucho trabajo por hacer. Tenía que darse prisa y conseguir algo de tiempo libre.

“Muy bien, vamos a ello.” Dio un gran estirón y tomó su pincel. Para tener mucho tiempo libre, primero tenía que terminar su trabajo.

Capítulo 21:

Lihaku

Al parecer, el intento de envenenamiento fue mucho más grave de lo que Maomao había creído. Xiaolan la acosaba sin descanso. Un lugar detrás del cobertizo de la lavandería se había convertido en el sitio favorito de las sirvientas para cotillear; ahora Maomao y Xiaolan se sentaban allí en cajas de madera, comiendo brochetas de bayas de espino confitadas, un manjar que a Xiaolan parecía gustarle especialmente.

Ella nunca creería que yo estuve en medio de todo.

Xiaolan parecía más joven que su edad mientras devoraba los dulces y pataleaba con las piernas colgando. Era otra de las que habían sido vendidas al palacio posterior, pero esta pobre hija de granjero parecía estar disfrutando de su nueva vida. Alegre y parlanchina, parecía menos abatida por el hecho de que sus padres la hubieran vendido a la servidumbre que contenta por tener suficiente para comer.

“La que se comió el veneno fue una de las damas de compañía donde trabajas, ¿verdad, Maomao?”

“Sí, así fue.” Dijo. No mentía. Simplemente no estaba diciendo la verdad.

“No sé mucho al respecto. ¿Crees que está bien?”

“Creo que está bien.” Maomao no estaba segura exactamente de qué tipo de ‘bien’ tenía Xiaolan en mente, pero una respuesta afirmativa parecía de rigor. Horriblemente incómoda con la conversación, Maomao esquivó unas cuantas preguntas más antes de que Xiaolan frunciera los labios y se diera por vencida. Se quedó sentada sosteniendo una brocheta en la que sólo quedaba una baya. A Maomao le pareció un palillo ornamental para el cabello con una decoración de coral rojo sangre.

“Bien. ¿Conseguiste alguna vara para el cabello?” Xiaolan se aventuró.

“Supongo.” Cuatro, de hecho, incluyendo la dada por obligación. Y contando el collar de la Consorte Gyokuyou. (¿Por qué no?)

“¡Huh! Así que puedes salir de aquí.” Xiaolan dio una sonrisa despreocupada.

¿Qué? Esto despertó el interés de Maomao. “¿Qué has dicho?”

“¿Qué quieres decir? ¿Qué he dicho? ¿No te vas?”

Yinghua había insistido en lo mismo. Maomao casi la había ignorado. Ahora se daba cuenta de que había cometido un error. Se agarró la cabeza con las manos y cayó en la autocrítica.

“¿Qué pasa?” Preguntó Xiaolan, mirando a Maomao con preocupación.

“Cuéntame más sobre eso.”

Al darse cuenta de que Maomao, de repente y por fin, parecía interesada en algo de lo que estaba diciendo, Xiaolan hinchó el pecho. “¡Por supuesto!” Y entonces la voluble joven le contó a Maomao todo lo que sabía sobre cómo se utilizaban las varas para el cabello.



Lihaku recibió la llamada justo cuando terminaba de entrenar. Limpiándose el sudor, arrojó su espada, con la hoja agrietada, a un subordinado cercano. El campo de entrenamiento olía a sudor y transmitía el calor del esfuerzo.

Un enjuto militar entregó a Lihaku una tira de madera para escribir y una vara ornamental de mujer para el cabello. El accesorio, decorado con coral rosa, era uno de los muchos que había repartido recientemente. Había supuesto que las mujeres entenderían que les daba los adornos por obligación, no en serio, pero al parecer al menos una de ellas no lo había hecho. No quería avergonzarla, pero podría ser problemático para él si ella iba realmente en serio. Pero si era guapa, sería una pena no conocerla. Ocioso, Lihaku se puso a pensar en cómo la decepcionaría, y miró la tira de papel. Decía: *Pabellón de Jade—Maomao*.

Sólo le había dado una vara para el cabello a una de las mujeres del Pabellón de Jade, aquella dama de compañía de ojos fríos. Lihaku se acarició la barbilla pensativo y fue a cambiarse de ropa.

Por lo general, se prohibía a los hombres entrar en el palacio posterior. Eso, por supuesto, se aplicaba a Lihaku, que aún conservaba todas sus partes. No esperaba servir en el palacio posterior; de hecho, le preocupaba bastante lo que significaría si lo hacía.

Sin embargo, por aterrador que fuera el lugar, con un permiso especial se podía llamar a las mujeres de sus recintos. El medio —uno de varios posibles— era una vara para el cabello como esta. Lihaku esperó en el cuerpo de guardia junto a la puerta central a que le trajeran a la joven. En el espacio, algo estrecho, había sillas y escritorios para dos personas, y eunucos de pie, uno ante la puerta a cada lado.

Por la puerta del palacio posterior apareció una joven menuda. Las pecas rodeaban su nariz. La suya era la rara cara sencilla en un lugar poblado de bellezas exquisitas.

“¿Y quién eres tú?” Gruñó Lihaku.

“Me lo preguntan a menudo.” Respondió la chica con indiferencia, ocultando la nariz tras la palma de la mano. De pronto la reconoció. Era la misma mujer que le había llamado.

“¿Alguien te ha dicho alguna vez que te ves muy diferente con maquillaje?”

“A menudo.” La joven no pareció ofendida por este comentario, sino que reconoció el hecho con franqueza.

Lihaku comprendió, intelectualmente, que era ella, la dama de compañía, la catadora de alimentos. Pero en su mente, no podía

conciliar el rostro pecoso con la seductora sonrisa de cortesana. Era de lo más extraño.

“Escucha, entiendes lo que significa llamarme aquí de esta manera, ¿verdad?” Lihaku cruzó los brazos y luego las piernas. Sin embargo, la menuda joven no se sintió intimidada por la actitud del corpulento oficial del ejército: “Quiero volver con mi familia.” No parecía tener ninguna emoción al decirlo.

Lihaku se rascó la cabeza. “¿Y crees que voy a ayudar?”

“Sí. He oído que si responde por mí, podría conseguir una excedencia temporal.”

Esta chica decía las cosas más atrevidas. Se preguntaba si *realmente* entendía para qué servían las varas de cabello. Pero la chica, Maomao, evidentemente quería utilizarlo para volver a su casa. No sólo buscaba un buen oficial para ella. ¿Era audaz o imprudente?

Lihaku apoyó la barbilla en las manos y resopló. No le importaba que a ella le pareciera grosero. Así era como iba a ser. “Entonces, ¿qué? ¿Debo seguirte la corriente?” Lihaku era conocido por su decencia y su bondad de corazón, pero cuando miraba de reojo conseguía parecer adecuadamente intimidante. Cuando reprendía a sus perezosos subordinados, incluso aquellos que no habían tenido nada que ver se sentían obligados a disculparse. Sin embargo, Maomao no enarcó ni una ceja. Se limitó a mirarlo sin emoción.

“No exactamente. Creo que tengo una forma de mostrar mi gratitud.” Colocó un fajo de tiras de escritura sobre el escritorio. Parecía ser una carta de presentación.

“*Meimei, Pairin, Joka.*” Eran nombres de mujer. De hecho, Lihaku había oído hablar de ellas. Muchos hombres lo habían hecho.

“Quizás una excursión para ver flores en la Casa Verdigris.”

Eran nombres de cortesanas de la clase más alta, mujeres con las que uno podía gastarse el sueldo de un año en plata en una sola noche. Las mujeres nombradas en la carta eran conocidas colectivamente como las Tres Princesas, y eran las damas más populares de todas.

“Si tienes alguna duda, sólo tienes que mostrarles esto.” Dijo Maomao, y la más leve de las sonrisas se dibujó en sus labios.

“Esto tiene que ser una broma.”

“Le aseguro que es bastante en serio.”

Lihaku apenas podía creerlo. Que una simple dama de compañía tuviera contactos con cortesanas con las que hasta los oficiales de más alto rango tenían problemas para conseguir audiencia era casi impensable. ¿Qué estaba ocurriendo? Lihaku se tiró del cabello, completamente perdido, y la joven suspiró y se puso en pie.

“¿Qué?” Preguntó Lihaku.

“Veo que no me cree. Mis disculpas por hacerte perder el tiempo.” Maomao sacó tranquilamente algo del cuello de su uniforme. Dos

cosas, de hecho. Horquillas: una de cuarzo, la otra de plata. La implicación era clara: tenía otras opciones. “De nuevo, lo siento. Se lo pediré a otro.”

“Espera un momento.” Lihaku bajó la mano sobre el haz de listones de madera antes de que Maomao pudiera retirarlo de la mesa.

Ella le miró, inexpresiva. “¿Pasa algo?” Le miró directamente a los ojos, con una mirada capaz de dominar a hombres de guerra experimentados. Y Lihaku tuvo que admitir que le había superado.





“¿Está segura de esto, Lady Gyokuyou?” Hongniang observó a Maomao a través de una rendija de la puerta. Su color parecía más saludable que de costumbre; parecía casi alegre mientras recogía sus cosas. Lo extraño era que la propia Maomao parecía pensar que tenía un aspecto perfectamente normal.

“Sólo son tres días.” Respondió la consorte.

“Sí, señora, pero...” Hongniang levantó a la princesita, que se agarraba a sus faldas para ser abrazada. “Estoy *segura* de que ella en realidad no entiende.”

“Sí, seguro que tienes razón.”

Las demás damas de compañía habían colmado a Maomao de felicitaciones, pero ella no parecía entender exactamente por qué. Se había limitado a prometerles recuerdos.

Gyokuyou estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia fuera. “En realidad, la que más pena me da de todas es... bueno.” Dejó escapar un largo suspiro, pero entonces una sonrisa traviesa apareció en su rostro. “Aunque es muy divertido.” Habló en un susurro, pero las palabras no se le escaparon a Hongniang.

La jefa de sirvientas se preocupó: le parecía que habría otra discusión.

Tras haber terminado por fin su trabajo y convertirse de nuevo en un hombre de ocio, Jinshi visitó por fin el Pabellón de Jade, sólo para descubrir que por no haber actuado más rápido Maomao se le había adelantado.

Capítulo 22:

El regreso a casa

El barrio rojo al que Maomao había deseado tanto regresar no estaba, de hecho, tan lejos. El palacio posterior tenía el tamaño de una pequeña ciudad, pero estaba situado en la capital de la nación. El barrio rojo se encontraba en el lado opuesto de la metrópoli, pero si se podían superar los altos muros y los profundos fosos de la residencia imperial, se podía llegar a pie.

Apenas necesitábamos tomarnos la molestia de conseguir un carruaje, pensó Maomao. A su lado, el corpulento Lihaku silbaba una melodía mientras sujetaba las riendas del caballo. Su buen humor podía atribuirse al hecho de que ahora se daba cuenta de que la historia de Maomao era cierta. La perspectiva de conocer a las cortesanas más famosas del país pondría de buen humor a cualquier hombre.

Las cortesanas, hay que decirlo, no deben ser simplemente agrupadas con la carrera de prostitutas comunes. Algunas de ellas vendían sus cuerpos, sí, pero otras vendían puramente sus logros. No recibían suficientes clientes como para ser “populares” en el sentido burdo del término. De hecho, esto ayudó a aumentar su valor percibido. Compartir incluso una taza de té con una de ellas podía costar una cantidad considerable de plata, ¡por no hablar de una noche! Estas mujeres veneradas se convirtieron en una especie de ídolos, objetos de

la admiración de la gente corriente. Algunas muchachas de la ciudad, atraídas por la idea de convertirse ellas mismas en una de estas hechiceras, llamaban a la puerta del barrio rojo, aunque sólo unas pocas llegaban a alcanzar ese elevado estatus.

La Casa Verdigris era uno de los establecimientos más venerables del barrio del placer de la capital; incluso las menos notables de sus damas eran cortesanas de rango medio. Las más notables se contaban entre las mujeres más famosas del distrito. Y algunas de ellas eran mujeres a las que Maomao consideraba casi como hermanas.

A medida que el carruaje avanzaba, el paisaje le resultaba familiar. Había un puesto callejero que vendía las brochetas de carne que tanto había deseado comer, cuyo aroma le llegó al pasar. Las ramas de los sauces se inclinaban sobre un canal y oyó la voz de alguien que vendía leña. Unos niños pasaban corriendo con un molinete.

Pasaron por debajo de una puerta ornamentada y ante ellos se extendió un mundo pintado con un derroche de colores. Aún era mediodía y no había mucha gente; algunas damas de la noche ociosas saludaban desde los segundos pisos de sus establecimientos.

Finalmente, el carruaje se detuvo frente a un edificio cuya entrada era notablemente más grande que la de muchos otros. Maomao se apeó y corrió hacia una anciana delgada que fumaba en pipa junto a la entrada. “Hola, abuela. Hacía tiempo que no te veía.”

Antaño había sido una dama de la que se decía que poseía lágrimas de perla, pero ahora sus lágrimas se habían secado como hojas

marchitas. Rechazó las ofertas de compra para librarse de la esclavitud y permaneció en ella hasta que, con el paso de los años, se convirtió en una anciana temida por todos. El tiempo era cruel.

“Un tiempo, en efecto, mocosa ignorante.” Una descarga recorrió el plexo solar de Maomao. Sintió que la bilis le subía por la garganta, que un sabor amargo se le agolpaba en la boca. Y extrañamente, incluso esto sólo le resultó familiar, nostálgico. ¿Cuántas veces en el pasado la habían inducido a vomitar venenos que había ingerido en exceso?

Lihaku no entendía qué estaba pasando exactamente, pero, como era una persona decente en el fondo, frotó suavemente la espalda de Maomao. *¿Quién demonios es esta mujer?* Parecía preguntar su expresión. Maomao levantó un poco de polvo del suelo empapado con el pie. Lihaku la miró con preocupación.

“Así que este es tu supuesto cliente, ¿eh?” La señora miró a Lihaku. El carruaje, mientras tanto, fue confiado a los sirvientes del establecimiento. “Buen cuerpo, fuerte. Rasgos varoniles. Un tipo prometedor, por lo que he oído.”

“Abuela, no creo que suelas decir eso delante de la persona de la que hablas.”

La señora fingió no oír, pero llamó a la aprendiz, una prostituta en prácticas, que barría delante de la puerta. “Ve a llamar a Pairin. Creo que hoy está holgazaneando por ahí.”

“Pairin...” Lihaku tragó saliva. Pairin era una de esas afamadas cortesanas; se decía que su especialidad era el baile exquisito. Por el bien de la reputación de Lihaku, deberíamos añadir que lo que él sentía no era simple lujuria por una compañera femenina, sino sincero aprecio por una mujer de genuino talento. Conocer a esta ídolo que parecía vivir por encima de las nubes, incluso simplemente tomar el té con ella, era un gran honor.

¿Pairin? Quiero decir... Sí, tal vez... Pairin podría hacer un trabajo extremadamente fino para aquellos que fueran de su agrado.

“Maestro Lihaku.” Dijo Maomao, dando un codazo al hombre grande pero de ojos vacíos que tenía a su lado. “¿Cuánta confianza tienes en tus bíceps?”

“No estoy muy seguro de lo que quieres decir, pero me gusta pensar que he perfeccionado mi cuerpo tan bien como cualquier hombre.”

“¿Es así? Entonces mucha suerte.”

Lihaku le dedicó una última inclinación de cabeza, desconcertado, mientras la joven aprendiz se lo llevaba. En cuanto a Maomao, estaba agradecida a Lihaku por haberla traído aquí, y quería ofrecerle algo que expresara adecuadamente su gratitud. Y el sueño de una noche podía proporcionar el recuerdo de toda una vida.

“Ahora bien, Maomao.” La dueña de la voz ronca lucía una terrible sonrisa. “¿Ni una palabra en diez malditos meses?”

“¿Qué se supone que debía hacer? Estaba sirviendo en el palacio posterior.” Al menos había enviado una tira de madera explicando la situación general.

“Me debes mucho. Sabes que nunca acepto clientes primerizos.”

“Créeme, lo sé.” Maomao sacó una bolsa de su zurrón. Contenía la mitad de lo que había ganado en el palacio posterior hasta la fecha: había pedido un adelanto de su sueldo.

“Huh.” Olfateó la mujer, mirando dentro de la bolsa. “No es suficiente.”

“Admito que no esperaba que realmente llamaras a Pairin.” Ella había pensado que el dinero cubriría una noche de coqueteo con una cortesana de alto rango. Además, gente como Lihaku probablemente se habría conformado incluso con echar un vistazo a las Tres Princesas. “Al menos finge que cubrirá una taza de té juntos. Por favor, ¿para mí?”

“Ingenua. ¿Un tonto de cerebro musculoso como ese? Pairin va a morder, y lo sabes.”

Sí, podría haberlo adivinado. Las cortesanas más estimadas no vendían sus cuerpos, pero eso no significaba que no pudieran enamorarse. Así eran las cosas. “Digamos que está fuera de mis manos...”

“¡Nunca! Va a tu cuenta.”

“¡No hay manera de que pueda pagar tanto!” *No creo que ni con el resto de mi sueldo pueda compensar la diferencia. De ninguna manera...*

Maomao estaba sumida en sus pensamientos. La mujer estaba claramente jugando con ella. No es que eso fuera algo nuevo.

“Bah, en el peor de los casos, puedes pagar tu deuda con tu cuerpo. Ya sé que Su Majestad es tu único cliente en ese gran y lujoso palacio tuyo, pero es la misma idea. Y no te preocupes por todas esas cicatrices. Tenemos ciertos tipos a los que les gusta ese tipo de cosas.”

Durante tantos años, la madame había insistido en que Maomao se convirtiera en cortesana. Habiendo pasado toda su vida en el barrio rojo, la mujer no consideraba infeliz la suerte de una cortesana.

“Aún me queda un año de contrato.”

“Entonces gástalo asustándome con más clientes. Pero no viejos pederros. Jóvenes como tu amigo de hoy a los que podamos sacarles algo.”

Ajá. Así que ella cree que se pueden obtener beneficios.

Lo único en lo que pensaba la anciana era dónde estaba el dinero. Maomao no tenía intención de venderse nunca, así que tendría que empezar a suministrar un flujo constante de “sacrificios” a la madame. Cualquiera que pareciera factible.

Me pregunto si podría salirme con la mía enviando eunucos... La cara de Jinshi pasó por su mente, pero Maomao descartó la idea. Las

cortesanas podrían ponerse tan serias con él que pondrían de rodillas a todo el establecimiento. No querría eso. Pero, de nuevo, se sentiría mal enviando a Gaoshun o al curandero. No quería ser la razón por la que acabaran exprimidos por la vieja. Ahora Maomao lamentaba de verdad que hubiera tan pocas formas buenas de conocer hombres en el palacio posterior.

“Maomao, tu viejo debe estar en casa. Corre a verlo.”

“Sí, gracias.”

Por mucho que lo pensara, no podía resolver la cuestión aquí y ahora. Maomao se metió por un camino lateral junto a la Casa Verdigris.

Sólo una calle más allá, el barrio rojo se convirtió en un lugar mucho más solitario. Chabolas destartaladas que pasaban por tiendas o casas, mendigos que esperaban a que alguien les echara algo de calderilla en las tazas de té rotas que sostenían y paseantes nocturnos con cicatrices visibles de sífilis.

Uno de estos edificios andrajosos era la casa de Maomao. Era una casa estrecha con suelo de tierra. Dentro, una figura arrodillada sobre una estera de junco, inclinada sobre un mortero y un pilón, trabajaba laboriosamente con el aparato. Era un hombre con profundas arrugas en la cara y aspecto apacible; casi parecía una abuela.

“Hola, papá. He vuelto.”

“Ah, has tardado.” Dijo su padre, saludándola como siempre, como si no hubiera pasado nada. Luego fue a preparar té con paso inseguro. Lo sirvió en una maltrecha taza de té, que Maomao recibió agradecida. Aunque estaba hecho con hojas marchitas, el té estaba caliente y la relajó.

Maomao empezó a hablar de todo lo que le había ocurrido, una cosa tras otra, y su padre sólo escuchaba con algún *ahh* o algún *huh*. Para cenar, tomaron sopa de arroz espesada con hierbas y patatas, y Maomao se fue directamente a la cama. Decidió que el baño podía esperar hasta el día siguiente, cuando pudiera tomar prestada agua caliente de la Casa Verdigris.

Se acurrucó en su sencilla cama, una esterilla extendida sobre el suelo de tierra. Su padre le puso un kimono por encima y avivó el fuego del horno para asegurarse de que no se apagara.

“El palacio posterior... Eso es el karma, supongo.” Susurró su padre, pero las palabras no llegaron a Maomao; ya estaba dormida.

Capítulo 23:

Tallos de trigo

Ah, sí...

El canto del gallo despertó a Maomao, que salió arrastrando los pies de su destartalada casa. Había un pequeño gallinero en la parte trasera y un cobertizo para los aperos de labranza, junto con un cajón de madera. Por el hecho de que faltaba la azada, dedujo que su padre estaba en el campo. Guardaba una en una arboleda a las afueras de la zona roja.

Sabe que eso no es bueno para sus piernas. Su padre se estaba haciendo mayor y ella deseaba que dejara de hacer trabajos físicos duros, pero no daba señales de hacerlo. Le gustaba hacer sus medicinas con hierbas que él mismo cultivaba. De ahí que alrededor de su casa brotara una variopinta colección de plantas extrañas.

Maomao arrancó una hoja aquí y otra allá, comprobando cómo estaban las plantas. Miró la discreta caja de madera. Llevaba un letrero con caracteres a pincel en los que se leía: *MANOS FUERA*. Maomao tragó saliva. Echó la tapa hacia atrás y se asomó, aunque no le hizo ningún favor a su ritmo cardíaco. Si no recordaba mal, la caja contenía varios ingredientes que se habían dejado cocer en vino. Le parecía recordar que los ingredientes eran muy animados y difíciles de atrapar.

Al cabo de un momento, Maomao volvió a colocar la tapa tal y como estaba. Parecía que la gente hacía caso de la señal. Como buen pensador, su padre había puesto una sola cosa dentro de la caja. Fue una sabia elección. Varias cosas juntas podrían comerse unas a otras y volverse tóxicas.

Como sea, está bien... Sus pensamientos se vieron interrumpidos por unos ruidosos golpes en la puerta. Rascándose la cabeza con pereza, Maomao rodeó la fachada de la casa. “Vas a romperla.” Le dijo a la chica que, presa del pánico, había estado golpeando con el puño la inestable puerta. No era de la Casa Verdigris. Era una sirvienta-aprendiz de otro de los burdeles cercanos que de vez en cuando acudía a la farmacia de Maomao.

“¿Qué pasa? Si buscas a mi padre, está fuera.” Maomao estaba en medio de un bostezo cuando la chica la agarró de la mano y se la llevó a rastras.

La aprendiz llevó a Maomao a un burdel de medio pelo no muy lejos de la Casa Verdigris. No era un lugar grande, pero presumía de una calidad decente. Maomao recordó que aquí había varias cortesanas, con algunos clientes excelentes. Pero, ¿qué quería la sirvienta trayéndola aquí?

Maomao intentó alisarse el cabello y quitarse las arrugas de la ropa. No se había puesto la ropa de dormir la noche anterior, lo que

empezaba a parecerle una buena idea. Pero había estado planeando conseguir agua caliente de la Casa Verdigris...

“¡Hermana, he traído al apotecario!” Llamó la muchacha mientras atravesaban la puerta trasera del burdel y se dirigían a una de las habitaciones. Allí, Maomao descubrió un grupo de mujeres, sin maquillaje y con aspecto fatigado, reunidas en torno a algo que no podía ver. Cuando se acercó, vio a un hombre y una mujer tumbados en una cama, compartiendo una almohada, con la boca llena de saliva. Parecía haber restos de vómito en la ropa de cama.

Había una pipa en el suelo y hojas de tabaco esparcidas. También vio algunos trozos de paja en el suelo y un vaso de cristal hecho añicos. El contenido se había derramado, manchando la almohada. El aire estaba impregnado de un aroma muy característico. Dos botellas de vino también formaban parte del caos, volcadas y derramadas. Las dos manchas de distinto color de la almohada parecían casi una extraña obra de arte.

Ante esta escena, Maomao abrió los ojos, el sueño abandonándola de golpe. Abrió los ojos del hombre y la mujer, miró en ellos, comprobó sus pulsaciones y les metió un dedo en la boca. No fue la primera, al parecer, ya que los dedos de una de las cortesanas estaban sucios de vómito.

El hombre no respiraba; Maomao presionó su plexo solar en un esfuerzo por expulsar el contenido de su estómago. Se oyó un *hrrrk*, y

le salió saliva de la boca. Ella se agarró a las sábanas para limpiarle el interior de la boca. Finalmente, le dio la vuelta y le sopló en la boca.

Al ver esto, una de las cortesanas intentó imitar lo que Maomao había hecho con la mujer. A diferencia del hombre, ella aún respiraba, por lo que fue fácil inducirle al vómito. La cortesana trató de ofrecerle agua, pero Maomao gritó: “¡No dejes que beba eso! Necesitamos carbón.” La cortesana, sobresaltada, derramó el agua por la sorpresa, pero luego salió corriendo por el pasillo.

Maomao repitió el proceso con el hombre varias veces más, presionándole el pecho para inducirle el vómito y luego respirando por él. Cuando sólo empezó a salir ácido del estómago, por fin empezó a respirar por sí mismo.

Maomao, agotada a estas alturas, tomó el agua que le ofrecieron y se enjuagó la boca antes de escupirla por la ventana cercana.

A primera hora de la mañana. Ni siquiera había desayunado y ahora tenía ganas de volver a la cama. Pero sacudió la cabeza para evitar la sensación y llamó a la sirvienta. “Trae a mi padre. Estará en el campo, junto al muro sur. Dale esto; él sabrá lo que significa.” Hizo traer una tablilla de madera, garabateó unos caracteres y se la dio a la niña. La niña pareció dudar, pero la tomó y se marchó. Maomao bebió otro trago de agua, y luego empezó a pulverizar el carbón que le habían traído.

Algo estúpido, molesto y problemático, pensó, frunciendo el ceño ante las hojas de tabaco y luego soltando un suspiro.

Media hora más tarde, llegó un anciano con las piernas maltrechas, conducido por la sirvienta. *Tardó bastante*, pensó Maomao, pero le mostró a su padre el carbón cuidadosamente pulverizado. Añadió hojas secas de algunas variedades diferentes de hierbas, y luego dio de beber el brebaje al hombre y a la mujer.

“Supongo que has hecho un trabajo aceptable con esto.” Dijo, luego recogió uno de los trozos de paja del suelo y estudió uno de sus extremos con atención.

“¿Sólo aceptable?” Maomao observó a su padre, viejo pero en absoluto blando. Recogió un trozo de cristal del suelo y algunas hojas de tabaco. Por último, examinó parte del vómito, lo primero que había salido antes de que llegara Maomao.

Le estudió mientras avanzaba. Si tenía la costumbre de observar atentamente su entorno, seguramente la había heredado de él. Este hombre —su padre adoptivo, un maestro apotecario— podía discernir dos o tres cosas nuevas a partir de un solo hecho nuevo.

“¿Qué veneno crees que es?” Dijo su padre. Su tono daba a entender que le estaba dando algún tipo de lección. Maomao tomó una de las hojas de tabaco y se la mostró. Una amplia sonrisa cruzó su arrugado rostro como si dijera: *Sí, eso es correcto*. “¿Parece que no les has dejado beber agua?”

“Eso sería contraproducente, ¿no?”

Su padre respondió con un gesto ambiguo que parecía un asentimiento y un movimiento de cabeza al mismo tiempo. “Depende. La acidez estomacal puede ayudar a prevenir la absorción del veneno. En esos casos, dar agua al paciente es contraproducente. Pero si el agente estaba disuelto en agua para empezar, diluirlo es a veces la mejor opción.” Lo explicó todo despacio, con cuidado, como si estuviera instruyendo a un niño. De hecho, puede que fuera la propia presencia de su padre la que impidiera a Maomao considerarse más apotecaria por derecho propio. Y tal vez fue él quien le hizo ver al médico del palacio posterior como un charlatán más de lo que merecía.

Cuando Maomao observó que el vómito no contenía restos de hojas de tabaco, se dio cuenta de que el método que su padre le estaba recetando era probablemente el correcto. No es que nunca hubiera notado la ausencia de las hojas, pero seguía siendo que lo *había* pasado por alto. Tal vez había estado más dormida de lo que pensaba.

Mientras trataba de hacerse a la idea, la aprendiz le tiró de la manga y le dijo: “Por aquí.” ¿Eran imaginaciones de Maomao o la muchacha parecía hosca? En cualquier caso, Maomao se dejó conducir a una sala donde habían preparado té.

“Debe disculpar todas las molestias.” Dijo una mujer que servía un plato de judías rojas dulces. Parecía que ya no ejercía la profesión; Maomao supuso que era la madame de esta casa en particular. Estaba claro que no era tan avara como la señora de la Casa Verdigris; nunca habría dado té y dulces a un simple apotecario (“¡Sólo clientes!”).

“Sólo hicimos nuestro trabajo, señora.” Maomao estaría bastante contenta si sólo les pagaran. Su padre, sentado a su lado en un estado de ánimo jovial, era propenso a olvidarse de esa parte, por lo que Maomao tenía que asegurarse de conseguir el dinero.

La mujer entrecerró los ojos y miró a la habitación contigua. La cortesana que había estado enferma dormía ahora, y el cliente dormía en otra habitación. El rostro de la mujer se ensombreció notablemente.

¿Un intento de suicidio de amantes, tal vez? No era tan inusual en el barrio rojo. Cuando un hombre sin recursos conocía a una mujer a la que le quedaba demasiado tiempo de contrato, siempre era lo primero en lo que pensaban. Se susurraban dulces palabras sobre encontrarse en la otra vida, cuando ni siquiera había pruebas de que eso existiera.

Maomao tomó un poco de la golosina de judías rojas y masticó pensativa. El té estaba tibio, con un tallo de trigo a un lado.

Sabes, vi un par de esos en aquella habitación, reflexionó Maomao. Los tallos de trigo estaban huecos por dentro; este estaba pensado para servir de pajita. Los burdeles de aquí odiaban que el carmín se manchara en la vajilla, y era costumbre usar tallos de trigo para beber.

Hay que ver, pero un poco de amistad entre hombres y mujeres podía ser complicado. El hombre de la habitación parecía muy adinerado. Como un mujeriego, ciertamente, pero llevaba una bata de seda fina. Además, tenía un rostro encantador: el tipo de persona que atraería fácilmente a una joven inexperta. Maomao sabía que su padre

la regañaría por dejarse llevar por prejuicios como este, pero no le parecía una dama de la noche que tomara veneno desesperada por su falta de futuro. *No parecía alguien que se sintiera tan acorralada como para querer morir.*

Cuando a Maomao se le metía una idea en la cabeza, no podía dejarla hasta que la llevaba a cabo. Así era ella. Cuando estuvo segura de que su padre había conseguido el dinero de la madame, dijo: “Voy a ver cómo está el paciente.” Y salió de la habitación.

El hombre estaba en peor estado que la cortesana. Cuando Maomao se dirigió a su habitación, en el otro extremo del edificio, se dio cuenta de que la puerta estaba ligeramente entreabierta. Y a través de la pequeña rendija, vio algo muy extraño.

Era la sirvienta, la niña desconsolada que la había traído aquí, y estaba levantando un cuchillo sobre su cabeza.

“¡Eh! ¿Qué estás haciendo?” Dijo Maomao mientras se apresuraba a entrar en la habitación y le quitaba el cuchillo la niña.

“¡No me detengas! ¡Merece morir!” La niña se lanzó contra Maomao, intentando recuperar el cuchillo. La propia Maomao era lo bastante pequeña como para que incluso una niña la hubiera dominado si estaba lo bastante desesperada. Sin otra opción, Maomao golpeó a la niña en la cabeza y, mientras se tambaleaba por el golpe, le dio una fuerte bofetada en la mejilla. La chica cayó de espaldas por el impacto.

Empezó a llorar, con sollozos desgarradores, y su nariz goteaba grandes cantidades de mocos.

Maomao estaba registrando su propia incredulidad cuando otra cortesana, alertada por el ruido, entró en la habitación. “¿Qué demonios está pasando aquí?” Sin embargo, rápidamente pareció comprender la respuesta a su propia pregunta, y Maomao fue llevada a toda prisa a otra habitación, en detrimento de su investigación.

Al parecer, el hombre que protagonizó este intento de suicidio de amantes ya era un cliente problemático. Era el tercer hijo de una acaudalada familia de mercaderes y solía utilizar su atractivo físico y su lengua de plata para ganarse la simpatía de las cortesanas, a las que engañaba con vagas promesas de comprar su contrato, antes de deshacerse de ellas cuando se cansaba de ellas. Al menos una mujer había perdido la esperanza de vivir y se había suicidado. Tampoco era la primera vez que se enfrentaba a un resentimiento casi mortal; otras mujeres, enfurecidas por sus aventuras amorosas, habían intentado apuñalarlo o incluso envenenarlo. Sin embargo, como hijo de la concubina favorita de su padre, papá siempre se las arreglaba para comprar la salida del chico de los problemas, y eso le dejaba como un niño podrido y mimado. Últimamente incluso había convencido a su padre para que unos guardaespaldas le llevaran sano y salvo a los burdeles.

“La hermana mayor de esta niña trabajaba en otra tienda.” Explicó una cortesana mientras acariciaba a la niña, que seguía llorando. La hermana de la sirvienta había sido una de las que el hombre había amado y abandonado. La última palabra que la niña había recibido de su hermana era una carta en la que le comunicaba alegremente que iba a rescindir su contrato. Y lo siguiente que la niña supo de ella fue que se había suicidado. ¿Cómo debió de sentirse?

“Se hizo íntima de una de las chicas de aquí... La que salvaste hoy del envenenamiento.” La mujer miró a Maomao disculpándose.

Mirar hacia otro lado, ¿eso es lo que me pide que haga? La esperanza de la mujer, al parecer, era compartir esta lamentable historia para ganarse la simpatía de Maomao y mantener la boca cerrada. Por suerte, la conmoción no había llegado a la habitación donde estaban su padre y la madame. Si Maomao decidía no decir nada, lo más probable era que la niña quedara impune. *Qué pena.*

Personalmente, pensaba que si se sabía que un cliente era tan problemático, deberían haberlo expulsado, pero al parecer fue la propia cortesana la que lo invitó a entrar. Si se llegaba a saber que había habido un intento de doble suicidio, el establecimiento se iba a llevar un buen quebradero de cabeza. Parte del motivo por el que todos parecían tan agradecidos a Maomao y a su padre era que, por muy repugnante que fuera, el hombre en cuestión seguía siendo hijo de una familia importante, y ella le había salvado de morir.

Lo que, para la pequeña sirvienta, debió de parecerle una injusticia insoportable.

No puedo culparla, pensó Maomao. Hoy estaba en casa, pero en los últimos meses Maomao no había estado en la zona roja. Era plausible sospechar que esta niña, que hacía las compras y otros recados para su casa, hubiera estado al tanto de cuándo estaba y cuándo no estaba el padre de Maomao. Además, para una emergencia como esta, normalmente se acudía al médico, no al apotecario.

¿Había elegido la niña deliberadamente un momento en el que el apotecario estaría fuera? Implicaba una rapidez mental intimidante para alguien tan joven. Eso también podría explicar por qué había tardado tanto en traer al padre de Maomao. Era una prueba de lo mucho que odiaba a ese hombre.

Finalmente Maomao dijo simplemente: “Entiendo.” Y volvió con su padre.

“Vaya bienvenida a casa.” Dijo su padre con ligereza. Maomao y él regresaban a su pequeña choza tras haber pasado casi toda la mañana en el incidente. Maomao le quitó el monedero a su padre, comprobó su contenido y se lo devolvió. La cantidad sugería que había un poco de dinero de socorro incluido. El famoso cliente estaba estable, pero probablemente sería la última vez que le dejarían entrar. No sólo en este burdel, sino en toda la zona roja. Se corría la voz rápidamente en un lugar como este.

Cuando llegaron a casa, Maomao se acomodó en una silla que crujía y estiró las piernas. Nunca le había llegado el agua tan caliente. Tenía suerte de que no fuera la estación del sudor, pero con tanta prisa de igual forma estaba sudando y le daba asco.

Casi igual de incómodo era el asunto del doble suicidio. Algo le molestaba. El hombre en cuestión había sido tan despreciable que hasta la aprendiz lo odiaba, y por lo que habían dicho los demás parecía que la persona por la que más se preocupaba era por sí misma. ¿Acaso un hombre así se dejaría arrastrar por una exagerada muestra de amor como un doble suicidio?

En ese caso, ¿la cortesana lo enveneno?

Quizá no había *elegido* suicidarse. Pero Maomao abandonó rápidamente la idea. Ya había habido al menos un intento de envenenar al hombre; no se apresuraría a comer cualquier cosa que le ofreciera una cortesana. Maomao se cruzó de brazos y gruñó para sí. Su padre la observó mientras machacaba algunas hierbas en un mortero. Al cabo de un rato, dijo: “No digas nada basándote en una suposición.”

Que dijera eso sugería que ya intuía la verdad del incidente. Maomao le miró con pesar y luego se desplomó sobre la mesa. Intentó recordar todo lo que había en el lugar del incidente. ¿Se le había pasado algo por alto?

Había un hombre y una mujer, desplomados. Las hojas de tabaco esparcidas, el recipiente de cristal con su...

Ahora Maomao se dio cuenta de que, a menos que recordara mal, sólo había un vaso de cristal en el lugar. Y los tallos de trigo. Dos colores diferentes de alcohol.

Sin mediar palabra, Maomao se levantó y se puso delante de la jarra de agua. Cuchareó un poco del contenido y lo volvió a poner en su sitio. Su padre la observó varias veces antes de suspirar y poner los ingredientes en polvo en un recipiente. Luego se levantó y se colocó frente a ella. “Ya está.” Dijo. “Ya está hecho.” Le despeinó el cabello con cariño.

“Soy consciente de ello.” Dijo Maomao, volviendo a poner el cazo en la jarra y saliendo de la casa.

No suicidio. Asesinato, pensó Maomao. Y fue la cortesana, creyó, quien había intentado matar al hombre. El hijo vividor, el charlatán, el amante de tantas mujeres. La misma cortesana a la que el hombre había estado cortejando, el objeto más reciente de sus avances amorosos, podría ser la que había intentado matarlo.

Maomao pensó que podía suponer sin temor a equivocarse que el mujeriego, como de costumbre, había engañado a la mujer con promesas para rescatarla de su contrato. A diferencia de Maomao, mucha gente parecía creer que el amor podía cambiar a una persona. Y cuando suficientes personas repetían una idea suficientes veces, en algún momento se convertía en verdad.

Pues muy bien. Entonces, ¿cómo había conseguido la cortesana envenenar a un hombre que constantemente estaría en alerta? Era sencillo: sólo había que demostrarle que no había veneno. La cortesana habría bebido primero un trago de vino, tal y como hacía Maomao en su trabajo. Cuando el hombre viera que la mujer estaba perfectamente, bebería lo mismo. Por eso sólo había un recipiente.

Eso, sin embargo, planteaba la posibilidad de que la mujer sucumbiera primero al veneno, y el hombre no bebiera el vino contaminado. Algunos venenos, como el que Maomao había descubierto en el banquete, eran de acción lenta, y probablemente también había uno de esos presentes: en este caso lo más probable era que el agente fuera el tabaco. Tenía un efecto estimulante cuando se mascaba, y se escupía rápidamente.

Si la cortesana era una actriz de talento y podía consumir el veneno sin ser descubierta, bien, pero Maomao sospechaba que había tenido ayuda. Había bebido el vino a través de una pajita hecha con un tallo de trigo. Era algo perfectamente normal, y no habría despertado las sospechas del hombre.

¿Cómo había podido evitar el veneno? Maomao pensó que tenía algo que ver con el vino. Había dos tipos diferentes. Dos colores de vino en un único recipiente de cristal transparente. Aunque no fueran tan inmiscibles como el aceite y el agua, dos tipos de vino tendrían densidades ligeramente diferentes. Si se vertiera un vino más ligero sobre otro más pesado con suficiente cuidado, se formarían dos capas.

Y qué bonito sería, un vino de dos colores en un recipiente de cristal. Un pequeño truco encantador para deleitar a un invitado favorito. Y mientras tanto, la cortesana utilizaba su pajita para beber sólo de la capa inferior, mientras que el hombre, sin pajita, bebía de la superior.

Cuando la mujer estuviera segura de que el hombre se había desmayado, bebería un poco del vino envenenado. No lo suficiente para morir, sino para crear una ilusión convincente. Las hojas de tabaco esparcidas ayudarían a ocultar el olor y a hacer creer a la gente que eso era lo que habían utilizado para cometer el acto. Si la cortesana terminaba muriendo, todo habría sido en vano. Había trabajado muy duro para asegurarse de que el hombre sucumbiera y ella sobreviviera. Lo que presumiblemente también explicaba por qué había elegido hacer esto a primera hora de la mañana.

Incluso hubo alguien que descubrió convenientemente la situación por ella.

Maomao llegó al burdel desde aquella mañana. Fue por detrás, a la habitación donde habían puesto a la cortesana envenenada para que descansara. Encontró a la mujer, de aspecto exhausto, apoyada en una barandilla y mirando al cielo. Al parecer, se había levantado. Tarareaba una canción infantil y en su rostro flotaba una efímera sonrisa. Efímera y, sin embargo, pensó Maomao, intrépida.

“Hermana, ¿qué haces?” Llamó una sirvienta —no la niña de aquella mañana— cuando vio a la cortesana apoyada en la barandilla. Arrastró a la mujer a su habitación y cerró la ventana.

El comportamiento de la primera sirvienta, la que había intentado apuñalar al hombre, resultó extraño para alguien cuya querida “hermana” corría el riesgo de morir envenenada. Había ido deliberadamente al apotecario y no al médico, con la esperanza de llegar demasiado tarde para salvar al hombre. Y también se había tomado su tiempo para llamar al padre de Maomao. ¿No estaba preocupada por la cortesana? ¿O no creía que una segunda persona tan cercana a ella también pudiera morir? ¿Estaba Maomao exagerando o casi parecía que la muchacha había sabido desde el principio que la cortesana sobreviviría?

Luego estaba la otra cortesana, que tan emotivamente había descrito a Maomao la difícil situación de la mujer. Y la madame, extraordinariamente generosa. Cuanto más pensaba en ello, más extraño le parecía todo.

Sin suposiciones, ¿eh?

Maomao miró lentamente al cielo desde la ventana recién cerrada. Por fin estaba de vuelta en el barrio rojo por el que había suspirado todos esos meses en el palacio posterior, pero en el fondo eran el mismo lugar. Ambos eran jardines y jaulas. Todos estaban atrapados en ellos, envenenados por la atmósfera. Las cortesanas absorbían las toxinas a su alrededor, hasta convertirse ellas mismas en un dulce veneno. Con el hijo mujeriego vivo, era difícil saber qué pasaría con su posible asesino. Podría sospechar de un intento de envenenamiento.

Pero también podría ser al revés: el burdel podría *acusarle* de haber arruinado un importante producto suyo y de esa manera sacarle algo.

Supongo que no importa cuál, pensó Maomao. No tenía nada que ver con ella. Si se sintiera personalmente implicada en todo lo que ocurriera en este lugar, nunca sobreviviría.

Maomao se rascó la nuca con cansancio y decidió ir a la Casa Verdigris. Iba a buscar agua caliente. Se puso en marcha a trote lento.

Capítulo 24:

Un malentendido

Los tres días de Maomao en casa pasaron en un santiamén. Le dolía tener que marcharse después de reencontrarse con tantas caras conocidas, pero no podía abandonar su trabajo en el palacio posterior. Sobre todo por los problemas que le causaría a Lihaku, que había respondido por ella. El último empujón se lo dio la madame de la Casa Verdigris, que incluso ahora estaba tratando de elegir al sádico perfecto para convertirlo en el primer cliente de Maomao.

Haré como si hubiera tenido un sueño muy agradable. Cuando vio a la resbaladiza Pairin y a Lihaku, que parecía un montón de miel deritiéndose, Maomao reflexionó que tal vez había pagado una recompensa demasiado alta. El próximo lugar que Lihaku visitaría por placer estaba grabado en piedra. Habiendo probado el néctar del cielo, nunca más podría satisfacerse con las tibias ofrendas de la tierra. Maomao se sintió un poco mal por él. Estaba segura de que la madame lo tomaría por todo lo que valía.

Pero ese no era el problema de Maomao.

Así que regresó al Pabellón de Jade, cargada de regalos, sólo para descubrir a un joven con aspecto de ninfa que parecía bastante

nervioso. Podía detectar algo tóxico justo al otro lado de su delicada sonrisa. ¿Por qué parecía estar mirándola?

Aparte de su personalidad, era muy guapo. La mirada que le dirigió la intimidó un poco. Maomao agachó la cabeza, con la esperanza de no tener que vérselas con él, y trató de dirigirse a su habitación, pero él la agarró por el hombro. Sintió cómo sus uñas se clavaban en su carne.

“Estaré esperando en la sala de estar.” Le dijo, con voz de miel en los oídos. Miel de acónito, eso era. Venenosa. Detrás de él, Gaoshun instaba a Maomao con la mirada a que no se resistiera. También vio a Gyokuyou, cuyos ojos brillaban aunque parecía un poco preocupada. Por último, estaba Hongniang, que miraba a Maomao con lo que a ella le pareció un reproche, y las otras tres damas de compañía, que miraban más con curiosidad que con preocupación. Esperaba que la interrogaran de verdad cuando esto acabara.

Sea lo que sea esto.

Maomao dejó su equipaje, se puso el uniforme y se dirigió a la sala de estar.

“¿Preguntó por mí, señor?”

Jinshi estaba solo en la habitación. Vestía un sencillo uniforme de funcionario, pero lo llevaba bien. Estaba sentado en una silla con las piernas cruzadas, apoyando los codos en la mesa que tenía delante. Y a los ojos de Maomao, parecía estar de peor humor que de costumbre.

Tal vez fueran imaginaciones suyas. Esperaba que sólo fuera su imaginación. Sí, eso es lo que ella diría: era su imaginación.

El sedante habitual de Jinshi, Gaoshun, no aparecía por ninguna parte. Tampoco estaba la Consorte Gyokuyou.

Y eso hizo que la situación fuera insostenible para Maomao.

“Veo que has hecho una pequeña visita a casa.” Empezó Jinshi.

“Sí, señor.”

“¿Y cómo fue?”

“Todo el mundo parecía gozar de buena salud y buen humor. Eso es lo que importa.”

“¿Ah, sí?”

“Sí, señor.”

Jinshi no dijo nada más, así que Maomao tampoco. Estaba claro que a este paso no iban a tener mucha conversación.

Finalmente Jinshi pinchó: “Este Lihaku. ¿Qué clase de hombre es?”

“Señor. Él respondió por mí para dejar el palacio.”

¿Cómo sabe Jinshi su nombre? Se preguntó Maomao.

Lihaku se convertiría en un cliente habitual. Una importante fuente de ingresos. Una persona muy importante.

“¿Sabes lo que significa? *¿Lo entiendes?*” Dijo Jinshi, la irritación evidente en su voz. No había nada de su dulzura habitual.

“Por supuesto. Hay que ser un alto funcionario de impecable trayectoria para responder por otro.”

Jinshi parecía absolutamente agobiado por esta respuesta, como enervado por la afirmación de lo obvio.

“¿Te dio una vara para el cabello?”

“Sí, y también a bastantes más. Se las repartía a todas las chicas que veía, al parecer se sentía obligado a hacerlo.” A pesar de su aspecto intimidatorio, Lihaku podía ser bastante generoso. El diseño de su accesorio era limpio y sencillo, pero la mano de obra era sólida, y en general era una pieza bastante bonita. Si a Maomao alguna vez le faltara dinero, probablemente podría venderla por un precio decente.

“¿Me estás diciendo que perdí por eso? ¿Qué fui superado por una baratija que alguien se sintió *obligado* a darte?”

Vaya, nunca lo había oído hablar así, pensó Maomao, desconcertada por el tono desconocido de Jinshi. Estaba claro que algo iba mal.

“También te di una vara para el cabello, si no recuerdo mal.” Continuó Jinshi. “¡Pero no te vi ni un cabello cuando necesitabas a alguien que *respondiera* por ti!” Tenía un aspecto hosco. Su atractiva sonrisa había sido sustituida por el mohín de un niño petulante y, de repente, apenas parecía mayor que Maomao. Quizá incluso más joven. Maomao se maravilló de que un simple cambio de expresión facial pudiera alterar tan drásticamente el aspecto de una persona.

Eso sí lo entendía: A Jinshi le disgustaba que hubiera pedido ayuda a Lihaku en lugar de acudir a él. Maomao no podía decir que eso tuviera sentido para ella. ¿Por qué iba a querer una cosa más en su lista de tareas? ¿No sería su vida más fácil sin ella? ¿O era precisamente el hecho de tener tanto tiempo libre lo que hacía que Jinshi estuviera tan ansioso por involucrarse incluso en cosas que podrían suponerle inconvenientes?

“Mis más sinceras disculpas.” Dijo Maomao. “No pude pensar en una compensación que fuera digna de usted, Maestro Jinshi.”

Hubiera sido descortés darle a un eunuco una invitación a un burdel, ¿no?

Tal vez si hubiera sido uno de esos lugares inocuos donde las señoras sólo servían té y tocaban música para entretener a los invitados. Pero Maomao sabía muy bien que eso no era todo lo que ocurría en la Casa Verdigris. Se resistió a la idea de invitar a un hombre que ya no era un hombre.

Además, tenía que tener en cuenta quién era Jinshi. Maomao podía imaginarse fácilmente a la cortesana media cayendo completamente bajo su hechizo. Estaba segura de que la madame le habría dado un buen regaño por presentárselo a sus damas.

“¿Compensación? ¿Qué se supone que significa eso? ¿Le pagaste a este Lihaku?” Parecía profundamente perturbado; un toque de inseguridad se añadía ahora a su mal humor general.

“Sí. Le ofrecí el placer de un sueño nocturno.”

Y no creo que vuelva a la realidad hasta dentro de un tiempo, añadió en privado. Un hombre como Lihaku podía ser un león con sus tropas, pero probablemente era un gatito en manos de Pairin. Y la creencia popular decía que un gato bien cuidado podía traer suerte a su amo... o dinero.

Maomao miró a Jinshi y se dio cuenta de que la sangre había desaparecido de su rostro. Su mano, que sujetaba una taza de té, temblaba.

Quizá tenga frío. Maomao se volvió para amontonar unos cuantos trozos más de carbón en el brasero y avivó las llamas suavemente. “Parecía muy contento.” Dijo. “Me hace sentir que todo el trabajo duro que hice por él valió la pena.”

Y ahora tendré que trabajar duro para encontrar más clientes nuevos. Maomao apretó el puño para demostrar su determinación privada. Detrás de ella, oyó el ruido de una taza de té al romperse.

“¿Qué haces?” Preguntó. Había trozos de cerámica esparcidos por el suelo. Jinshi estaba allí de pie, con la cara absolutamente pálida. El té manchaba su pulcro uniforme. “Oh, tomaré algo para limpiarme.” Dijo Maomao, pero cuando abrió la puerta, descubrió a la Consorte Gyokuyou, agarrándose el estómago de la risa. Gaoshun también estaba allí, parecía agotado. Por último estaba Hongniang, que miraba a Maomao con una expresión de pura exasperación: no necesitaba decir nada más. Maomao los miró, desconcertado. Sin mediar palabra,

Hongniang se acercó a ella y le dio una bofetada en la nuca. La jefa de las damas de compañía fue rápida. Maomao se frotó la cabeza, aún sin entender muy bien qué estaba pasando, pero se dirigió a la cocina a por un trapo.





“¿Y cuánto tiempo podemos esperar que te enfurruñes?” Preguntó Gaoshun, pensando en los problemas que esto le iba a causar. Incluso después de llegar a su despacho, Jinshi se negó a hacer otra cosa que no fuera quedarse tumbado sobre su escritorio. Gaoshun lanzó un suspiro. “¿Tengo que recordarte que se supone que estás trabajando?” El escritorio, tan recientemente y con tanto esfuerzo despejado, ya estaba apilado con nuevos papeles que atender.

“Ya lo sé.”

Odio el trabajo. Esta persona, Jinshi, nunca habría dado voz a una respuesta tan infantil. No se encariñaría demasiado con sus juguetes.

Tras la conversación de Jinshi con Maomao, Gaoshun se había esforzado por obtener una aclaración de la Consorte Gyokuyou. El “pago” por el aval de Maomao había consistido en un encuentro con una cortesana “estrella”, dijo. A Gaoshun nunca se le había ocurrido que una chica como Maomao pudiera tener tales contactos.

Entonces, ¿exactamente qué había estado imaginando su amo? Ah, los terrores de la juventud, musitó el treintañero marchito.

Jinshi se había calmado considerablemente desde entonces, pero seguía de mal humor. Se había apresurado a buscar a Maomao, sólo para descubrir que había vuelto a su casa con un hombre al que no conocía. Debió de caerle como un rayo.

Era una lástima, pensó Gaoshun, pero no podía pasarse todo el tiempo calmando las rabietas de un niño crecido.

Al final, Jinshi empezó a revisar los papeles acumulados. Si, de un vistazo, juzgaba que un papel era uno que no podía aprobar, lo dejaba a un lado en su escritorio. Apenas había revisado el montón, llegó un suboficial con un nuevo cargamento.

Jinshi podría soportar reflexionar un poco más sobre algunos de los papeles, pensó Gaoshun, observando el trabajo de su amo. Muchos de ellos eran propuestas de funcionarios cuyas ideas no beneficiarían a nadie más que a ellos mismos. Gaoshun lamentó que la carga de trabajo del joven maestro aumentara por un motivo tan sórdido.

Antes de que se diera cuenta, el sol se estaba poniendo y Gaoshun encendió la lámpara.

“Perdónenme, señores.”

Gaoshun vio venir a un subordinado y se dirigió a interceptarlo. “Hemos terminado de trabajar por hoy.” Le dijo. “Quizá sea tan amable de venir mañana.”

“Oh, no es un asunto de negocios, señor.” Dijo el hombre con un gesto apresurado de la mano. “De hecho...”

Y entonces, frunciendo el ceño, el mensajero relató una situación de lo más urgente.

Capítulo 25:

Vino

“Qué noticias tan terribles.” Dijo la Consorte Gyokuyou, con el rostro ensombrecido. Frente a ella, el semblante celestial de Jinshi también estaba preocupado.

Supongo que algún pez gordo ha muerto. Maomao también estaba allí, pero simplemente estaba presente, sin sentir nada de la emoción del momento. Podía parecer fría, pero no era lo bastante sentimental como para compadecerse de alguien cuyo nombre nunca había oído y cuyo rostro nunca había visto. De todos modos, el fallecido tenía más de cincuenta años, y la causa de su muerte fue haber bebido demasiado. Recoges lo que siembras, eso era todo.

O debería haberlo sido.

Incluso después de terminar sus tareas de degustación de comida, Maomao no podía salir de la habitación. Al parecer, Jinshi había enviado a Hongniang a hacer algún recado, por lo que Maomao tuvo que quedarse. Ni siquiera un eunuco podía estar a solas con una consorte real; tenía que estar presente una dama de compañía. Lo más destacado era que Jinshi había encargado la tarea a Hongniang, y no a su secuaz Maomao.

Y eso significa que está tramando algo, pensó Maomao. Y tenía razón.

“¿Crees que la causa de la muerte realmente fue demasiado vino?” Preguntó Jinshi, y su encantadora mirada no se centró en la consorte, sino justo por encima de su hombro, es decir, en Maomao.

Había varias formas de morir por la bebida.

Incluso Maomao, que disfrutaba con el alcohol, comprendía que se convertía en veneno si se bebía demasiado. Cualquier medicamento lo era si la dosis era demasiado grande. El consumo crónico podía provocar disfunciones hepáticas. Demasiado de golpe podía causar la muerte en el acto. En este caso, fue lo segundo: un exceso de bebida en una fiesta entre compatriotas. Supuestamente, la víctima había bebido abundantemente de una generosa jarra.

“Eso sí que te mataría.” Comentó Maomao con ligereza cuando llegaron al cuerpo de guardia junto a la puerta principal. Era el mismo lugar donde se había reunido con Lihaku. Seguía siendo una habitación sencilla con el mobiliario más básico, pero hoy había té y aperitivos y un brasero encendido para protegerse del frío.

“Pero era la mitad de lo habitual.” Dijo Jinshi. (La mitad de vino que de costumbre, presumiblemente.) Gaoshun tomó algo de una sirvienta que apareció desde fuera del palacio posterior. La muchacha no dijo nada, sólo inclinó la cabeza y se retiró.

“Francamente, no me atrevo a creer que murió por la bebida.” Dijo Jinshi. “No Kounen.”

Kounen era el nombre del muerto. Había sido un espléndido guerrero que bebía vino a cántaros y, por lo que decían Jinshi y Gyokuyou, tampoco era mala persona.

Gaoshun colocó sobre la mesa el objeto que había recibido de la sirvienta. Era un frasco de calabaza. Gaoshun lo vertió en una pequeña taza.

“¿Qué es esto?” Preguntó Maomao.

“El mismo vino que se sirvió en la fiesta.” Le informó Jinshi. “Lo tomamos de otra de las jarras que había. La que estaba bebiendo Kounen se había volcado y se había derramado todo el contenido.”

“Así que nunca sabremos si esa jarra tenía veneno.” Después de todo, el veneno sería el siguiente culpable obvio, si no fue el vino propiamente dicho el que le había matado.

“Muy cierto.” Jinshi obviamente sabía lo poco realistas que eran sus esperanzas, trayendo a Maomao este alcohol para examinarlo. El hecho de que lo hiciera de todos modos —que claramente quería cerrar este asunto— le causó curiosidad. ¿Le debía un favor al muerto? *Sólo necesita volver a encender ese estúpido encanto suyo*, pensó Maomao. Últimamente, Jinshi le parecía mucho más infantil; no podía evitarlo. Sinceramente, le resultaba más fácil cuando resoplaba y le daba órdenes.

Ahora se llevó el vino a los labios y lo lamió suavemente con la lengua.

Hey, ¿qué es esto? El vino sabía dulce y agrio a la vez. Era como si hubiera empezado dulce y luego alguien le hubiera añadido una pizca de sal. *Es como vino de cocina.*

“Un sabor de lo más inusual.” Comentó, mirando atentamente a Jinshi.

“Sí. Era la preferencia personal de Kounen. Era muy goloso. Le gustaba el vino dulce y sólo tomaba aperitivos dulces con él.” Jinshi casi parecía extasiado mientras describía al difunto. A Kounen se le podían presentar las mejores carnes ahumadas, o lujosa sal gema, pero no las tocaba, según Jinshi. “Antes, solía disfrutar de comidas más sabrosas, pero entonces... Un día, de la nada, dio marcha atrás por completo. Tanto que casi todas sus comidas pasaron a ser exclusivamente dulces.” El atisbo de una sonrisa, al parecer genuinamente espontánea, se dibujó en el rostro de Jinshi.

“Parece que estaba coqueteando con la diabetes.” Dijo Maomao, exponiendo sin rodeos su opinión.

“No manches mis recuerdos con la cruda realidad, por favor.” Dijo Jinshi con pesar.

Así que un hombre al que le gusta la comida salada de repente prefiere la dulce, pensó Maomao mientras vaciaba su taza y se servía más alcohol de la calabaza. Se lo bebió todo y repitió el proceso. Jinshi

y Gaoshun la observaban atentamente, pero ella los ignoró. Cuando la calabaza estaba casi medio vacía, por fin habló: “Los aperitivos servidos con el alcohol en esta fiesta. ¿Tenían sal?”

“Sí. Se sirvió sal gema, pasteles lunares y carne curada. ¿Preparamos algo de lo mismo para ti?”

“No, gracias. Habré terminado de beber esto para cuando esté listo.”

Si me iban a ofrecer aperitivos, ojalá lo hubieran hecho antes. Una buena carne salada habría complementado perfectamente el vino.

“Eso no es exactamente lo que estaba pensando.” Dijo Jinshi, molesto. Maomao se sirvió más vino. No prestó atención a la transparente incredulidad de Jinshi de que fuera a volver a beber. La oportunidad de tomar una copa era tan rara, aparte de los ocasionales bocados que probaba como veneno, que iba a aprovecharla.

Maomao se bebió la calabaza hasta la última gota. Sintió la tentación de soltar un gran grito de satisfacción, pero, dada la presencia de la nobleza, decidió abstenerse.

“¿Tienes la jarra real de la que el Maestro Kounen estaba bebiendo?”

“Sí, aunque está en pedazos.”

“Está bien. Déjame verla. Ah, también... hay algo que me gustaría que comprobaras por mí.” Les informó Maomao.

Al día siguiente, Jinshi volvió a convocar a Maomao. Llegaron a la misma habitación que antes. El lugar habitual de trabajo de Jinshi parecía ser el despacho de la Matrona de las Sirvientas, pero últimamente sus dependencias estaban bastante ocupadas con mujeres que entraban y salían. Los despachos de las otras dos divisiones de servicio estaban muy parecidos. Tal vez tuviera algo que ver con la proximidad del fin de año.

Lo sabía, pensó Maomao mientras revisaba el papel que resumía los resultados de la investigación que había solicitado. Miró el fragmento de cerámica que también le habían traído, sobre la tela que lo había envuelto. Tenía pegados unos granos blanquecinos. Tomó el fragmento y lo lamió.

“¿Estás segura de que es seguro hacer eso?” Jinshi extendió la mano como si pudiera detenerla, pero Maomao negó con la cabeza.

“No es venenoso. No hay suficiente para eso.”

Sus palabras sonaron portentosas, pero desconcertaron claramente a Jinshi y Gaoshun. Maomao se acercó al brasero con el envoltorio de papel que había contenido el informe y lo puso a arder. Luego acercó el fragmento de jarra a la llama. El color del fuego cambió.

“¿Sal?” Preguntó Jinshi, mirando las llamas. Evidentemente, había aprendido la lección de la última vez que ella le había enseñado este truco.

“Así es. Al parecer, había tanta en esta jarra que, incluso después de evaporarse el líquido, quedaron granos de ella.” También había sal en el vino que había probado Maomao. No era algo que se añadiera durante el proceso de producción, sino más bien el tipo de cosas que se sirven como tentempié: simplemente se había echado en el vino. Si los asistentes a la fiesta solían preferir sabores más salados, un vino demasiado dulce no sería de su agrado. Todo el mundo sabía que se podía espolvorear sal en el borde de una copa, pero echarla directamente en el vino... alguien debía de estar muy borracho o ser un completo ignorante culinario. Una pizca de sal era una cosa y habría estado bien, pero la jarra de la que había bebido Kounen contenía grandes cantidades.

“La sal es esencial para la supervivencia humana, pero en exceso es tóxica.” Afirmó Maomao. En ese sentido, era como el vino: demasiado de una vez podía ser fatal. Cuando consideró la cantidad de vino que había bebido Kounen y la cantidad de sal disuelta en él, le pareció una posible causa de muerte.

“Pero eso no tiene ningún sentido.” Dijo Jinshi. “Nadie podría no darse cuenta de que estaba bebiendo algo tan salado.”

“Creo que al menos una persona podría.” Maomao giró el informe hacia ellos. Contenía detalles de los hábitos personales de Kounen. “Me dijo, Maestro Jinshi, que un día el Maestro Kounen pasó espontáneamente de preferir las comidas saladas a preferir las dulces, ¿verdad?”

“Sí, así es.” Dijo Jinshi. “Espera, no puedes querer decir...”

“Sí. Creo que tal vez dejó de saborear lo salado.”

El tal Kounen había sido un burócrata capaz, diligente y dedicado a su trabajo. Su autocontrol, rayano en el estoicismo, era evidente incluso en el informe, un tanto superficial. Tras la muerte de su mujer y su hijo en una plaga hace algunos años, se decía, había vivido para su trabajo. El vino y los dulces eran sus únicos placeres.

“Hay algunas enfermedades que pueden privar a una persona del sentido del gusto. Se dice que están causadas por desequilibrios en la dieta o, a veces, por el estrés.”

Cuanto más estricta era una persona, más reprimido podía llegar a ser su espíritu. Y la carga creada por esa condición podía conducir a la enfermedad.

“De acuerdo. Entonces, ¿quién puso la sal en el vino?”

Maomaoladeó la cabeza. “No es mi trabajo averiguarlo.”

Con la certeza de que las otras jarras también habían sido saladas y de que Kounen era una persona muy seria, sospechaba que Jinshi podría resolver el resto. No a todo el mundo le gustaba un trabajador diligente. Podrían decidir gastar una pequeña broma mientras estaba borracho. Y cuando veían que ni siquiera se había dado cuenta de su broma, podían decidir presionar hasta que lo hiciera. A veces el alcohol se apodera de uno, por así decirlo, pero ¿habrían esperado los autores alguna vez este resultado?

Cobardes, huyendo como lo hicieron.

Maomao se había abstenido de explicarlo todo, aunque podría haberlo hecho. No tenía más ganas que nadie de ser la causa próxima del brutal castigo de alguien. Aunque con todas las pistas que le había dado a Jinshi, era como si se lo hubiera dicho ella misma.

Jinshi le dijo algo a Gaoshun, que posteriormente abandonó la habitación. Jinshi le siguió con la mirada durante un momento. Una observación cuidadosa reveló un pequeño adorno con borla montado con una obsidiana en su cinturón.

¿Es un emblema de luto? ¿Y fue deliberado que lo hiciera tan discreto?

“Mis disculpas. Agradezco tu ayuda.” Dijo Jinshi, volviendo hacia ella esa sonrisa trascendente.

“En absoluto.” Maomao sentía una gran curiosidad por saber cuál había sido la conexión entre Jinshi y Kounen, pero se contuvo de curiosear. *Si resultaba ser algo indecente, quizá lamentara haber preguntado.* Después de todo, uno nunca podía estar seguro de quién estaba emparentado con quién y de qué manera. En su lugar, intentó una pregunta menos cargada. “¿Era realmente una persona tan destacada?”

“Ya lo creo. Una vez fue muy bueno conmigo, cuando era pequeño.”

Jinshi no dio más detalles, pero cerró los ojos. Parecía estar rememorando un pasado lejano, y eso le hacía parecer un joven corriente. Era un efecto que Maomao rara vez veía en su rostro de belleza sobrenatural.

Huh. Supongo que, después de todo, es humano. Era demasiado fácil, con la belleza sobrenatural de Jinshi, olvidar que había nacido de una mujer como cualquier otro; a veces hubiera sido más fácil creer que era el espíritu milenario de un melocotón. Últimamente, Maomao se sentía cada vez más insegura sobre lo que sentía por aquel hombre, Jinshi.

Tras permanecer en silencio unos instantes, Jinshi pareció recordar algo; metió la mano bajo la mesa y sacó un objeto.

“¿Una calabaza?” Preguntó Maomao.

Había sacado una calabaza de tamaño considerable. Pudo oír un sonido de chapoteo procedente de lo que fuera que había en su interior.

“Mm. Pero no como las de ayer.” Dijo. Luego entregó la calabaza a Maomao. “Es tuya, con mi agradecimiento.”

Sacó el tapón y percibió el rico aroma de los licores. *¡Ahh!*

“Sólo trata de beberlo discretamente.”

“Muchas gracias.” Dijo Maomao con una seriedad poco común.

Así que sabe ser considerado, cuando quiere.

Poco después, se encontró con la cara acaramelada. Lo miró por reflejo. Sí, seguía siendo el mismo eunuco.

“En este momento no puedo decir que *parezcas* muy agradecida.”
Dijo Jinshi.

“¿Es así, señor? Bueno, quizás deberías preocuparte menos por mi expresión y más por el trabajo que tienes que hacer ahora.” Por alguna razón, le pareció ver un temblor recorrer a Jinshi. Así que tenía razón: había eludido sus asuntos para venir a hablar con ella.

Una cosa es tener demasiado tiempo libre. Pero ¿ignorar activamente tu trabajo?

“Quizá deberías ir a ocuparte de ello antes de que las tareas se acumulen demasiado.” Maomao ignoró convenientemente el hecho de que ella misma apenas trabajaba.

Jinshi parpadeó, y por un segundo pareció dolido, pero entonces pareció ocurrírsele una idea. Una sonrisa desagradable y maliciosa se dibujó en su rostro. “Oh, estoy trabajando con bastante diligencia.”
Dijo.

“¿En qué sentido, señor?”

Jinshi se acarició la barbilla pensativo. “Una de las propuestas legales que llegaron a mi mesa sugería que, para evitar que los jóvenes se ahogaran en la bebida, debería haber un límite de edad para beber vino.”

Maomao le miró, boquiabierta.

“Recomendaba prohibir la bebida antes de los veintiún años.” Su sonrisa se hizo aún más desagradable.

“Maestro Jinshi, le ruego que no apruebe tal ley.”

“Me temo que no depende sólo de mí.” Dijo, su sonrisa como una flor floreciente al observar la miseria en el rostro de Maomao.

Su labio se curvó hacia abajo. Hizo lo único que podía hacer y le miró como un escarabajo volcado.

Capítulo 26:

Cada historia tiene dos caras

Gaoshun colocó una caja lacada sobre el escritorio y sacó un pergamino de su interior. “Por fin ha llegado el informe que solicitó.” Habían pasado casi dos meses desde la instrucción de Jinshi de encontrar a cualquier sirvienta que hubiera sufrido una quemadura.

“Ha tardado demasiado.” Dijo Jinshi, levantando la vista bruscamente.

“Mis disculpas.” Gaoshun no se esforzó en añadir ninguna excusa. Era una cuestión de principios para él no hacerlo.

“Entonces, ¿quién es ella?”

“Señor. Esta sorprendentemente bien situada.” Desenrolló el pergamino en el escritorio de Jinshi. “Fengming, del Pabellón de Granate. Dama de compañía de la Consorte Pura.”

Jinshi dejó que su barbilla descansara sobre sus manos, sus ojos fríos mientras escaneaban el papel.



“¡Oh, señorita! Venga conmigo, ¿quiere, por favor?” Cuando Maomao llegó para ayudar en asuntos médicos, esto fue lo primero que salió de

la boca del lego... ejem, el médico. Un eunuco estaba cerca, al parecer con un mensaje; evidentemente había venido a llamar al médico.

“¿Qué demonios te tiene tan alterado?” Preguntó Maomao, oliendo problemas. Sin embargo, el curandero estaba prácticamente temblando mientras suplicaba su ayuda, así que Maomao accedió y le acompañó. Pronto se encontraron en el puesto de guardia de la puerta norte. Varios eunucos estaban mirando algo, rodeados de una pandilla de sirvientas.

“Tenemos suerte de que sea invierno.” Dijo Maomao, totalmente tranquila ante lo que se había encontrado.

Una alfombra de junco ocultaba a una mujer, con el rostro azulado y pálido. Tenía el cabello pegado a las mejillas y a la cara, y los labios de un negro azulado. Su espíritu ya no residía en este mundo.

El cuerpo estaba inusualmente limpio para una víctima de ahogamiento, pero aun así no era precisamente agradable de ver. Menos mal que era una época fría del año. Normalmente, le correspondería al médico inspeccionar el cadáver, pero en ese momento estaba encogido detrás de Maomao como una niña pequeña. Un charlatán, desde luego.

Al parecer, la mujer muerta había sido encontrada aquella mañana, flotando en el foso exterior. Por su aspecto, estaba claro que era una sirvienta del palacio posterior. De ahí que se hubiera llamado al curandero; de los asuntos del palacio posterior debían ocuparse los habitantes del palacio posterior.

“Jovencita, ¿podría... mirarla por mí?” Imploró el médico, con su bigote de pez locha tembloroso, pero Maomao permaneció impassible. ¿Quién se creía que era?

“No, no podría. Me han ordenado que nunca toque un cadáver.”

“Qué instrucción tan extrañamente específica.” El comentario mordaz provino de una voz celestial demasiado familiar. Las chicas soltaron los ya habituales chillidos. Era casi como si estuvieran viendo un espectáculo.

“Que tenga un buen día, Maestro Jinshi.” *Como si pudiera ser bueno con un cadáver allí tirado...* Maomao, como siempre, miró al apuesto joven, totalmente indiferente. Detrás de él estaba Gaoshun, como de costumbre. Llevando a cabo su tarea habitual de suplicar a Maomao con la mirada que fuera cortés.

“¿Y bien, doctor? ¿Podríamos molestarle para que eche un vistazo como es debido?”

“Muy bien...” El curandero enrojeció y se dispuso a examinar el cadáver sin mucha convicción. Primero, visiblemente tembloroso, apartó la alfombra de junco, provocando algunos gritos de las mujeres reunidas.

La fallecida era una mujer alta que calzaba zuecos de madera dura. Uno de ellos se había desprendido, dejando al descubierto un pie vendado. Tenía los dedos enrojecidos y las uñas cruelmente dañadas. Su uniforme era el del Servicio de Alimentación.

“No pareces muy preocupada por esto.” Comentó Jinshi a Maomao.

“Estoy acostumbrada.”

Por hermoso que pareciera el distrito del placer, un paso por sus callejones y rincones ocultos podía revelar un mundo de anarquía. No era raro descubrir el cadáver de una joven violada, golpeada y dada por muerta. Era fácil ver a las mujeres del distrito del placer atrapadas en una jaula, pero del mismo modo se podía decir que estaban protegidas de sus peligros. Los burdeles trataban a sus cortesanas como mercancía, sí. Y uno quería que la mercancía durara mucho tiempo y no sufriera daños.

“Me interesará mucho tu perspectiva... más tarde.”

“Desde luego, señor.”

Dudaba que pudiera ser de mucha ayuda, pero no se lo negó. Habría sido descortés.

Debía de hacer mucho frío. Cuando el médico terminó su examen, Maomao volvió a cubrir delicadamente el cuerpo con la estera. Como si ahora hubiera alguna diferencia.

Maomao se encontró escoltada hasta el puesto de guardia de la puerta central. La oficina de la matrona debía de estar ocupada de nuevo. Supuso que Jinshi no quería tener esta conversación en el Pabellón de Jade. No era apropiado para los oídos de un niño.

Creo que ya es hora de que tenga su propia casa. Maomao asintió cortésmente a los eunucos que estaban ante la puerta.

“Los guardias opinan que fue un suicidio.” Le informó Jinshi. Al parecer, la mujer se había encaramado al muro y luego se había arrojado al foso. Era, como sugería su atuendo, una de las mujeres de menor rango del Servicio de Alimentación; hasta ayer había estado en el trabajo. En otras palabras, había muerto la noche anterior.

“No sé si fue un suicidio.” Dijo Maomao. “Sí sé que no lo hizo sola.”

“¿Y cómo sabes eso?” Preguntó Jinshi, con aspecto regio mientras se sentaba en su silla. Era como una persona diferente de la juventud infantil que a veces le mostraba.

“Porque no había escalera junto a la pared.”

“Eso es bastante cierto.”

“¿Crees que sería posible escalar esa pared con un gancho?”

“Lo dudo mucho. ¿No?” Preguntó inquisitivamente. Era realmente frustrante tratar con él. Quería regañarlo por hacer preguntas de las que ya sabía las respuestas, pero Gaoshun estaba mirando, así que se contuvo.

“*Hay* una forma de llegar a la cima sin herramientas, pero no creo que esa mujer pudiera haberlo conseguido.”

“¿La hay? ¿De qué manera sería?”

Tras la conmoción que rodeó al “fantasma” de la Princesa Fuyou, Maomao se había devanado los sesos tratando de entender cómo había llegado la mujer hasta el muro exterior. No era un lugar al que se subiera simplemente trepando.

Cuando a Maomao se le metía una pregunta en la cabeza, la roía hasta que tenía la respuesta, así que había pasado mucho tiempo contemplando las paredes. Lo que había descubierto era una serie de salientes en una esquina donde se unían las paredes. Un ladrillo sobresalía ligeramente aquí y allá. Podían servir como puntos de apoyo, por ejemplo, para una bailarina con talento como la Princesa Fuyou. Maomao especuló que los ladrillos que sobresalían habían sido utilizados por los albañiles al construir el muro.

“Sería difícil para la mayoría de las mujeres. Especialmente una que ha tenido los pies atados.”

A veces, los pies de las chicas se envolvían en vendas y se introducían en diminutos zapatos de madera. Le aplastaban los huesos, le ataban los pies con tiras de tela y se los encajaban en zuecos de madera. Todo ello obedecía a una norma según la cual cuanto más pequeño era un pie, más bello era. No todas las mujeres eran sometidas a esta práctica, pero a veces se veía en el palacio posterior.

“¿Estás sugiriendo que fue un homicidio?”

“No estoy sugiriendo nada. Pero creo que estaba viva cuando cayó al foso.” Las rojas yemas de los dedos daban a entender que la mujer

había arañado desesperadamente las paredes que rodeaban el foso. Allí abajo, en el agua fría. Maomao no quería pensar en ello.

“¿No podrías echar un vistazo más de cerca?” Ahí estaba la sonrisa melosa, imposible de rechazar. Pero, por desgracia, tuvo que negarse: no podía hacer lo que no podía hacer.

“Un maestro apotecario me enseñó a no tocar nunca un cadáver.”

“¿Por qué razón? ¿Por un simple miedo a la impureza?” Jinshi parecía estar insinuando que los apotecarios interactuaban con enfermos y heridos todo el tiempo, y el contacto con cadáveres difícilmente podía ser inusual para ellos.

La réplica de Maomao fue exponer la razón sin rodeos: “Porque los seres humanos también pueden convertirse en ingredientes medicinales.”

No se sabe hasta dónde llega tu curiosidad, había dicho su padre. *Si tienes que hacerlo, bueno... déjalo para el final.* Había dicho que si alguna vez tocaba un cadáver, podría convertirse en una ladrona de tumbas. No era lo más bonito que había dicho. Maomao pensaba en privado que tenía más sentido común que eso, pero de alguna manera hasta ahora había conseguido respetar su restricción.

Jinshi y Gaoshun, boquiabiertos, se miraron y asintieron en señal de comprensión. Gaoshun dirigió una mirada de lástima a Maomao. Ella pensó que aquello era terriblemente grosero, pero forzó su puño para que no temblara.

En cualquier caso.

¿Se suicidó o lo hizo otra persona? Maomao nunca había pensado en acabar con su propia vida, y tampoco tenía interés en que la asesinaran. Si moría, ya no podría probar medicinas ni experimentar con venenos. Así que si tenía que morir, quería que fuera mientras probaba alguna toxina hasta entonces inexplorada.

Me pregunto cuál sería mejor...

Jinshi la estaba mirando. “¿En qué estás pensando?”

“Señor. Estaba meditando sobre qué veneno sería mejor para morir.”

Estaba siendo sincera, pero Jinshi frunció el ceño. “¿Tienes ganas de morir?”

“En absoluto.”

Jinshi sacudió la cabeza como diciendo que lo que decía no tenía sentido. Bueno, no tenía por qué tener sentido para él. “Nadie sabe el día ni la hora de su muerte.” Dijo.

“Es cierto.” Una pizca de tristeza pasó por el rostro de Jinshi. Tal vez estaba pensando en Kounen.

“Maestro Jinshi.”

“Sí, ¿qué?” La miró con escepticismo.

“Si, por casualidad, debo morir algún día, ¿puedo pedir humildemente que se haga con veneno?”



Jinshi se llevó la mano a la frente y suspiró. “¿Y por qué *me* preguntas eso?”

“Si alguna vez cometiera un delito que mereciera tal castigo, serías tú quien dictara sentencia, ¿no es así?”

Jinshi la estudió un momento. Parecía estar de mal humor, aunque ella no sabía por qué. De hecho, casi parecía estar mirándola. Gaoshun parecía cada vez más ansioso detrás de él.

Hmm, tal vez acabo de cometer la ofensa.

“Perdóneme, señor, me he excedido. La estrangulación o la decapitación serían igualmente aceptables.”

“No te entiendo.” Dijo Jinshi, pasando visiblemente del enfado a la exasperación.

“Porque soy plebeya, señor.” Dijo Maomao. Los plebeyos no podían contradecir a los nobles. No se trataba de si estaba bien o mal, sino de cómo funcionaba el mundo. Es cierto que a veces el mundo se ponía patas arriba, pero no creía que hubiera muchos a los que les gustara una revolución en ese momento. Los gobernantes de hoy en día simplemente no eran tan malos. “Mi cabeza podría ser cortada por el más mínimo error.”

“Yo no haría eso.” Jinshi la observó, inquieto.

Maomao negó con la cabeza. “No se trata de si lo harías. Sino de si podrías.” Jinshi tenía el derecho y la autoridad para disponer de la vida de Maomao, pero Maomao no tenía el mismo derecho. Eso era todo.

El rostro de Jinshi estaba impasible. ¿Estaba enfadado? Era difícil saberlo. Puede que estuviera meditando algo. Maomao no tenía ninguna necesidad especial de saberlo. Simplemente, le parecía que por su cabeza pasaban muchos pensamientos diferentes.

Supongo que lo que dije lo molestó.

Ni Jinshi ni Gaoshun dijeron nada más, y Maomao, sin nada más que hacer, hizo una reverencia y se marchó.

Algún tiempo después le llegó el rumor de que la fallecida había estado presente en el lugar del intento de envenenamiento poco antes. Así lo dijo en una nota que se descubrió. El caso se cerró y se declaró suicidio.

Capítulo 27:

Miel (Primera parte)

Celebrar fiestas del té era un negocio legítimo para las consortes. Gyokuyou las celebraba casi todos los días. Algunas se celebraban en el Pabellón de Jade, mientras que otras veces era convocada a la residencia de otra Consorte.

Una excelente oportunidad para sondearse mutuamente y jugar a la política, pensó Maomao. A ella tampoco le gustaban mucho las fiestas del té. Los temas de conversación se limitaban casi siempre al maquillaje y las tendencias de la moda. Charlas aburridas intercaladas con preguntas inquisitivas: un auténtico microcosmos del palacio posterior. Parecen bastante cómodas con todo ello... Supongo que eso es lo que las convierte en consortes.

Gyokuyou estaba hablando con una consorte de rango medio que también procedía del oeste. Su patria común parecía estar propiciando una conversación real entre ellas. Maomao no conocía los detalles, pero parecía que el tema principal tenía que ver con las futuras relaciones con la familia de Gyokuyou.

Gyokuyou era una charlatana alegre y simpática, y muchas consortes le contaban pequeños secretos antes de saber lo que hacían. Uno de los trabajos de Gyokuyou consistía en anotar esas cosas. El hogar de la Consorte Gyokuyou era una tierra reseca, pero también un

nexo de comercio, y la habilidad para leer tanto a la gente como los cambios de los tiempos era primordial. Además de lo que ganaba como consorte, ayudaba a su familia comunicándoles fragmentos de información.

Estuvo despierta hasta muy tarde anoche, pero no parece cansada en absoluto. El Emperador visitaba a su querida Gyokuyou una vez cada tres días, o incluso más a menudo. Ostensiblemente, era para ver a su hija, que empezaba a agarrarse a las cosas y a ponerse en pie, pero ni que decir tiene que admirar a la princesa no era lo único que hacía en sus visitas. Maomao era consciente de que el Emperador no descuidaba más sus asuntos diarios que los nocturnos, lo que daba a entender que era un hombre de tremendas energías. Desde la perspectiva de ayudar al país a prosperar, era algo digno de elogio.

Al final de la fiesta del té, Maomao recibió de Yinghua un montón de caramelos de té. Estaba dispuesta a comerse algunos, pero era demasiado para ella sola, así que hizo su habitual visita a Xiaolan. Las historias de Xiaolan no siempre eran articuladas, ni siquiera completamente coherentes, pero compartió con Maomao su última cosecha de rumores. Hoy había hablado de la sirvienta que se había suicidado, del intento de envenenamiento y, por alguna razón, de algo sobre la Consorte Pura.

“Pueden hablar de las ‘cuatro damas predilectas’ del Emperador todo lo que quieran, pero no se puede obviar el hecho de que se está haciendo mayor.”

La Consorte Gyokuyou tenía diecinueve años, Lihua veintitrés y Lishu sólo catorce. Pero la Consorte Pura Ah-Duo tenía treinta y cinco, un año más que Su Majestad. Todavía podría tener un hijo, pero según el sistema que funcionaba en el palacio posterior, pronto podría esperar ser apartada en un proceso que a veces llamaban “ser deslizada de una almohada a otra”. En otras palabras, Ah-Duo no podía esperar convertirse en madre de la nación.

Ya se hablaba de su posible degradación y de quién podría ser elevada al rango de alta consorte en su lugar. No era nada nuevo, pero dado que Ah-Duo había sido consorte del Emperador desde antes de su llegada y que, de hecho, le había dado un hijo, rara vez se había hablado de ello.

Madre de un principito muerto, pensó Maomao. Era el mismo destino que le esperaba a Lihua si no se quedaba embarazada de otro niño para Su Majestad. Y en realidad no estaba sola: La Consorte Gyokuyou no podía asumir que ocuparía un lugar de honor en el afecto imperial para siempre.

Porque toda flor hermosa se marchitaba con el tiempo. Las flores del palacio posterior tenían que dar fruto, o no valían nada. Por muy familiar que le resultara esta lógica a Maomao, nunca dejaba de recordarle que el palacio era también una prisión.

Se quitó unas migas de pastel de luna de la falda y miró al cielo encapotado.

La pareja de Gyokuyou para la fiesta del té de hoy era algo inusual. Se trataba de la Consorte Lishu, otra de las cuatro damas favoritas. No era habitual que consortes del mismo rango celebraran fiestas entre ellas; más aún cuando se trataba de las mujeres de mayor rango.

El nerviosismo era evidente en el rostro aniñado de Lishu. La atendían cuatro damas de compañía, incluida la famosa catadora de alimentos. Al parecer, la mujer no había sido castigada tan severamente como Maomao temía.

Hacía frío, así que la fiesta del té se celebraba en el interior. Algunos eunucos se pusieron manos a la obra para preparar divanes para las damas de compañía en el salón. La mesa tenía incrustaciones de nácar y cambiaron la cortina por una nueva con elaborados bordados. Para ser totalmente franca, apenas ponían tanto esmero en recibir al Emperador en persona, pero era propio de las mujeres querer dar lo mejor de sí mismas ante sus iguales.

También se maquillaron con gusto, y Maomao fue despojada sumariamente de sus pecas. Las chicas acentuaban las comisuras de sus ojos con líneas rojas. Era un nivel de maquillaje que los hombres podrían haber considerado ostentoso, pero eso no importaba; aquí, la más llamativa de las dos partes sería la vencedora.

En su conversación, la Consorte Gyokuyou parecía llevar la voz cantante, mientras que Lishu asentía dócilmente. Tal vez se debiera a la diferencia de edad. Detrás de Lishu, sus ayudantes parecían menos interesadas en su dama que en los accesorios del Pabellón de Jade, mirando de un lado a otro los adornos y el mobiliario. Sólo la catadora de alimentos permanecía obedientemente detrás de la Consorte Lishu, frente a Maomao, observando atentamente a su antigua atormentadora.

¿Cuál es la historia? Primero las mujeres del Pabellón de Cristal, ahora esta chica. Maomao deseaba que la gente dejara de tratarla como una especie de monstruo. No era un perro callejero, y no mordía.

A primera vista, parecen damas de compañía normales y corrientes, pensó Maomao. Una vez le había dicho a Gaoshun que intimidaban a su consorte. Podría ser un poco incómodo que la acusación resultara no ser cierta, pero se habría alegrado tanto de estar equivocada.

Comparadas con las pocas y orgullosas damas de compañía del Pabellón de Jade, las mujeres de Lishu parecían un poco lentas para actuar, pero hacían su trabajo. Al menos, tal como eran: puesto que Gyokuyou era la anfitriona de la fiesta del té de hoy, no tenían tanto que hacer.

Ailan apareció con una jarra de cerámica y agua caliente.

“¿Te gustan las cosas dulces? Hoy hace tanto frío que pensé que esto te reconfortaría.” Dijo Gyokuyou.

“Me gustan los dulces.” Respondió Lishu. Eso pareció hacerla sentir un poco más tranquila.

Dentro del tarro había corteza de cítricos hervida en miel. Calentaba el cuerpo y aliviaba la garganta, e incluso podía ayudar a prevenir los resfriados. Maomao lo había preparado ella misma. A Gyokuyou parecía gustarle, y últimamente lo servía con frecuencia en sus fiestas del té.

¿*Hmm?* A pesar de su declaración de que le gustaban los dulces, la Consorte Lishu pareció de repente claramente incómoda. La catadora también parecía querer oponerse a lo que se estaba sirviendo en la taza de su señora. ¿*Tampoco puede tomar miel?* Pensó Maomao.

Ninguna de las otras damas de compañía parecía dispuesta a decir nada. Se limitaron a mirar a Lishu con fastidio. *Supéralo*, parecían decir. Seguían pensando que se trataba de una quisquillosidad infantil.

Maomao dio un pequeño suspiro y susurró al oído de la Consorte Gyokuyou. Sus ojos se abrieron ligeramente y llamó a Ailan. “Lo siento mucho, pero parece que esto tiene que dejarse reposar un poco más. Serviré otra cosa. ¿Tomas té de jengibre?”

“Sí. Gracias, señora.” Dijo Lishu, sonando un poco más animada. Evidentemente, cambiar de té había sido una decisión acertada.

Cuando Maomao levantó la vista, vio a las damas de compañía de Lishu. Casi pensó que parecían decepcionadas. La impresión sólo duró un segundo, y luego desapareció.

Al anochecer, el más encantador de los eunucos apareció, como siempre. Sonrisa de ninfa por delante, Gaoshun por detrás. Maomao tenía la sensación últimamente de que había más surcos en la frente de Gaoshun que antes. Quizás tenía nuevos problemas a los que enfrentarse.

“He oído que tomaste el té con la Consorte Lishu.” Dijo Jinshi.

“Sí, y fue encantador.”

Jinshi hacía rondas periódicas entre las consortes más destacadas del Emperador, casi como si fuera asunto suyo mantener la cohesión en el palacio posterior. Le pareció percibir algo inusual en la reunión del día, y se sintió obligado a intervenir. Maomao intentó salir antes de que se viera envuelta en algo, pero, naturalmente, él la detuvo.

“¿Serías tan amable de soltarme?”

“No había terminado de hablar.” Cuando el sublime joven volvió su mirada hacia ella, Maomao sólo pudo bajar sus propios ojos al suelo. Estaba segura de que le miraba como si fuera un pez muerto. Y no un pez bonito. Probablemente uno de esos que se alimentan en el fondo.

“Ah, qué amigos son.” Dijo Gyokuyou, riendo alegremente. *Demasiado*, y Maomao se encontró respondiendo: “Lady Gyokuyou, un poco de acupresión alrededor de los ojos puede ayudar a prevenir las arrugas.”

Uy. No puedo hablar así. Tenía que tener cuidado de no ser grosera con nadie más que con Jinshi. *Er... Supongo que tampoco es una gran idea.* Ella ya lo había molestado el otro día. Demasiados pequeños pasos en falso como ese, y podría encontrarse fuera de la gracia del eunuco, y tal vez encontrando un pronto final por estrangulamiento directamente después de eso.

“¿Has oído que la sirvienta que se suicidó es presuntamente la autora del envenenamiento del otro día?”

Maomao asintió, pues por el tono de Jinshi parecía que le preguntaba a ella y no a Gyokuyou. En cuanto a la consorte, pareció intuir que sería mejor mantener esta conversación en privado, y abandonó la habitación. Maomao, Jinshi y Gaoshun se quedaron solos.

“¿De verdad crees que la culpable se suicidó?”

“Eso no me corresponde a mí determinarlo.” Convertir una mentira en un hecho era prerrogativa de los poderosos. Ella no sabía quién había hecho la determinación, pero sospechaba que Jinshi estaba conectado de alguna manera.

“¿Tendría una simple sirvienta motivos para envenenar la comida de la Consorte Virtuosa?”

“Me temo que no lo sabría.”

Jinshi sonrió, una mirada seductora que podía utilizar con pericia para manipular a la gente. Por desgracia para él, no funcionó con Maomao. Estaba segura de que él sabía que no tenía que mirarla mal

para conseguir lo que quería; sólo tenía que darle una orden. Ella no se negaría.

“¿Tal vez podría enviarte a ayudar en el Pabellón de Granate, a partir de mañana?”

¿Para qué servían los signos de interrogación? Maomao dio la única respuesta posible: “Como desees.”

Una casa, dicen, viene a reflejar a su amo. Así, el Pabellón de Jade de la Consorte Gyokuyou era hogareño, mientras que el Pabellón de Cristal de Lihua era elegante y refinado. Y el Pabellón de Granate, donde vivía Ah-Duo, era eminentemente práctico. En ninguna parte de la decoración había nada innecesario; había una llamativa falta de interés por la ornamentación superflua, lo que en sí mismo lograba una especie de refinamiento sublime.

Hablaba directamente de quién era la dueña de la casa. Se había despojado de todos los desperdicios de su cuerpo, que no ostentaba ni exceso de flores, ni abundancia, ni encantadora belleza. Lo que quedaba era una belleza neutra.

¿De verdad tiene treinta y cinco años? Si Ah-Duo se hubiera puesto un uniforme oficial, la habrían confundido con una futura funcionaria. Aquí, en el palacio posterior, donde sólo había mujeres y eunucos, debía de ser la niña de los ojos de muchos. Era atractiva de una forma muy parecida a Jinshi y, al mismo tiempo, diferente. Maomao no había

visto exactamente lo que Ah-Duo había llevado en el banquete, pero ahora se había despojado de cualquier falda o mangas anchas en favor de lo que parecía casi ropa de montar.

A Maomao le enseñaban la residencia junto con otras dos sirvientas. Fengming, la dama de compañía de Ah-Duo, era una belleza regordeta y charlatana que se expresaba con fluidez mientras recorrían la casa.

“Lamento que te hayan traído aquí con tan poca antelación.” Dijo. La jefa de las damas de compañía de una de las cuatro damas favoritas del Emperador era probablemente una mujer de una posición nada despreciable, y la voluntad de Fengming de comprometerse con las mujeres de menor rango era entrañable.

Me pregunto si será hija de una familia de mercaderes o algo así, pensó Maomao. Ella y varias otras personas habían sido convocadas para ayudar en la gran limpieza de fin de año. No había manos suficientes en el Pabellón de Granate para hacerlo solos. *¿Y está herida?* Se preguntó Maomao al ver un vendaje alrededor del brazo izquierdo de Fengming. El brazo izquierdo de Maomao también estaba vendado. Estaba harta de que la gente la mirara con alarma cada vez que veían sus cicatrices.

Las mujeres dejaban que los eunucos se ocuparan del trabajo físico, mientras ellas pasaban el día aireando los muebles y los pergaminos para protegerlos de los bichos. Y había muchos de cada en el Pabellón de Granate, muchos más que en la residencia de la Consorte

Gyokuyou. Tal era la cantidad que Ah-Duo había acumulado durante su residencia en el palacio posterior, la más antigua de todas las consortes.

Esa noche, Maomao no regresó al Pabellón de Jade, sino que durmió junto a las otras dos sirvientas en una gran habitación del Pabellón de Granate. Para protegerse del frío, le dieron una manta de piel de animal que era muy cálida.

No me han dicho qué tengo que hacer exactamente. Maomao se concentró en limpiar, tal como dijo Fengming. La regordeta dama de compañía era generosa con sus elogios, lo que hacía mucho más difícil hacerse del rogar. Maomao empezó a sospechar que Fengming era, en realidad, una hábil manipuladora.

Fengming parecía el tipo de mujer que la gente tenía en mente cuando hablaba de una buena esposa que hiciera sus tareas con el corazón contento. Había estado con Ah-Duo todo el tiempo que la consorte permaneció en el palacio posterior, lo que significaba que ya había pasado la edad habitual para casarse, e incluso Maomao pensó que era una lástima. Sabía que, como jefa de damas de compañía, Fengming podía ganar más que muchos hombres no cualificados, pero se preguntó si realmente nunca se le había ocurrido buscarse un marido. ¿No era algo en lo que pensaba la mayoría de la gente? Maomao sabía que las otras tres damas del Pabellón de Jade hablaban de ello a menudo. No tenían intención de abandonar el lado de la Consorte Gyokuyou durante algún tiempo, pero seguían soñando con

la aparición de un apuesto príncipe para ellas. “Los sueños son gratis, así que sacien su sed.” Decía Hongniang con una sonrisa. A Maomao le pareció un comentario extrañamente aterrador.

Es la primera vez en mucho tiempo que siento que he trabajado de verdad, pensó. Luego se acurrucó, igual que su homónimo, el gato, y pronto se quedó dormida.

¿Está realmente aquí el autor intelectual del intento de envenenamiento? Se preguntó Maomao. Las damas de compañía del Pabellón de Jade eran muy trabajadoras, pero incluso para ese nivel, Maomao tenía que admitir que las mujeres del Pabellón de Granate tampoco se quedaban atrás. Todas adoraban a la Consorte Ah-Duo y querían hacer su mejor trabajo para ella.

Esto era tan cierto de su líder, Fengming, como de cualquiera. Nunca se dejaba limitar por su posición; si veía una mota de polvo, tomaba un paño y la limpiaba ella misma. No parecía la principal dama de compañía de una consorte de alto rango. Incluso la laboriosa Hongniang dejaba esas tareas a otras mujeres.

Ojalá esos orgullosos pavos reales del Pabellón de Cristal pudieran ver esto.

La Consorte Lihua, al parecer, simplemente no tenía suerte con sus sirvientas. Tal vez la razón por la que tenía tantas era porque cada una hacía muy poco trabajo. Eran excelentes conversadoras, pero nada más, y ahí radicaba el problema. Por otra parte, hacerse cargo de tales problemas era uno de los retos de ostentar un alto rango.

Sin embargo, una lealtad poderosa puede acarrear sus propios problemas. Podría motivar a alguien a intentar envenenar, por ejemplo. Algún alto funcionario intentaba colocar a su propia hija en el palacio posterior, lo que podría privar de sus derechos a una de las cuatro principales consortes. Si había alguien apta para ser degradada, esa era Ah-Duo, pero ¿y si de repente quedaba vacante el puesto de alguna de las otras consortes?

Gyokuyou y Lihua estaban más o menos seguras, pero presumiblemente el Emperador no visitaba a la Consorte Lishu. Maomao sospechaba que esa era una de las razones por las que sus damas de compañía la tomaban tan a la ligera. *A Su Majestad no le gustan tan... escuálidas.* Tal vez fuera una reacción contra la preferencia de su padre por las muchachas extremadamente jóvenes: el actual gobernante sólo se excitaba si una mujer tenía suficiente carne en los huesos. Todas las consortes que visitaba, sin olvidar a Gyokuyou y Lihua, poseían cierta voluptuosidad.

Como tal, Lishu aún no había cumplido con su deber como consorte. Tal vez fuera lo mejor para alguien tan joven. Técnicamente estaba en edad de casarse, sí, pero un embarazo a los catorce años podría suponer una carga considerable para su cuerpo en el momento del parto. Incluso en la Casa Verdigris, las niñas no se graduaban como aprendices hasta los quince años. Y hasta entonces, no aceptaban clientes. En última instancia, las hacía mejores cortesanas que duraban más tiempo.

Maomao prefirió no pensar demasiado en las predilecciones del antiguo Emperador. Si se hacía un poco de cálculo con las edades respectivas del actual Emperador y de su madre, se llegaba a una cifra de lo más inquietante.

En cualquier caso, si alguien quisiera eliminar a una de las cuatro damas, la Consorte Lishu sería una opción lógica.

Maomao dejó vagar sus pensamientos mientras organizaba un estante de la cocina, sobre el que había una hilera de pequeños tarros. Un aroma dulce le hizo cosquillas en la nariz. “¿Qué hacemos con estos?” Dijo Maomao, sujetando uno de los tarros, a una dama de compañía que limpiaba la cocina con ella. Las dos sirvientas que habían acompañado a Maomao el día anterior limpiaban el baño y la sala de estar, respectivamente.

“Ah, esos. Quita el polvo de la estantería y vuelve a ponerlos como estaban.”

“¿Son todos miel?”

“Mmhmm. La familia de Lady Fengming son apicultores.”

“Ah.”

La miel era un artículo de lujo. Una persona tendría suerte si tuviera una sola variedad, por no hablar de toda una estantería llena, pero eso lo explicaba todo. Maomao se asomó a varios de los tarros y vio mieles de distintos colores: ámbar, rojo oscuro e incluso marrón. Procedían de distintas flores y tenían distintos sabores. Ahora que lo pensaba, le

había parecido que las velas que habían usado para iluminarse la noche anterior tenían un aroma dulce. Debían de ser de cera de abeja.

Hmm... Algo le rondaba la cabeza, algo relacionado con la miel. El tema había surgido recientemente, estaba segura.

“Cuando termines ahí, ¿podrías quitarle el polvo a la baranda del segundo piso? Siempre se nos pasa cuando limpiamos.”

“Por supuesto.” Maomao volvió a poner la miel en su sitio y subió al segundo piso con su trapo. *Miel. Miel...* Mientras limpiaba con cuidado cada poste de la barandilla, le daba vueltas a la palabra en su mente, intentando recordar lo que representaba.

Vaya, vaya. Desde el segundo piso, podía ver claramente el exterior. Incluyendo algunas figuras entre las sombras de los árboles. Evidentemente pensaban que estaban ocultos, pero obviamente estaban observando el Pabellón de Granate.

¿Es la Consorte Lishu? La joven consorte estaba allí, con una sola asistente, su catadora de comida. Nada de esto tenía sentido para Maomao. Su memoria se remontaba a la fiesta del té y a la inexplicable aversión de Lishu a la miel.

Miel...

No podía olvidarlo.

Maomao se apropió de la recepción del Pabellón de Jade para informar a Jinshi de lo ocurrido en el Pabellón de Granate.

“Todo lo cual es decir que no tengo ni idea.” Lo que no sabía, no lo sabía. Maomao se negaba a subestimarse, pero tampoco exageraba sus habilidades. Fue totalmente sincera con el magnífico eunuco. Le contó todo lo que había averiguado tras tres días en el Pabellón de Granate.

Jinshi se recostó en un diván, con aspecto elegante, mientras sorbía un aromático té de otra tierra. Tenía un aroma dulce; la mezcla contenía limones y miel.

“Ya veo. Sí, claro.”

“Efectivamente, señor.”

Maomao se alegró de que, últimamente, el guapísimo eunuco pareciera un poco menos chispeante que antes, pero le pareció que su tono se había vuelto algo simplón. Tal vez era que la dulzura había desaparecido de su voz, y daba la impresión de un hombre joven, casi un muchacho. Maomao no sabía qué quería de ella, pero siempre y en todo momento había sido una simple apotecaria. No tenía ningún interés en jugar a los espías.

“En ese caso intentemos una pregunta diferente. Hipotéticamente, si, por algún medio especial, hubiera alguien que se comunicara con el exterior, ¿quién supones que sería?”

Otra vez con el interrogatorio indirecto. Ojalá dijera lo que quiere decir. A Maomao no le gustaba hablar sin pruebas. Siempre le habían

enseñado a no trabajar basándose en suposiciones. Ahora cerró los ojos y respiró hondo. Si no lograba calmarse un poco, podría mirar al fascinante joven como si fuera un sapo aplastado. Gaoshun estaba, como siempre, instando silenciosamente a la moderación con la mirada.

“Esto es puramente una posibilidad, pero *si* hubiera tal persona, creo que tal vez sería Lady Fengming, la jefa de las damas de compañía.”

“¿Tienes alguna prueba?”

“Tenía un vendaje alrededor del brazo izquierdo. Una vez entré mientras se lo cambiaba y vi unas quemaduras.”

Maomao ya se había enfrentado anteriormente a un incidente relacionado con unas tiras de papel impregnadas de diversos productos químicos. En aquel momento pensó que, si las sustancias químicas significaban algo, podrían representar algún tipo de código, pero se lo guardó para sí misma. Basándose en el hecho de que el traje que contenía las tiras de escritura estaba chamuscado, no le costó mucho imaginar que la persona que lo había llevado tenía una quemadura en el brazo. Estaba segura de que Jinshi había investigado esa posibilidad. Probablemente era lo que le había llevado a intentar hacer de Maomao sus ojos y oídos.

Maomao pensó, sinceramente, que la serena jefa de las damas de compañía no parecía el tipo de persona que intentaría algo así, pero

tuvo que admitir que sólo era su opinión subjetiva. Y había que mirar las cosas objetivamente, o nunca se llegaría a la verdad.

“Mm. Obtienes un aprobado.” De repente, Jinshi dejó caer sus ojos sobre un pequeño tarro que había sobre la mesa. Luego miró a Maomao, y apareció esa sonrisa nítida. Estaba segura de que podía ver algo siniestro detrás de ella. Maomao sintió que se le erizaban todos los pelos. No le gustaba nada el rumbo que estaba tomando todo aquello.

Jinshi tomó el tarro y se acercó a ella. “Una chica tan inteligente merece una recompensa.”

“No la merezco.”

“La mereces. Y la aceptarás.”

“Soy bastante feliz sin recompensa. Dásela a otro.” Maomao dirigió a Jinshi su mirada más fulminante en un intento de disuadirlo, pero él ni se inmutó. ¿Era un pequeño castigo por haber herido sus sentimientos el otro día? Por desgracia para ambos, Maomao aún no tenía ni idea de por qué Jinshi se había enfadado tanto.

El eunuco se acercó. Maomao retrocedió medio paso y se encontró contra la pared. Miró a Gaoshun en busca de ayuda, pero el reticente ayudante estaba sentado junto a la ventana, observando distraídamente a los pájaros que surcaban el cielo. La naturaleza obviamente artificial de la pose le daba un aspecto de lo más desagradable.

Más tarde tendré que darle un laxante a escondidas.

Jinshi, aún con una sonrisa que habría derretido a cualquier otro, metió los dedos en el tarro. Salieron chorreando miel. Maomao sintió que esta pequeña travesura estaba yendo demasiado lejos.

“¿No te gustan las cosas dulces?”

“Prefiero los sabores picantes.”

“Pero *puedes* soportarlos, ¿no?”

Jinshi no dio muestras de ceder; sus dedos se acercaron a la boca de Maomao. Así debía de comportarse siempre, pensó ella. Pero la belleza no le daba licencia para hacer lo que quisiera.

El eunuco estudiaba la mirada penetrante de Maomao con una expresión de embeleso.

Es verdad... Olvidé que es uno de esos tipos. Intentó lanzarle una mirada aplastante, como si fuera una pequeña rata parda, pero estaba teniendo el efecto contrario al deseado.

¿Debería aceptarlo como una orden y dejar que le metiera la miel en la boca? ¿O intentar salvar lo que le quedaba de orgullo buscando alguna forma de escapar?

Podría vivir con ello si al menos fuera miel de acónito, pensó. La miel de una flor venenosa tendría al menos la virtud de ser, bueno, venenosa.

De repente, algo se agolpó en la mente de Maomao. Quiso tomarse un momento, desentrañar los hilos del pensamiento, pero con el

perverso a punto de meterle la mano en la boca, no pudo pensar nada en absoluto. Justo cuando los dedos estaban a punto de tocar sus labios, oyó una voz.

“¿Qué le estás haciendo a mi asistente?” Era la Consorte Gyokuyou, de pie y con cara de disgusto. Con ella estaba Hongniang, con la cabeza entre las manos.

Capítulo 28:

Miel (Segunda parte)

“Admito que la broma del Maestro Jinshi fue un poco lejos, pero realmente fue sólo una travesura. ¿Quizás puedas encontrar en tu corazón la forma de perdonarle?” Gaoshun estaba llevando a Maomao al Pabellón de Diamante, donde vivía la Consorte Lishu. Su amo ya había sido duramente reprendido en el Pabellón de Jade por el incidente en cuestión.

“Muy bien. Si lo lames en el futuro, Maestro Gaoshun, no preveo ningún problema.”

“L-Lamerlo...” Gaoshun parecía en conflicto. Sus inclinaciones parecían ser, si se quiere, bastante modestas, y no tenía ninguna inclinación a lamer nada de las manos de otro hombre, ni siquiera de Jinshi.

“Si me entiendes, entonces es suficiente.” Maomao, con los labios fruncidos, avanzó al trote rápido.

El hombre era un perverso impenitente. Una cara tan bonita para una personalidad tan repugnante. Maomao estaba segura de que había engañado a innumerables personas con el mismo truco. Desvergonzado, esa era la única palabra para describirlo. Si no hubiera sido tan importante, se habría planteado seriamente darle una patada

entre las piernas. La idea de que no se podía patear lo que no existía la tranquilizó un poco.

Por fin llegaron al Pabellón de Diamante, un flamante edificio plantado con el auspicioso bambú *nantian*.

La Consorte Lishu los recibió vestida con un traje rosa cereza y el cabello recogido con un coletero decorado con adornos florales. Maomao pensó que el conjunto aniñado le sentaba mejor que el elaborado atuendo de la fiesta del jardín.

Una vez que la Consorte Gyokuyou se vio involucrada, Maomao solicitó una audiencia con la Consorte Lishu, con la esperanza de cerrar algo que la había estado atormentando.

Lishu no se molestó en ocultar su decepción cuando vio que Jinshi no estaba con ellos. Era difícil culparla, después de todo, al menos tenía una cara bonita.

“¿Puedo preguntar qué es lo que deseaba pedirme?” Lishu se recostó en un diván, ocultando la boca tras un abanico plegable de plumas de gansos. Carecía de la autoridad y la presencia de las demás consortes; de hecho, casi parecía nerviosa. Aún era muy joven. Sí, era hermosa —por algo la llamaban la “princesa encantadora”—, pero aún no se había convertido en una mujer. De hecho, era incluso más plana que Maomao, que era tan flaca como un pollo.

Dos damas de compañía permanecían apáticas detrás de la consorte. Al principio, Lishu miró a la pecosa desconocida con fastidio, pero luego la miró más de cerca y pareció darse cuenta de que Maomao era una de las damas de compañía que habían estado en la fiesta del jardín. Sus ojos se abrieron de par en par y su disposición pareció mejorar un poco.

“¿Le disgusta la miel, señora?” Para Maomao habría estado bien empezar con alguna galantería o charla ociosa, pero habría sido pesado, así que prescindió de ellas.

Los ojos de Lishu se abrieron aún más. “¿Cómo lo has sabido?”

“Se le notaba en la cara.” *Cualquiera con ojos podría haberlo visto*, pensó Maomao. La Consorte Lishu parecía cada vez más asombrada. Maomao rara vez había conocido a alguien tan fácil de leer. Y continuó: “¿Alguna vez has sentido náuseas a causa de la miel?” La Consorte Lishu parecía aún más asombrada. Maomao lo interpretó como un sí. “No es raro que una persona que ha sufrido una intoxicación alimentaria sienta aversión por la comida que se la provocó.”

Esta vez, Lishu negó con la cabeza. “No es eso. No lo recuerdo. Entonces sólo era una bebé.” De bebé, Lishu había estado a punto de morir por culpa de un poco de miel. Ahora le costaba comerla porque, durante toda su vida, sus niñeras y damas de compañía le habían dicho que la evitara.

“Escucha, pequeña zorra.” Dijo una mujer con maldad. “¿Cómo te atreves a entrar aquí y empezar a interrogar a Lady Lishu?”

Eres una charlatana, pensó Maomao. La mujer había estado en la fiesta del té; era una de las que no había hecho el menor intento de ayudar a su señora, que odiaba la miel. *No actúes ahora como si fueras su amiga*.

Las damas de compañía parecían tener un sencillo timo: trataban a los visitantes como villanos, fingiendo defender a la Consorte Lishu. La ingenua joven llegó a creer que tenía enemigos a su alrededor. Sus asistentes le aseguraron que ellas —y sólo ellas— eran sus aliadas, y así la aislaron. Entonces la consorte no tuvo más remedio que confiar en sus damas. Era un círculo vicioso. Y mientras la consorte no se diera cuenta de que todo surgía de la malicia de sus damas, nadie se daría cuenta. Las mujeres simplemente habían cometido el error de confiarse demasiado en la fiesta del jardín.

“Estoy aquí por orden del Maestro Jinshi. Si tienen algún problema conmigo, les aconsejo que lo traten con él personalmente.” Maomao tomaría prestada la amenaza del tigre, por así decirlo, y daría a las mujeres algo en lo que pensar al mismo tiempo. Seguro que al menos se le permitía eso.

Los rostros de las asistentes ardían, y a Maomao le divertía sobremanera pensar qué pretexto utilizarían para acercarse al pervertido eunuco.

“Una cosa más.” Dijo Maomao, permaneciendo cuidadosamente inexpresiva mientras devolvía la mirada a Lishu. “¿Conoces a la jefa de las damas de honor del Pabellón de Granate?”

La mirada de sorpresa de la consorte fue toda la respuesta que necesitaba.



“Hay algo que me gustaría que buscaras.” Le había dicho Maomao, y eso fue lo que condujo a la presencia de Gaoshun en los archivos de la corte.

A Maomao, sirvienta en el palacio posterior, no se le permitía, en principio, abandonar su lugar de servicio. Pero parecía haber descubierto algo, ¿qué podía ser? La profundidad de su pensamiento y su sangre fría no parecían propias de una muchacha de sólo diecisiete años. Incluso se podía pensar que tal capacidad para pensar racionalmente y resolver problemas era un desperdicio vergonzoso en una chica. (Aunque algunos con ciertas inclinaciones podrían discrepar).

Un peón tan fácil de usar. Si simplemente lo fuera. Ella estaría de acuerdo, aunque tal vez con una objeción simbólica o dos.

¿A quién se refería? ¿A quién más? El amo de Gaoshun, que no era tan maduro como parecía al principio.

“He sido negligente.” Murmuró Gaoshun. Quizá debería haber detenido a su maestro antes de que aquella broma llegara tan lejos. ¿Pero qué habría hecho? Habría detenido a Jinshi, y entonces... ¿qué?

Cuando recordó la mirada torva de Maomao, le preocupó que pudiera tener algo reservado para él más tarde. Gaoshun se tocó el nacimiento del cabello. Estaba empezando a preocuparse por ello.



Maomao estaba sentada en la cama de su habitación, hojeando las páginas de un libro. En el reducido espacio había un brasero y un mortero para hacer medicinas, mientras que algunas hierbas secas colgaban de la pared. Algunas de las herramientas se las había conseguido a Gaoshun, otras las había “tomado prestadas” de la consulta médica.

“Hace dieciséis años, eh...” *Casi al mismo tiempo que el hermano menor del Emperador nació.*

Maomao sostenía un libro encuadernado y cosido, el volumen que Gaoshun le había procurado. En él se relataban los acontecimientos del palacio posterior.

El actual emperador había tenido un solo hijo cuando aún era heredero. Su madre había sido la hermana de leche del entonces príncipe, la anterior Consorte Pura. Pero el niño murió antes de ser destetado, y el príncipe no tuvo más descendencia hasta que murió su padre y se restableció el harén imperial.

Sólo tuvo una consorte durante todo su principado. A ella le pareció extraño. Conociendo a aquel viejo pervertido, habría esperado que se llevara a toda una multitud de concubinas. Casi no podía creer que hubiera sido fiel a una sola mujer durante más de diez años. Eso demostraba que no se podía confiar en rumores y habladurías. Lo mejor era comprobarlo uno mismo.

Hace dieciséis años.

Un niño muerto en la infancia.

Y...

“El médico de la corte, Luomen, desterrado.” Maomao conocía ese nombre. La sensación que la invadió no fue tanto de sorpresa como de que algunas piezas habían encajado. En cierto modo, sospechaba que algo así debía ser. Maomao utilizaba con frecuencia las hierbas que crecían alrededor del palacio posterior. No estaban allí de forma natural, siempre supuso que alguien las había plantado. Conocía a una persona que cultivaba una panoplia de hierbas alrededor de su casa.

“Me pregunto qué estará tramando mi viejo...” Pensó en su padre, que cojeaba al andar como una anciana. Un practicante tan hábil y experto como él se desperdiciaba languideciendo en un barrio de placer.

De hecho, el mentor de Maomao en medicinas era un antiguo eunuco de palacio, al que le faltaba el hueso de una de sus rodillas.

Capítulo 29:

Miel (Tercera parte)

“¿Una carta de la Consorte Gyokuyou?”

“Sí. Me dijeron que la entregara personalmente.”

“Me temo que Lady Ah-Duo está atendiendo el té en este momento...” Fengming, la regordeta dama de compañía de Ah-Duo, miró a Maomao disculpándose.

Maomao abrió la pequeña caja de madera que llevaba. Normalmente habría contenido un trozo de papel, pero esta contenía un pequeño frasco con una única trompeta roja de una flor en su interior. De él se desprendía un aroma dulce y familiar. Maomao vio que Fengming se estremecía; debía de haber reconocido la flor.

¿Así que tenía razón? Maomao apartó el frasco y dejó al descubierto un trozo de papel en el que había escrita una lista de palabras concretas que sospechaba que Fengming conocía perfectamente.

“Me gustaría hablar con usted si me lo permite, Lady Fengming.”
Dijo Maomao.

“Muy bien.” Respondió Fengming.

Me gusta la gente espabilada, pensó Maomao. Hace las cosas mucho más rápidas.

Fengming, con el rostro tenso, introdujo a Maomao en el Pabellón de Granate.

Los aposentos personales de Fengming tenían una distribución muy parecida a la de Hongniang, pero todas sus pertenencias estaban amontonadas en un rincón. Parecía que lo había empaquetado todo.

Sí. Eso cuenta. Maomao y Fengming se sentaron frente a frente en una mesa redonda. Fengming servía té de jengibre caliente y sobre la mesa había una bandeja con bollos de pan duro. Estaban cubiertos de miel de frutas.

“Bien, ¿cuál es el problema?” Preguntó Fengming. “Ya hemos terminado de limpiar, si es por eso por lo que estás aquí.” Su voz era suave, pero tenía una cualidad de búsqueda. Sabía por qué había venido Maomao, pero no iba a ser ella quien iniciara la conversación.

“¿Cuándo se mudarán, si se puede saber?” Dijo Maomao, indicando las pertenencias que había en un rincón.

“Eres muy perspicaz.” La voz de Fengming se volvió fría de inmediato.

La “limpieza de primavera” había sido sólo un pretexto. Para que hubiera una nueva consorte antes de las felicitaciones de año nuevo, Ah-Duo iba a tener que abandonar el Pabellón de Granate. Las

consortes que no querían o no podían tener hijos no tenían cabida en el palacio posterior. Ni siquiera si habían sido compañeras del Emperador durante muchos años. Más aún si carecían de un respaldo poderoso en la corte para asegurar su estatus, como Ah-Duo.

Hasta ese momento, el hecho de que Ah-Duo fuera la hermana de leche del monarca, un vínculo más estrecho que el de los propios padres biológicos, la había protegido. Quizá si al menos el príncipe que había dado a luz hubiera vivido, habría podido mantener la cabeza alta.

Tengo una suposición sobre ella. La Consorte Ah-Duo tenía la belleza de un hombre joven; apenas había un atisbo de feminidad en ella. Si una mujer pudiera convertirse en eunuco, podría parecerse a Ah-Duo. Maomao odiaba decir algo basado en una suposición, pero cuando se trataba de un hecho evidente, a veces era lo único que se podía hacer.

“La Consorte Ah-Duo ya no puede tener hijos, ¿verdad?”

Fengming no dijo nada, pero su silencio fue como una confirmación. Su rostro se endureció cada vez más.

“Pasó algo durante el parto, ¿verdad?” Preguntó Maomao.

“Eso no tiene nada que ver contigo.” La dama de compañía de mediana edad entrecerró los ojos. No tenían nada de la mujer tierna y considerada que Maomao había conocido antes, sino que ardían con una profunda hostilidad.

“De hecho, así es. El médico que atendió el parto es mi padre adoptivo.” Maomao expuso este hecho con desapasionamiento. Fengming se puso en pie.

El personal médico del palacio posterior estaba continuamente escaso, hasta el punto de que incluso el curandero que ocupaba el puesto en ese momento podía conservar su empleo. La razón era sencilla: un hombre que poseía esa habilidad única —un conocimiento médico bien desarrollado— no tenía necesidad de convertirse en eunuco. Probablemente había sido bastante fácil endilgarle el trabajo a su viejo socialmente inepto.

“La desgracia de la Consorte Ah-Duo fue que el nacimiento de su hijo coincidió con el del hermano menor Imperial. Sopesa los dos en la balanza de esta corte, y el parto de tu señora fue claramente considerado el menos importante.”

El bebé sobrevivió al difícil parto, pero Ah-Duo perdió el útero. Después, el niño murió joven. Algunos especularon con que el bebé de Ah-Duo había muerto a causa del mismo maquillaje tóxico que había matado al príncipe de la Consorte Lihua, pero Maomao no pensaba lo mismo. A la madre de un joven príncipe, como Ah-Duo, nunca se le habría permitido el mortífero polvo facial bajo la vigilancia de su padre.

“¿Se siente responsable de lo ocurrido, Lady Fengming? Cuando la Consorte Ah-Duo se sintió indispuesta tras el parto, creo que fue usted quien cuidó del niño en su lugar...”

“Bueno.” Dijo Fengming lentamente. “Lo tienes todo pensado, ¿verdad? Aunque seas la hija del inútil charlatán que no pudo ayudar a Lady Ah-Duo.”

“Sí. Aun así.” La culpa en medicina no podía descartarse con un encogimiento de hombros impotente: otra cosa había dicho su padre. Él habría aceptado de buen grado abusos como ‘curandero’. “Sabes que ese curandero impidió que tu señora usara polvos faciales con plomo blanco. Y tú eras demasiado lista para haberle dado al niño algo tan mortal.” Maomao abrió el pequeño tarro del estuche de cartas. Dentro brillaba la miel. Maomao se llevó a la boca la flor roja del tarro.

Llevaba la dulzura de la miel. Arrancó la flor y jugó con ella entre los dedos. “Hay muchas variedades de plantas venenosas. El acónito y la azalea, por ejemplo. Y las toxinas también se transmiten a la miel que se hace de ellas.”

“Soy consciente de ello.”

“Creo que sí.” De una familia de apicultores cabría esperar que entendiera esas cosas. Y si una toxina provocaba una intoxicación grave en un adulto, piense lo que le haría a un niño. “Pero no sabía que la miel podía contener un veneno que *sólo* afectaba a los niños.”

No era una suposición. Era un hecho. Era raro, pero algunas toxinas de este tipo existían: agentes que sólo eran venenosos para los niños, con sus bajos niveles de resistencia.

“Tú lo probaste y estabas bien, así que supusiste que él también lo estaría. Sin embargo, lo que le diste al niño para ayudarlo a crecer estaba haciendo exactamente lo contrario, y nunca lo supiste.”

Y entonces, el hijo de Ah-Duo había perecido. Causa de la muerte desconocida.

Luomen —el padre de Maomao y médico jefe de la época— fue culpado de este tremendo fracaso, además de los problemas durante el parto. Por ellos fue desterrado, y se le castigó además con mutilaciones: le extirparon los huesos de una rodilla.

“Lo último que querías era que tu señora lo descubriera, que lo supiera la Consorte Ah-Duo.” Descubrir que Fengming era la razón por la que el único hijo que su señora tendría estaba muerto. “Así que intentaste sacar a la Consorte Lishu de la escena.”

Al parecer, durante el reinado del anterior emperador, Lishu había estado muy unida a Ah-Duo, y se decía que Ah-Duo le había tomado mucho cariño. ¿Era posible que Ah-Duo se hubiera mantenido cerca de la joven consorte con la esperanza de que el Emperador no consumara su relación?

Una niña separada de sus padres y una mujer adulta que nunca pudo dar a luz: entre ellas surgió una especie de simbiosis. Pero un día, bruscamente, la Consorte Ah-Duo dejó de admitir a Lishu. La joven consorte acudió en repetidas ocasiones a visitarla, pero cada vez, Fengming la ahuyentaba. Entonces murió el antiguo Emperador, y la Consorte Lishu tomó los votos.

“La Consorte Lishu te lo dijo, ¿verdad? Que la miel podía ser venenosa.” Y si Lishu hubiera continuado con sus frecuentes visitas, podría habersele escapado a Ah-Duo. Ah-Duo era lo bastante lista como para que eso fuera todo lo que necesitara para atar cabos. Eso, Fengming estaba desesperado por evitarlo.

Tras la muerte del Emperador, sin embargo, con Lishu a salvo en un convento, Fengming había pensado que nunca volvería a ver a la muchacha... hasta que reapareció en el palacio posterior, todavía como alta consorte. Y ahora una amenaza para Ah-Duo. Sin embargo, la muchacha casi parecía hacer ademán de venir a visitar a Ah-Duo, como una niña ansiosa por ver a su madre. Tan protegida estaba Lishu. Tan ciega al mundo que la rodeaba. Así que Fengming decidió deshacerse de ella.

Frente a Maomao no había ni rastro de la tranquila y bondadosa dama de compañía. La mirada de Fengming era fría como el hielo. “¿Qué quieres?”

“Nada.” Dijo Maomao, aunque sintió un cosquilleo en la nuca. El cuchillo que habían utilizado antes para cortar los bollos estaba en la estantería detrás de ella. No era más que una simple cuchilla, pero era más que suficiente para amenazar a la menuda Maomao. Estaba fácilmente al alcance de Fengming.

“Cualquier cosa.” Aventuró Fengming, casi con dulzura.

“Usted sabe perfectamente, milady, que tal oferta no tiene sentido.”

Los labios de Fengming se curvaron con aire ausente. Ni siquiera alcanzó el nivel de una sonrisa cortés, pero había algo profundo en su expresión... ¿qué?

“Dime... ¿Sabes qué es lo que más le importa a la persona que más te importa?” Le dijo Fengming a Maomao, con el susurro de una sonrisa aún en la cara. Maomao negó con la cabeza. Ignoraba qué era lo más importante. Ya fueran cosas o personas.

“Bueno, me lo llevé.” Dijo Fengming. “Le robé al niño que ella apreciaba más que a una joya.” Desde el momento en que Fengming había entrado al servicio de Ah-Duo, había sabido que no serviría a nadie más en su vida. La consorte tenía una firmeza de voluntad poco común en una mujer y podía poner la misma mirada que el propio heredero cuando hablaba, y Fengming la respetaba a más no poder. La consorte cayó como un rayo sobre Fengming, que había pasado toda su vida haciendo lo que sus padres le decían. Sonrió mientras contaba la historia.

“Lady Ah-Duo me dijo algo, en aquel entonces. Dijo que su hijo sólo había seguido la voluntad del cielo. Que no era algo por lo que debíamos preocuparnos.” Era imposible saber si un niño sobreviviría hasta los siete años. La más mínima enfermedad podía matarlos en el acto. “Y, sin embargo, oía llorar a Lady Ah-Duo todas las noches.” Fengming miró lentamente al suelo. Se le escapó una especie de gemido. La inamovible jefa de las damas de compañía había

desaparecido. En su lugar sólo había una mujer atormentada por el arrepentimiento.

¿Cómo se habrá sentido al servir a la Consorte Ah-Duo durante estos dieciséis años? ¿Dedicándose por completo a su señora, sin pensar en un esposo o compañero? Maomao no podía imaginarlo. Ni las emociones de Fengming, ni lo que se sentiría al querer a otra persona hasta ese punto. Por lo tanto, ella realmente no sabía lo que quería.

¿Aceptaría Fengming lo que Maomao estaba a punto de proponerle? Sin duda, Jinshi había sido informado del reciente interés de Maomao por los archivos. No creía que pudiera ocultarle nada al eunuco que casi dirigía el palacio posterior. Había conseguido ocultarle la verdad en el asunto de la princesa Fuyou, pero no creía que esta vez pudiera despistarle.

Ni quería hacerlo.

Cuando oyera lo que Maomao tenía que decir, Jinshi mandaría arrestar a Fengming. Desde luego, no escaparía al castigo final, pasara lo que pasara o quien apelara en su nombre. La verdad saldría a la luz después de dieciséis años. Las cosas se habían puesto en marcha, y aunque Maomao desapareciera aquí y ahora, tarde o temprano, Fengming sería descubierta. La jefa de las damas de compañía era demasiado lista para no darse cuenta de ello.

Maomao sólo podía hacer una cosa por ella. Fengming no podía esperar una reducción de su castigo, ni la intercesión de la Consorte

Ah-Duo. Pero sus dos motivos podían reducirse a uno. Podía seguir ocultando sus motivos a la Consorte Ah-Duo.

Maomao sabía lo terrible que era lo que estaba diciendo. Que equivalía a pedirle a otra mujer que muriera. Pero era lo único que se le ocurría. Lo único que una joven sin influencia ni autoridad podía ofrecer.

“El resultado será el mismo. Pero si puedes aceptarlo...”

Si Fengming podía aceptarlo, haría lo que Maomao le pedía.

Qué cansancio...

Maomao regresó a su habitación en el Pabellón de Jade y se desplomó sobre su dura cama. Sus ropas estaban empapadas de sudor, sudor que se había derramado sobre ella en el momento de mayor tensión, apestando a miedo. Quería un baño.

Pensando que al menos podría cambiarse, se quitó las prendas exteriores, dejando al descubierto una gran tela que le envolvía desde el pecho hasta el estómago. Sujetaba varias capas de papel engrasado.

“Me alegro de no haberla necesitado.” Se dijo. *Aunque me hubieran apuñalado, me habría dolido.*

Maomao se quitó el papel de aceite y se buscó un traje nuevo.



Jinshi sólo pudo contemplar el hecho con asombro. Quién hubiera imaginado que el intento de envenenamiento de la Consorte Lishu acabaría con el suicidio de la culpable?

Jinshi estaba en la sala de estar del Pabellón de Jade, describiendo este resultado a una dama de compañía reticente. Ya había informado a la Consorte Gyokuyou.

“Y así Fengming ha muerto, por su propia mano.” Dijo.

“Qué suerte para todos.” Respondió la dama de compañía sin mostrar especial emoción.

Jinshi apoyó los codos en la mesa. Gaoshun parecía querer protestar, pero Jinshi le ignoró. Al diablo con los modales. “¿Seguro que no sabes nada de esto?” Dijo. A veces tenía la ineludible sensación de que aquella joven tramaba algo.

“Puedo decirte lo que *no sé*—de qué estás hablando.”

“Tengo entendido que mantuviste a Gaoshun bastante ocupado reuniendo libros.”

“Sí. Todo para nada, me temo.”

Sonaba tan despreocupada que casi pensó que se estaba burlando de él. Pero, ¿le pasaba algo? Era posible que estuviera un poco resentida por su broma del otro día, se *había* pasado un poco. Pero, en general, parecía normal. Ella le dirigió la mirada de rigor. Iba más allá de la grosería para alcanzar una pureza propia.

“El motivo, como adivinaste, era ayudar a la Consorte Ah-Duo a conservar su puesto entre las cuatro damas.”

“¿Es así?” Maomao le miró con total desinterés.

“Lamento tener que decirle que la Consorte Ah-Duo será efectivamente degradada de su lugar como alta consorte. Dejará el palacio posterior y vivirá en el palacio sur.”

“¿En retribución por el intento de envenenamiento?” Preguntó Maomao. Ah, por fin el gato había empezado a interesarse por el ovillo de hilo.

“No, el traslado ya estaba decidido. Decisión de Su Majestad.” El largo afecto del Emperador por Ah-Duo debió ser lo que le permitió permanecer en una residencia Imperial, en lugar de ser enviada de vuelta a su hogar y familia.

La inusual muestra de interés de Maomao hizo que Jinshi se dejara llevar. Se puso en pie y dio un paso adelante, ante lo cual ella se tensó y retrocedió medio paso. Así que él tenía razón; ella aún no había superado sus pequeñas travesuras. Naturalmente, Gaoshun los observó a ambos con exasperación.

No le haría ningún bien a Jinshi que Maomao se pusiera demasiado tensa. Volvió a sentarse. La menuda sirvienta inclinó la cabeza e hizo ademán de salir de la habitación, pero entonces se detuvo. Un ramo de flores rojas en forma de trompeta decoraba la habitación.

“Hongniang lo puso allí antes.” Le informó Jinshi.

“En efecto.” Dijo Maomao. “Qué gran explosión de flores.” Tomó una de las flores, rompió el tallo y se la metió en la boca.

Jinshi, perplejo, se acercó despacio e hizo lo mismo. “Es dulce.”

“Sí. Y venenoso.”

Jinshi escupió el tallo y se tapó la boca mientras Gaoshun corría a por agua.

“No te preocupes.” Dijo Maomao. “No te matará.”

Entonces la extraña muchacha se lamió los labios, en los que se adivinaba una dulce sonrisa.

Capítulo 30:

Ah-Duo

Fue pura coincidencia que Maomao se escabullera del Pabellón de Jade aquella noche en particular: no podía dormir.

Al día siguiente, la Consorte Pura abandonaría el palacio posterior.

Maomao vagaba sin rumbo por el recinto. El palacio estaba ya firmemente presa del frío invernal, y ella llevaba dos sobrepellices de algodón contra el frío. Una cosa no había cambiado en el palacio posterior: la promiscuidad seguía viva, y había que tener cuidado de no mirar demasiado entre los arbustos o en las sombras. Para los que ardían de pasión, el frío invernal no representaba ningún obstáculo.

Maomao levantó la vista y vio la media luna colgando en el cielo. Un recuerdo de la princesa Fuyou bailó en su cabeza y Maomao decidió que, ya que estaba aquí, tal vez podría subirse a la pared. Le habría gustado “compartir un trago con la luna”, como decían los viejos poetas, pero como en el Pabellón de Jade no había alcohol, renunció a la idea. Debería haber guardado algo de lo que le había dado Jinshi. De repente se le antojó un poco de vino de serpiente —hacía tanto tiempo que no bebía—, pero entonces recordó lo que había pasado el otro día y sacudió la cabeza, dándose cuenta de que no merecía la pena.

Utilizando los ladrillos que sobresalían en la esquina de la pared exterior como puntos de apoyo, Maomao subió hasta la cima. Tenía que cuidarse la falda, no fuera a rompérsela.

Un proverbio decía que sólo a dos cosas les gustaban los lugares altos —los idiotas y el humo—, pero Maomao tuvo que confesar que se sentía bien estar por encima de todo. La luna y algunas estrellas brillaban sobre la ciudad imperial. Las luces que veía a lo lejos debían de ser las del distrito del placer. Estaba segura de que las flores y las abejas ya habían comenzado allí su comunión nocturna.

Maomao no tenía nada que hacer en la pared. Simplemente se sentó en el borde, pataleando y mirando al cielo.

“Vaya, vaya. ¿Alguien llegó antes que yo?” La voz no era ni alta ni baja. Maomao se giró para descubrir a un apuesto joven con pantalones largos. No, parecía un joven, pero era la Consorte Ah-Duo. Se había recogido el cabello en una coleta que le caía en cascada por la espalda, y una gran calabaza-frasco colgaba de su hombro. Tenía las mejillas enrojecidas y vestía con relativa ligereza. Tenía los pies bien asentados, pero parecía que había bebido un poco.

“No se preocupe por mí, milady. Me marchó enseguida.” Dijo Maomao.

“No hay prisa. ¿Compartes una taza conmigo?”

Cuando le ofrecieron una copa, Maomao no encontró ningún motivo para negarse. Normalmente se habría negado alegando que era

la sirvienta de la Consorte Gyokuyou, pero Maomao no era tan vulgar como para rechazar una última copa con la Consorte Ah-Duo en su última noche en el palacio posterior. (Perfectamente lógico: desde luego, no se sintió tentada simplemente por la oportunidad de tomar un poco de vino).

Maomao sostuvo la copa con ambas manos; estaba llena de una bebida turbia. El vino tenía un sabor fuertemente dulce, sin mucho del aguijón ácido del alcohol. No dijo nada, se limitó a sorber la copa de vino. Ah-Duo no mostró ningún reparo en beber directamente de la calabaza.

“¿Piensas que parezco un poco varonil?”

“Tan solo creo que así es como pareces estar actuando.”

“Hah, una habladora franca. Eso me gusta.” Ah-Duo levantó una rodilla y apoyó la barbilla en la mano. Su nariz afilada y las largas cejas que bordeaban sus ojos le resultaban familiares a Maomao. Le recordaban a alguien que conocía, pensó, pero su mente estaba un poco nublada, como la bebida. “Desde que mi hijo se me escapó, he sido amiga de Su Majestad. O quizá debería decir, he vuelto a serlo.”

Estaba a su lado como una amiga, sin tener que actuar como una consorte. Alguien que lo había conocido prácticamente desde siempre. Nunca imaginó que la elegirían como consorte. Era su primera compañera, sí, pero sólo, había asumido, como su guía. Casi podría decirse una mentora. Luego, debido al cariño que Su Majestad sentía por ella, había seguido siendo consorte durante más de diez años,

aunque sólo había sido ornamental. Deseaba que se diera prisa y la dejara en manos de alguien. ¿Por qué se había aferrado tanto a ella?

Ah-Duo siguió rumiando para sus adentros. Probablemente habría seguido adelante estuviera o no Maomao; estuviera o no alguien. Esta consorte se iría mañana. Cualquier rumor que se extendiera por el palacio posterior ya no le preocuparía.

Maomao sólo escuchaba en silencio.

Cuando por fin terminó de hablar, la consorte se puso en pie y dio la vuelta a la calabaza, vaciando su contenido por encima del muro, en el foso que había más allá. Parecía ofrecer la libación como regalo de despedida, y Maomao pensó en la sirvienta que se había suicidado unos días antes.

“Debe haber sido tan frío, en el agua.”

“Sí, señora.”

“Debe haber sufrido.”

“Sí, señora.”

“Qué estupidez.”

Al cabo de un rato, Maomao dijo: “Puede que tengas razón.”

“Todos, tan estúpidos.”

“Puede que tengas razón.”

Lo entendió, vagamente. La sirvienta se *había* suicidado. Y Ah-Duo lo sabía. Tal vez había conocido a la mujer que se suicidó.

Tal vez “todos” incluía a Fengming. Podría haber tenido algo que ver con la muerte de la mujer.

Allí estaba la sirvienta, hundida en el agua helada para que las sospechas no recayeran sobre la Consorte Ah-Duo.

Estaba Fengming, que se había ahorcado para guardar un secreto que nunca debía saberse.

Estaban todos aquellos que habían dado su vida por Ah-Duo, literal o figuradamente, lo deseara ella o no.

Qué tremendo desperdicio.

Ah-Duo tenía la personalidad y el temple para gobernar a la gente. Si hubiera podido estar al lado del Emperador, no como su consorte, sino de otra forma, quizá la política hubiera ido más fluida. Tal vez.

Maomao dejó que los pensamientos vagaran por su mente, aunque ahora no tenían sentido, mientras contemplaba las estrellas.

Ah-Duo bajó primero por la pared y Maomao, que empezaba a sentir frío, estaba haciendo lo mismo cuando una voz la detuvo.

“¿Qué estás haciendo?”

Sobresaltada, Maomao perdió pie y resbaló desde la mitad de la pared, aterrizando con fuerza sobre su espalda y su trasero.

“¿Quién mierda fue eso?” Refunfuñó para sí.

“Bueno, perdóname.” Siseó la voz, ahora justo en su oído. Se giró sorprendida y vio a Jinshi, con cara de pocos amigos.

“Maestro Jinshi. ¿Qué estás haciendo aquí?”

“Me has quitado las palabras de la boca.”

Maomao se dio cuenta de que no había sentido ningún dolor al aterrizar. Había habido un impacto, es cierto, pero ninguna sensación de haber golpeado el suelo. Este era un misterio que no era difícil de resolver: había caído justo encima de Jinshi.

¡Uy! Maomao intentó levantarse de nuevo, pero no podía moverse. Estaba sujeta.

“Maestro Jinshi, ¿podría soltarme?” Dijo ella, intentando sonar educada, pero los brazos de Jinshi permanecían resueltamente alrededor de su vientre. “Maestro Jinshi...”

Él la ignoró obstinadamente. Maomao se revolvió un poco y se giró para mirarle a la cara, y descubrió que tenía las mejillas sonrojadas. Podía oler el alcohol en su aliento. “¿Has bebido?”

“Estaba socializando. No tuve elección.” Dijo Jinshi, y miró al cielo. El aire invernal era fresco y claro, lo que hacía que la luz de las estrellas pareciera aún más brillante.

Socializando. De acuerdo. Maomao le miró con suspicacia. “Socializar” en el palacio posterior podía significar cosas muy turbias. Podría decirse que el Emperador aún daba demasiada libertad a los

habitantes del lugar, aunque a muchos de ellos les faltaran algunas partes muy importantes.

“He dicho que me sueltes.”

“No quiero. Tengo frío.” A pesar de su belleza, el eunuco sonaba francamente petulante. Bueno, por supuesto que tenía frío; no llevaba ni siquiera una chaqueta ligera. Maomao se preguntó dónde estaría Gaoshun.

“Seguro que sí, así que será mejor que vuelvas a tu habitación antes de que contraigas un resfriado.” No le importaba si la habitación a la que volvía eran sus propios aposentos o los aposentos de quienquiera que hubiera compartido el vino con él.

Jinshi, sin embargo, apretó la frente contra el cuello de Maomao, casi acariciándola con el hocico. “Maldita sea... Me invitas a beber y me emborrachas. Luego vas y dices: ‘Creo que voy a salir un rato’. ¡Claro! ¡Vete! A... ¡A quién sabe dónde! ¡Maldita sea! ¡Y luego vuelves, pero ahora ‘te sientes mucho mejor’! ¡Y también me persigues! ¡Maldita sea!”

Maomao descubrió que estaba impresionada al darse cuenta de que había alguien en el palacio posterior con el descaro de tratar así a Jinshi. Pero eso no era ni aquí ni allá. *No me interesa nada tener que pasar el rato con una persona borracha.* Siempre se ponían así de pegajosos, ese era el problema. *En realidad, espera...*

Por fin Maomao comprendió que se encontraba en esa situación porque había caído sobre Jinshi desde arriba. Él había tenido la delicadeza de detener su caída, aunque no supiera que lo estaba haciendo. Aunque hubiera sido el alcohol el que le había dejado tirado entre la maleza en ese momento concreto. Tal vez *fuera* un poco descortés, reflexionó Maomao, empezar inmediatamente a dar órdenes sin ni siquiera una palabra de agradecimiento a alguien que acababa de salvarte de una fea caída. Pero tampoco podía quedarse ahí tirada.

“Maestro Jinsh...” Su último intento de liberarse se vio interrumpido por la sensación de algo que caía sobre su cuello. La sensación de calor le recorrió la espalda.

“Sólo un momento más.” Dijo Jinshi, abrazándola más fuerte. “Ayúdame a calentarme un poco.”

Maomao suspiró: su voz no sonaba como de costumbre. Luego miró al cielo y empezó a contar una a una las brillantes estrellas.

Al día siguiente, una gran multitud se congregó en la puerta principal. La consorte más longeva del palacio posterior vestía, a diferencia de la noche anterior, una chaqueta de mangas anchas y una falda que apenas le sentaban bien. Algunas de las mujeres de alrededor agarraban pañuelos. La apuesta y juvenil consorte había sido una especie de ídolo para muchas de las jóvenes.

Jinshi se paró frente a Ah-Duo. Uno podría haberse preocupado por ellos después de todo lo que habían bebido la noche anterior, pero ninguno mostraba signos de resaca. Ella le dio algo: un tocado, el símbolo de la Consorte Pura. No tardaría en pasar a otra mujer.

Podrían intercambiar atuendos. La belleza celestial y la mujer atractiva. En principio, difícilmente podían ser más diferentes y, sin embargo, extrañamente, parecían compartir muchas cosas. *Así que eso es,* pensó Maomao. La noche anterior, había pensado que Ah-Duo se parecía a alguien, pero no había sido capaz de pensar a quién. Debía de ser Jinshi. ¿Qué habría pasado si la Consorte Ah-Duo hubiera estado en la posición de Jinshi?

Pero era una pregunta tonta. No valía la pena pensar en ello. Ah-Duo no parecía en modo alguno una lastimosa desechada a la que echaban del palacio posterior. Caminaba con la cabeza alta y sacando pecho; incluso podría decirse que tenía la mirada triunfante de una mujer que ha cumplido con su deber.

¿Cómo podía parecer tan orgullosa? ¿Cómo, si nunca había hecho lo único que debe hacer una consorte? De repente, Maomao se vio presa de una posibilidad absurda. Las palabras de Ah-Duo de la noche anterior volvieron a ella: *“Desde que mi hijo se me escapó...”*

Ahora Maomao pensaba: *¿Se le escapó? ¿No... se le murió?*

Se podría pensar que la consorte dijo que su hijo seguía vivo. Ah-Duo había perdido la capacidad de tener hijos porque su parto había coincidido con el de la Emperatriz Viuda. El hermano menor imperial

y el hijo de la consorte eran tío y sobrino, y habían nacido casi al mismo tiempo. Era posible que prácticamente parecieran gemelos.

¿Y si se intercambiaran?

Incluso mientras daba a luz, la Consorte Ah-Duo habría sabido con absoluta certeza cuál de los dos infantes sería criado con más diligencia, el más apreciado. El mejor patrocinio posible para un niño nunca vendría de Ah-Duo, la hija de una nodriza. Pero de una Emperatriz Viuda...

No debía de ser fácil para Ah-Duo, cuya recuperación tras el parto había sido lenta, estar segura de lo que era correcto. Pero si, al hacer el cambio, su propio hijo podía salvarse, sería comprensible que deseara tal cosa.

¿Y si salía a la luz más tarde? ¿Si el verdadero hermano menor Imperial ya estaba muerto para entonces? Entonces tendría sentido por qué el padre de Maomao no sólo había sido desterrado, sino también mutilado. Porque no se había dado cuenta de que los infantes habían sido cambiados. Explicaría por qué el hermano menor de Su Majestad llevaba una vida tan limitada. Y por qué la casta Ah-Duo había permanecido tanto tiempo en el palacio posterior.

Bah. Esto es ridículo. Maomao sacudió la cabeza. Una fantasía escandalosa. Un salto de lógica que ni siquiera sus compañeras del Pabellón de Jade darían.

No tiene sentido quedarse aquí, pensó Maomao. Estaba a punto de regresar al Pabellón de Jade cuando vio que alguien se acercaba a toda prisa en su dirección. Era la joven consorte de aspecto dulce, Lishu. No dio muestras de haberse percatado de la presencia de Maomao, pero echó a correr hacia la puerta principal. Su catadora la seguía, jadeante. Sus otras damas de compañía venían detrás de ellas, sin correr en absoluto, y de hecho parecían totalmente molestas por toda la escena.

Algunas personas nunca cambian. Bueno, supongo que al menos una de ellas lo ha hecho. No era como si Maomao fuera o pudiera hacer algo al respecto. Alguien que no podía hacerse cargo de su propia gente era alguien que no sobreviviría en este jardín de mujeres.

Pero ahora no estaba sola. Eso, al menos, era alentador.

La Consorte Lishu apareció ante la Consorte Ah-Duo, con los brazos y las piernas moviéndose con torpeza, casi mecánicamente. Tropezó con el dobladillo de su propio vestido y cayó de cabeza al suelo. Mientras la multitud intentaba reprimir la risa y la Consorte Lishu parecía a punto de llorar, Ah-Duo sacó un pañuelo y ayudó suavemente a la joven a limpiarse la suciedad de la cara.

En ese momento, el rostro de la apuesta joven consorte era el de una madre cariñosa.

Capítulo 31:

Despedida

“¿Qué voy a hacer?” Jinshi miró afligido el papel.

“¿Qué desea hacer?” Preguntó su taciturno ayudante, mirando igualmente el documento. La situación bastaba para desesperar a cualquiera. “Es una lista de nombres.” Observó Gaoshun. “La familia de Fengming y sus socios conocidos.”

Fengming ya estaba muerta, y su clan y sus familiares se librarían de la aniquilación total, pero sus parientes serían sometidos a la confiscación de todos sus bienes y serían castigados con la mutilación, aunque con distintos grados de severidad.

Jinshi podía estar agradecido, al menos, de que no hubiera habido señales de instrucciones de la Consorte Ah-Duo. Fengming había actuado sola.

Entre los asociados había varios clientes que contrataban los servicios de su familia. Jinshi siempre había creído que el clan era un simple apicultor, pero parecía que tenían las manos metidas en bastantes tarros de galletas.

“Ochenta de sus chicas sirven en el palacio posterior.” Comentó Gaoshun.

“Ochenta de dos mil. Una proporción respetable.”

“Yo diría que sí.” Dijo Gaoshun, observando cómo su amo fruncía el ceño. “¿Serán dados de baja?”

“¿Se puede hacer?”

“Si lo deseas.”

Si él lo deseaba. Cualquier cosa que Jinshi le dijera, Gaoshun vería que se hiciera. Fuera correcto o no. Justo o no.

Jinshi suspiró, una larga y lenta exhalación de aliento. Reconoció al menos uno de los nombres de la lista de asociados. Los compradores de la hija secuestrada de un apotecario.

“Qué hacer con esto...” Reflexionó. Sólo tenía que elegir. Pero se sentó con miedo de cómo *ella* lo miraría, dependiendo de lo que decidiera hacer. Era tan sencillo dar una orden. ¿Pero cómo se lo tomaría ella, si era contrario a lo que quería?

Maomao veía la división entre ella y Jinshi como la que existe entre un plebeyo y un noble. Por desagradable que fuera la orden, sospechaba que ella acabaría aceptándola. Pero vio que eso agrandaba el abismo que los separaba.

Pero, ¿despedirla? Vaciló. Ella no estaba aquí voluntariamente, eso era cierto. Sin embargo, ¿podría poner fin a su servicio a su antojo? ¿Y si la siempre perceptiva chica lo olía?

“Maestro Jinshi.” Dijo Gaoshun, mientras Jinshi daba vueltas a las preguntas en su mente. “¿No fue ella un peón muy fortuito?”

Las palabras de su ayudante eran fríamente racionales. Jinshi se pasó una mano por la frente.



“¿Un despido masivo?”

“Sí.” Dijo Xiaolan, mordisqueando un caqui seco. Maomao se había servido unos cuantos caquis del huerto y luego los había colgado discretamente bajo el alero del Pabellón de Jade para que se secaran. Si alguien se hubiera dado cuenta, se habría metido en un buen problema. De hecho, lo estaba: era imposible que Hongniang no se diera cuenta de la fruta. Gaoshun había llegado en el momento justo para salvarle el pellejo. Cuando Hongniang descubrió que le gustaban mucho los caquis, le dijo que lo dejaría pasar “por esta vez”, con un guiño conspirador.

“Supongo que es como, ¿sabes cómo a veces masacran a todos los relacionados con un caso como este? Todas las chicas de todas las casas comerciales con las que tenían tratos van a tener que renunciar. Eso es lo que he oído.”

La explicación de Xiaolan dejó que desear, pero Maomao asintió. *No estoy segura de que me guste adónde va esto. Tengo un mal presentimiento*, pensó. Y sus malos presentimientos tenían una desafortunada tendencia a ser acertados.

La familia nominal de Maomao era empresaria y a veces se dedicaba al comercio. La familia de Fengming eran apicultores, por lo que bien podría haber una conexión entre ellos.

Sería duro para mí si me despidieran ahora, pensó Maomao. Además, empezaba a gustarle la vida que llevaba aquí. Ciertamente, no cabía duda de que se alegraría de poder volver a casa, al distrito del placer, pero en cuanto llegara, acabaría en las garras de la vieja madame, una mujer que no dejaría pasar desapercibida ni la más pequeña moneda. Maomao aún no le había enviado ningún cliente desde la visita de Lihaku. Un hecho que no habría escapado a su calculadora mente.

Esta vez sí que empezará a venderme.

Maomao se despidió de Xiaolan y salió en busca de una persona a la que normalmente no habría tenido ningún interés en ver.

“Qué raro. Y respirando tan fuerte.” Dijo con ligereza el magnífico eunuco. Estaban junto a la puerta principal del palacio posterior, adonde Maomao había llegado tras visitar las residencias de las cuatro consortes favoritas. Se esforzó por lanzar una réplica mordaz, pero Jinshi le dijo: “Cálmate. Estás muy roja.” En el rostro de la ninfa había una sombra de alarma.

“T-Tengo que hablar contigo.” Consiguió decir Maomao entre jadeos. Jinshi casi parecía sonreír y, sin embargo, por alguna razón que

ella no podía adivinar, también había una pizca de melancolía en su expresión.

“Muy bien. Hablemos dentro.”

Se sintió un poco mal por la matrona de las sirvientas, que (por primera vez en mucho tiempo) se veía obligada a esperar fuera mientras Maomao y Jinshi utilizaban su despacho. Maomao hizo una cortés reverencia a la mujer al pasar; parecía que últimamente había estado muy ocupada con la marcha de Ah-Duo. Cuando Maomao entró, Jinshi ya estaba sentado en una silla, mirando un papel sobre el escritorio. “Supongo que querías preguntarme por el despido masivo que está teniendo lugar.”

“Sí, señor. ¿Qué va a pasar conmigo?”

En lugar de contestar, Jinshi le mostró el papel. Era de un material excelente, y entre los nombres que figuraban estaba el de Maomao.

“Así que me van a dejar ir.”

¿Qué hago?, pensó. No podía insistir en que la mantuvieran. Era demasiado consciente de que no era más que una simple sirvienta. Mantuvo cuidadosamente una expresión neutra, temerosa de que su rostro pareciese mostrar cualquier atisbo de adulación. El resultado, sin embargo, fue que miró a Jinshi exactamente igual que siempre: como si mirara a una oruga.

“¿Qué quieres hacer?” La voz de Jinshi carecía de su tono meloso habitual. De hecho, casi parecía un niño suplicante. Hasta sonaba igual que la noche anterior a la marcha de la Consorte Ah-Duo. Su rostro, sin embargo, permanecía congelado, grave.

“Sólo soy una sirvienta. En una palabra, puedo ser puesta a realizar trabajos serviles, cocinar. Incluso probar si la comida tiene veneno.”

Sólo decía la verdad. Si le ordenaban hacer algo, lo hacía, siempre que estuviera en su mano, y le gustaba pensar que lo haría bien. No se quejaría, aunque le bajaran un poco el sueldo. Si eso la alejaba de tener que vender su cuerpo, haría lo que fuera para conseguir nuevos clientes.

Así que, por favor, no me sueltes...

Maomao sintió que había dicho, tan claramente como pudo: *Deja que me quede*. Pero la expresión del joven permaneció impassible; sólo exhaló un pequeño suspiro y sus ojos se desviaron durante un segundo.

“Muy bien.” Dijo. “Me aseguraré de que reciba una compensación adecuada.” La voz del joven era fría y bajó la vista hacia el escritorio para que ella no pudiera leer su expresión.

Las negociaciones habían fracasado.



¿Cuántos días llevaba Gaoshun preguntándose con un suspiro que su amo se había mostrado cauteloso y retraído? No interfería en su trabajo, pero cuando volvían a su habitación, sólo se sentaba en un

rincón a cavilar, y Gaoshun, francamente, se estaba cansando un poco de ello. Jinshi proyectaba una nube sobre todo el lugar. El chico de la sonrisa encantadora y la voz cautivadora no estaba allí.

Maomao se había marchado una semana después de recibir la notificación oficial de su despido. Nunca había sido excesivamente cariñosa, pero tampoco descortés, y había ido de un lugar a otro del palacio posterior para dar las gracias formalmente a todos sus conocidos y benefactores.

La Consorte Gyokuyou se había opuesto abiertamente a la destitución de Maomao, pero cuando supo que la decisión procedía de Jinshi, no siguió insistiendo en el asunto. Sin embargo, le dejó una frase de despedida: “No vengas a llorarme si descubres que desearías no haber hecho esto.”

“¿Está seguro de que no debería haberla detenido, señor?”

“No digas una palabra.”

Gaoshun se cruzó de brazos, frunciendo el ceño. Le vino a la memoria un recuerdo del pasado. Cuánta lucha había habido cuando el joven perdió su juguete favorito. ¡Cuánto había sufrido Gaoshun para darle algo más nuevo y aún más tentador!

Quizá no debía pensar en ella como en un juguete. Quizá Jinshi había elegido no detenerla como su forma de negarse a tratarla como un objeto. ¿De qué serviría, entonces, encontrar a alguna otra dama notable?

Todo presagiaba muchos problemas.

“Si ningún sustituto sirve, el único recurso es la original.” Murmuró Gaoshun, en voz tan baja que Jinshi no le oyó. Una persona en particular pasó por su mente. Un oficial militar que conocía bien a la familia de la chica. “Aunque es un gran problema.” El sufrido Gaoshun se rascó la nuca.

Epílogo:

El eunuco y la cortesana

“Hora de trabajar. En marcha.” La anciana señora metió a Maomao en un carruaje de aspecto distinguido. Al parecer, el trabajo de esta noche era un banquete para algún noble. Maomao sólo pudo suspirar cuando llegaron a una gran mansión en el norte de la capital. Ella era sólo una de las muchas personas que acompañaban a sus “hermanas” al banquete. Todas iban vestidas con ropas magníficas y maquilladas con ostentación. Al contemplar el hecho de que la habían maquillado para parecerse a ellas, Maomao sintió un extraño malestar.

Las condujeron por un largo pasillo, subieron una escalera de caracol y entraron en una gran sala. Del techo colgaban farolillos y por todas partes colgaban borlas rojas. *Alguien tiene dinero para quemar*, pensó Maomao.

Cinco personas estaban sentadas en fila en la sala. Eran más jóvenes de lo que ella esperaba. Pairin se relamió al ver a los jóvenes a la luz parpadeante de la lámpara. Joka la recompensó con un suave golpe en el costado. Cuando quería, la sexy “hermana” de Maomao podía ser muy rápida, tanto como para hacer que incluso la madame se echara las manos a la cabeza.

¡Ojalá hubiera hecho estas presentaciones antes! Los hombres de este banquete eran supuestamente altos funcionarios de palacio;

Lihaku había sido el intermediario. Y con él involucrado, al menos una parte de los beneficios debería ir a pagar las deudas de Maomao. Por lo menos, le habían dado una indemnización considerable, más de la que esperaba, así que no se había visto obligada a vender su cuerpo, pero la señora seguía encargándole trabajos como este.

Vieja bruja. La forma en que cacareaba cuando lo oyó... La vieja realmente parecía querer hacer de Maomao una cortesana. Llevaba años maniobrando para conseguirlo. No paraba de decirle a Maomao que dejara ya de perder el tiempo con la medicina, pero eso nunca iba a ocurrir. ¿Qué, simplemente iba a cambiar su interés por los productos farmacéuticos por el canto y el baile? De ninguna manera.

Mientras Maomao observaba la habitación, vio que todo estaba enormemente adornado: cada botella de vino y cada estera para sentarse eran de la mejor calidad. *Seguro que no se darían cuenta si me llevase un mueble como recuerdo*, pensó, pero luego sacudió la cabeza. No, no, eso no serviría.

Invitar a cortesanas a la residencia privada era mucho más caro que celebrar un banquete en el burdel. Más aún cuando las cortesanas a las que se convocaba eran mujeres, cualquiera de las cuales podía cobrar el salario de un año en plata por una sola noche. Pedir la presencia de las tres “princesas” de la Casa Verdigris: Meimei, Pairin y Joka, era como anunciar que el dinero no era problema.

Maomao era sólo una de las que habían sido traídas para apoyar a las tres estrellas de la noche. Había aprendido a ser educada, pero no

sabía cantar ni tocar el erhu. ¿Y bailar? Ni hablar. Lo mejor que podía hacer era vigilar de cerca las bebidas de los invitados y asegurarse de que nunca se secaran.

Maomao forzó los músculos de su rostro en una sonrisa mientras empezaba a servir vino en la copa vacía de alguien. Su única salvación fue que todos estaban tan embelesados con el canto y el baile de sus hermanas que ni siquiera la miraron. Una persona incluso había empezado una partida de Go con un miembro del personal de apoyo.

Sin embargo, mientras todos reían, bebían y disfrutaban del espectáculo, ella vio a una persona que miraba al suelo. *¿Se aburría?* Se preguntó Maomao. Era un joven vestido con fina seda; apoyaba una pequeña copa de vino en una rodilla, de la que sorbía de vez en cuando. Una penumbra gris se aferraba a él. *Van a pensar que no hago mi trabajo*, pensó Maomao, que tenía una manera de ponerse seria con cualquier cosa que hiciera. Tomó una buena botella de vino y se sentó junto al joven melancólico. Su elegante flequillo oscuro ocultaba gran parte de su rostro. No podía ver su expresión.

“Déjame en paz.” Dijo.

Maomao estaba desconcertada: su voz le resultaba extrañamente familiar. Su mano se movió casi antes de que pudiera pensar; cualquier pensamiento de corrección o educación había desaparecido de su mente. Con cuidado de no tocar la mejilla del joven, le levantó el cabello.

Un rostro espléndido la recibió. Su expresión reservada cambió rápidamente a una de asombro total. “¿Maestro Jinshi?” Ya no había una sonrisa reluciente en su rostro, ni dulce miel en su voz, pero aun así ella habría reconocido a aquel eunuco en cualquier parte.

Jinshi parpadeó varias veces seguidas, la estudió durante un segundo y luego dijo inquieto: “¿Quién...? ¿Quién eres tú?”

“Esa es una pregunta que me hacen a menudo.”

“¿Alguien te ha dicho alguna vez que te ves muy diferente con maquillaje?”

“Con frecuencia.”

La conversación le produjo una sensación de déjà vu. Le soltó el cabello y este le cayó sobre la cara. Jinshi alargó la mano e intentó sujetarle la muñeca. “¿Por qué huyes?” Ahora parecía hosco.

“Por favor, no toques el entretenimiento.” Dijo. No era su decisión, eran las normas. Tendrían que cobrar más.

“¿Por qué demonios te ves así?”

Maomao se negó a mirarlo a los ojos mientras decía incómoda: “Es... un trabajo a tiempo parcial.”

“¿En un burdel? Espera... No me digas que tú...”

Maomao fulminó a Jinshi con la mirada. Así que le gustaba cuestionar la castidad de la gente, ¿no? “Yo no acepto clientes.” Le informó. “Todavía.”

“*Todavía...*”

Maomao no dio más detalles. ¿Qué podía decir? Desde luego, no estaba fuera de lo posible que la madame se las arreglara para obligarla a tener un cliente antes de que pudiera saldar su deuda. Aunque, por suerte, bajo la influencia de su padre y sus hermanas, eso no había ocurrido hasta ahora.

“¿Qué tal si te compro?” Aventuró Jinshi.

“¿Eh?” Maomao estaba a punto de decirle que no bromeara cuando una idea pasó por su mente. “Sabes, eso podría no ser tan malo.”

Jinshi recuperó el aliento, sobresaltado. Era la cara de una paloma asustada por un tirador de guisantes. Al parecer, la falta de brillo abría la puerta a una gran riqueza de expresiones. Aunque la sonrisa etérea era encantadora, casi no parecía humana. Fue casi suficiente para convencer a Maomao de que debía tener dos espíritus *hun* dentro de un único espíritu *po*: dos almas yang transitorias para un único espíritu yin corpóreo.

“No estaría tan mal volver a trabajar en el palacio posterior.” Dijo.

Los hombros de Jinshi se desplomaron. Maomao lo miró, preguntándose qué podía pasarle.

“Pensé que habías dejado el palacio posterior. Porque lo odiabas.”

“¿Cuándo he dicho yo tal cosa?” De hecho, Maomao estaba convencida de que casi había suplicado quedarse para saldar su deuda, y había sido Jinshi quien había hecho que la despidieran. El lugar tenía

sus problemas y dificultades, sin duda, pero las damas de compañía de la consorte Gyokuyou habían sido buenas mujeres. Y ser catadora de comida era una función poco habitual, a la que la mayoría de la gente no podía ni quería aspirar. “Si hay algo que no me gustó de ello...” Dijo Maomao. “Supongo que sería que no pude llevar a cabo mis experimentos con venenos.”

“De igual modo no deberías hacer eso.” Jinshi apoyó la barbilla en la rodilla en lugar de la taza. Su mirada de franca exasperación se transformó espontáneamente en una sonrisa irónica. “Je. Lo sé, lo sé. Es lo que eres.”

“Me temo que no te sigo.”

“¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres una mujer de pocas palabras? ¿Demasiado pocas?”

“Sí.” Respondió Maomao al cabo de un rato. “A menudo.”

La sonrisa de Jinshi se hizo gradualmente más inocente. Esta vez fue el turno de Maomao de parecer molesta. Jinshi volvió a extender la mano. “A ver, ¿por qué huyes?”

“Son las reglas, señor.” La información no pareció disuadir a Jinshi, cuya mano no se movió. Miraba fijamente a Maomao. Le daba mala espina.

“Seguramente un toque está bien.”

“No, señor.”

“No habrá menos de ti después.”

“Me quita energía.”

“Sólo una mano. Sólo la punta de un dedo. Seguro que está bien.”

Maomao no respondió. Era persistente. Ella lo conocía; sabía que no se rendiría. Maomao, impotente, cerró los ojos y respiró hondo. “Sólo la punta de un dedo.”

En el instante en que las palabras salían de su boca, sintió que algo presionaba sus labios. Abrió los párpados y vio una mancha del color rojo de sus labios en la flexible yema del dedo de Jinshi. Él retiró la mano casi antes de que ella se diera cuenta de lo que había ocurrido. Entonces, para su asombro, se llevó el dedo a los labios.

Ese pequeño astuto...

Cuando retiró los dedos de la boca, una mancha escarlata quedó en su boca finamente perfilada. Su rostro se relajó un poco y la sonrisa se hizo aún más inocente. Un rubor entró en sus mejillas, como si una pizca del color de sus labios hubiera llegado a su cara.

Los hombros de Maomao temblaban, pero la sonrisa de Jinshi parecía tan profundamente juvenil, casi infantil, que se dio cuenta de que no podía reprenderle. En su lugar, se concentró en el suelo.

Maldita sea, es contagioso... La boca de Maomao formó una línea apretada, y sus propias mejillas se estaban poniendo rosadas. Sabía que no había usado colorete. Entonces se dio cuenta de que oía risas, risitas de hombres y mujeres, y descubrió que todo el mundo los miraba. Sus

hermanas sonreían abiertamente. A Maomao le aterrorizaba imaginar lo que vendría después. De repente, quiso estar en cualquier otro lugar.

Gaoshun apareció de repente, con los brazos cruzados como diciendo: *Por fin. Un trabajo hecho.* A Maomao le dio vueltas la cabeza y, más tarde, apenas recordaba el resto de la velada. Sin embargo, nunca olvidó cómo sus hermanas la acosaron después.



Unos días más tarde, apareció en el barrio de recreo de la capital un magnífico visitante noble. Venía con dinero suficiente para hacer que incluso la vieja madame se quedara boquiabierta y—por alguna razón, una hierba inusual cultivada a partir de un insecto. Y deseaba a una joven en particular.

Fin.

Extra:

Notas del Traductor (al inglés)

El Diario de *El Diario de la Apotecaria*

Vol. 1

Cuestión de Gustos

¡Bienvenido a esta sección final! Aquí su amable traductor Kevin. Esperamos que hayan disfrutado de este primer volumen de *El Diario de la Apotecaria*.

Me gustaría intentar dar alguna idea de cómo es el proceso de traducción, especialmente de esta serie en concreto. *El Diario de la Apotecaria* presenta una serie de características que requieren una atención especial por parte del traductor, como su ambientación y la profusión de palabras relacionadas con la medicina, la biología, etcétera. Parte del oficio de traductor consiste en ser capaz de llegar rápidamente a un punto en el que uno pueda parecer al menos tan competente como el autor original cuando se trata de temas especializados como este, algo para lo que Internet ha sido de gran ayuda en la era moderna de la traducción.

Con el fin de revelar los lugares en los que los traductores tienen que tomar decisiones más sutiles que simplemente recoger la jerga, me gustaría centrarme en un elemento de vocabulario del capítulo 25 de este libro. Se trata de la historia de Kounen, un conocido de Jinshi que muere envenenado con sal. Resulta que, incapaz de degustar sabores salados, no se dio cuenta de que estaba bebiendo vino muy salado hasta que fue demasiado tarde.

En el texto original, se dice que Kounen era *karatou* (辛党) antes de que sus gustos cambiaran y se convirtiera en *amatou* (甘党). La palabra *amatou* es bastante sencilla; los dos caracteres significan literalmente “facción dulce”, y es un sustantivo que describe a alguien goloso. Pero *karatou* es un poco más espinoso.

Hay dos cuestiones principales: el significado del vocabulario original y cómo traducirlo al inglés. (Por cierto, esta son las dos cuestiones básicas que se plantean en cualquier intento de traducción). Empecemos por el significado de la palabra, porque si no se entiende lo que significa algo, no hay muchas posibilidades de traducirlo. El primer carácter está relacionado con la palabra *karai* (辛い), pero incluso este adjetivo común plantea un pequeño enigma en virtud de su rango semántico. El rango *semántico* se refiere a la variedad de

significados que puede tener una palabra, y *karai*, aunque a menudo se traduce como “picante” o “caliente”, también puede significar “salado” (a veces se denomina *shio-karai*, o “sal-*karai*”). En el contexto del vino o el alcohol, puede incluso significar “seco” en contraposición a dulce. (Hay otras situaciones en las que *karai* tiene un significado figurado y podría traducirse como “severo”, “rígido” o “inflexible”, pero esos significados obviamente no están implicados aquí, así que podemos ignorarlos).

Por tanto, parece que *karatou* significa “facción *karai*”, pero aquí viene el siguiente detalle. Como compuesto, *karatou* en el lenguaje moderno significa con frecuencia alguien que prefiere el alcohol a los alimentos dulces (es decir, frente a ser alguien del *amatou*). De hecho, este se ha convertido en el significado dominante. El diccionario en línea J>J Goo define *karatou* como “alguien que prefiere el alcohol a los caramelos y dulces” (mi traducción), y da *amatou* como su antónimo.

La página japonesa de Wikipedia sobre *karatou* matiza un poco esta cuestión. Cita el Koujien (un diccionario japonés que goza de un prestigio similar al Merriam-Webster en inglés), que también define la palabra como “un bebedor”, pero continúa diciendo que en un uso más antiguo, *karatou* significaba alguien a quien le gusta la comida *karai*. Por curiosidad, incluso consulté mi *Nuevo Diccionario Japonés-Inglés*

de *Kenkyusha*, que fue durante muchas décadas el estándar de oro (o, en su caso, verde) para los traductores J>I. Conseguí mi ejemplar justo antes de que se introdujera el formato electrónico. Conseguí mi ejemplar justo antes de que los diccionarios electrónicos y en línea se pusieran de moda, y con un año de copyright de 1974, me pregunté si tendría una interpretación más amplia del significado de *karatou*. Pero he aquí que define la palabra lacónicamente como “un bebedor”.

Por lo tanto, parece que las pruebas están a favor de que *karatou* signifique simplemente alguien a quien le gusta beber, pero en la traducción siempre es importante tener en cuenta el contexto de una palabra en el texto original. En el capítulo 25 de este libro, Jinshi describe a Kounen tras su transformación: “Se volvió muy goloso (lit. ‘Se convirtió en un miembro importante de los *amatou*’). Prefería el vino dulce para beber, y sólo tomaba guarniciones dulces.”

La parte crucial, en mi opinión, sigue inmediatamente a esta frase. Jinshi cuenta que Kounen rechazaba cualquier cosa que le dieran que no fuera dulce. Los ejemplos que da incluyen carne ahumada y sal gema: es decir, la definición misma de alimentos que son *karai*. Para mí, esto demuestra que aquí *karatou* significa algo más que alguien a quien le gusta beber. Al fin y al cabo, no se trata de que Kounen empezara a beber, sino de que empezó (entre otras cosas) a beber vinos dulces. De hecho, si consideramos que *karatou* significa alguien que

prefiere el alcohol a los dulces, como dicen muchos diccionarios modernos, su uso aquí resulta casi paradójico.

Así pues, para mí, la cuestión del significado de *karatou* está resuelta. Pero entonces queda la pregunta: ¿cómo describir esta preferencia *karai* en inglés? La sal gema sería salada (por acuñar un tópico), pero ¿la carne ahumada o curada? Claro que tiene algo de salado, pero ¿es ese el sabor principal que asociamos con él? ¿Lo llamaríamos simplemente salado? Pero entonces, ¿cómo explicamos el hecho de que la comida *karai* sea a menudo picante? Utilizar la palabra “picante” sería demasiado restrictivo, igual que “salado”. En un contexto más moderno o más técnico, podríamos considerar una expresión como “alimentos con mucho umami”. El umami (en realidad, una palabra prestada del japonés, en el que significa simplemente “delicioso”) es el “quinto sabor” que percibimos además del dulce, el salado, el ácido y el amargo. Pero me preocupaba que si Maomao decía algo como “¿Antes prefería los alimentos con más umami?” sonara pedante, anacrónico, o ambas cosas. Al final, después de hablarlo con Sasha (¡los editores se encargan de la traducción!), pensamos que “salado” cubría la mayoría de las bases.

Todo esto, ¡solo para traducir un término de vocabulario aparentemente común que solo aparece durante unas pocas páginas! Aunque gran parte de este proceso de reflexión va mucho más rápido

en mi cabeza que cuando tengo que escribirlo todo, el traductor tiene que tomar estas decisiones y a veces detenerse a investigar el significado de una palabra en uno o ambos idiomas. Lleva tiempo y esfuerzo, y requiere un profesional versado en los matices de la lengua de partida y atento a los posibles recursos expresivos de la lengua de llegada. Para el traductor, los misterios que resuelve Maomao no son los únicos de esta serie. Pero eso forma parte de la diversión.

¡Hasta la próxima!

Palabras del Traductor

Hola, es Ferindrad. Antes de expresar mi opinión hagamos lo acostumbrado, primero déjenme agradecer a GJD, es gracias a su persona que esta novela se está traduciendo, y también a quienes continuamente leen mis otras traducciones, a todos ustedes: Gracias. Espero seguir contando con su presencia.

Esto lo escribo a un par de meses de la emisión del anime de esta novela ligera.

Al parecer esta historia de casos palaciegos con una protagonista con una afición bastante particular no estaba, su versión en novela ligera, traducida al español. Tan solo buena parte de su manga y su novela web, cosa que me parece bastante curiosa.

Aunque como hecho gracioso una buena parte de videos en internet hechos sobre esta clase de historias (entiéndase entretenimiento japones) vienen salidos de mangas cuando sus versiones originales son novelas ligeras. Resulta que mucha gente ignora que una buena cantidad de animes vienen de novelas ligeras.

En lo personal no los culpo, en su momento no supe que La Melancolía de Suzumiya Haruhi era, de hecho, una novela ligera. Pobre Ferindrad más joven buscando un manga que no llegó muy lejos (cosa que provocó otras anécdotas, pero las mismas no vienen al caso).

Maomao ama la medicina y se vio secuestrada y vendida como sirvienta en el palacio posterior. Una cosa llevó a la otra y ahora prácticamente fungirá como apotecaria del lugar como aliada de un eunuco bastante peculiar. Un resumen que no termina de hacer honor a la entretenida historia que se fue contando en este volumen.

A diferencia del traductor oficial al inglés no tengo ninguna mención especial a alguna traducción de algún termino. Si acaso la elección de uno.

En otra obra de intriga palaciega a la misma clase de recinto, donde el emperador tiene su harén, se le llama palacio interior. Personalmente en principio suena mejor, pero obras distintas, términos distintos.

Como acotación, me pareció bastante interesante como según la época ciertas especias o dulces afectaban más a la gente por el simple hecho de no tener el organismo acostumbrado a las mismas.

Hoy día el chocolate nunca se consideraría como un afrodisíaco por sí mismo.

Esperando con ganas saber en qué más desastres se verá involucrada Maomao, sin más nos leemos (?) en otra ocasión.

Para todos de Ferindrad.

**No existe vicio alguno tan simple que no
adopte apariencia de virtud en sus
cualidades externas.**

WILLIAM SHAKESPEARE.

Dramaturgo y poeta inglés.

(1564-1616)

